



**BENEMÉRITA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE PUEBLA
INSTITUTO DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANIDADES
“ALFONSO VÉLEZ PLIEGO”**

**LA TRAMA VINCULAR Y SU POTENCIA VITAL.
LAS MUJERES EN LA RAÍZ DE LA EXISTENCIA Y LA
LUCHA DE JUCHITÁN DE ZARAGOZA, OAXACA**

T E S I S

QUE PARA OBTENER EL GRADO DE

DOCTORA EN SOCIOLOGÍA

P R E S E N T A

VERÓNICA ITANDEHUI JUÁREZ ACEVEDO

DIRECTORAS DE TESIS

DRA. RAQUEL GUTIÉRREZ AGUILAR

DRA. LUCÍA LINSALATA

OAXACA DE JUÁREZ, OAXACA

JUNIO 2025

© Verónica Itandehui Juárez Acevedo 2025

Todos los derechos reservados

A Catalina.

Y a todas las mujeres que
con sus luchas nos han abierto caminos
y legado gozos.

AGRADECIMIENTOS

A todas las mujeres, amigas, amores y compañeras, con las que he compartido la vida. Con todo el corazón, a na Asunción, Aleisa, Bea, Alba, Heidi, Evi, na Ángela, Lupita, Yaya y Naomí, por abrazarme y bailar siempre en las tierras juchitecas, por compartir el disfrute y la alegría aún en medio del horror. A ustedes, mi cariño y respeto.

A Are, Vic, Nax y Wen, por esperar con MATLA. Por las carcajadas, las comidas, el trabajo y las pijamadas que se volvieron recuerdo y lazo. Por compartir haceres, palabras y deseos que dotaron de sentido lo que venía escribiendo.

A Edna, por estar siempre, por apoyarme aún en las decisiones que parecían más absurdas y por luego reírnos juntas, por la complicidad y los abrazos revitalizantes.

A Krys, por ser uno de mis más grandes amores, por las largas y complejas conversaciones que nos llevaron a redescubrirnos para aceptar los nudos y los acuerdos raros que nos gustan.

A Cris, por los debates, los desacuerdos y la crítica que nutrió la mirada que estaba formando, por la ternura, el cariño y los cuidados, por los regaños y el impulso constante que me ayudaron a enraizar con más fuerza y certezas mis palabras.

A Clau, por los bailes y las noches compartidas, por los viajes y los vuelos que se hicieron posibles de un momento a otro, por perderle miedo al agua y descubrir que confiar en el sostén del mundo es central.

A Raquel Gutiérrez, por el acompañamiento amoroso más allá de la dirección de tesis, por su guía, respaldo y confianza en mi trabajo, por compartirme claves vitales y motivarme a soltar mi voz.

A Dawn Paley, por la lectura crítica y entusiasmada en cada momento de la investigación. A Lucía Linsalata, Charlyne Curiel y Magaly Gómez, por sus observaciones agudas y rigurosas, por las preguntas y los senderos analíticos que abrieron con sus aportes.

A papá y mamá, a Fer y a Lalis, por ser uno de mis lugares seguros. Por el cariño incondicional y los cuidados amorosos. Por los cafecitos con pan y las tardes de descanso, donde las risas burlonas no podían faltar. A Benito y las plantitas, compañeritxs no humanos que me recordaban la esencia de la vida y la importancia del juego.

Y a todas las personas que, con sus trabajos muchas veces precarizados, contribuyeron a que pudiera acceder a una beca a través de la Secretaría de Ciencia, Humanidades, Tecnología e Innovación (SECIHTI) –antes Consejo Nacional de Humanidades, Ciencias y Tecnologías (CONAHCYT)–.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	8	
1. GENEALOGÍA DE LA INVESTIGACIÓN.....	9	
2. ABONAR A UNA CONSTELACIÓN CONCEPTUAL.....	16	
3. APUNTES METODOLÓGICOS.....	21	
4. RESUMEN DE CAPÍTULOS	25	
 CAPÍTULO I. LA TRAMA VINCULAR.		
 EL TRABAJO VITAL QUE SOSTIENE LA VIDA COMUNITARIA.....		28
INTRODUCCIÓN.....	28	
1. EL MERCADO: RAÍZ Y CORAZÓN DE LA VIDA COTIDIANA.....	34	
2. EL COMERCIO: SOSTÉN MONETARIO Y VINCULAR	42	
3. LAS FIESTAS: FUENTE DE GOZO Y RECIPROCIDAD	50	
4. CLAVES PARA COMPRENDER LA TRAMA VINCULAR	57	
CONCLUSIONES.....	64	
 CAPÍTULO II. LA REPRODUCCIÓN DE LA VIDA EN DISPUTA.		
 LAS OFENSIVAS CONTRA LA TRAMA VINCULAR		67
INTRODUCCIÓN.....	67	
1. LA PRECARIEDAD: EL DESPOJO DE LA ENERGÍA VITAL	69	
2. EL ESTADO MILITARIZADO COMO AGENTE Y GARANTE DEL DESPOJO	79	
2.1 <i>La invasión del megaproyecto eólico.....</i>	<i>82</i>	
2.2 <i>El Corredor Interoceánico como un espacio de muerte.....</i>	<i>98</i>	
3. LA MILITARIZACIÓN COMO PARTE DEL ENSAMBLAJE ARMADO.....	110	
4. LOS ASESINATOS COTIDIANOS PARA ROMPER LO COMÚN Y ANULAR LAS LUCHAS	118	
5. LOS EFECTOS INVISIBILIZADOS DE LA GUERRA	126	
CONCLUSIONES.....	130	

CAPÍTULO III. MÁS ADENTRO DE LA TRAMA VINCULAR.

HERENCIAS, LINAJES Y OTROS FLUJOS DE RIQUEZA-FUERZA FEMENINA..... 133

INTRODUCCIÓN..... 133

1. EL SABER-HACER. UN LEGADO ENTRE MUJERES 137

2. LA HERENCIA MATERIAL Y LAS VETAS DEL DESPOJO 147

2.1 La casa 148

2.2 El oro..... 149

2.3 Los huipiles 152

2.4 El baúl..... 157

3. LA ECONOMÍA CIRCULAR DE SOSTÉN COLECTIVO EN MEDIO DEL ASEDIO 159

CONCLUSIONES 168

CAPÍTULO 4. EL FUEGO QUE ENLAZA.171

LA POTENCIA EXPANSIVA DE LUCHA DE LA TRAMA VINCULAR.....171

INTRODUCCIÓN..... 171

1. LAS LUCHAS EN DEFENSA DEL TERRITORIO 173

2. LA VITALIDAD DE ORGANIZAR Y DAR IMPULSO A LA INSUBORDINACIÓN 186

2.1 Organizar y gestionar las luchas..... 186

2.2 Impulsar el hacer colectivo..... 191

3. EL TRABAJO EN LAS COCINAS COMO PRIMERA LÍNEA DE DEFENSA Y SOSTÉN 197

4. NOMBRAR A LOS AGRESORES Y ORGANIZAR LA RABIA 203

CONCLUSIONES 210

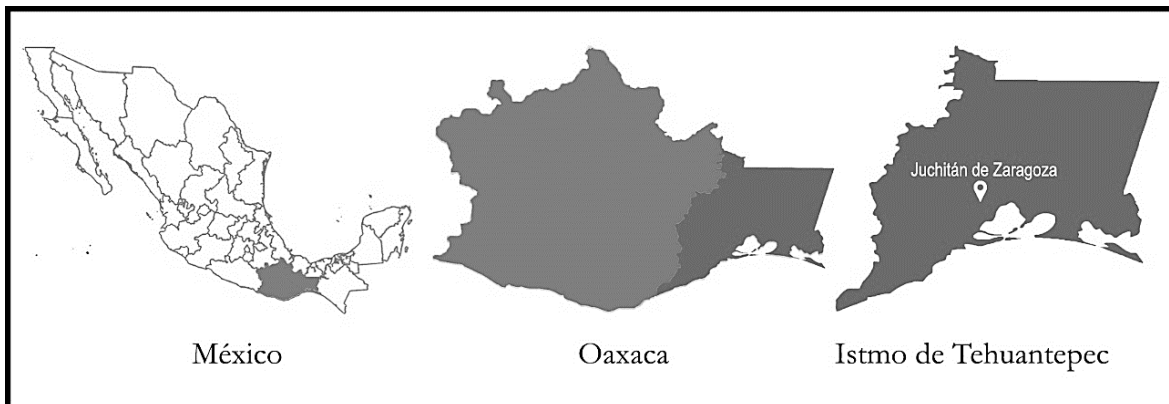
CONCLUSIONES FINALES 213

REFERENCIAS 225

INTRODUCCIÓN

*

Juchitán es una tierra caliente. El calor sólo es menguado por el viento que, con su ímpetu y energía, refresca y hace bailar a los seres que son parte de esa tierra. Juchitán de Zaragoza es el tercer municipio más poblado del estado de Oaxaca¹ y se ubica en la región del Istmo de Tehuantepec (ver mapa 1), un espacio geográfico, económico y político estratégico para el país debido a tres razones principales: 1) es la zona más angosta entre los océanos Atlántico y Pacífico; 2) es el corredor de tránsito comercial y migratorio más importante entre Norteamérica y Centroamérica, que abre camino hacia América del Sur y sus inmensas riquezas (Almeyra y Alfonso, 2004); y 3) es la región biocultural más importante (Lucio, 2016)² y con el mayor potencial eoloenergético de México (Juárez-Hernández y León, 2014).



Mapa 1. Ubicación del municipio de Juchitán de Zaragoza, Oaxaca, México.

¹ Según el último censo de 2020, Juchitán cuenta con 113, 470 habitantes. Del total, 51.9% son mujeres (INEGI, 2020).

² Actualmente el Istmo de Tehuantepec es habitado por cinco pueblos: *binnizá* (zapoteco), *aynuuk ja'ay* (mixe), *slijuala xannu'* (chontales), *angpon* (zoques) e *ikoots* (huaves). Juchitán está conformado en su mayoría por el pueblo binnizá, que en español quiere decir “gente que proviene de las nubes”.

Cabe destacar que, para tejer el análisis que aquí presento, tomé en cuenta cómo se nombran y se viven las mujeres. Ellas se reconocen en primer lugar según el territorio que habitan: son mujeres juchitecas. En segundo lugar, se asumen *binnizá*. En ese sentido, en adelante haré referencia a “las mujeres juchitecas”.

A lo largo de los años, el Istmo de Tehuantepec³ ha sido un territorio en disputa permanente⁴ y se ha convertido en un espacio de relevancia internacional. Por eso, múltiples actores nacionales e internacionales han desatado un ataque voraz para explotar, dominar y controlar la riqueza concreta que conforma el territorio. La tierra, el mar y la vida en sus diversas manifestaciones son duramente atacadas y saqueadas. Esta dinámica ha influido y provocado que el Istmo se convierta en la segunda región más violenta del estado (Secretariado Ejecutivo del Sistema Nacional de Seguridad Pública [SESNSP], 2024) y ha hecho de Juchitán uno de los municipios más mortales en Oaxaca (GESMujer, 2024; Consorcio Oaxaca, 2024).

Es en este contexto que se gestó la presente investigación, cuyo objetivo no es analizar las violencias de manera aislada ni dar cuenta de la mortalidad cotidiana, sino utilizarlas como lente analítico para tejer una comprensión situada que dote de significado y ayude a “organizar la experiencia” (Méndez, 2017). Pero, también, para dibujar los caminos que las juchitecas transitan para resistir, cuartear y responder a las estructuras de dominación y muerte, al tiempo que movilizan e impulsan múltiples fuerzas para procurar o crear otras formas de relacionarse y de hacer la vida: para “cambiarlo todo”.

1. Genealogía de la investigación

Mi primer gran encuentro con Juchitán brotó a partir del 2017 cuando, casi a medianoche del jueves siete de septiembre, un terremoto agitó la tierra del sureste del país e impactó fuertemente al municipio. Un par de días después un grupo de amigas y personas cercanas nos

³ Geográficamente, el Istmo de Tehuantepec se divide en dos subregiones: al norte se ubica el Istmo veracruzano y, al sur, el Istmo oaxaqueño. En este texto sólo me centraré en el análisis de este último, conformado por los distritos de Juchitán y Tehuantepec.

⁴ El interés por el Istmo de Tehuantepec nació desde el inicio del periodo colonial. De manera particular, Hernán Cortés hizo evidente la importancia de la región como un lugar privilegiado para la comunicación transístmica (Velázquez, Leonard, Hoffmann y Prévot-Schapira, 2018).

organizamos y asistimos como voluntarias de una brigada de acompañamiento psicosocial, con el objetivo de realizar talleres y diversas actividades terapéuticas para trabajar el impacto comunitario que el movimiento telúrico generó. Así comenzó mi vínculo con esa tierra.

Desde entonces he vivido ahí por periodos prolongados y he creado lazos de amistad, confianza, afecto y respeto con las mujeres juchitecas. Entre 2018 y 2019 realicé trabajo de campo para nutrir una investigación centrada en analizar cómo las mujeres reproducen la vida al mismo tiempo que luchan por la suya. Poco a poco, al procurar espacios entre nosotras y sentipensar juntas, me percaté de los cruces experienciales que tomaban sentido y abonaban una potencia vital común para reproducir y defender la vida. Esto me permitió expandir y profundizar mi mirada sobre el papel que ellas tienen en la comunidad y en las luchas para frenar el saqueo, la expropiación y la dominación.

Así, en 2020 surgió la idea-fuerza que enraizó el proyecto de investigación doctoral. Inicialmente me preguntaba ¿cómo sobreviven las juchitecas a la violencia tan hostil? ¿cómo procuran su bienestar? Y, sobre todo, ¿cómo llegan a ser tan resistentes a los ataques? Entonces buscaba comprender las estrategias y acciones de cuidado colectivo y autodefensa que ellas generaban ante el despojo y la explotación promovidas por el Estado y el capital, pero también ante la violencia patriarcal que las ciñe y las ataca continuamente.

Con esa brújula comencé a realizar un recorrido histórico para mapear y producir un diagnóstico de las violencias en Juchitán desde el punto de vista de las mujeres, con el fin de dar cuenta del funcionamiento y el impacto local de la triada Estado-capitalismo-patriarcado. Este ejercicio generó un desplazamiento analítico que transformó mis planteamientos iniciales. Al planear la primera etapa del trabajo de campo doctoral —que realicé durante 2022— tenía presente que Juchitán no era un lugar desconocido para mí, al contrario, había transitado sus calles con

regularidad, conocía las dinámicas comunitarias y mantenía lazos fuertes con varias personas. Sin embargo, “estar ahí” fue muy diferente en esa ocasión.

Llegué a Juchitán una noche a mediados de abril del 2022, después de un viaje en autobús de casi seis horas desde Oaxaca. *Na*⁵ Aidee –una mujer de 72 años que vive en la Segunda Sección⁶– me recibió junto a sus hijas y nietas. Nos sentamos a conversar y de pronto, la sensación de estar con mujeres de tres generaciones “tomando el fresco” en el patio me situó de inmediato: había llegado al calorcito juchiteco. En cuanto comenzamos a cenar *na* Aidee me contó –sin que yo le preguntara nada– que en días previos dos hombres habían asesinado a una pareja cerca de donde estábamos, que sólo dejaron viva a la hija, una niña de tres años que se quedó bajo el cuidado de su tía y aún preguntaba por sus papás.

Desde ese momento, todos los días la violencia estaba presente en las conversaciones: una o varias personas ultimadas a balazos en su casa, algún herido en la calle o asaltos durante el día. En ocasiones, mientras caminaba pude observar flores o veladoras junto al cuerpo tirado o recién levantado de alguien asesinado. Parecía que a cualquier hora el terror se materializaba. Esto me hizo tocar el dolor y, a diferencia de mis estancias anteriores en Juchitán, esta vez tuve miedo. Junto a otras, sentí el cuerpo agotado por estar en alerta constante, el nudo en la garganta y el escalofrío. Al mismo tiempo, una amiga juchiteca insistía en que “no podemos sentir miedo todo el tiempo, tenemos que seguir haciendo la vida”. Estas palabras resonaron y dotaron de sentido el análisis que se fue conformando con el tiempo.

⁵ En zapoteco la palabra “*na*” significa “señora”, en Juchitán se usa para referirse respetuosamente a las mujeres mayores.

⁶ La ciudad de Juchitán se divide en 9 Secciones y diversas colonias. Las Secciones son los asentamientos que se formaron primero, por lo tanto, se ubican juntas y cada una tiene características particulares, principalmente según el oficio o la ocupación que sus habitantes tengan. Después, con el crecimiento de la población, se formaron las colonias que se ubican en la periferia.

Tras los primeros días en medio del calor y el viento, la búsqueda por comprender lo que sucedía en Juchitán me llevó a “pluralizar las violencias” (Gago, 2019, p. 66), es decir, a poner en relación y encontrar los estrechos vínculos entre los múltiples ataques patriarcales, capitalistas y estatales que en su conjunto conforman una enmarañada red de estructuras y lógicas que se interrelacionan y devienen una guerra cuya “*forma innovadora* (...) es un fenómeno que se funda en el incremento generalizado y desbordado de la violencia del estado y del capital contra las capacidades mismas de (re)generación y (re)producción de la vida social en su conjunto” (Gutiérrez y Paley, 2016, p. 3-4). Siguiendo esta lógica fue posible constatar que Juchitán es un reflejo de lo que sucede en el país cuando la violencia se materializa a través de la imposición de proyectos neoliberales: se reprime la organización social; se debilita la capacidad de resistencia; los homicidios, feminicidios y desapariciones van al alza y se realizan sin reprobación alguna; y se promueve la destrucción, privatización y el saqueo de los recursos y territorios.

Con el paso de los días me di cuenta de que tejer la investigación desde la clave del cuidado colectivo y la autodefensa, que había propuesto inicialmente, no bastaba. Tenía la necesidad de producir otros conceptos para comprender por y para qué existía un caldo de cultivo mortal en Juchitán y cómo resistía la comunidad ante tal hostilidad y dolor. Me preguntaba ¿qué es lo que ha hecho que la comunidad tenga tanta fortaleza? ¿de dónde emana su fuerza? Particularmente quería saber ¿cuál es la especificidad de las mujeres en las luchas, que las vuelve tan incómodas? ¿qué formas de vida y relaciones cultivan en lo cotidiano para nutrir la potencia comunitaria? ¿qué impugnan o desacatan mientras se defienden y sobreviven? ¿cómo no pierden y, al contrario, estimulan el gozo y la alegría pese a tal hostilidad?

Fue entonces cuando algunos de los diálogos iniciales germinaron e hicieron surgir los brotes que dieron cuerpo sintiente a este trabajo, colocando en el centro la dimensión vincular

de la vida y la lucha. A la par, mi quehacer como psicóloga trabajando con colectivos y mujeres en la ciudad de Oaxaca me mostraba, una y otra vez, que la vida se teje a partir de lazos concretos que se cultivan cotidianamente. Tal claridad enraizó esta tesis a partir de la noción de “*trama vincular*”. Como se observará en adelante, a partir de esta propuesta teórica doy cuenta de que somos fuerza unas de otras, los vínculos que co-producimos cada día nutren, reaniman y robustecen la potencia vital comunitaria que consolida la resistencia creativa ante la embestida patriarcal, estatal y capitalista, al mismo tiempo que generan otras formas de vivir.

Explorar la idea de que las mujeres no estamos desposeídas y que nuestra energía abona la lucha y es fuente de fuerza y gozo para una misma y para las demás ha resultado sumamente fértil. Nombrar y significar nuestro específico aporte dentro de los entramados comunitarios o en la articulación popular, produce una mirada contrahegemónica que genera un lugar simbólico para iluminar la potencia expansiva de lucha de la trama vincular que, sostenida en el tiempo, se encuentra en el corazón de la reproducción de la vida y la insurgencia.

Este planteamiento es fundamental porque, aunque a las juchitecas se les coloca en un lugar central al hablar de la identidad zapoteca o de la “riqueza cultural” de la región, en las investigaciones sobre las luchas contra el despojo, la expropiación y la dominación son las grandes ausentes. De hecho, tales estudios se han orientado a trazar la historia de las rebeliones y las resistencias que las comunidades han generado contra diversas empresas transnacionales (De la Cruz, 1983); analizar los movimientos indígenas que han surgido como respuesta a los proyectos eólicos implementados por empresas privadas (Hernández y Joaquín, 2018); e indagar cómo los pueblos defienden su territorio y construyen otras formas de vida (Tejiendo Organización Revolucionaria, 2020).

Sin embargo, pese a que ellas organizan, coordinan acciones e incluso “se han propuesto para caminar en primera fila en las marchas por cualquier evento de violencia” para proteger a los manifestantes cuando se encuentran en riesgo (Hernández y Joaquín, 2018, p. 51), en dichos análisis sus experiencias o saberes pasan desapercibidos, su punto de vista se desdibuja y sus palabras no tienen el lugar que merecen. Así, una vez más se les intenta incluir al hablar de asamblea, colectivo o espacios mixtos, pero en realidad ni ellas ni la especificidad de sus luchas son nombradas.

Por otra parte, en las investigaciones sobre las violencias que las mujeres enfrentan existe una tendencia a verlas sólo como víctimas pasivas y receptoras. Mientras el Estado las considera personas sufrientes que necesitan ser salvadas, en los análisis académicos se les ha considerado “subordinadas” (Riquer y Castro, 2003), “vulnerables” (Pérez y Espíndola, 2012) o meros “objetos depositarios” de la violencia (Zúñiga, 2012) cuyos cuerpos sólo funcionan como “lienros o bastidores de la guerra” (Segato, 2014, p. 22, 2016, p. 39). Al respecto, me parece que los lentes analíticos que se han usado limitan el entendimiento de la problemática actual. Por un lado, al centrar la atención en la violencia que se ejerce contra ellas se sesga la comprensión global, segmentando y particularizando la hostilidad a la que las comunidades se enfrentan. Por otro lado, se les reduce al papel de víctimas inmóviles o sufrientes, minimizando o negando el potencial político de las estrategias que generan cada día para acompañarse, mantenerse con vida y gestionar el bienestar comunitario.

En ese sentido, esta investigación parte del punto de vista de las mujeres⁷ para realizar un “desplazamiento estratégico” que permita “salirnos de la figura de la víctima, de duelo

⁷ En esta investigación utilicé el concepto de “las mujeres” porque parto de cómo las juchitecas se nombran y se viven, ellas se expresan así de sí mismas, pero estoy consciente de que en el 2025 –y a partir de los últimos años– están ocurriendo una serie de procesos que ponen en el centro múltiples debates en torno a este concepto e identidad, es decir, se trata de una discusión abierta que está en curso.

permanente, que la contabilización necropolítica de los femicidios intenta imponer” (Gago, 2019, p. 18). Asumiendo que ellas –como todas– no son víctimas pasivas sino sujetas de acción política constante que orientan el rumbo de la vida común, busco aportar a empequeñecer el significativo vacío teórico respecto a cómo se organizan y cuál es su papel al sostener las luchas y la vida. Al comprender las relaciones y los trabajos que ellas crean, nutren y fortalecen para el bien común es posible dar cuenta de la extraordinaria trama vincular que despliegan, así como abonar a la imaginación radical que reivindica la potencia de lo que podemos hacer juntas.

Es fundamental destacar que mi intención no es idealizar a las mujeres ni reforzar el imaginario que, desde hace algunas décadas, existe sobre el matriarcado juchiteco (Chiñas, 1973; Bennholdt-Thomsen, 1997; Boyé, 2013; Butta, 2014). Esta noción sería injusta para ellas debido a que las estereotipa e invisibiliza el conjunto de violencias y batallas que libran cada día. Al contrario, afirmo que en Juchitán no existe matriarcado, pero sí mujeres sumamente fuertes que luchan, se organizan, traman y procuran el contenido vital.

Por eso, este texto aguarda una esperanza: espejear la potencia expansiva de la trama vincular que producen las mujeres, independientemente de la geografía en que ésta brote. La fortaleza de las juchitecas no es una excepción ni, mucho menos, una rareza. Más bien, es el reflejo de la potencia vital colectiva que todas nutrimos, que nos sostiene y de la que somos parte cotidianamente en muy diversas y claroscuros situaciones, circunstancias o condiciones.

2. Abonar a una constelación conceptual

Desde hace algunos años, en el área de Entramados Comunitarios y Formas de lo Político⁸ –sostenida principalmente por Raquel Gutiérrez, Mina Navarro, Lucía Linsalata y Amaranta Cornejo– se ha hecho un esfuerzo por cultivar una mirada y una forma de habitar el mundo que coloca en el centro la interdependencia y la garantía de la reproducción material y simbólica de la vida humana y no humana, focalizando la atención en las diversas y creativas prácticas políticas comunitarias, así como en su sostenibilidad, contradicciones y antagonismos.

Tal propuesta de intelección teórica y práctica se ha construido a partir de un desplazamiento epistemológico y vital que corre los paradigmas patriarcales, capitalistas y antropocéntricos del pensamiento moderno occidental, al mismo tiempo que mantiene diálogos fértiles con diversos feminismos –como el ecofeminismo, los feminismos comunitarios y la economía feminista, particularmente con la perspectiva de Silvia Federici, Amaia Pérez Orozco, Silvia Gil, Cristina Carrasco, Cristina Vega y Yayo Herrero–; la ecología política Latinoamericana; el marxismo crítico y la filosofía contemporánea latinoamericana, principalmente con las propuestas de Bolívar Echeverría y Luis Tapia. Sobre todo se ha nutrido, ha sido parte y ha aprendido de múltiples luchas por lo común desplegadas en diversos tiempos y geografías (Gutiérrez y Navarro, 2019; Linsalata, Navarro, Cornejo y Gutiérrez, 2023).

Poner en el centro el análisis de la **reproducción de la vida** implica iluminar todas aquellas actividades, relaciones y procesos materiales, emocionales y simbólicos “gracias a las cuales nuestra vida y nuestra capacidad laboral se reconstruyen a diario” (Federici, 2013, p. 21). Antes de cualquier tipo de producción del capital se encuentra la reproducción, es decir, se

⁸ El área de Entramados Comunitarios y Formas de lo Político forma parte del posgrado en Sociología del Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades de la BUAP, busca contribuir a la producción de conocimiento crítico y un sentido común disidente.

necesita primero la revitalización de la persona que realizará determinado trabajo. La reproducción de la vida es el corazón que bombea la existencia colectiva desde el amanecer hasta el anochecer, por eso “se ubica más allá, por debajo, adentro, *en contra y más allá*” de los incesantes procesos de producción y reproducción del capital” (Gutiérrez, 2015, p. 171).

A lo largo de la historia las mujeres siempre han sido actrices primordiales al garantizar la reproducción de la vida. Ellas ponen en común su tiempo, su energía –física, mental, afectiva y espiritual– y múltiples recursos para habilitar añejos y creativos saberes, prácticas y sensibilidades que producen bienestar colectivo. El conjunto de labores que realizan cada día permite regenerar, cuidar y expandir la energía vital de las personas, pero también posibilita el disfrute y revitaliza el mundo no humano a partir del cultivo de vínculos concretos. Sin embargo, pese al gran cansancio y desgaste corporal, mental y emocional que estos trabajos reproductivos producen en las mujeres, durante siglos éstos permanecieron invisibles e inenabrigables debido a la expropiación, miopía y abstracción impuesta por la amalgama patriarcal, capitalista y colonial que, como sostienen Mina Navarro y Raquel Gutiérrez, ha beneficiado principalmente a humanos varones (2018, p. 53).

En ese sentido, enfocar el análisis –con el cuerpo todo– en la reproducción de la vida implica observar el despliegue y sostén de múltiples y creativas relaciones sociales que articulan estrategias colaborativas para satisfacer necesidades, solucionar problemas y nutrir luchas que buscan garantizar el sustento material, afectivo o espiritual de la existencia colectiva. Esto nos conduce a comprender **lo común y lo comunitario** como “*una relación social de asociación y*

⁹ La idea de comprender las luchas como esfuerzos colectivos que van en contra y más allá del capital es un punto central del argumento de John Holloway (2008).

cooperación capaz de habilitar cotidianamente la producción social y el disfrute de riqueza concreta en calidad de valores de uso” (Gutiérrez, Navarro y Linsalata, 2017, p. 388-389). Desde esta perspectiva,

Lo común se produce, se hace entre muchos, a través de la generación y constante reproducción de una multiplicidad de tramas asociativas y relaciones sociales de colaboración que habilitan continua y constantemente la producción y el disfrute de una gran cantidad de bienes –materiales e inmateriales– de uso común. Aquellos bienes que solemos llamar “comunes” –como el agua, las semillas, los bosques, los sistemas de riego de algunas comunidades, algunos espacios urbanos autogestivos, etcétera–, no podrían ser lo que son sin las relaciones sociales que los producen. Mejor dicho, no pueden ser comprendidos plenamente al margen de las personas, de las prácticas organizativas, de los procesos de significación colectiva, de los vínculos afectivos, de las relaciones de interdependencia y reciprocidad que les dan cotidianamente forma, que producen tales bienes en calidad de comunes (Gutiérrez, Navarro y Linsalata, 2017, p. 388).

Lo común como una relación social situada temporal y espacialmente es profundamente político, porque revitaliza y estimula la capacidad humana de dar forma (Echeverría, 1998). Se trata de una práctica de creación colectiva que habilita y reactualiza un conjunto de saberes y haceres para producir, conservar y cuidar aquello compartido que materializa un horizonte vital de bienestar, disfrute y gozo, pero que también construye una trinchera de lucha.

Ahora bien, lo común se corporeiza en los **entramados comunitarios**, entendidos como “una específica y sexuada subjetividad colectiva en marcha, capaz de autoproducir renovadas formas de interdependencia con capacidad de generar riqueza concreta –bajo alguna de sus formas–” (Gutiérrez, 2018, p. 68). Esta particular subjetividad colectiva abre senderos e impulsa esfuerzos por producir lo común como un fin compartido, priorizando el sustento,

alcanzando objetivos concretos y desarrollando capacidades de autorregulación para reproducir la vida mientras se disputan los términos en que se gestiona la interdependencia (Navarro, 2015; Gutiérrez, 2017; Navarro y Gutiérrez, 2018).

La noción de entramados comunitarios permite nombrar un abanico heterogéneo y colorido de formas de habitar el mundo que son abrigadas en lo íntimo del hacer cotidiano, basadas en la cooperación, el cuidado, la colaboración y la reciprocidad, no exentas de tensión y dificultades. Pero también muestra aquellos conocimientos y prácticas que son habilitadas continuamente en el terreno de las luchas, en agitados momentos de antagonismo social en los que se busca desplegar la capacidad de “decidir sobre aquellos asuntos generales que a todos incumben porque a todos afectan” (Gutiérrez, 2013, p. 27) para trastocar el orden instituido por la amalgama capitalista, colonial y patriarcal.

Siguiendo esa lógica, desde el área de Entramados se ha sostenido un esfuerzo, por un lado, para analizar cómo el despliegue del capital se sostiene en despojos múltiples (Navarro, 2015) que erosionan y dañan el tejido de la vida, imponiendo la valorización del valor como centro de la vida social y negando las relaciones de interdependencia; y, por otro lado, para indagar en **las luchas**, las formas de resistencia y las capacidades políticas que las comunidades cultivan y despliegan –colocando como eje central el cuidado mutuo y la revitalización de los vínculos– para burlar, subsumir o resquebrajar las múltiples separaciones, mediaciones y agresiones que impone el complejo capitalista, patriarcal y colonial sobre el tejido de la vida (Gutiérrez, Navarro y Linsalata, 2017; Navarro y Gutiérrez, 2018).

A su vez, el análisis en torno a la gestión común de la vida y a las luchas por lo común ha iluminado la necesidad de pensar en las redes de relación que se establecen entre el mundo humano y no humano, partiendo del reconocimiento de que el primero no puede existir al borde

o por fuera de la **trama de la vida**, tal y como sostiene Jason Moore (2020). En ese sentido, para Gutiérrez, Navarro y Linsalata, la noción de **interdependencia** ha resultado sumamente fértil para dar cuenta de que no podemos reproducir la vida en términos individuales y, mucho menos, a nivel de una sola especie (2017).

Pese a que “el mundo capitalista y heteropatriarcal que habitamos se ha erigido históricamente sobre la negación de nuestra vulnerabilidad y sobre la invisibilización de los vínculos de interdependencia que sostienen nuestra existencia como especie humana” (Hernando, 2012; Linsalata, Navarro, Cornejo y Gutiérrez, 2023), cada día múltiples relaciones y tramas asociativas de sostén son creativamente habilitadas al tejer la energía, el tiempo y el movimiento de diversos seres planetarios vivientes. En medio de tales redes de relación fluyen y se generan intercambios y diálogos que afirman en sí mismas la capacidad política de dar forma. Así, la interdependencia es la condición de mutua dependencia de lo vivo en su conjunto, conforma la posibilidad para garantizar la reproducción colectiva de la vida (Gutiérrez y Navarro, 2019; Linsalata, Navarro, Cornejo y Gutiérrez, 2023).

Si bien los conceptos y las perspectivas teóricas desarrolladas previamente resultan sumamente fértiles para generar una comprensión crítica, sensible y situada del mundo, me parece que al ponerlos en circulación y debate hace falta un sustantivo que permita nombrar las específicas contribuciones de las mujeres dentro de las tramas comunitarias. Por eso, para abonar y ampliar la densidad teórica de la constelación conceptual que se está produciendo propongo la noción de “**trama vincular**”.

Con dicho concepto, mi intención es alumbrar y destacar con claridad los elementos concretos que, hasta ahora, han quedado disueltos o implícitos en el análisis de lo común y las luchas por la vida. Busco profundizar en torno a la calidad diferenciada de la producción de lo

común y los entramados comunitarios, porque a lo largo del tiempo se han producido protagonismos de mujeres que se han mantenido invisibles u opacos debido a la estructuración patriarcal de la mirada analítica dominante.

Siguiendo esa lógica, a lo largo de los cuatro capítulos de esta tesis desarrollo la pertinencia y la particularidad teórica y política que la trama vincular condensa no sólo al poner en el centro la garantía de la reproducción de la vida, sino también al ser un esfuerzo por objetivar el papel de las mujeres en la producción de lo común y lo comunitario. Al iluminar los múltiples esfuerzos, trabajos y deseos cotidianos que ellas despliegan, habilitan y atizan para crear un tipo de relación que se nutre de la reciprocidad, el apoyo mutuo y el cuidado, es posible observar cómo se produce un vínculo que aviva la potencia creativa comunitaria y la conciencia de la interdependencia para subvertir las estructuras de dominación, explotación y expropiación, al mismo tiempo que moviliza el gozo y procura el contenido de la vida.

3. Apuntes metodológicos

Para llevar a cabo esta investigación de corte cualitativo adopté el enfoque etnográfico que, como señala Rockwell, se basa en la experiencia directa y la interacción constante entre la investigadora y las personas, con el fin de acercarse a “los lenguajes y conocimientos locales” (2009, p. 184). Opté por tal enfoque porque, en la medida que este busca “documentar lo no-documentado de la realidad social” (Rockwell, 2009, p. 21) fue la mejor forma para observar, comprender y analizar los múltiples trabajos y esfuerzos cotidianos que las mujeres realizan para nutrir y ensanchar la trama vincular en un contexto de extrema violencia.

Cabe destacar que, tal y como lo han hecho otras investigaciones con enfoque feminista, recurrí a la teoría del punto de vista y a los conocimientos situados (Haraway, 1995; Harding,

1998) como recursos epistemológicos para narrar desde la perspectiva de las mujeres.¹⁰ Es importante destacar que en Juchitán conviven hombres, mujeres y muxes.¹¹ Los procesos de socialización, el trabajo que realizan y las estrategias que despliegan para sobrevivir a la violencia son complementarias. Sin embargo, dados los objetivos y la extensión de esta tesis sólo me centraré en analizar el papel que las mujeres tienen en la problemática planteada, porque mi intención fue producir conocimiento a partir del sentido, el significado y las historias que brotan entre ellas al reproducir y procurar la vida nutriendo los vínculos que la hacen posible.

Esta investigación está arraigada y es abonada por un conjunto de deseos: contribuir a politizar la vida cotidiana y profundizar en la comprensión de los lazos que las mujeres despliegan en un contexto bélico para sostenerse entre sí y subvertirlo. Se trata de una investigación práctica de las luchas, es decir, busca nutrir el entendimiento de las relaciones de poder que el Estado, el capitalismo y el patriarcado despliegan y ensamblan, para hacer inteligible lo que sucede ahora en Juchitán. Los hilos de claridad analítica que brotan de este estudio son un intento por iluminar cómo, a lo largo de los años, las mujeres –no sólo juchitecas sino de distintas geografías– han generado creativos y específicos enlaces organizativos que abrazan y sujetan a la colectividad.

¹⁰ Como señale anteriormente, utilizo el concepto de “las mujeres” porque recupero la forma en que las juchitecas se nombran a sí mismas. Sin embargo, estoy consciente de que este concepto actualmente está en debate y las discusiones continúan abiertas.

¹¹ Lukas Avendaño, un referente de la comunidad muxe del Istmo, explica que la muxeidad es “un acto social” que transgrede la heteronorma, protagonizado por personas nacidas como hombres biológicos, con pene y testículos, que en la cotidianidad asumen roles considerados femeninos. Ser muxe no es equivalente a ser homosexual ni transgénero, mucho menos mujer (Avendaño, 2019. En Palacios, 2019). Se trata de una subjetividad que “no se puede catalogar, ni decir que muxe es igual a puto, mampo o queer. La muxeidad existe en la medida que haya un universo social, natural y simbólico que la sostenga. Puedo ser muxe en mi localidad, pero afuera soy puto, entonces se pierde la connotación” (Avendaño, 2020. En Bezenzette, 2020).

Como puede observarse, comprender a profundidad la muxeidad, así como el papel que los muxes tienen en la comunidad y al tejer trama vincular merece un análisis exhaustivo que no hubiera sido posible tejer en esta tesis. Producir hilos de sentido críticos que respeten y pongan en el centro su singularidad práctica es fundamental y urgente, ojalá este texto sirva para abonar a horizontes de producción teórica posteriores.

Durante el primer semestre del doctorado, a finales de 2020, realicé dos visitas a Juchitán con el propósito de presentar a las mujeres el protocolo preliminar de la investigación, es decir, compartir los objetivos y el bosquejo del análisis que deseaba construir. Como en otras ocasiones, me recibieron con cariño, me abrieron las puertas de sus casas y de sus vidas y aceptaron la propuesta. A partir de ese momento asumí un compromiso con ellas: escribir para nosotras, lo más responsablemente posible.

Realicé la primera etapa del trabajo de campo durante seis meses, de abril a octubre de 2022. Luego volví a Juchitán un par de meses entre 2023 y 2024 para afinar un conjunto de indagaciones e intuiciones que surgieron mientras sistematizaba la información y comenzaba a escribir. Durante todo ese tiempo me basé en la observación participante y en las entrevistas a profundidad como principales técnicas de investigación.

En palabras de Rossana Guber, la observación participante facilita el análisis crítico de los conceptos teóricos y permite anclarlos en la realidad concreta, así, el conocimiento se construye a partir de las dinámicas cotidianas que se vivencian y tanto las personas como la investigadora o investigador se influyen recíprocamente (Guber, 2001, p. 62). A lo largo de mis estancias en Juchitán, conviví con las mujeres todos los días y durante largos periodos conversamos sobre una infinidad de temas, siempre haciendo algo más –cocinando, bordando o preparando algo para vender–. Participé en talleres o encuentros que tenían como tema central la defensa del territorio; en conversatorios sobre la violencia contra las mujeres y en manifestaciones ante los feminicidios; pero también en exposiciones de arte o presentaciones de libros de poesía escrita por ellas. Cada día compartimos comida, trabajos y múltiples y gozosas celebraciones. Poco a poco, tales momentos de encuentro, intercambio y alegría fueron enraizando y agudizando este análisis.

Ahora bien, para enriquecer mis observaciones cotidianas y las conversaciones informales que registré en el diario de campo, me apoyé en las entrevistas que, según Restrepo, permiten “comprender a detalle las percepciones de las entrevistadas o profundizar en el conocimiento de situaciones pasadas o presentes desde su perspectiva” (s/f., p. 2). De esta forma, mediante el diálogo profundo y reflexivo fue abriéndose la posibilidad de conocer las historias, los saberes y las prácticas femeninas que sostienen la trama y posibilitan la supervivencia comunitaria.

Realicé un total de 25 entrevistas semiestructuradas con 18 mujeres y 7 hombres, que respaldé en grabaciones o notas con el fin de guardar con fidelidad sus palabras. Para llevarlas a cabo, tanto ellas como yo priorizamos encontrarnos en espacios seguros para conversar con libertad, así como en horarios en los que ambas pudiéramos volver a casa sin tanto riesgo. Las entrevistas me permitieron indagar, por un lado, en la comprensión local de las violencias y la guerra, y, por otro lado, en los esfuerzos que ellas despliegan para preservar la vida colectiva y nutrir la trama o el contenido vital. Cabe destacar que el perfil de las personas entrevistadas fue variado en términos de edad –abarcando desde los 21 hasta los 83 años–, ocupación y etapa del ciclo vital. Opté por la diversidad debido a que me permitió recoger y reflejar los matices y la heterogeneidad de los diversos esfuerzos y prácticas que las mujeres despliegan para tejer y ser parte de la trama vincular.¹² Es importante mencionar que, dado el contexto y la violencia en Juchitán, como una estrategia de cuidado los nombres reales de algunas personas no fueron plasmados y en su lugar se utilizaron pseudónimos para salvaguardar su identidad. En algunos

¹² Es importante señalar que, aunque el perfil de las personas entrevistadas fue diverso, la mayoría ha formado parte de diversos procesos organizativos en defensa del territorio o contra las múltiples formas de violencia.

casos también se omiten datos como ocupaciones, edad y otros detalles que puedan ser indicadores de quiénes participaron en la investigación.¹³

Además, si bien las voces de las juchitecas son centrales en la investigación, los hilos analíticos que se tejen en este texto fueron enlazados a partir del diálogo y la compartencia con un conjunto muy diverso de mujeres-amigas oaxaqueñas y de otras geografías. Todas ellas han sido compañeras vitales más allá de la investigación, nuestros encuentros gestaron palabras para comprender ampliamente la guerra que nos atraviesa. Habitar Juchitán a partir de la amistad entre mujeres atizó una de las intuiciones centrales de esta investigación: somos fuerza unas de otras. Nuestros esfuerzos nutren y abonan la trama vincular que consolida la resistencia creativa ante la embestida patriarcal, estatal y capitalista, al mismo tiempo que genera formas gozosas de vivir y expande nuestra potencia vital.

4. Resumen de capítulos

Esta tesis está entretrejida a través de cuatro capítulos. El capítulo 1 busca simbolizar la noción de trama vincular dando densidad teórica y práctica al concepto. Se trata de un bosquejo de cómo las mujeres enlazan su tiempo, energía, saberes y creativos recursos para sembrar, abonar, nutrir y hacer florecer los vínculos necesarios para reproducir la vida comunitaria. Particularmente, acuerpa los esfuerzos y las labores específicas que ellas realizan cotidianamente para ensanchar y sostener el conjunto de relaciones que garantizan la existencia común mientras producen gozo y disfrute vital.

¹³ Esta decisión fue construida luego de un largo proceso reflexivo y dialógico con las personas entrevistadas, en algunos casos fueron ellas mismas quienes solicitaron que ni su nombre ni sus datos fueran explícitos.

El capítulo 2 se enfoca en mapear las ofensivas patriarcales, estatales y capitalistas desatadas contra la trama vincular. Aborda las múltiples violencias y condiciones de dominación que se ensamblan para agudizar y afianzar la explotación y el saqueo, continuamente legitimado por el Estado militarizado que, en alianza con las empresas extractivas, busca imponer diversos megaproyectos y dañar la trama que hace de Juchitán un territorio sumamente resistente. En ese sentido, el texto refleja cómo se intenta despojar radicalmente del territorio, de las capacidades organizativas y de la energía vital de las personas; y deja ver que lo que está en disputa es la forma en que se gestiona la reproducción de la vida.

Por su parte, el capítulo 3 da cuenta de las estrategias que las juchitecas han habilitado históricamente para constituirse como mujeres no plenamente desposeídas, analizando la tensión que existe entre la producción y la transmisión de la riqueza concreta que despliegan, y los formatos desorganizadores que en su modo violento –particularmente militar– el Estado y el capital imponen. Así, pone en el centro los caminos y los esfuerzos que ellas han transitado para crear, poseer y legar las capacidades generativas y las riquezas materiales que habitan –que a su vez les permiten ensanchar la autonomía colectiva y la potencia de lucha–, destacando con especial atención cómo las alianzas y los vínculos por vía femenina han sido centrales al hacer circular y garantizar la disponibilidad a tal fortaleza.

Finalmente, el capítulo 4 analiza la potencia expansiva de la trama vincular y muestra cómo las mujeres ponen el cuerpo para procurar y proteger la vida ante la hostilidad. Retrata las múltiples luchas que ellas han sostenido, tanto para defender el territorio como para hacer frente a las violencias machistas, al mismo tiempo que fortalecen el tejido sensible del estar con otras. Además, argumenta que la larga historia de insurgencia juchiteca siempre ha estado respaldada

por el quehacer femenino pese a que, generalmente, sus labores y esfuerzos pasan inadvertidos, son minimizados e incluso negados.

CAPÍTULO I. LA TRAMA VINCULAR.

EL TRABAJO VITAL QUE SOSTIENE LA VIDA COMUNITARIA

*

Introducción

Vincularnos con la tierra de la que somos parte, aquella que habitamos y caminamos, produce una conexión sensible con el mundo. Las personas juchitecas han construido una particular relación con el territorio a partir de su vitalidad, como la base material y simbólica para reproducir su existencia. La tierra, el mar, el sol y el viento nutren el maíz, los frutos, los peces y los árboles, impulsando su crecimiento o abundancia para alimentar y cobijar a los seres vivos que pueblan la región. Con la palma, la madera o el adobe pueden crearse techos para cubrirse; el frijol, el camarón o el pescado llenan los estómagos y, una vez satisfechas las necesidades básicas, las personas pueden realizar otras actividades o sostener diversos esfuerzos organizativos para resistir y sortear la continua expropiación y despojo.

El territorio juchiteco brinda seguridad, entrama el cariño y la conexión sensitiva con el mundo mientras dota de significado las experiencias y las luchas. “Aquí confluimos nosotros junto con las plantas, los animales, el mar... este es el espacio vital que habitamos, el lugar donde vivimos, donde nacimos y tal vez aquí nos vamos a morir” expresa *ta*¹⁴ Pedro, un hombre zapoteco de 60 años que participa en el movimiento en defensa del territorio. Algunas personas también consideran el pueblo, el trabajo, la alimentación, las fiestas y la ritualidad como parte de

¹⁴ En zapoteco la palabra “*ta*” significa “señor”, en Juchitán se usa para referirse con respeto a los varones mayores.

su territorio porque “es todo lo que vive, lo que hacemos y producimos en un determinado espacio que cuidamos y administramos” (Beedxe, D.C.)¹⁵.

Estas concepciones del territorio como un espacio-tiempo de confluencia, sensible y situada, pone en el centro la relación que se tiene con el mundo en que se vive: permite crear cercanía afectiva con lo que nos rodea y provee las condiciones de posibilidad para generar bienestar mientras arraiga los saberes, las memorias y los deseos de las personas.

Al respecto, las feministas comunitarias de Guatemala, particularmente Lorena Cabnal y las mujeres de Xalapán, y de otras regiones del Abya Yala han desarrollado la noción de “territorio cuerpo” para señalar

El primer territorio cuerpo de las mujeres indígenas (...), ese territorio expropiado por los patriarcados y pactados doblemente para sostenerlos, un territorio con memoria corporal y memoria histórica, por lo tanto el primer lugar de enunciación, el lugar para ser sanado, emancipado, liberado, el lugar para recuperar y reivindicar la alegría. El cuerpo que se abraza con el “territorio tierra”, el cual implica un lugar significado e histórico donde habita la memoria larga de los pueblos (Cabnal. En Gargallo, 2014, p. 153).

Así, el concepto de “cuerpo-territorio” que poco a poco se fue trabajando, da cuenta de la continuidad y la conexión que existe entre el cuerpo –concreto y situado– y el territorio que habitan como parte del tejido vital. Al comprender “el cuerpo como territorio, el territorio como cuerpo social” (Cruz y Bayón, 2020) se busca crear una clave de intelección para dialogar con las luchas y las resistencias ante los múltiples procesos de despojo a los que se enfrentan las mujeres,

¹⁵ En adelante utilizaré la abreviación D.C. para referirme al Diario de Campo.

tanto en el propio cuerpo como al ser parte de la tierra viva: el cuerpo, entonces, constituye el primer territorio a defender porque es el primer espacio que se habita y en él confluyen múltiples violencias.

Con la presente investigación, es posible nutrir tal perspectiva de intelección porque al hablar del “cuerpo-territorio” podemos enlazar cómo el primer territorio de explotación es, al mismo tiempo, el primero en resistir. Así, el vínculo entre cuerpos concretos constituye el puente dinámico para movilizar el trabajo y la potencia vital colectiva. En ese sentido, se hace necesario simbolizar la dimensión relacional y sensible de la vida que emerge entre y conecta ambos territorios. Es a partir de esta sensibilidad concreta que brota lo que propongo como “*trama vincular*”, un específico tipo de relación que se gesta principalmente a partir del trabajo entre mujeres y enraíza la energía y la fuerza para defender la vida colectiva.

La trama vincular en Juchitán constituye la relación comunitaria que surge del *Guendalizaa*, un sistema de vida que se basa en el ser y hacer común, la reciprocidad, el compartir y el apoyo mutuo; éste se nutre por las acciones concretas que cada cuerpo situado realiza para sostener la vida y tejerse con otros. En zapoteco, la palabra *guendalizaa* proviene del término *lisaa*, que significa “familias o entre familias” y podría traducirse como el hacer familia o hermandad por medio de la convivencia. Un conjunto de palabras-fuerza acompañan este entramado de significado, por ejemplo, *guendaracane* o *guendaracane'saa*, que se refiere a la ayuda mutua, o *guendabiꞤa'ana'*, que significa hermandad. Todas estas palabras conforman prácticas que integran el sistema de vida que:

se alimenta del amor de cada integrante de la comunidad, un amor que se viene practicando desde la época prehispánica, de quererse mutuamente en este caminar de la

vida. Pero teniendo presente que cada uno de nosotros trae su destino, el *nuuna* es el destino que nos acompaña en este caminar del *guendalizaa* (Beedx, Entrevista, 2022).

El *guendalizaa* toma diversas formas, modos y profundidades según los tiempos, circunstancias y condiciones de la vida común; se trata de un caminar colectivo que cambia de ritmos y prácticas, que hace pausas, se tensa o se apresura según se requiera. Por ejemplo, hasta hace algunos años en Juchitán se producía el *guendalizaa* para apoyar los matrimonios de personas jóvenes que necesitaban construir su propia casa. Según Beedx, un hombre que desde hace décadas forma parte de las luchas comunitarias en defensa del territorio, se daba el *guendaracane'saa* “para echarle montón. Todos en colectivo hay que trabajar para parar los horcones en un solo día, arreglar, pegarle lodo o hacer los cimientos” (Beedx, Entrevista, 2022). Como veremos más adelante, esto también puede observarse cuando se hacen las fiestas: en la mañana o el día previo a la celebración, las vecinas asisten a la casa de la familia para preparar juntas las botanas y la comida.

Y, por ejemplo, “hay abuelas y abuelos que llegan a ser ancianos en la vida y no tienen más familia, entonces los vecinos acompañan al abuelo en sus últimos días dándole comida o llevándolo al médico, pero no se deja sola a ninguna persona” (Beedx, Entrevista, 2022). El *guendalizaa* es una actitud y una práctica para hacer común; se trata del sistema de acompañamiento que entrelaza y refuerza la trama vincular que es permanentemente asediada en Juchitán.

En ese sentido, existen tres pilares comunitarios que constituyen la fuerza colectiva y garantizan el sostenimiento de la vida juchiteca: el mercado, el comercio y la fiesta. Esta triada depende en gran medida del trabajo concreto que las mujeres realizan cada día, no sólo para

satisfacer necesidades básicas o para obtener ingresos, sino también para nutrir la trama vincular que enlaza una gran diversidad de personas, familias y comunidades.

Para comprender la contradicción entre trabajo concreto y trabajo abstracto, así como entre valor de uso y valor de cambio, el análisis que Raquel Gutiérrez y Huáscar Salazar (2019) han producido –nutriéndose de Bolívar Echeverría (1998)– resulta sumamente fértil. El trabajo concreto integra todas aquellas actividades, labores y esfuerzos cotidianos que generan valor de uso, facilitando la reproducción de la vida y arando un camino abierto para abonar las relaciones de interdependencia. Este hacer concreto produce riquezas también concretas, al tiempo que moviliza múltiples relaciones que permiten satisfacer necesidades y dar solución a problemáticas diversas, garantizando así la existencia común.

Sin embargo, en el capitalismo voraz el valor de uso –producido por el trabajo concreto– queda subsumido al valor de cambio –que deriva del trabajo abstracto– porque coloca en el centro el trabajo invertido para producir mercancías, es decir, el acto de producir queda en una mera abstracción (Holloway, 2013, p. 16). Al respecto, Gutiérrez y Salazar sostienen que “al capital lo que le interesa es el trabajo abstracto para acceder al equivalente general: el dinero, y así generar un proceso de acumulación ampliada. El fin, por tanto, no es el valor de uso” (2019, p. 31). Es así como la gestión y la organización de la reproducción de la vida colectiva queda subsumida y minimizada por el proceso de creación y movilización del valor de cambio.

De esta manera la utilidad de los bienes generados por el trabajo concreto es desgarrada y queda suprimida, sin embargo “al prescindir de su valor de uso, prescindimos también de los elementos materiales y de las formas que los convierten en tal uso” (Marx, 1988, p. 5). Es decir, al colocar en el centro el trabajo abstracto, que produce capital, los múltiples trabajos concretos

que sostienen la existencia quedan desvalorizados, son opacados e incluso invisibilizados con el objetivo de esconder su vitalidad.

Al mismo tiempo, el ensamblaje estatal, capitalista y patriarcal se empeña constantemente en despojar a las personas de sus medios de existencia,¹⁶ de la tierra, del agua y sus múltiples riquezas concretas, con el fin último de imponer el trabajo abstracto. A través del salario, el dinero o las finanzas en sus distintas facetas, se intenta subordinar, desplazar o sepultar la vitalidad de los saberes, las prácticas y las experiencias que particularmente las mujeres despliegan al reproducir la vida. Moler, hornear, bordar, coser, curar y hacer trueque son labores minimizadas o cercadas por la mediación dineraria de manera continua.

Como puede observarse, para sostener la existencia –humana y no humana– es imprescindible el trabajo en su forma concreta. Al cuidar, pescar, limpiar, cocinar o abrazar se producen bienes en relación, se crean usufructos compartidos necesarios para existir. De hecho,

las relaciones sociales que producen común suelen emerger a partir del trabajo concreto y cooperativo de colectividades humanas autoorganizadas que tejen estrategias articuladas de colaboración para enfrentar problemas y necesidades comunes y garantizar así la reproducción y el cuidado del sustento material y espiritual de sus comunidades de vida (Gutiérrez, Navarro y Linsalata, 2017, p. 388).

En ese sentido, en los siguientes apartados mi intención es bosquejar y analizar la trama vincular que las mujeres producen al movilizar cotidianamente su fuerza, energía, tiempo, creatividad y múltiples recursos para ponerlos a disposición del hacer colectivo. Al sembrar,

¹⁶ Massimo de Angelis (2012) hace uso del término “medios de existencia” para referirse a todos aquellos medios materiales y simbólicos que garantizan el sustento cotidiano y la reproducción de la vida, desborda así la comprensión que parte de la noción de “medios de producción”.

cultivar y cosechar esta trama el trabajo concreto de las mujeres está en el centro, nutriendo la energía común que permite desplegar y sostener continuos procesos de lucha para disputar las condiciones en las que se reproduce la vida.

1. El mercado: raíz y corazón de la vida cotidiana

En el mercado “5 de septiembre”¹⁷ de Juchitán –que hasta antes del terremoto de 2017 se llamaba “Benito Juárez”– pueden encontrarse desde tamalitos, pan de elote, queso fresco o camarones, hasta huipiles, huaraches o aretes. Éste es uno de los más notables y significativos del Istmo de Tehuantepec debido a la gran cantidad y diversidad de productos que reúne, pero también por su localización estratégica al ser un lugar de encuentro entre diversas comunidades. En ese sentido, se trata de un mercado histórico que consolidó a Juchitán como un nodo comercial de la región y del mundo. Por eso es uno de los pilares centrales de la economía local, personas de diversas agencias y municipios aledaños asisten a comprar u ofrecer sus productos. Así, constituye un lugar de conexión vincular, de intercambio y de despliegue de múltiples trabajos y esfuerzos concretos que bombean el corazón de la vida comunitaria.

El mercado juchiteco está ubicado en el cuadro central de la ciudad y fue construido a finales del siglo XIX, en 1884. Inicialmente la intención del gobierno local era fundar el palacio municipal, pero una vez construido el edificio las juchitecas comenzaron a ocupar los pasillos y sus alrededores para ofrecer sus productos, poco a poco desplegaron las dinámicas de comercio e intercambio que habían habilitado desde la época prehispánica y se apropiaron de la mitad del lugar. Desde entonces el mercado estuvo cobijado por la emblemática construcción “de los 100 arcos”, pero la noche del siete de septiembre de 2017 un terremoto de 8.2 grados en la escala

¹⁷El mercado principal “5 de septiembre” es el más grande y significativo de la ciudad, pero también existen otros ubicados en diferentes zonas.

Richter sacudió a la comunidad y provocó que el edificio, junto con otros espacios comunitarios, se derrumbara.

El terremoto ha sido un parteaguas en la vida juchiteca, un momento de crisis, quiebre y movimiento debido a que muchas familias perdieron sus casas o sus medios de existencia –como los comixcales,¹⁸ bastidores, hornos o diversa maquinaria que utilizaban para distintas labores– y se enfrentaron a circunstancias inesperadas. Sin embargo, ante la emergencia, las mujeres trabajaron colectivamente para sostener la vida y desplegaron creativos esfuerzos para reorganizar el mercado con el fin de generar ingresos o hacer trueque para satisfacer las necesidades básicas de sustento, tal y como relata Heidi, una comerciante juchiteca:

Vieron que ya no podían entrar en el mercado y tuvieron que ubicarse en el parque para vender sus cosas que tenían, lo poco que tenían. Ellas tomaron el parque para decir que no tenían mercado y tenían que vender ahí. ¿Dónde más iban a vender? No tenían un lugar seguro ni mucho menos un puesto, nada no tenían, todo se cayó. Ellas solitas se organizaron para vender lo que tenían, lo que podían... lo que tenían a la mano (Heidi, Entrevista, 2022).

El desastre constituyó una oportunidad privilegiada para dimensionar –en su posibilidad práctica– que el mercado es gestionado y producido en gran medida por las mujeres, que pese al desastre seguían de pie. Ellas, a través de su trabajo concreto y disposición mental, física y afectiva, hacen de éste un punto de sostén, encuentro, intercambio y disfrute vital. Su trabajo colectivo ampara a la comunidad, pero también las dota de una fuerza común que amplía sus múltiples capacidades.

¹⁸ Se le llama “comixcal” al horno tradicional hecho de barro que las mujeres usan para cocer las tortillas, los totopos y diferentes alimentos.

La vitalidad del mercado y de las dinámicas vinculares que las mujeres despliegan también puede observarse en otras geografías, por ejemplo, en ciudades bolivianas como la Paz, el Alto o Cochabamba. Para hacer frente a la precarización, el empobrecimiento de sus comunidades y la crisis del salario masculino, ellas se apropiaron de las calles y habilitaron una gran cantidad de puestos callejeros y ambulantes para sostener la vida cotidiana. Debido a tal dinámica, estas ciudades han llegado a constituirse como “ciudades mercado” donde las mujeres pasan la mayor parte del tiempo vendiendo, conversando y realizando múltiples trabajos reproductivos en sus puestos, “allí las mujeres del comercio informal cocinan, cuidan a sus hijos, planchan, ven televisión, se visitan entre sí...todo en medio del bullicio de la compra-venta” (Linsalata, 2015, p. 65). Esta estrategia de sostén colectivo permite abaratar los costos de la vida cotidiana, pero también facilita la organización para hacer frente a la policía y otros actores estatales que intentan mediar su labor (Federici, 2020, p. 216).

En Juchitán, cada mañana las comerciantes llegan al mercado con productos frescos – como queso, carne, verduras, camarón, pescado, comida preparada, huevos de tortuga, pan de elote o *guetabiingui*¹⁹– que transportan en mototaxis, triciclos o camionetas conducidas por algún hombre de su familia o conocido. Poco a poco colocan su puesto y comienzan a mostrar lo que venden. “Agarra ña, agarra” dicen mientras estiran la mano para enseñar el producto o “dar la prueba”; otras sonríen y te invitan a pasar para observar. Por su parte, quienes tienen puestos fijos, principalmente de joyería, trajes, huipiles o calzado, al llegar levantan la cortina de metal, acomodan su mercancía en las mesas y limpian los estantes. Algunas de esas mujeres van acompañadas de sus hijas, que aprenden el oficio mientras les ayudan a organizar o dar forma al puesto. Así, a las ocho o nueve de la mañana el mercado de Juchitán ha despertado y comienza

¹⁹ El *guetabiingui* es un tamal horneado con semilla de calabaza y camarón o pescado.

un ir y venir de personas que compran, venden o visitan. Durante el día pueden observarse muchas mujeres caminando en las calles con su bolsa del mandado, mientras algunas van otras ya vienen, pero la mayoría lleva algún alimento para preparar la comida.

Aproximadamente a las cinco o seis de la tarde, la mayoría de las vendedoras cierran sus puestos y se dirigen a sus hogares. En ocasiones, cuando no logran vender sus productos y no obtienen ingresos o alimentos suficientes, habilitan el trueque como principal mecanismo de intercambio. Algunas ofrecen totopos y reciben queso o pescado; otras dan frijol molido o tamalitos de elote y consiguen *guetabiingui* o empanadas; y quienes tienen verdura pueden cambiarla por pollo o pan. Esto les permite reconocer que ninguna se sostiene sola y que se necesitan unas a otras para existir.

Así, las mujeres habilitan lo que llamo una “economía de sostén circular” para garantizar –al menos parcialmente– la reproducción material de la vida. Esta economía permite idear, gestionar y desplegar estrategias cooperativas para satisfacer necesidades básicas mientras se regeneran, reorganizan o redistribuyen los recursos con que cuentan colectivamente. De manera similar a la “economía de retales” que Amaia Pérez Orozco desarrolla, “se comparte el tiempo, en intercambios no monetizados que resuelven desesidades²⁰ concretas” (2014, p. 146).

Como veremos en el capítulo 3, la economía de sostén circular constituye una práctica dinámica de intercambios específicos, situados y repletos de significado que, en un ir y venir constante, pone en común un conjunto de trabajos y recursos concretos para generar el bienestar colectivo. Este ejercicio permite gestionar las estrategias de sostén fuera de las lógicas capitalistas

²⁰ Amaia Pérez, basada en el diálogo con Miguel Ángel Martínez del Arco, refiere que algunas mujeres de Centroamérica han propuesto resignificar el concepto de “necesidades” sin separarla de los “deseos”, porque ellas no sólo satisfacen las necesidades de terceras personas, sino que también “desean” y luchan por transformaciones. Así surge la idea de las “desesidades” (Pérez, 2014, p. 26).

y facilita que las mujeres valoricen sus propios saberes, prácticas, creaciones y riquezas, reconociendo el alcance que tienen las labores que cada una realiza y, sobre todo, observando el lugar que tienen al producir la trama vincular comunitaria.

En ese sentido, en la economía de sostén circular el valor de uso tiene centralidad porque mediante el intercambio de riquezas concretas hace posible que la mayoría de las juchitecas lleven alimento a casa; además, al nutrir, reforzar y ensanchar las tramas vinculares continuamente asechadas por el Estado militarizado y por las empresas extractivas, también expande las relaciones-fuerza entre mujeres. Tal economía ha estado latente en Juchitán desde hace siglos, por eso el *guendalizaa* se sostiene en la reciprocidad circulante.

Es así como en el mercado no sólo se activan prácticas de compra y venta a través del intercambio monetario, también –y principalmente– se nutre la trama vincular comunitaria a través del encuentro y el compartir entre diversas; este espacio material y simbólico constituye una de las constelaciones de la vida social donde las mujeres se reúnen, intercambian opiniones y perspectivas, colectivizan sentires y producen decisión, no sin tensiones ni dificultades. Cuando las mujeres asisten al mercado llevan consigo un conjunto de saberes y afectos que movilizan a partir del diálogo, la escucha y la cercanía para sembrar el estar, hacer, decir y ser con otras. Así logran tejer la conciencia de la existencia colectiva que nutre y procura la permanencia desde el nosotras, enraizando y atizando el fuego vital común que permite gestar múltiples formas de resistencia.

Roselia, una periodista local, expresa que “las juchitecas siempre han sido trabajadoras. El mercado es su zona, desde ahí ya las ves imponentes, son mujeres que no se dejan, mujeres que son muy altivas. Eso lo aprenden entre todas, son una fuerza grande aquí” (Roselia, Entrevista, 2022). El hacer juntas entre mujeres ensancha la fuerza colectiva que surge a partir

de la vitalidad diversa de cada una, su trabajo en el mercado les permite garantizar la existencia común satisfaciendo no sólo las necesidades básicas sino también generando gozo y disfrute en la comunidad. Ese gozo, el contenido de la vida, toma forma y puede percibirse en la energía que ellas emanan, en el movimiento libre y fluido de sus cuerpos, en las carcajadas que resuenan aún a la distancia y en la palabra suelta que pronuncian. Ese contenido también influye en su autopercepción, ellas se saben fuertes, alegres y capaces de disfrutar; así, se reconocen y se autoafirman mientras defienden la posibilidad de existir a partir de su deseo, al preguntarse cómo quieren vivir.

Por otro lado, el mercado constituye un lugar estratégico para gestionar, transmitir y potenciar la confianza en sí mismas. Como veremos a profundidad en el capítulo 3, las juchitecas *saben que saben, saben que tienen y saben que pueden*. Reconocen que a lo largo del tiempo han desarrollado un conjunto de conocimientos y prácticas vitales que les facilitan hacer, decir, organizar, movilizar y defenderse. Eso las dota de cierta autonomía y ensancha su capacidad para producir decisión.

La mujer está más dentro del mercado porque siempre es la que toma decisiones, es la líder pues. Si hay que vender algo dice “¡a ver, dámelo! yo lo voy a vender, que chingados”. O si nadie sabe cómo hacerle ella rápido dice “a ver, así se hace”. Ella sabe cómo hacerlo. La mujer tiene esa confianza en sí misma, es una confianza que dice “yo lo puedo hacer” y eso ha determinado su presencia (Bea, Entrevista, 2022).

Las mujeres han producido y sostenido la trama vincular comunitaria, en gran medida, gracias al fortalecimiento de la confianza vital y al reconocimiento de esa fuerza en red que se transmiten unas a otras –una fuerza desplegada y autoafirmada históricamente que no ha sido documentada–. Eso les ha permitido decidir no sólo en torno a su propia vida sino también

sobre asuntos colectivos. En el mercado se moviliza información de la vida cotidiana, ahí las juchitecas enseñan las costumbres y los conocimientos comunitarios básicos a las infancias, pero también se enteran de lo que sucede a su alrededor y construyen comprensiones sobre lo que sucede, particularmente en torno a la violencia que en los últimos años asedia Juchitán.

Todo lo sabes en el mercado, ahí lo escuchas. Ahí también te enteras de lo que pasa. Hay algo muy particular aquí, por ejemplo, 50Bravo ha de tener sus contactos y su forma de moverse, Cortamortaja también, pero ha de ser complicado cubrir una nota de asesinato.²¹ Pero aquí la misma gente te dice, cuando vas al mercado y preguntas te enteras de lo que pasa en cualquier lugar. Si te llevas con ellas o con los mototaxistas hasta te dicen “yo a ese hombre lo conozco y conozco a sus familiares, son tal y tal y hacen esto, se dedican a aquello”, te dicen una serie de cosas que tal vez no vas a ver en una nota porque ¿quién se va a atrever a hacer eso? ¿qué periodista o reportero se anima a hacerlo? Porque no lo van a dejar seguir investigando, lo van a querer callar de alguna forma. Pero acá, entre toda la gente saben sus secretos, acá están cuente y cuente. Es muy curioso, aquí cuando vienen las señoras a vender totopo, venden uno o dos paquetes y se quedan una hora platicando de qué ha pasado (Jesús y Christian, D.C.).

El diálogo con Jesús y Cristian, dos hombres juchitecos que han participado en diversos procesos organizativos por la defensa del territorio, permite observar que las mujeres comparten información vital para ampliar el conocimiento de lo que sucede en la comunidad y desarrollar estrategias de cuidado colectivo o autodefensa. Retomando a Silvia Rivera Cusicanqui estas prácticas sociales pueden comprenderse como formas comunicativas que permiten fortalecer las

²¹ 50Bravo es un sitio web de noticias y Cortamortaja es un diario local del Istmo, ambos son muy conocidos y comentados en Juchitán.

tramas colectivas, mientras reflejan las resistencias o tensiones que surgen en la cotidianidad. Al estudiar el conflicto social en Bolivia que se dio entre el 2000 y el 2005 a causa de las reformas fiscales y en medio de la Guerra del Gas, ella señala que dentro de las estrategias de lucha que manifiestan “la insobornable voluntad de abrir un espacio público a la dignidad y a la justicia”, las mujeres tienen un papel crucial:

Al organizar minuciosamente la rabia cotidiana, al convertir en asunto público el tema privado del consumo, al hacer de sus artes chismográficas un juego de rumores “desestabilizadores” de la estrategia represiva, al organizar circuitos de trueque y ollas populares para los marchistas de cada barrio y punto de bloqueo, lograron derrotar moralmente al ejército, dando no sólo el sustento físico, sino el tejido ético y cultural que permitió a todos y todas mantenernos furibundamente activos, roto el muro doméstico y transformadas las calles en el espacio de la socialización colectiva (Rivera Cusicanqui, 2018, p. 134).

Como veremos más adelante, las mujeres en distintas geografías hacen uso de la palabra –y de un sinfín de acciones– para impulsar y materializar múltiples luchas que disputan las condiciones de la reproducción de la vida. Ellas despliegan un complejo conjunto de saberes, prácticas y relaciones afinadas para decidir entre diversas, aunque esta dinámica no suele tener una estructura predeterminada ni, mucho menos, rígida. Las juchitecas hablan una a una, luego entre varias, conocen diferentes opiniones y comparten sus puntos de vista. La “producción de decisión” (Tzul, 2016) se hilvana con tiempo y no sin tensiones, poco a poco se cuestionan, se critican o se respaldan unas a otras y así toma forma lo que se quiere saber, decir o explicar colectivamente.

2. El comercio: sostén monetario y vincular

El trabajo alrededor del comercio marca el ritmo y el movimiento cotidiano en Juchitán. Éste se percibe con todos los sentidos: se ve, se escucha, se huele, se saborea y se siente en cada espacio. Durante todo el día pueden observarse personas transportando productos que compran o que venden; en las calles o el mercado se perciben los olores del pescado, las flores o la piel de los huaraches; los ojos se llenan de colores al mirar las frutas, los huipiles o la comida; cuando alguna mujer da a probar queso, dulces regionales o algún guisado, el gusto se estimula y la boca saliva; las texturas suaves o rugosas de las telas, el totopo o el pan revitalizan el tacto; y el sonido de las bocinas²² o los gritos de quienes ofrecen algún producto acompañan el ir y venir.

Históricamente, el comercio ha sido una labor tradicional que facilita el sostén de la vida colectiva y se basa principalmente en el trabajo cotidiano que las mujeres realizan para obtener, intercambiar y transformar materias primas, así producen diversos productos que luego salen a ofrecer. Se trata de una práctica prehispánica que las mujeres han afinado a lo largo de los años a través del saber-hacer para vender (Juárez, 2022), al aprender, modificar o adoptar procesos o mecanismos de trabajo concreto según las necesidades temporales, espaciales y contextuales.

Por ejemplo, a principios del siglo XIX, cuando las intendencias arrebataron las tierras a las y los pobladores y les prohibieron sembrar o criar ganado, las personas optaron por extraer y vender la sal, uno de los pocos recursos a los que podían acceder y explotar de forma comunal (Cruz, 1983; Tutino, 1980). Durante ese periodo, el Istmo constituyó un punto nodal para el comercio de este producto. Sin embargo, en 1825 el gobierno federal y estatal decretó la

²² En algunas Secciones como la Séptima, las bocinas tienen un papel central en el comercio y en la comunicación cotidiana. A través de ellas las personas anuncian quién vende pescado fresco o quién preparó tamalitos, empanadas o *quetabiingui*, así garantizan sus ventas. También utilizan las bocinas para invitar a fiestas o para avisar que habrá alguna misa, velorio o reunión urgente; incluso las usan para buscar a las y los niños que no han llegado a casa porque se quedaron jugando en algún sitio.

privatización de las salinas a favor de Francisco Javier Echeverría, esta decisión minó gravemente la base material de la reproducción de la vida comunitaria porque negó a los pueblos “un elemento importante de su dieta, preservación de los alimentos y comercio” (Tutino, 1980, p. 16). Ante esto, las y los juchitecos se organizaron para desplegar la primera rebelión armada para defender las formas de explotación y comercialización comunal de la sal (Cruz, 1983; Tutino, 1993).

Así, a través del comercio —que históricamente ha estado principalmente en manos de las mujeres— se materializó el trabajo que les permitió a los pueblos istmeños resistir ante la conquista. “Eran inteligentes y se adaptaban, por eso sobrevivieron. Ya cuando les prohibían vender la sal regresaban al cultivo” expresaban varias entrevistadas. Desde entonces el comercio ha sido central al revitalizar la trama vincular y sostener la economía juchiteca.

Las que tenían valor de salir a vender eran las mujeres. Mi abuela salió a vender a Chiapas. Otra vecina de por allá salió a vender hasta Nicaragua y traía bolsas de dinero desde Nicaragua, así compró las casas de sus hijos. Mi abuela iba nada más a Chiapas, llevaba totopos, camarón, curados, llevaba pescado oreado y llegando allá compraba lo que se fabricaba en Chiapas, como los *jicalpextles*,²³ que son los que se utilizan aquí, los traía y vendía en el mercado, así traía otras cosas de Chiapas y las vendía. La tradición de salir a vender es de las mujeres. Hubo muchas mujeres que salieron de Juchitán a vender a Chiapas, a Veracruz, a Oaxaca, te digo que esta señora, que se llamó Marcelina Serqueda, llegó hasta Nicaragua a comerciar. Las comerciantes, desde la época prehispánica, fueron mujeres (Beedxe, Entrevista, 2022).

²³ Los *jicalpextles* son jícaras pintadas con flores de diversos colores que simulan los bordados de los huipiles.

El comercio se enraíza con firmeza en el trabajo complementario entre hombres, mujeres y muxes:²⁴ mientras los hombres se dedican a obtener materias primas –pescado, camarón, maíz, carne o leña–, las mujeres y los muxes se ocupan de limpiar, preparar o transformar lo recibido para después salir a vender los productos, principalmente alimentos –camarón crudo, cocido o seco, pescado horneado, totopo, tortilla, tamalitos de elote, dulce de ciruela o mango, cuajada o queso con chile–. Por eso, a través del comercio también se preserva el sistema de alimentación local basado en el consumo y la preparación de alimentos frescos, es decir, del día. Así, cada mañana ellas asisten al mercado para comprar las materias primas que necesitarán para cocinar algún guisado para el desayuno, la comida o la cena.

Dani, un niño de ocho años, reconoce con claridad cómo se construye un trabajo familiar que genera el bienestar de la unidad de reproducción, “la abuela y el abuelo construyeron un trabajo. Él tiene vacas, las cuida y hace queso, y ella lo vende, así funciona mejor, desde hace años lo hacen así” explica él. La división sexual del trabajo se aprende durante la infancia, desde que las y los niños tienen cuatro o cinco años se les asignan tareas concretas y poco a poco identifican cuál es el lugar en el que participarán para sostener la trama. Particularmente, al llegar a las niñas el trabajo del comercio se les dota de un saber práctico y una riqueza concreta que podrá ampararlas de múltiples formas en la posteridad.

El papel que las mujeres tienen en el comercio se reforzó con la lógica de la escolarización que se introdujo en Juchitán a partir de 1890 (Martínez, 2016), promoviendo el patriarcado del salario (Federici, 2018). Al respecto, Silvia Federici argumenta que la separación tajante entre la producción y la reproducción promovió la desposesión de hombres y mujeres, sin embargo,

²⁴ Lukas Avendaño sostiene que la muxicidad constituye un acto social protagonizado por personas que biológicamente nacieron como hombres, pero en la vida cotidiana asumen trabajos y roles que son considerados femeninos (Avendaño, 2019. En Palacios, 2019).

éstas últimas fueron las más afectadas debido a que, en una sociedad cada vez más monetarizada, obtener ingresos a través de salarios era sumamente difícil para ellas. Esto fomentó “la condición de una pobreza crónica, la dependencia económica y la invisibilidad como trabajadoras (2004, p.118). El patriarcado del salario implementó una política “que hacía imposible que las mujeres tuvieran dinero propio, creó las condiciones materiales para su sujeción a los hombres y para la apropiación de su trabajo por parte de los trabajadores varones” (Federici, 2004, p. 155).

En ese sentido, la escuela que fue construida sobre cimientos patriarcales, como una de las principales instituciones de adiestramiento capitalista, se encargó de reproducir y fomentar ideas y prácticas que perpetuaban la subordinación de las mujeres. De hecho, hasta finales del siglo XIX, ésta impedía o dificultaba el acceso a las mujeres mientras validaba y reforzaba la participación masculina, junto a su respectiva producción teórica (Cordero, 2014).

Las familias priorizaron que los hijos varones asistieran a la escuela porque creían que después ellos podrían obtener un empleo con mayor facilidad, trabajar en alguna empresa y asegurar un salario. Para las mujeres fue más complicado ingresar, pero continuaron laborando en el comercio, desarrollaron diversas capacidades, afinaron sus habilidades y aprendieron prácticas que, hasta ahora, les han permitido obtener recursos para sostener a la unidad de reproducción y responder ante emergencias. Al sostener el comercio ellas lograron mantener bajo su control la manera en que realizaban su trabajo, ensanchando sus posibilidades vitales y burlando las prácticas de tutelaje y control sobre sí, produciendo ingresos sin ser completamente mediadas por alguna institución estatal o privada. Con la escolarización de los hombres las mujeres juchitecas no perdieron su poder, al contrario, reforzaron su capacidad de comerciar y pulieron sus oficios eludiendo –al menos parcialmente– el patriarcado del salario que se sostenía

en otras geografías. Así, el “saber-hacer para vender” (Juárez, 2022) ha sido una de las principales estrategias femeninas para sortear la precariedad económica y ampliar la autonomía colectiva.

Actualmente, la división sexual del trabajo local y las dinámicas de comercio conllevan que las mujeres se encarguen de recibir las materias primas, organizarlas, limpiarlas, transformarlas y colocar el producto en charolas, cubetas o cajas para venderlas en el mercado, en los puestos que tienen en sus casas o en la calle. Las juchitecas también venden calzado o ropa por catálogo, incluso hacen envíos de huipiles, vestidos o guayaberas a otras regiones, estados o países.

Es por estas prácticas que, pese a las múltiples violencias y amenazas desatadas en Juchitán, ni la comunidad ni las mujeres están plenamente desposeídas. Ellas se dedican a transformar las materias primas que obtienen en su territorio no para acumular riqueza, sino para hacer la vida a través del autoconsumo y la economía circular que es habilitada por el comercio, el mercado y las fiestas. Esto produce un profundo sentido de arraigo territorial porque dota de significado el vínculo con la tierra, el mar, el viento y todas las especies compañeras con las que generamos “parentescos raros” (Haraway, 2019), que brotan de la certeza de que los seres vivos “nos necesitamos recíprocamente en colaboraciones y combinaciones inesperadas, en pilas de compost caliente. Devenimos-con de manera recíproca o no devenimos en absoluto” (Haraway, 2019, p. 24).

En ese sentido, crear parentescos raros implica gestionar una forma muy otra de vincularnos con el mundo todo. Al respecto, Martín –un compañero que vive en Juchitán y participa en procesos formativos– explica que “cuando nos relacionamos con el territorio surgen conocimientos. Vas aprendiendo al leerlo, a entenderlo. Las aguas, los vientos, tienen códigos que si nos fijamos y escuchamos podemos saber qué están diciendo” (Martín, D.C.). Conocer,

sentir y saberse parte de este territorio hace brotar un sentido de lucha que da potencia a la trama vincular cuando se trata de defender la vida, tal y como expresa Esther, una férrea cuidadora y luchadora por el mar:

Cuando vinieron los eólicos mi esposo andaba pescando, fue una temporada en que agarraron muchísimo camarón, en cada jalón traían la paila llena. Vendíamos bastante esos días y teníamos mucho para comer. Por eso le digo a mi mamá “voy a luchar por el mar”. Y mi suegra me dice “¿no tienes miedo? Te vas a meter ahí, te vayan a pegar”, “no me importa, voy a morir por el mar porque ahí hay comida y eso nos mantiene” le dije (Esther, Entrevista, 2022).

Defender el territorio tiene sentido cuando hay claridad de la relación interdependiente que existe entre los cuerpos concretos porque nadie puede existir por fuera de la trama de la vida (Moore, 2020). “La interdependencia es una condición y garantía de las relaciones entre los distintos seres que habitamos este planeta viviente” (Gutiérrez y Navarro, 2019, pp. 311-312), es la condición de mutua dependencia de la vida en su conjunto, es decir, de los múltiples y diversos cuerpos que habitan el planeta. Se trata de la “condición común de la existencia sin la cual ninguna vida humana [y no humana] sería posible” (Linsalata, Navarro, Cornejo y Gutiérrez, 2023, p. 39).

El tejido móvil, poroso y dinámico de complejas tramas relacionales deja ver la mutua afección de los cuerpos, por ello la fuerza juchiteca brota de la trama vincular enraizada en la certeza de que la vida no se produce individual ni espontáneamente, mucho menos únicamente a partir de la especie humana. Al contrario, surge y se sostiene a partir de complejas y creativas interacciones entre, por ejemplo, los cuerpos de agua, las montañas y el viento que se tejen con los animales, las plantas y la infinidad de bichos, hongos y demás cuerpos sintientes que

conforman el territorio; interacciones que, como veremos más adelante, se tensan con las dinámicas que el mercado busca imponer.

En ese sentido, al nutrir la trama vincular resaltan particularmente las labores en el comercio que las mujeres realizan cotidianamente y que dependen, en gran medida, de las circunstancias y condiciones que permean la vida. Por ejemplo, “hubo un tiempo que se pensaba mucho que la opción más viable era trabajar en gobierno, tener una plaza como maestro o en alguna dependencia, pero eso cada vez se ha ido poniendo más complicado, no es fácil conseguir trabajo. Por eso, más bien, ahora se está buscando un poco más regresar a hacer comercio” explica Alba, una mujer joven que tuvo que migrar debido a la dificultad de encontrar empleo una vez que terminó sus estudios (Entrevista, 2022).

Ante la precariedad que asedia la vida cotidiana, el comercio se vuelve una opción viable para generar ingresos y sostener a la familia a través del trabajo concreto que surge de la relación con el territorio, es decir, con los ciruelos, mangos, pescado, camarón o ganado. Mientras se nutre el arraigo también se produce y se ensancha la autonomía monetaria, pues se fortalece y se defiende la red de intercambio local. Aquí radica gran parte de la fuerza colectiva juchiteca. Cuando las mujeres venden, compran o hacen trueque a través de intercambios justos y creativos, refuerzan la trama vincular de reciprocidad, confianza y apoyo mutuo que se tensa y dialoga continuamente con la lógica que el Estado militarizado busca imponer en alianza con las empresas e industrias despojadoras.

Por otro lado, la forma que toma el comercio en Juchitán habilita creativos modos de habitar y apropiarse del espacio. En las calles pueden observarse puestos de dulces, pollo o tlayudas que las mujeres instalan fuera de sus casas o en alguna esquina cercana; o colocan sus bastidores en las banquetas o en los callejones y se sientan a trabajar mientras toman aire fresco,

conversan y ríen junto a otras. Al mismo tiempo, quienes caminan ofreciendo sus productos cruzan los patios con facilidad, comparten un saludo con las y los habitantes de la casa o se detienen a conversar y luego continúan su camino. Así transitan las calles mientras enseñan a caminar a otras. Cuando son pequeñas, las niñas pueden ir de dos en dos y conforme van creciendo aprenden a andar solas. Este caminar las hace conectar(se) y re-conocer(se) con el territorio que habitan y del que son parte, tocar la tierra y saberse enraizadas juntas en ella. Así se encuentran. Hablan, comparten qué les preocupa o qué ha acontecido. Y al hacerlo *saben de sí*, ponen en palabras lo que les pasa, objetivan su vida dando forma a la cotidianidad y conectan con sus deseos y dichas.

Después de todo un día de trabajo ahí se van a sentar a cotorrear (...). Entonces, el disfrute también se hace en los espacios de comercio que se arman en las calles, donde venden panes, chocolate, dulcitos... aquí afuera, por ejemplo, en las tardes están todas las señoras que venden, hay un muxe que vende dulcito, luego al lado de ellas se sienta una señora que vende bolis, otra señora que vende pan y la que vende frijol. Entonces ahí se juntan y llegan otras vecinas, son puras mujeres que se sientan en las tardes a refrescarse, porque, por ejemplo, el acceso al cine es muy caro acá, no van. Entonces ellas construyen esos espacios (Roselia, Entrevista, 2022).

Las palabras de Roselia, una periodista cuya madre es comerciante, brindan un bosquejo de cómo las juchitecas utilizan el comercio para tramar tiempos y espacios desde un yo-nosotras, generando condiciones de posibilidad para acompañarse y producir disfrute y gozo entre diversas. Esto también les permite tejer una red de reconocimiento, confianza y apoyo mutuo que nutre la fuerza que tienen en la comunidad, una fuerza que constituye la potencia vital cuya raíz es amplia y profunda debido a que ha sido regada continuamente desde múltiples cauces. Al

respecto, al hablar de trabajo doméstico Silvia L. Gil señala que “la percepción temprana, sensitiva y racional, de la ausencia de reconocimiento, funda la identidad femenina y explica en buena medida la dificultad organizativa” (2023, p. 6). Por el contrario, cuando las mujeres juchitecas abonan al reconocimiento de sus capacidades, fortalezas y riquezas desde la infancia –como veremos en el capítulo 3– ensanchan la confianza en sí mismas y en las demás, al tiempo que afinan sus habilidades organizativas de manera colectiva.

Por otro lado, cabe destacar que, cuando las mujeres regulan el comercio, garantizan la obtención de dinero u otros bienes a cambio de su trabajo. Esto también ensancha sus posibilidades y capacidades de hacer, de decidir sobre su vida personal y colectiva, o de renunciar e irse cuando lo sienten necesario. Por estas razones, ellas transmiten y defienden el comercio como un eje central que amplifica su autonomía.²⁵

3. Las fiestas: fuente de gozo y reciprocidad

Cualquier día de la semana se celebra la vida en Juchitán. Al caminar por las calles es habitual observar personas colocando el stand o la enramada que garantizará la sombra ante el radiante sol, o poniendo las sillas alrededor –dejando suficiente espacio para bailar– mientras el conjunto musical se instala. Los coloridos adornos, visibles y llamativos, contribuyen a materializar poco a poco la fiesta que permite que el tiempo-mundo se habite de manera compartida mientras los límites del espacio privado se desbordan.

Las fiestas son un nutriente primordial para la trama vincular juchiteca. A través de ellas se fortalece y regenera la energía vital, el gozo y el disfrute, pero también se regulan los

²⁵Analizaré esto a profundidad en el capítulo 3, pero aquí es importante señalar que su trabajo en el comercio las dota de tal fortaleza.

intercambios materiales y simbólicos. A diferencia de las celebraciones que se realizan siguiendo una lógica individualista-particular donde quien invita se hace cargo de organizar y costear todo, las fiestas juchitecas se hacen entre muchas personas al activar un conjunto de relaciones y prácticas que ponen en común diversos recursos. Para materializar la fiesta juchiteca se pone en juego el *guendalizaa*, la trama vincular que es productiva y política.

Las mujeres se encargan de gestionar, organizar y colectivizar el trabajo festivo mientras activan, nutren y fortalecen el sistema relacional de apoyo, cooperación y reciprocidad que genera el gozo y bienestar para la comunidad. De hecho, varias de las personas entrevistadas señalaban que el interés de hacer las fiestas nace de las mujeres. Ellas celebran sus cumpleaños, los bautismos o casamientos de sus hijas e hijos, los quince años de las jóvenes “y el hombre no, él va a la pachanga y se va a sentar por allá, a la orilla, porque la enramada es para las mujeres. Incluso si las mujeres van y llevan a sus esposos, no esperan que ellos vayan a levantarla a bailar, ellas bailan con otra mujer, se levantan y gozan la pachanga” (Beedxe, Entrevista, 2022).

Para dar forma a la festividad, la anfitriona se encarga de comprar con anticipación todo lo necesario para preparar la botana o para adornar. El día previo las mujeres se reúnen a ayudar en lo que puedan, algunas incluso aportan recursos como maíz, aceite, tomate, cebolla o frijol, tal y como lo describen dos juchitecas:

La preparación la hacen las mujeres. Ayudas con lo que puedas. Digamos que te llega una invitación de una boda o unos quince años y tú sabes que ella va a necesitar de tu ayuda, claro que va a necesitar de tu ayuda. Tempranito te bañas porque ya sabes el compromiso que tienes, no tienen que pedírtelo. Sabes que para la fiesta tienen que matar res o pollo, tienen que hacer la comida –mole, barbacoa o lo que sea– para mandarle a los padrinos o a las madrinas por acá y por allá. Mientras unos les llevan otras se quedan

a hacer la botana. Ella (la anfitriona) no te va a decir directamente que vayas a ayudarla, ahí con la invitación te está diciendo que necesita de tu ayuda. No es necesario que sepas hacer botana, puedes ayudarla en lavar los trastes, en barrer su casa, en limpiar, en muchas cosas se puede ayudar (Heidi, Entrevista, 2022).

Por ejemplo, en una boda todas las mujeres van y le hacen solidaridad a la mamá de la novia, porque es la que se lleva todo el trabajo siempre, es la que va a pensar qué botana se va a hacer, es la que va a pensar qué se va a necesitar, es la que va a organizar, ella le va a decir al hombre lo que va a hacer: “me vas a traer la rama”, “recibes la cerveza”, “amarra el adorno”. Ella dirige y el hombre “ah bueno”. Se va a hacer como ella dice, no podemos dejar que el hombre diga cómo se va a hacer, nosotras tenemos que decir lo que va a ser. Un día antes de la boda, temprano, se empiezan a hacer las botanas, la comida, todo, ahí es la cooperación. En caso de que se haga enramada, todos los hombres van a hacer la enramada. El tequio así se hace, ya cuando se casa el hijo del otro ya le toca de regreso (Bea, Entrevista, 2022).

El *guendalizaa* como trama vincular se vuelve una forma de vida que enraíza la existencia colectiva a través de la fiesta y se nutre por la solidaridad y la cooperación cotidiana. Se trata de prácticas de enlace que se sostienen a partir del trabajo que brota de cuerpos concretos, cuerpos de mujeres que se mueven de un lado al otro para preparar el mole, el guisado o las botanas; que limpian y organizan el espacio; que colocan estructuras y adornan. Así, esas mujeres con su trabajo invitan a celebrar la vida mientras cultivan la trama.²⁶

²⁶ Si bien los múltiples trabajos que se requieren para producir la fiesta generan cansancio y desgaste corporal y mental en las mujeres (Juárez, 2022), en este apartado me centraré sólo en analizar el papel de las juchitecas al nutrir la trama vincular.

La fuerza del *guendalizaa* se siembra desde la infancia, las y los niños aprenden a corta edad la vitalidad del hacer entre todas(os). Poco a poco identifican cuál es su papel en la fiesta y cómo pueden desempeñar su labor de la mejor manera. Las niñas, por ejemplo, participan en la preparación de la botana cuando ya tienen unos ocho o nueve años; y los niños se encargan de colocar sillas o espantar a los perros que se atraviesan mientras los hombres colocan la estructura del stand o la enramada que generará sombra. Estos aprendizajes se van afinando y complejizando conforme las niñas crecen, poco a poco su participación se vuelve más amplia y adquieren mayores responsabilidades.

Una vez cubiertos los preparativos, durante la celebración pueden observarse múltiples y creativas estrategias de sostén circular que se basan en el dar y recibir lo que es posible porque significa estar presentes, saberse y ser parte del hacer común. “Cariño quiere cariño” dice una de las mujeres entrevistadas para explicar la vitalidad de la reciprocidad, una práctica creativa, política y productiva que posibilita la organización y el disfrute colectivo. Al llegar a la fiesta, la aportación de los hombres es un cartón de cerveza que, generalmente, compran en el puesto que está en la entrada de la calle o del stand. Por su parte, las mujeres que no pudieron ayudar con los preparativos a veces llevan alguna botana y la entregan a la anfitriona junto con la limosna, que analizaré a profundidad en el capítulo 3.

La fiesta, al igual que el trabajo en el mercado o el comercio, permite movilizar la economía circular comunitaria porque implica activar la red de intercambios dinámicos que beneficia a múltiples unidades de reproducción y redistribuye los recursos. Por ejemplo, cuando hay una celebración la mayordoma prepara el traje, el olán y el refajo que usará ese día. A veces compra algún listón para trenzarse, busca flores para adornar su cabello y en algunos casos incluso asiste con alguien para que la peine o la maquille. También se contrata algún grupo o

conjunto musical para que amenice el día. Además, el adorno de la fiesta es igual de importante, en algunas ocasiones las y los familiares o vecinos son quienes se encargan de hacer o comprar los adornos y de colocarlos, otras veces se paga a alguien para que decore.

Hay veces que la gente crítica y dice que hay muchas fiestas aquí, pero eso ayuda mucho, a muchas familias ayudan las fiestas. Cuando recién terminó lo del terremoto, mucha gente que dependía de las fiestas se quejaba porque no había. Hay una familia en que la mayoría son meseros y, por ejemplo, después del terremoto o cuando el COVID, se quejaban porque no había cómo subsistir, porque ellos de eso dependían, la señora, su esposo y sus dos hijos eran meseros y decían “pues ni modo” y se dedicaron a hacer otras cosas. Fueron épocas en que no había dinero, sin fiestas no era igual aquí en Juchitán. La gente trabaja mucho con las fiestas, desde la que hace las tortillas, el campesino, las tejedoras, las bordadoras, las que hacen los olanes, los que hacen los dulces típicos (*na* Asunción, Entrevista, 2022).

Na Asunción es una comerciante juchiteca, ella como muchas otras atestigua que las fiestas permiten que la energía, el dinero y múltiples recursos circulen para reequilibrar y satisfacer necesidades colectivas. Los intercambios se sostienen con reciprocidad a lo largo del tiempo, “tú me ayudas ahora, yo lo haré después”. Como vimos en los apartados anteriores, esta forma de relación que se ha producido históricamente en Juchitán no sólo se habilita en las fiestas sino también a través de múltiples prácticas. Las juchitecas se refieren a este proceso como “la participación en la comunidad”. Cuando dicen “ella participa mucho en las fiestas”, se refieren a que esa mujer “es parte de” porque ayuda con los preparativos, lleva limosna, regalo o cartón de cervezas y por lo tanto nutre el espacio y el tiempo de gozo.

En ese sentido, las fiestas materializan la celebración de la vida, la producción del contento y el ensanchamiento del disfrute en un espacio-tiempo en que la vida es asediada continuamente y la muerte aparece como la sombra que acompaña en todo momento. En Juchitán como en muchos otros lugares, las mujeres no sólo sostienen la vida, también el tránsito de la muerte. Cuando asistí a algunos velorios observé cómo las mujeres gestionan, organizan y distribuyen el trabajo colectivo necesario para los diversos rituales y momentos de despedida.

En una ocasión, por ejemplo, falleció el hijo de una vecina, un hombre joven que visitaba a su familia. En cuanto se enteraron de lo sucedido, muchas mujeres asistieron a acompañar a la madre. Algunas estaban presentes en los rezos y conversaban adentro de la casa mientras otras se encargaban de preparar la comida que repartirían al terminar los rosarios. Por la mañana, hacían el almuerzo y más tarde la comida y la cena. Mientras se hacían los rosarios, la mayoría de los hombres se mantenían afuera tomando cerveza, platicando y contando chistes de vez en cuando. Algunos hacían mandados para traer lo que las mujeres les pedían, o se encargaban de transportar las ollas con la comida, luego regresaban con los demás.

A partir de su trabajo concreto las mujeres despliegan una fuerza colectiva que ayuda a la comunidad a transitar momentos significativos, pero también a nutrir el sentido de lo que está sucediendo al producir explicaciones. Por otro lado, las fiestas constituyen espacios privilegiados para la producción de gozo, contento y disfrute entre diversas.

La fiesta es todo un sistema de organización muy cabrón acá, las que están ahí son las mujeres, desde las que van a ayudar en los nueve días, un casamiento, un velorio... las que están ahí son las mujeres, ellas construyen ese espacio, un espacio exclusivamente de ellas. O sea, en los preparativos, por ejemplo de la botana, no entra ni un hombre. Y además en ese espacio se cuentan sus intimidades, se cuentan, se burlan y hablan mucho

de las relaciones sexuales, juegan mucho con el doble sentido. Las fiestas son espacios que ellas utilizan para desestresarse de todo, olvidarse de la casa, de la familia, del marido...ir a una fiesta es ir a bailar, fiestas son el espacio de disfrute de las mujeres (Roselia, Entrevista, 2022).

Las mujeres producen el contenido de la vida al compartir, reconocerse juntas y conectarse con lo que las rodea como una experiencia común, como un sentir que nace de ser parte de un todo vinculado a los ciclos vitales, al percibir el paso del tiempo y los días significativos en la existencia. Ellas crean el disfrute a partir de la palabra y las risas; al pasar los sentires por el cuerpo los externalizan y los ponen en común para generar comprensiones colectivas mientras amplían el contenido. Estar, decir y hacer con las otras les permite saberse acompañadas, reconocen que no están solas y se esfuerzan por mantener su existencia entrelazada.

Las mujeres construyen esa red cuando van a hacer una fiesta, se juntan a ayudar y así ya son un colectivo que cotorrean, dicen si tienen algún problema... ese espacio lo crean ellas. El *guendaracádxiiña* es el lugar del trabajo comunitario, es un espacio exclusivamente de ellas donde se dedican a hacer el trabajo, la comida, la botana de una fiesta, de un velorio, los tamales, el chocolate... todo se hace de esa forma, es un espacio que ellas crean, donde socializan, donde se encuentran y donde dialogan (Roselia, Entrevista, 2022).

Las fiestas construyen un espacio-tiempo de socialidad y compartencia del gozo y del trabajo. Así, la trama vincular se teje con diversos y coloridos hilos de relación que sostienen la vida comunitaria. “Las mujeres son las que se organizan, son las que conviven ahí y tejen amistades con otras mujeres. Por eso las fiestas de Juchitán son importantes. El significado de la

fiesta es festejar la vida” expresa Bacaanda²⁷ (Entrevista, 2023). La afectividad y el cuidado también se hacen cuerpo a través de la fiesta, las mujeres se abrazan, pronuncian palabras de cariño y bromean. Un nosotras que toma fuerza, incendia e irradia alrededor cuando una a otra se invita a bailar y a dar vueltas en medio de la pista, cuando conversan y se ríen a carcajadas.

4. Claves para comprender la trama vincular

Como hemos visto a lo largo de los apartados anteriores, cada día las mujeres realizan múltiples trabajos y actividades para garantizar la reproducción de la vida: alimentan, cocinan, limpian, lavan, siembran, cosechan, riegan, cuidan, sanan, curan, comunican, cosen, administran, gestionan, planifican y un largo etcétera. Pero también, como veremos posteriormente, tienen un papel central en las luchas abiertas: son estrategas, hablan, producen decisión, organizan, negocian, reclaman, marchan, pintan, rompen, defienden y gritan. Ellas son uno de los pilares que afianzan la existencia colectiva y, al mismo tiempo, atizan el deseo de definir cómo se quiere vivir.

Algunas investigaciones se han centrado en indagar el despliegue organizativo, de lucha e insubordinación que las colectividades humanas se esfuerzan por sostener para reequilibrar las relaciones y tejer otra forma de estar en el mundo. Sin embargo, con mucha frecuencia las mujeres y su hacer parecen ser sólo un subconjunto sin singularidad propia dentro de los entramados comunitarios. Inmersas en lo colectivo como generalidad, el trabajo específico, particular y diferenciado que ellas realizan en esta multiplicidad de creativas luchas por producir y defender lo común se mantiene oscurecido, confuso y disuelto.

²⁷ Bacaanda es una palabra de raíz zapoteca y significa “sueño”. Es un pseudónimo que utilizaré para salvaguardar la identidad de esta persona.

En ese sentido, a lo largo del capítulo desarrollé la noción de “trama vincular” con la intención de poner en el centro el tejido de vínculos que hacen posible la reproducción de la vida y dar cuenta de la singularidad práctica, simbólica y sensible que las mujeres producen dentro de la trama comunitaria o popular. Utilizo este concepto para nombrar una específica y creativa forma de tejer, gestionar y organizar las relaciones de interdependencia.

La perspectiva de la interdependencia que ha sido cultivada dentro del área de Entramados Comunitarios y Formas de lo Político²⁸ parte del entendido de que la reproducción de la vida no es posible en términos individuales y, mucho menos, a partir de la autosuficiencia especista. Ninguna vida está garantizada de por sí, todas necesitan ser sostenidas y nutridas por otras, “existe entre los cuerpos de todos los organismos vivos una relación constante de constitución conjunta y mutua-afección” (Linsalata, Navarro, Cornejo y Gutiérrez, 2023, p. 41).

En ese sentido, la interdependencia es, antes que todo, la condición de mutua dependencia y afección de todo lo vivo, por ello nos invita a pensar la vida como un continuo y sostenido flujo de relaciones (Navarro y Linsalata, 2021; Linsalata, Navarro, Cornejo y Gutiérrez, 2023). “Interdependemos, por tanto existimos” sostiene Lucía Linsalata (2020). Asumir la interdependencia como una condición vital implica reconocer que no es algo “bueno” o “positivo” de por sí, y no implica la producción de bienestar a priori. Más bien, se encuentra en constante disputa y definición (Linsalata, 2020).

Al respecto, Linsalata, Navarro, Cornejo y Gutiérrez (2023) sostienen que pensar la interdependencia también implica poner en el centro la vulnerabilidad y la precariedad de la vida, es decir, reconocer la finitud de los cuerpos que nacen, crecen y mueren, y que, por lo tanto,

²⁸ Como ya mencioné, esta área ha sido sostenida principalmente por Raquel Gutiérrez, Mina Navarro, Lucía Linsalata y Amaranta Cornejo, como parte del posgrado en Sociología del Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades de la BUAP.

necesitan ser cuidados y procurados. Cabe destacar que, en la realidad capitalista, heteropatriarcal y colonial, la vulnerabilidad es una condición que se vive socialmente de forma desigual: no todas las personas experimentamos la vulnerabilidad de la misma forma, así como tampoco cuidamos o gestionamos el bienestar común de manera similar.

La noción de trama vincular se nutre de estas comprensiones con el objetivo de distinguir con claridad las múltiples voluntades, labores y recursos que cotidianamente las mujeres comparten para sembrar, cultivar, avivar y cuidar los vínculos profundos y creativos que – basados en la cooperación, el enlace y la reciprocidad– garantizan la vida colectiva, producen común, sostienen la insubordinación y regeneran las luchas contra múltiples despojos y violencias.

Al poner en el corazón del análisis las prácticas y las relaciones afectivas, materiales y espirituales que las mujeres despliegan y reactualizan para nutrir, recrear y expandir las tramas vinculares es posible, por un lado, rastrear y dar forma al potencial subversivo y al horizonte de posibilidad vital que ellas abren, y, por otro lado, revitalizar nuestras capacidades intelectuales y sensibles para ensanchar la propuesta de intelección que hasta ahora se ha construido. Como clave analítica, la trama vincular es útil para plantear y debatir en términos de articulación, es decir, a partir de los cuerpos en movimiento que se vinculan, dialogan, aprenden y se expanden. Esto significa que permite desbordar la lógica neoliberal que nos limita a ver las cosas uno a uno, comparando y fragmentando, por el contrario, nos invita a navegar entre lo individual y lo colectivo desde el vínculo que es puente, semilla y raíz.

De ese modo, la trama vincular integra la dimensión relacional de la vida. Constituye un tejido colectivo de siembra, cultivo, regeneración y cuidado de vínculos cooperativos y sensibles entre mujeres, de ellas con otras(os) y de ellas con el mundo todo, que en su conjunto crean las

condiciones de posibilidad cotidiana para sostener múltiples y diversas luchas. Ésta garantiza el enlace de diversos cuerpos, nutriendo, produciendo y gestionando cercanía afectiva, concreta y arraigada con aquello que nos rodea. En ese sentido, brota a partir de la comprensión de que somos seres entramados, singularidades entretrejidas que se afectan y se implican entre sí, anudándose en múltiples conexiones, variadas y cambiantes.

La fantasía de la individualidad racional y autosuficiente (Hernando, 2012) es una de las creencias más perversas de la modernidad occidental, se cimenta en la negación de las relaciones de interdependencia que la vida requiere y promueve la naturalización de las desigualdades y de las condiciones de explotación, control y dominio de la naturaleza, las mujeres y los pueblos colonizados (Mies, 2019). Se trata, entonces, de “espejismo que se basa en ocultar las dependencias y los sujetos que las resuelven” (Pérez Orozco, 2014, p. 210). Sin embargo, cuando la interdependencia se coloca en el centro

la realidad deja de estar protagonizada por personajes clásicos masculinizados para dar paso a una complejidad nueva: en lugar de individuos, emergen relaciones; en lugar de solo sujetos racionales, corporeidades; en lugar de unidades, comunidades; y, en lugar de pretensiones de autosuficiencia, vulnerabilidad constitutiva (Gil, 2023, p. 8).

La trama vincular se teje con la noción de interdependencia para desplazar y corroer la fantasía de la individualidad (Hernando, 2012), facilitando el reconocimiento sensible de ser y hacer parte del existir colectivo. Esta específica vincularidad emerge, se sostiene y se enraíza en el trabajo concreto que cada mujer habilita continuamente para enlazarse, unirse y organizarse con otros cuerpos. Ellas ponen a disposición creativos saberes, experiencias y haceres para hilar la existencia, desplegando trabajo en red para satisfacer necesidades, generar intercambios equilibrados, nutrir los afectos y cuidar o defender la vida transitando creativos caminos de lucha.

Como veremos en el capítulo 3, estos conocimientos, significados de vida, prácticas y habilidades no surgen de la nada, más bien, son legados que se han pulido y afinado con el tiempo, año tras año. Desde la infancia, las mujeres aprenden y transmiten cada día un cúmulo de recursos, herramientas y sensibilidades que construyen una forma de estar en el mundo, de ser-con-la otredad. Ellas, por ejemplo, se enlazan con el mar como cuerpo de agua que brinda alimento, o con la montaña que emana el aire que se respira o la leña que calienta el fogón, o con el maíz que nutre a través del totopo, la tortilla o los tamales.

De esta manera, las tramas vinculares producidas por las mujeres conforman una parte significativa de la específica subjetividad colectiva corporeizada en los entramados comunitarios. Estas tramas nutren las luchas, amplían los horizontes de deseo y hacen latir el gozo y el contento de la vida mientras ensanchan la autonomía en medio del caos y la hostilidad. A través de ellas se producen relaciones y acuerdos necesarios para abrir caminos fértiles de conexión y enlace, nutriendo diversas capacidades sociales que permiten diluir, erosionar o desbordar formas de relación capitalistas y patriarcales impuestas que se basan en la agresión y el despojo de las creaciones y la riqueza concreta.

La trama vincular es raíz, semilla y fruto. Nutre, alimenta y hace brotar formas específicas de vinculación y lucha que se dotan de sentido y significado propio. Ante el torrente de expropiaciones y violencias que continuamente amenazan el sustento colectivo, brinda seguridad y certeza de que la vida se hace en colectivo porque es interdependiente. De hecho, “nada, absolutamente nada, preexiste a las relaciones que lo constituyen biológica e históricamente. La vida en tal sentido no es algo dado de antemano, sino algo que se hace, que ocurre permanentemente con otros seres convivientes” (Linsalata, Navarro, Cornejo y Gutiérrez, 2023, p. 41).

La vida es un sistema dinámico cuyas redes de relaciones fluyen y se implican constantemente. Por eso, la trama vincular permite que las personas respiren con más ligereza al saberse parte de una red de relaciones que acompañan; al mismo tiempo, facilita la producción de la riqueza material y simbólica que impulsa procesos para impugnar, contrarrestar, desafiar y subvertir la dominación. Así, constituye un camino fértil de resistencia, de fortalecimiento y cobijo, pero también una práctica que dignifica la vida y permite producir, conservar, ampliar y legar riqueza concreta. Por ello, se vuelve fuego vital, un núcleo cálido que se encuentra en el centro de la lucha.

Pese a los esfuerzos patriarcales y capitalistas que buscan mantenerla oscurecida e invisible, poner en el centro el potencial vinculante dentro de la trama propicia una comprensión práctica de la relación y del trabajo que sortea y desborda la lógica de la valorización del valor, pero también permite su re-conocimiento como una práctica política expansiva y gozosa que brota en territorios sintientes y garantiza la sostenibilidad de las luchas. De hecho, ante la crisis

queda en evidencia el daño vital que implica un sistema construido en torno a los intereses del proceso de acumulación, así como la falsedad del modelo de autosuficiencia vital: se ven con claridad el carácter eminentemente vulnerable de la vida (que obliga a cuidarla si queremos que sea) y la interdependencia como relación económica principal (si bien resuelta de manera sumamente desigual). (...) La población se sostiene gracias al funcionamiento de redes y a la activación de un sostenimiento de responsabilidad por lo colectivo (Pérez Orozco, 2021, p. 171).

La trama vincular acuerpa una memoria de interdependencia que reaviva el deseo y el sentido de estar y hacer la vida común. Aun cuando esta forma de habitar el mundo es asediada constantemente por el ensamblaje violento y precario, la trama vincular permite poner en el

centro las relaciones y atizar la energía vital, dinamizando la fuerza y la sensibilidad para defender y garantizar el sostenimiento material, simbólico y afectivo de la existencia. Impulsa, así, modos de vida y lucha cooperativos y recíprocos que subvierten las lógicas patriarcales, estatales y capitalistas, resquebrajando la dominación, frenando el despojo y limitando la expropiación para decidir sobre la propia vida y ampliar la autonomía.

Partir de la trama vincular para construir el análisis permite sacar a la luz y nombrar la potencia vital que nutren las mujeres a partir de su hacer cotidiano, reconociendo sus múltiples creaciones y las riquezas concretas que producen. Al mismo tiempo, facilita un pensamiento abierto que va más allá de lo local situado e inmediato, porque la trama vincular es móvil, elástica y flexible debido a que las mujeres se mueven junto con su potencial generativo vincular, es su fuerza la que se despliega en la geografía en la que se encuentren. Las que se van, las que circulan de un lugar a otro, las que migran o regresan siguen enlazadas –aunque no en lo cotidiano sino en lo temporal concreto–, su sabiduría, sensibilidad y capacidad las acompaña siempre y se teje con otras.

Como veremos más adelante, cuando están juntas su hacer colectivo produce y afianza fuertemente un apoyo sostenido que, ante diversos movimientos, se modifica y crea momentos de lejanía, más no de desvinculación. Ellas hacen un gran esfuerzo por gestionar la distancia y la presencia. Al poner en el centro el deseo de preguntarse y decidir cómo quieren vivir, desbordan y subvierten –al menos parcialmente– las economías y las estructuras de muerte. La trama vincular, entonces, reaviva y recentra el contenido de la vida y la fuerza que da potencia la lucha, como el viento que atiza la chispa para encender nuevamente el fuego.

Conclusiones

Este capítulo es un esfuerzo por bosquejar la trama vincular que da potencia y nutre la vida comunitaria juchiteca, pero también por objetivar el papel de las mujeres en su producción al reconocer y dar valor a los múltiples trabajos concretos que realizan cada día, así como también a las creaciones y experiencias acumuladas que conforman una inmensa riqueza colectiva. Ellas tienen un lugar central al crear, fortalecer y ensanchar esta trama pues, al poner en común su energía, tiempo, conocimientos y afectividad, nutren un conjunto de prácticas y relaciones que dan forma a los tres principales pilares comunitarios que sostienen el *guendalizaa*: el mercado, el comercio y la fiesta. A través de éstos se enraíza la existencia colectiva y se genera un profundo arraigo con el territorio que, al mismo tiempo, nutre la memoria que dota de significado la vida y las luchas.

En ese sentido, mostré cómo el mercado, el comercio y la fiesta se basan en gran medida en la economía circular que se habilita entre las mujeres. Ellas se apoyan, intercambian recursos o adquieren productos entre sí y juntas satisfacen necesidades colectivas que el capitalismo se esfuerza por enmascarar como particulares, como comer, beber, vestir o dormir. Por ejemplo, al hacer una tanda de comida (aunque no la nombren como tal): alguna le compra arroz con leche a otra, pero cuando ésta necesite vender la otra también la apoyará comprando. El trabajo concreto circula a través del comercio que materializa y simboliza el sostén entre mujeres, no se compra sólo para consumir sino para posibilitar la vida común. Así, surgen “redes de producción, distribución y consumo semimonetizadas y/o en los márgenes de los mercados capitalistas” que son capaces de sostener la reproducción social colectivamente (Pérez Orozco, 2021, p. 172).

Las mujeres se apoyan entre ellas, por ejemplo, en el mercado hay trueque. O le dices a tu vecina “voy a salir a vender esto, pero cuida a mi hijo”. Siempre está esa relación, esa comunicación entre mujer y mujer. Nunca ves a un hombre pedirle un favor a otro hombre, porque es tan alto el ego que no te permite hacer esas cosas. Pero siempre hay muy buena comunicación entre mujeres (Naxiñá, Entrevista, 2022).

Por otro lado, el apoyo mutuo entre diversas atiza la fuerza colectiva al nutrir el reconocimiento de cada una. En Juchitán las mujeres son conocidas y se vuelven un referente incluso geográfico: la mayoría de las personas saben, por ejemplo, quién es *na* Catalina en la Segunda sección,²⁹ o *na* Rosa en la Quinta. Cuando le dicen a las niñas o niños “ve a traer esto a casa de *na* Elia” ya conocen dónde es. Y las personas también se ubican así, “es por allá, por la casa de *na* Irma...”. Al producir la trama vincular las mujeres habilitan una lógica de reconocimiento mutuo que implica la práctica de mirarse y nombrarse entre sí, lo que les permite ser y saberse visibles.

El trabajo concreto que las mujeres realizan como cuerpo colectivo nutre la trama vincular del *guendalizaa*, es decir, el sistema de vida que pone en el centro la reciprocidad y el apoyo mutuo. Ellas establecen, dilatan y siembran un conjunto de relaciones para hacer la vida y movilizar la economía juchiteca. Así, al reequilibrar el flujo de trabajo, energía y dinero, se sostienen las unidades de reproducción y se genera el bienestar colectivo.³⁰

Por eso, desposeer a las mujeres significa resquebrajar a la comunidad, dañar el corazón que une y da fortaleza al entramado colectivo. Como veremos en el siguiente capítulo, el Estado militarizado ha impuesto múltiples violencias, polimorfos y voraces, para dañar, resquebrajar,

²⁹ Juchitán está organizada por nueve secciones y más de 40 colonias. Las secciones fueron nombradas según se fueron habitando, por eso se llaman “primera sección”, “segunda sección” y así continuamente.

³⁰ En el capítulo 3 profundizaré en este tema.

debilitar y transformar la trama vincular juchiteca, minando las luchas. Las violencias masacran los cuerpos concretos y los territorios, pero las mujeres revitalizan continuamente la trama, cuyo sentido comunitario es necesario para burlar, transgredir e insubordinar el ataque. Ellas, a través de sus cuerpos, sus saberes y su tiempo, bombean el corazón colectivo que posibilita la vida y atiza la fuerza y la capacidad de luchas en un contexto de muerte.

CAPÍTULO II. LA REPRODUCCIÓN DE LA VIDA EN DISPUTA.

LAS OFENSIVAS CONTRA LA TRAMA VINCULAR

*

Introducción

Juchitán está en una situación de descomposición social. Ahorita Juchitán se encuentra en una situación de inseguridad, aunque si hacemos una reflexión profunda esto es resultado de la inversión extranjera, la repartición desigual de la riqueza en la zona... pero se van perdiendo los valores de la ayuda mutua. En la región del Istmo se desarrolla uno de los proyectos más grandes de Latinoamérica de generación de energía eólica y ahora el CIIT [Corredor Interoceánico del Istmo de Tehuantepec]. Esto surge de los intereses del gobierno y gente poderosa, siempre con este discurso de progreso para los pueblos, a base de engaños, de robos de tierra y todo lo que el gobierno suele poner en práctica. Esto hace que se empiece a desbaratar el tejido social (Óscar, Entrevista, 2023).

Desde principios del periodo colonial, el Istmo de Tehuantepec³¹ ha sido un territorio en permanente disputa y ha despertado el interés de múltiples actores que buscan aprovechar su ubicación y la riqueza que cobija para convertirlo en una vía de comunicación interoceánica y extraer sus recursos. A lo largo de los años, para garantizar la explotación y el saqueo, el Estado militarizado en alianza con empresas extractivas –nacionales y transnacionales– ha buscado

³¹ Geográficamente, el Istmo de Tehuantepec se divide en dos subregiones: al norte el Istmo veracruzano y, al sur, el Istmo oaxaqueño. En este texto sólo me centraré en el análisis de este último, conformado por los distritos de Juchitán y Tehuantepec.

debilitar la trama vincular que las mujeres producen al realizar múltiples esfuerzos por afianzar y garantizar la reproducción material y simbólica de la vida.

De hecho, durante los siglos XIX y XX, los procesos de modernización e integración económica a los circuitos de comercio global impulsados por el Estado reforzaron el interés capitalista de ingresar al territorio istmeño (Lucio, 2016), arremetiendo contra la vida con especial fuerza a partir del siglo XXI. Esta dinámica ha configurado al Istmo como una “zona de sacrificio” que, para promover el “desarrollo” y el “progreso”, ha sido invadida por múltiples corporaciones transnacionales que materializan modelos extractivistas, generan devastación ambiental, explotación laboral y promueven el saqueo y la expropiación de los bienes comunes (Di Riso et al. 2012; Svampa y Viale, 2014).

Actualmente, el proceso de despojo, expropiación y exterminación en el Istmo se afianza con la imposición del Corredor Interoceánico del Istmo de Tehuantepec (CIIT) que, al igual que diversos megaproyectos anteriores, es impulsado por el Estado militarizado con el particular despliegue de la Secretaría de Marina (SEMAR) para garantizar la gestión, administración y construcción del proyecto. Así, el ataque a la vida de quienes siguen lógicas comunitario-populares se consolida a través de la “guerra neoliberal” que, según Dawn Paley, es “una guerra amplia contra el pueblo mexicano, gestionada por los estados, en beneficio del capital transnacional”, es decir, “la violencia estatal se encuentra en la raíz de las demás violencias desplegadas” (2020, p. 15-17) y produce “opacidad y confusión que contribuyen a la despolitización de la violencia y suele esconder el papel de la militarización en agravar la violencia y el papel del Estado en la creación de la impunidad” (Paley, 2020, p. 52) sembrada desde la oficialidad.

En ese sentido, el objetivo de este capítulo es mostrar las ofensivas que el Estado militarizado y las empresas transnacionales han desplegado en el Istmo de Tehuantepec, particularmente en Juchitán, para desgarrar las formas de relación, concretas y situadas, que han hecho de este territorio un cuerpo sumamente resistente. Al analizar la rapiña y la violencia desatada puede observarse que lo que está en disputa es la forma de gestionar la reproducción de la vida: la trama vincular tan potente que las mujeres han producido a lo largo de los años es atacada ahora con mayor voracidad, no sólo asesinando abiertamente a las personas sino también intentando modificar las relaciones que se nutren a través del *guendalizaa*, del hacer, estar y ser colectivo.

Así, mi intención es bosquejar las capas de dolor y los ataques contra la trama vincular, particularmente a través del despojo radical del territorio, de las capacidades organizativas y de la energía vital. Los asesinatos constantes, las desapariciones, los enfrentamientos armados y las diversas amenazas se suman a la precariedad que busca desgarrar el sostén común y los saberes prácticos que la población ha desarrollado. Sostener la existencia en medio de tanta violencia se vuelve cada vez más complicado. De hecho, algunas personas se preguntan “¿cómo va a ser después la gente por todo esto que está pasando?” (na Ángela, Entrevista, 2022). ¿Cómo cambia la vida al estar en constante asedio por la violencia? El terror se instala imponiendo drásticos cambios en la cotidianidad, la forma de habitar y de vivir se ha transformado poco a poco y, pese a ello, la trama vincular sigue latiendo.

1. La precariedad: el despojo de la energía vital

Quisiera dejar de darle tanta energía a la precariedad. Ya me cansé de pensar que no me alcanza, de hacer cuentas todo el tiempo y de tener que estirar el dinero. Vivir en un

estado de precariedad tan cabrón es agotador, aunque tengamos otras fortunas (Jan, D.C.).

La trama vincular que las mujeres producen es asediada continuamente por múltiples flancos. Para empezar, el incremento en el costo de la canasta básica y de los bienes o servicios necesarios para vivir cerca cada vez más la existencia, facilitando la explotación y el despojo. En los últimos años dos sucesos han impactado fuertemente la vida y la economía juchiteca: el terremoto y la pandemia. Como veremos más adelante, el terremoto de 2017 generó significativas pérdidas materiales –las casas, negocios, medios de existencia y espacios comunitarios quedaron destruidos– y los alimentos aumentaron de precio de un día para otro. Tras creativos esfuerzos, poco a poco la economía local se iba recuperando, pero en 2020, con la llegada de la pandemia de COVID-19, el costo de la canasta básica, del transporte y de diversos recursos o servicios –principalmente relacionados al área de la salud– se dispararon de nuevo.

A partir del 2022 “todo se volvió impagable”. La precarización de la vida cotidiana es preocupante para las personas porque acceder a recursos para satisfacer necesidades básicas es cada vez más complicado. “La inflación es descontrolada y no se puede hacer nada, es una situación extraordinaria, muy crítica. Aquí hay familias que ahora ya no conocen la carne, el pollo ni la leche, que viven con 100, 200 pesos al día y tienen hijos que van a la escuela” expresa Roselia, una de las periodistas que ha dado seguimiento al tema en la región (Entrevista, 2022). A mediados de ese año, por ejemplo, media piña costaba 90 pesos, el cono de huevo alcanzó los 100 pesos y el kilo de tomate casi duplicó su precio a comparación del año anterior. ¿Cómo se puede vivir pagando esas cantidades cuando, según el Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI, 2024), el ingreso promedio a nivel estatal es de 4,220 pesos mensuales?

¡Ahorita todo está caro! ¡De plano, cómo estamos! Todo subió y el dinero ya no alcanza. Mucha gente se está quejando. Yo estoy sola, pero tengo mis gastos también, tengo que pagar la luz, pagar... el gas hace poco lo compré, pagué con \$500 y nada más \$2 de cambio me sobró. Ahora no sé si ya subió otra vez. Y la luz ¿cuánto llega? 250, 300... Y el casillero de huevo casi 100 pesos, antes era barato comer huevo. Y la gente que tiene hijos chiquitos o a veces su marido no tiene trabajo pues ¿cómo le hace? hace cositas para vender y si no se vende ¿cómo le hace para vivir, para sobrevivir? (na Ángela, Entrevista, 2022).

Uno de los elementos centrales de la ofensiva capitalista del Estado militarizado, que intenta dañar y desgarrar la trama vincular, es la precariedad que se impone y busca asfixiar la existencia colectiva, se trata de una agresión y cercamiento que atraviesa la cotidianidad en sus múltiples ámbitos. A través de la precarización se despoja radicalmente de la energía vital a las personas, que tienen que trabajar el doble o el triple para generar ingresos y satisfacer las necesidades básicas de la unidad de reproducción. Al mismo tiempo, las capacidades organizativas son minadas cuando la población tiene que dedicar gran parte de su tiempo y su energía a obtener alimentos o “estirar el dinero” para pagar los principales gastos. Por ello, en muchas ocasiones, para las mujeres la lucha se convierte en otra jornada más. Así se intenta desgajar la fuerza de la trama vincular.

Como hemos visto, Juchitán es un nodo central del comercio en la región. La vida colectiva se sostiene en gran medida a partir del trabajo que principalmente las mujeres realizan en torno a la compra, venta e intercambio de diversos productos. Sin embargo, pese a que el comercio es uno de los pilares significativos para sostener la vida colectiva y permite que se

movilicen los recursos monetarios, para quienes se dedican a otras labores o tienen un empleo obtener ingresos es aún más difícil.

Aquí hay profesionistas, el detalle es que no encuentran trabajo. He visto a muchos señores que terminaron de contador, de licenciado o de ingeniero y andan de mototaxistas. Es difícil encontrar trabajo y si encuentran les pagan una miseria, muy poquito, apenas para pasar el día, para sobrevivir, no les alcanza. Solamente que se vayan fuera, pero van a arriesgarse y gastar lo poquito que no tienen (*na Irma, Entrevista, 2022*).

Na Irma trabajó arduamente y se esforzó durante muchos años para que sus hijas estudiaran una carrera, sin embargo, una vez que salieron de la universidad no pudieron encontrar un empleo. La precarización garantiza que las y los juchitecos acepten trabajos en los que laboran diez o más horas diarias a cambio de dos o tres mil pesos a la quincena. Por ejemplo, quienes laboran en locales comerciales o tiendas departamentales como Coopel, Bodega Aurrerá, Soriana o Elektra, comienzan a trabajar desde las ocho de la mañana y salen a las 6 o 7 de la tarde, terminan sumamente cansadas y desgastadas. Por eso el descanso es vital luego de extensas jornadas.

En Juchitán el trabajo asalariado es para pocas personas y los ingresos fijos, que se obtienen a través del empleo, van en detrimento. De hecho, mientras las mujeres se esfuerzan por sostener y diversificar el comercio, los hombres reconocen que tener un salario estable es más sencillo si trabajan en la refinería de PEMEX, ubicada en Salina Cruz; las empresas eólicas; el Instituto Estatal de Educación Pública de Oaxaca (IEEPO), conocido coloquialmente como “el magisterio”; la Secretaría de Salud o las Fuerzas Armadas de México.³² Sin embargo, en la

³² Particularmente, los hombres que se interesan en las Fuerzas Armadas intentan ingresar al Ejército o a la Marina. Según la Secretaría de Defensa Nacional (SEDENA), un soldado –el rango más bajo dentro de la institución militar– tiene un ingreso de 13,300 pesos (Milenio Digital, 2024).

mayoría de los casos ingresar a estas empresas es sumamente complicado y para lograrlo se tienen que pagar grandes cuotas que van de los 300,000 a los 500,000 pesos.

Ante estas limitadas opciones y lo complejo de su acceso, la mayoría de los jóvenes deciden trabajar en el área de la construcción o el transporte –principalmente manejando mototaxis– pero también son reclutados por organizaciones armadas, sobre todo de manera forzada y con amenazas. Naxiñá,³³ un hombre al que entrevisté explica: “por ejemplo, ahorita el narco está reclutando a gente. Al final ¿si eres hombre, en Juchitán de qué puedes trabajar? Eres asaltante o eres sicario o eres moto taxista o te vas a la Guardia Nacional o te metes en la política. Esas son las opciones de chamba” (Entrevista, 2022).

Al respecto, Delmy Cruz señala que “al no encontrar respiro en el mercado impuesto por el sistema, muchos hombres deciden migrar hacia países “ricos” o tomar las armas y unirse al narcotráfico, mientras las mujeres optan por incorporarse al trabajo informal, sin dejar de lado las tareas de reproducción en sus comunidades ni la defensa del territorio” (2020, p. 50). En ese sentido, mientras las mujeres trabajan colectivamente para producir la trama vincular que garantiza la vida y fortalece las luchas, así como para nutrir la economía de sostén circular, en ocasiones los varones parecen no encontrar la manera de procurar esta peculiar forma de existencia y construir estrategias para sortear la precariedad.

Los compañeros del trabajo dicen “pues la verdad es barato lo que paga, pero es seguro”. Pues sí, porque no hay opciones acá, a menos que salgas, con todo lo que implica. Y si ya tienes familia... “son ellos o es trabajar fuera”, pero sabes que es para ellos también, aunque eso implica separarte. Por eso muchos optan por quedarse y por lo menos ganar

³³ Naxiñá, en zapoteco, hace referencia al color rojo que produce la grana cochinilla. Es un pseudónimo que utilizaré para salvaguardar la identidad de esta persona.

lo mínimo, y ya lo alternan con otras actividades. Porque yo les pregunto ¿a poco si te alcanza? Y dicen “no”. Entonces unos tienen mototaxis; otros cuando salen trabajos extras se los avientan, como ahorita trabajamos de lunes a viernes, sábado y domingo se lo avientan o incluso llegan, comen, descansan un ratito y se van a hacer algún extra que les va saliendo. Lo que ayuda acá es que sus esposas hacen otras actividades para generar un ingreso, venden y no están atentas a lo que su marido gana (Jesús, Entrevista, 2022).

Cuando la precariedad se extiende drena la energía y el tiempo vital de las personas, que tienen que diversificar sus labores para poder obtener los ingresos mínimos necesarios para mantenerse. Particularmente, las y los habitantes de las colonias populares –que son alrededor de 130– no suelen poseer terrenos de siembra y dependen de un empleo, algunas de estas familias llegaron a habitar ahí debido al clientelismo político de líderes que prometían una fracción de tierra a cambio de votos o favores en el accionar partidista.

Así el Estado militarizado, cuya relación con las lógicas capitalistas es dinámica y reforzante, insiste en normalizar “la precarización generalizada de la vida como nuevo contexto, como simple *medio ambiente* en el que desplegar nuestras estrategias cotidianas de supervivencia, individualizadas y retóricamente meritocráticas (...). Se nos fuerza a normalizar, en definitiva, el no tener capacidad de decisión sobre nuestras vidas” (Pérez Orozco, 2021, p. 184). El constante ataque contra la trama vincular se refuerza al expandir la precariedad, que afianza la expropiación y el despojo de lo común garantizando la explotación de las personas que soportan condiciones deplorables a cambio de unos cuantos pesos. “Ahorita ya no te alcanza el dinero para nada” explicaba un juchiteco, “no hay dinero para estudiar ni para comer. Y así terminas involucrándote en... o te metes en la mafia, o emigras, o te haces policía o soldado. En cualquiera de esas

opciones casi casi te leen la cartilla y te dicen “si trabajas aquí tienes tu familia segura”, pero es más que seguro que te metan un tiro en algún momento” (Naxiñá, Entrevista, 2022).

Ante la precarización de la vida algunas personas, principalmente hombres, se ven orilladas a ingresar a las fuerzas armadas del Estado o son reclutadas por grupos paramilitares armados a cambio de obtener un ingreso “seguro” para su familia. Se perpetúa así una serie de separaciones articuladas entre las mujeres y los varones, y entre las colectividades humanas y sus medios de existencia (Gutiérrez, Sosa y Reyes, 2018). Visto así, la precarización genera otra comprensión de las alternativas laborales: no se trata de decisiones o intereses meramente personales, sino de observar cómo ésta asegura el complejo de dominación, expropiación y explotación que desgasta las capacidades políticas que brotan al producir la trama vincular.

Incluso los hombres que se dedican a la construcción o tienen oficios como la electricidad, la plomería o la carpintería, se han enfrentado a múltiples dificultades. Por ejemplo, al tener que hacer un presupuesto, como el material es muy caro, lo que hace quien gestiona es bajar el costo de mano de obra. Así, un tramo que normalmente se cobraría en \$2,500 o \$3,000, se rebaja hasta \$1,500. Lo que se espera al cobrar menos es obtener el trabajo, aunque el ingreso sea poco es “seguro”. En este contexto aparece un punto central: mientras en el ámbito de las obras o el empleo se establece una clara dinámica de competencia, la forma de sostener el trabajo en el comercio es diferente. Las mujeres no bajan los costos de sus productos porque esto implicaría afectar al conjunto de comerciantes, pero se esfuerzan por crear una relación con la cliente, establecer un lazo que le permita garantizar el intercambio circular más o menos estable. Así, mientras ellas sostienen el comercio, también nutren los vínculos concretos.

Por otro lado, en los últimos años la forma de obtener ingresos se relaciona con dos asuntos centrales que se viven en Juchitán: el incremento desmedido de mototaxis en la zona y

la renta de tierras para los megaproyectos. Juchitán es el municipio con más mototaxis a nivel estatal, incluso instituciones como la Secretaría de Movilidad (SEMOVI) se mostraron incapaces para llevar un registro o regular el tránsito de las unidades que existen en la ciudad. Al principio el gobierno municipal argumentó que su ingreso garantizaría fuentes de empleo para la población local y facilitaría el transporte de las personas, porque el camión tenía un alcance limitado y los taxis no entraban a zonas que consideraban inseguras. Para la población, la propuesta de tener un medio de transporte alternativo que los acercara a sus hogares y fuera más barato era atractiva. Sin embargo, con el paso del tiempo otra dinámica surgió.

Al principio dijeron que era para que la gente no emigre, que no se vaya a otros países y se quede. Según esa era la intención de la llegada. Y de repente, cada grupo político empezó a apoyar a su gente para que tuvieran un mototaxi y trabajo digno. Cada líder político los respaldó, los de la COCEI, PRD, PRI o PAN, esos que ya ni se sabe qué cosas son. Después las pequeñas bandas estaban respaldadas por su grupo y claro ¿qué hacen cuando los atrapan? todos se unen para cerrar la carretera. Ahorita nadie los puede tocar, hay un descontrol muy fuerte (Naxiñá, Entrevista, 2022).

Con la implementación de mototaxis como principal medio de transporte, los líderes de los grupos políticos encontraron otro mecanismo de control sobre la población y ampliaron su dominio al reforzar el clientelismo político (Auyero, 2001).³⁴ El último censo de 2020 arrojó que la población de Juchitán era de 113,570 habitantes (INEGI, 2020) y, aunque no hay una cifra oficial, existen aproximadamente 15,000 mototaxis circulando en Juchitán: hay casi una unidad por cada 10 personas.

³⁴ Actualmente, la mayoría de las unidades de motor son propiedad de grupos como MAIZ, MOSI, el Movimiento Autónomo de Mototaxistas 4 de noviembre, OLI Y *Badu Bazendu*. Cabe destacar que las dos primeras organizaciones son lideradas por fundadores o participantes de la COCEI.

Además, cabe destacar que actualmente han surgido diversas tensiones derivadas del costo del transporte. Al principio el precio del pasaje era de cinco pesos, sin embargo, ahora cobran 10, 15 o 20 pesos por persona, dependiendo de la distancia del recorrido. “De aquí al mercado cobran 10, si vas a la tienda allá arriba a comprar 20, 20 vas y 20 vienes, 40 pesos en pasaje nada más” explica *na* Ángela (Entrevista, 2022). Cobrar esas cantidades no asegura un ingreso elevado para los conductores pues, según algunas personas entrevistadas, ellos suelen ganar \$500 al día trabajando de 7 a 8 horas y tienen que pagar de \$200 a \$300 como “cuenta” a los dueños de la unidad, es decir, se quedan con 200 a 300 pesos para cubrir sus gastos.

Por otro lado, la precariedad facilita la instalación de los megaproyectos eólicos o del Corredor Interoceánico del Istmo de Tehuantepec (CIIT) debido a que, como veremos más adelante, ante la urgencia de obtener ingresos para satisfacer las necesidades básicas, las personas aceptan rentar o vender sus tierras. Al hacerlo aseguran un monto que, aunque sea temporal, les permite actuar ante las emergencias. Esto sucedió principalmente durante el 2020 y 2021, cuando la pandemia impactó con dureza al Istmo. En los municipios que comprende el proyecto, ante el desempleo o la urgencia de obtener dinero rápidamente para ingresar a sus familiares a algún hospital, comprar medicamentos o tanques de oxígeno, varias personas accedieron a vender o rentar sus terrenos a empresarios locales o con los supervisores del CIIT a cambio de cantidades mínimas. Esta decisión fue percibida por otras personas como desesperada o desconsiderada, incluso como una traición a la lucha, dadas las consecuencias que podría generar para la vida colectiva en el futuro.

La gente piensa que ese dinero que están recibiendo les va a rendir siempre. No se dan cuenta que a raíz de eso la falta de alimentos se está empezando a notar. Ahorita una pasa a comprar leña y de una rajita son 15 o 20 pesos, o 3 por 50. ¿Por qué? Porque ya

está escaso. Antes la comida para la gente pobre era el frijol y el huevo, ahorita ¿cómo? El kilo de frijol a cuánto está, el huevo ¿a cómo está el casillero? Hasta la tortilla que hacen con Maseca se elevó a 25 o 26 pesos el kilo. Entonces, la gente que tiene una familia de seis o de ocho integrantes ya no alcanza a comer tortilla de horno, porque ahorita para que la gente pueda hacer rendir esas tortillitas no da. Las que los hacen compran leña, el molino, el maíz, la elaboración, irlo a vender, son seis tortillitas por 10 pesos. Una familia de ocho o seis integrantes no alcanza. Entonces todo eso que hemos pasado nos está empezando a dar consecuencias. El rentar las tierras, conforme va pasando el tiempo nos va marcando, nos va diciendo que tengamos el dinero que tengamos, ya no nos va a rendir (Reina, Entrevista, 2022).

La precarización de la vida se agudizó aún más a partir de 2020, cuando comenzó la pandemia. Las mujeres tuvieron que frenar el comercio y las fiestas, dos de los pilares que aseguraban la economía circular. Para cubrir los principales gastos que surgían en ese momento, ellas hicieron uso de sus ahorros y en ocasiones tuvieron que vender algunas de sus pertenencias, como joyas, huipiles o terrenos. A partir de entonces la sensación de que “el dinero no alcanza” comenzó a generalizarse. Diana, una mujer joven madre de dos hijos expresa: “tú ves a la gente que siempre está quejándose de que no hay cómo hacer. Ahorita lo que se junta es para la comida y para la salud, nada más, porque te llegas a enfermar... pero, que digas, por ejemplo, “voy a comprar unas joyas para mi ahorro” ¡no!, al contrario, voy a vender las que tengo para que alcance” (Entrevista, 2022).

Como puede observarse, la intensificación de la precariedad dificulta que las personas generen ahorros y minimiza cada vez más los excedentes monetarios, es decir, los ingresos que generan sólo bastan para cubrir los gastos básicos cotidianos. La precarización drena la energía

y agota no sólo física sino emocional y mentalmente. A veces, incluso obliga a las comunidades a deshacerse de las fortunas que se habían nutrido a lo largo del tiempo y desgasta la fuerza común. Así, se vuelve uno de los principales bastiones de la violencia al imponer condiciones de escasez y al obligar a ver el dinero o el trabajo asalariado como principal eje para sostener la vida, desplazando la mirada del trabajo y las riquezas concretas que la comunidad ha nutrido y con las que ha creado una relación profunda.

La trama vincular se construye en un contexto sumamente precarizado, sin embargo, como veremos en el siguiente capítulo, el papel de las mujeres al desarrollar fuerzas y potencias de sostén colectivo en Juchitán es central: ellas son capaces de defender las creaciones producidas y de solucionar problemas inmediatos a través del trabajo concreto, pautando por sí mismas estrategias de gestión de las labores colectivas. Las juchitecas –como muchas otras mujeres– no están plenamente desposeídas, saben sostenerse haciendo, vendiendo y tejiéndose unas con otras. A través de la trama vincular que se hilvana en el mercado, el comercio y la fiesta, ellas generan múltiples capacidades y fortalezas que nutren estrategias de sostén monetario que no son plenamente mediadas por el Estado. Por eso, despojar y atacar los cuerpos femeninos que nutren la trama vincular resulta central si se busca debilitar a la comunidad para imponer rapaces megaproyectos.

2. El Estado militarizado como agente y garante del despojo

La naturaleza del sistema capitalista es la expansión y el crecimiento voraz. Con su lógica heteropatriarcal, colonial y especista ha generado profundas fracturas que han transformado el tejido de la vida al imponer patrones de organización de la interdependencia (Navarro y Linsalata, 2021; Linsalata, Navarro, Cornejo y Gutiérrez, 2023). En la actualidad éste busca extenderse rápidamente en territorios que antes quedaban al margen o no plenamente subsumidos en el

sistema de producción de mercancías y relaciones de mercado. El Estado militarizado, como agente y garante de la mercantilización de la vida, a través de sus instituciones promueve la apropiación privada y el despojo mortífero de las riquezas y los trabajos concretos que permiten sostener la vida colectiva. Busca organizar la naturaleza al mismo tiempo que resquebraja, debilita y absorbe las múltiples capacidades vinculares que las personas habilitan cotidianamente; y para lograrlo despliega y ensambla heterogéneas violencias que garantizan la acumulación del capital.

El disciplinamiento a través del terror asegura el control y el dominio de las comunidades mientras el Estado militarizado refuerza la actuación de las empresas que rapiñan el territorio. Al respecto, Mbembe sostiene que “la concentración de actividades relacionadas con la extracción de recursos valiosos en estos enclaves los convierte en espacios privilegiados de guerra y muerte” (2011, p. 61). En ese sentido, este apartado es un intento por hacer de la violencia algo legible y comprender cómo la vida local es transformada al implementar lógicas extractivas y expropiatorias para imponer el crecimiento económico global. A continuación, rastreo algunos hilos de sentido para analizar dos proyectos impuestos por el Estado en colaboración con el capital transnacional: 1) el megaproyecto eólico y 2) el Corredor Interoceánico del Istmo de Tehuantepec (CIIT). Ambos proyectos concretan el despojo radical del territorio, se trata de nuevos cercamientos que tienen un impacto significativo en la vida juchiteca. Al respecto, Federici señala que

Los nuevos cercamientos suponen una reorganización a gran escala del proceso de acumulación que lleva desarrollándose desde mediados de la década de 1970, y cuyo objetivo principal es desarraigar a los trabajadores del terreno en el que se ha construido su poder organizativo, de modo que (...) se vean obligados a trabajar y luchar en un entorno ajeno en el que ya no dispongan de las formas de resistencia que eran posibles

en casa (...). El capital nos mantiene siempre en movimiento, nos separa de nuestros países, nuestras granjas, huertas, hogares y lugares de trabajo, porque así se garantizan los bajos salarios, la desorganización de la comunidad y la máxima vulnerabilidad frente a la ley, los tribunales y la policía” (Federici, 2020, pp. 62-63).

Cabe destacar que la implementación de tales proyectos, particularmente del Corredor, ha sido impulsada desde el principio del periodo colonial (Cruz, 1983; Tutino, 1993) y hoy en día configura al Istmo como una “zona de sacrificio” pues, “en nombre de la ideología del progreso, las comunidades allí asentadas aparecen invisibilizadas, las economías regionales devaluadas o sus crisis se exacerbaban, a fin de facilitar el ingreso de otros proyectos de desarrollo que terminan convirtiéndose en agentes de ocupación territorial” (Svampa y Viale, 2014, p. 33). Poco a poco se intentan reestructurar las prácticas políticas colectivas, restando cada vez más fuerza a la comunidad —particularmente a las mujeres—, con el objetivo de afianzar el acceso de las corporaciones transnacionales a territorios con múltiples riquezas, facilitando la extracción y explotación de minerales, hidrocarburos, energías renovables y de la biodiversidad existente en la región.

Mientras el Estado afianza la creación de infraestructura para garantizar el acceso y el traslado de mercancías o energía, facilita el saqueo de los bienes comunes. De hecho, en México muchos territorios han sido ofrendados por el gobierno federal para “beneficiar el desarrollo de un metabolismo urbano-agro-industrial que localiza sus procesos productivos y transfiere los costos socioecológicos más destructivos hacia los pobladores y ecosistemas de tales geografías” (Navarro, 2021, p. 148). Cuantiosas experiencias muestran que el despliegue de megaproyectos y diversas políticas desarrollistas en realidad no fomentan ni incrementan el bienestar local prometido, tampoco generan empleos para la comunidad. Al contrario, constituyen zonas de

sacrificio al promover la expropiación de las fuerzas vitales y separar a las personas de sus medios de existencia, dañando las tramas vinculares y garantizando el despojo legalizado extremadamente violento.

2.1 La invasión del megaproyecto eólico

En los últimos años ha incrementado a nivel mundial el interés por generar energía eólica para hacer frente a la contaminación ambiental y disminuir la huella de carbono, así como para reemplazar el uso de combustibles fósiles.³⁵ En ese sentido, el Istmo de Tehuantepec es un territorio estratégico debido a que el viento de la región tiene un potencial catalogado como “excelente” (Asociación Mexicana de Energía Eólica, 2022), lo que lo convierte en uno de los sitios más codiciados para la explotación transnacional y, en consecuencia, para la implementación de múltiples megaproyectos.

El 28 de mayo de 2019 Alejandro Murat, el gobernador de Oaxaca de 2016 a 2022, inauguró en el Istmo de Tehuantepec el parque eólico más grande de toda América Latina. El complejo “Energía Eólica del Sur” abarca 5,000 hectáreas de los municipios de Juchitán y el Espinal³⁶ y fue puesto en marcha pese a larga disputa con las y los habitantes de esos territorios, tras la simulada primera consulta indígena realizada en 2014. Este parque se suma a los 30 que se han instalado hasta el día de hoy en la región –ubicados en los municipios de Juchitán, Santo Domingo Ingenio, Asunción Ixtaltepec, Unión Hidalgo, El Espinal y San Dionisio del Mar– e integran el Corredor Eólico del Istmo de Tehuantepec, uno de los más grandes a nivel mundial.

³⁵ La producción de energía eólica a nivel mundial es liderada por China, seguida de Estados Unidos. En Latinoamérica, Brasil es el país que más energía eólica produce, en segundo lugar, se encuentra México (Secretaría de Gobernación, 2015).

³⁶ Cabe destacar que en 1994 se construyó en Juchitán “La Venta I”, la primera central eoloelectrica del Istmo. Fue puesta en marcha por Comisión Federal de Electricidad (CFE) e Iberdrola Renovables con el objetivo de obtener información, evaluar el desempeño de los aerogeneradores y valorar las características particulares de la región (Juárez-Hernández y León, 2014). Sin embargo, a partir de entonces este complejo se extendió de forma brutal.

El Corredor Eólico fue impulsado por el gobierno mexicano a partir del año 2000 durante el gobierno panista de Vicente Fox, como parte del ambicioso megaproyecto llamado Plan Puebla Panamá (PPP) que planteaba, principalmente, la conexión interoceánica para hacer del Istmo una ruta comercial que compitiera con el Canal de Panamá. Para asegurar la inversión de capital privado, nacional e internacional, el Estado desarrolló una serie de políticas públicas neoliberales para abrir el mercado y garantizar la construcción de la infraestructura necesaria – como obras portuarias y carreteras, mejoras en telecomunicaciones y líneas de transmisión– para las operaciones (Juárez-Hernández y León, 2014; Hernández, 2016). Sin embargo, en el fondo el PPP buscaba garantizar la conformación de un espacio de acumulación de capital transnacional (Ávila, 2019, p. 114) a través de la explotación y el saqueo del Istmo, al mismo tiempo que abría las puertas y generaba las condiciones para el control de Centroamérica y la desarticulación de la organización y las luchas sociales.

No es casual que mientras Vicente Fox promovía la implementación del PPP, en octubre del año 2000 el gobernador José Murat (padre de Alejandro Murat) organizara el primer “Coloquio Internacional sobre Oportunidades para el Desarrollo Eoloeléctrico de La Ventosa,³⁷ Oaxaca” con el objetivo de promocionar al Istmo como un espacio estratégico para la construcción de complejos eólicos y atraer la inversión, principalmente extranjera (Juárez-Hernández y León, 2014, p. 143).

Aunque el gobierno federal argumenta que el Corredor Eólico fue construido con el objetivo de “reducir emisiones de GEI [Gases de Efecto Invernadero], generar energía limpia y promover el desarrollo económico de Oaxaca, uno de los estados con mayores niveles de

³⁷ La Ventosa es una localidad perteneciente al municipio de Juchitán de Zaragoza. A nivel mundial es considerada una de las zonas más ricas en recurso eólico.

pobreza en México” (Secretaría de Gobernación [SEGOB], 2015, p. 6), la experiencia muestra que la implementación de proyectos verdes es el pretexto perfecto para embestir y saquear territorios. El vacío discurso verde o ecológico sólo “revela la ‘tolerancia’ del estado con los impactos de las empresas extractivas sobre el medio ambiente y las condiciones de vida de la población” (Pérez, 2016, p. 21).

Esta es una de las formas en que se materializa la sólida, consolidada y voraz alianza entre el Estado y el capital que garantiza el saqueo, el despojo y la explotación de la vida al mismo tiempo que produce riqueza para pocos. “En equipo, Gobierno e iniciativa privada, trabajamos por el desarrollo” señaló Alejandro Murat durante la inauguración del parque “Energía Eólica del Sur” en 2019. Este “equipo” es funcional para sí mismo: succiona y expropia el cuerpo-territorio mientras debilita la trama vincular que sostiene la vida. La colaboración entre el Estado militarizado y el capital es un negocio que les genera grandes rendimientos.³⁸

Actualmente, de los 30 parques eólicos en operación instalados en el Istmo,³⁹ la mayoría ubicados en Juchitán, 27 están a cargo de empresas de capital privado, principalmente extranjero;⁴⁰ dos son operadas por la CFE y uno por la Secretaría de la Defensa Nacional (SEDENA), sin embargo, éstos últimos también trabajan con capital de origen español (Manzo,

³⁸ De hecho, las dos primeras centrales eololéctricas (La Venta I y II) que se implementaron fueron litigadas inicialmente por CFE y después de un tiempo las adjudicó a empresas como Iberdrola Renovables y Siemens Gamesa. Además, la CFE obstaculizó continuamente la implementación de esquemas comunitarios en los proyectos eólicos, pues esto abría la posibilidad de que las y los habitantes del Istmo u otros actores sociales fueran accionistas y obtuvieran beneficios (Juárez-Hernández y León, 2014, p. 150).

³⁹ Para conocer los detalles de cada central, revisar: <http://geocomunes.org/Visualizadores/SistemaElectricoMexico/>

⁴⁰ Algunas de las empresas privadas que han invertido o poseen proyectos eólicos en el Istmo son: Iberdrola Renovables, Siemens Gamesa, Acciona Energía, Renovalia, Gas Natural Fenosa, Eolia Renovables de Inversiones (de capital español); Mitsubishi (japonesa); EDF Renouvelables (francesa), ENEL (italiana), Fondo de Infraestructura MacQuaire (australiana), PGGM (holandesa); y Grupo México, Cemex, Grupo Salinas, Peñoles (mexicanas).

2019; GeoComunes, 2024). Además, existen siete parques más que se encuentran en proyecto. A continuación, en la Ilustración 1 pueden observarse las centrales eólicas situadas en el Istmo.

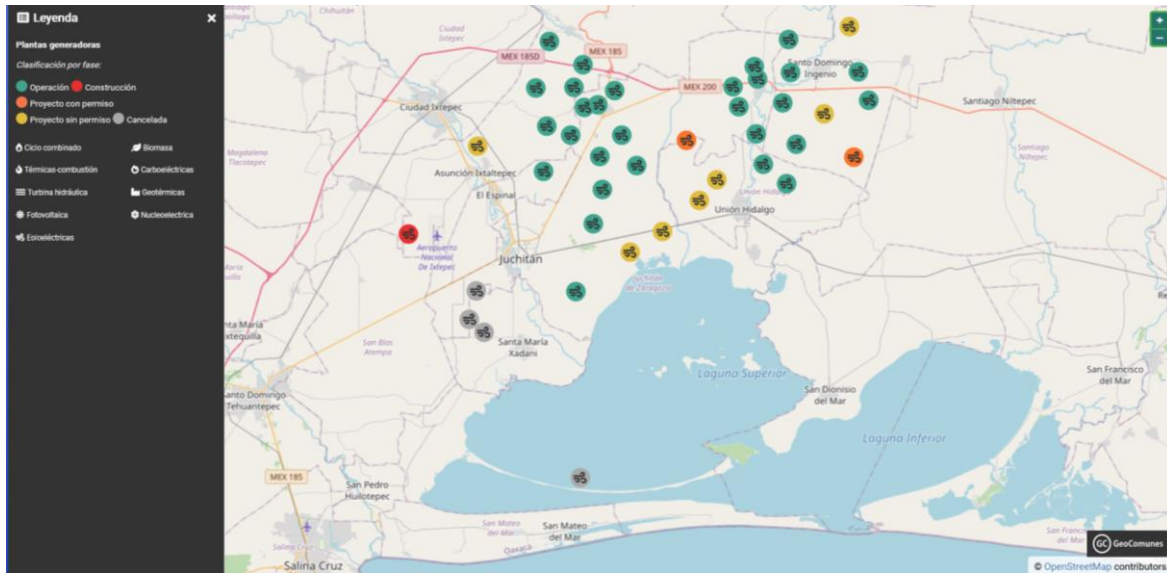


Ilustración 2. Centrales eólicas en el Istmo de Tehuantepec, Oaxaca (GeoComunes, 2024).

Cabe destacar que, a nivel nacional, del total de consumo eléctrico el 60% es industrial y sólo el 22% doméstico, es decir, la industria utiliza el triple de energía que la población (GeoComunes, 2020). Particularmente, de la energía generada en el Istmo, “el 74% autoabastece a empresas altamente contaminantes como mineras y cementeras (Grupo México, Peñoles, Arcelor Mittal y Cemex) o a cadenas de comercialización y producción agroindustrial (Femsa, Chedraui, Soriana y Wal-Mart)” (Atlas de Justicia Ambiental [EJAtlas], 2022). Otras empresas que se benefician de la eoloenergía del Istmo son Grupo FEMSA, que incluye a corporativos como Oxxo o Coca Cola; Grupo Bimbo o Grupo Salinas.⁴¹ Así, mientras los proyectos se enfocan en beneficiar a las empresas transnacionales que más electricidad consumen y mayor

⁴¹ Para conocer a detalle las empresas que participan en el desarrollo y la fabricación de los proyectos eólicos, así como aquellas que se benefician de éstos se puede consultar el sitio electrónico de la Asociación Mexicana de Energía Eólica: <https://amdee.org/asociados.html#>

contaminación generan, las y los habitantes del Istmo se enfrentan al pago de elevadas tarifas eléctricas, que incluso superan los 1,000 pesos bimestrales por hogar.

2.2.1 La puesta en marcha

Para poner en marcha el complejo eólico, tanto las empresas como los tres niveles de gobierno sostenían que, al garantizar una inversión multimillonaria, su implementación promovería el desarrollo y produciría múltiples ganancias para la población. Las corporaciones y las instituciones estatales se centraban en comunicar los supuestos beneficios de los proyectos y se negaban a hablar de las consecuencias o de los efectos adversos. Además, sólo brindaban información a los propietarios de las tierras ubicadas dentro de la zona de los parques, pero el resto de los habitantes no recibió noticia alguna (Nahmad, 2011). En ese sentido, el complejo eólico se construyó con base en una serie de engaños y abusos continuos.

Para empezar, aunque el Convenio 169 de la Organización Internacional del Trabajo (OIT) establece que los pueblos indígenas y tribales deben “participar de manera informada, previa y libre en los procesos de desarrollo y de formulación de políticas que los afectan” (OIT, 2014), el Estado mexicano y las empresas privadas ignoraron el Convenio e implementaron la mayoría de los proyectos eólicos sin el consentimiento de las comunidades istmeñas. De hecho, de los 30 parques existentes sólo en uno se realizó la consulta, el resto “fueron instalados a través de contratos que aseguran los pobladores fueron firmados de forma amañada” (Manzo, 2019).

Esta única consulta se llevó a cabo en Juchitán en el año 2014, previa a la implementación del parque propiedad de Eólica del Sur,⁴² fue convocada por la Secretaría de Energía (SENER)

⁴² El nombre original de Energía Eólica del Sur era Mareña Renovables –empresa de capital español–. Pero debido al conflicto originado a partir de 2012 por Mareña en la comunidad de Álvaro Obregón, agencia de Juchitán, la empresa modificó su razón social y “se alió a industriales holandeses, australianos y japoneses para retomar el

junto con autoridades del gobierno estatal y del ayuntamiento municipal (Alfonso y Peláez, 2018), y estuvo repleta de inconsistencias. Para empezar, la participación de la población se limitó a unas 200 personas que, en un ambiente tenso y hostil, se vieron obligadas a “decidir” sobre el futuro del territorio (Olvera, 2021). Además, ya que la información fue brindada en español cuando la mayoría de las y los habitantes son hablantes *diidxazá*, las personas no entendían con claridad. La intención de confundir y violentar estuvo latente.

Por otro lado, nadie especificó cuáles serían los procedimientos, alcances u obligaciones que las empresas o el Estado adquirirían al implementar el parque, al contrario, sólo enfatizaban los aparentes beneficios. Para convencer a la población, Eólica del Sur incluso se comprometió a construir obras y un parque eólico comunitario que aparentemente reduciría los costos de la luz a nivel local. Pero hasta el momento nada de esto se ha realizado pese a la exigencia de la comunidad.

“Ni dos horas tardaron para explicarnos el manifiesto de impacto ambiental, la parte técnica del proyecto y el impacto social. En dos horas nos dieron todo ese paquetón” señala un habitante del Istmo (Touboul, 2021). La consulta fue un simple acto protocolar para justificar que se cubrieron los requerimientos formales. Además, estuvo precedida por múltiples acciones violentas para intimidar a la comunidad y por diversos sobornos o chantajes. Los proyectos se impusieron a costa del bienestar de la población, respaldados y legalizados por el Estado. De hecho, en otros países donde se han desplegado megaproyectos que exigían realizar la consulta, como Honduras, Nicaragua, Colombia, Brasil o la India, la situación ha sido similar (Global Witness, 2017).

proyecto en tierras comunales de barra de Santa Teresa, en el municipio de San Dionisio del Mar, y en la agencia de Álvaro Obregón de Juchitán” (Manzo, 2015).

Para convencer a la población de aceptar la implementación del complejo eólico, las empresas aseguraban que éste generaría muchos empleos. Sin embargo, algunas personas percibían otras intenciones: “quieren convertir a los campesinos en maquiladores, convertirlos en obreros, quieren cambiar la forma de vida de la gente, quieren profundizar los cambios que ha hecho este capitalismo rapaz y salvaje” expone *na* Betina, una mujer en lucha por la defensa del territorio (Entrevista, 2022). Al respecto, Cruz (2016) y Pérez (2016) señalan que los territorios se masculinizan cuando los proyectos extractivos se instalan en las comunidades. Por un lado, cuando la labor extractiva se vuelve la principal actividad económica, las prácticas no mercantiles generalmente realizadas por mujeres suelen desvalorizarse; de hecho, los empleos para ellas se enfocan al ámbito doméstico o a los cuidados, como limpiadoras o cocineras. Por otro lado, los daños y la contaminación que los proyectos generan en el territorio recaen e impactan directamente en las mujeres, porque son quienes llevan a cabo prácticas de subsistencia para garantizar el bienestar colectivo. Todo esto refuerza las relaciones de dominación y fomenta la división sexual del trabajo.

De hecho, a los hombres juchitecos se les contrató temporalmente durante la construcción del megaproyecto, que requirió una gran cantidad de trabajadores, pero una vez finalizada esta etapa fueron despedidos. Está documentado que, en la mayoría de los megaproyectos eólicos, durante las etapas de operación y mantenimiento se necesita menos mano de obra y se genera “un promedio de un empleo por cada tres aerogeneradores instalados” (Juárez-Hernández y León, 2014, p. 155). La promesa de crear empleos bien remunerados y duraderos fue engañosa.

Finalmente, para colocar las turbinas y garantizar la permanencia del proyecto, las corporaciones tenían que asegurarse de convencer a las personas de rentar sus tierras y ampararse

jurídicamente: la invasión eólica se afianzó por medio de sobornos y chantajes para facilitar la firma de contratos de arrendamiento.

Ana tenía unos papeles en la mano y le pregunté ¿y eso? Me dijo que eran listas de los que ya habían aprobado el proyecto Bú Hioxo. “Pero mira, éste es el nombre de mi abuelito y él tiene mucho tiempo de que ya se murió. ¿Cómo es posible que mi abuelito haya dado su tierra y firmado si ya se murió?”. Ella se carcajeó, aunque se veía preocupada (Christian, Entrevista, 2022).

El parque Bú Hioxo⁴³ abarca 2,050 hectáreas de tierra y se ubica aproximadamente a tres km de la ciudad de Juchitán, el proyecto constituido por 252 aerogeneradores fue desarrollado por las Naturgy y Global Power Generation, de capital español. Los contratos de arrendamiento se realizaron con irregularidades como la firma aparente de personas ya fallecidas. Además, la mayoría de la tierra en que están instalados los parques eólicos es de carácter comunal y ejidal, esto significa que su uso se decide en las asambleas. Sin embargo, desde hace unas décadas en Juchitán la autoridad agraria fue cooptada por caciques locales en alianza con algunas autoridades municipales. Para comprender cómo se dio tal cooptación es importante señalar a continuación algunos antecedentes e hilos de sentido respecto a la tenencia de la tierra.

Actualmente existen cuatro tipos de tenencia agraria en el Istmo: el ejido, la tierra comunal, la pequeña propiedad y la pequeña propiedad privada de origen comunal. A nivel nacional, después de la Revolución mexicana “a los pueblos que demandaban restitución de derechos se les dio en cambio tierras y se les sometió a una relación corporativa con el Estado, expresada en el concepto de que la tierra era propiedad de la nación pero ésta concedía su

⁴³ Bú Hioxo “colinda al norte con la carretera estatal Juchitán-Unión Hidalgo; al noroeste con los límites de la ciudad de Juchitán; al oeste con el río Los Perros; y al sureste con Playa Vicente y la Laguna Superior” (URS Corporation México, 2008).

usufructo” (Almeyra y Alfonso, 2004, p. 63). Estas resoluciones políticas de mando-obediencia del Estado sobre la población, así como las estructuras jurídicas construidas, quedaron plasmadas en la Constitución de 1917.

Ante la acelerada imposición de políticas extractivas y privatizadoras implementadas para dismantlar a las comunidades, desde 1915 la exigencia de la restitución de las tierras comunales se dirigió al Estado mexicano, pero fue hasta 1964 que el presidente Adolfo López Mateos reconoció y tituló un total de 68 mil hectáreas como bienes comunales en Juchitán de Zaragoza, sin embargo, para ser reconocidos jurídicamente estos bienes tenían que revertirse al régimen ejidal (Coronado, 2005; Hernández y Joaquín, 2018). Este cambio fue estratégico y sumamente engañoso. Por un lado, permitió eliminar la propiedad privada pero también significó la desarticulación profunda de la tierra comunal.

Las élites locales no estuvieron de acuerdo con el decreto porque implicaba la pérdida de las tierras que habían arrebatado anteriormente. Para asegurar sus posesiones, los caciques comenzaron a movilizar a los comuneros –que temían que la tierra comunal “fuera pulverizada para beneficiar a grupos externos” (Coronado, 2005, p. 49)– argumentando que si se creaba el ejido las tierras de riego sería expropiadas. Para las élites esto fue una trampa funcional, porque permitió articular una gran alianza y oponerse colectivamente a la aplicación del decreto (Cruz, 1983).

Para apaciguar a la población, en 1966 el presidente Díaz Ordaz promovió una reforma agraria y distribuyó 27,657 hectáreas de tierra –correspondientes a la zona de riego acaparada por los caciques– en 3,521 títulos bajo la denominación de “pequeña propiedad privada de origen comunal”, una figura jurídica inexistente e inconstitucional (Cruz, 1983). Sin embargo, el resto de la tierra permaneció bajo el régimen ejidal y las tierras comunales no se restablecieron:

mientras las élites locales se beneficiaron al mantener su propiedad, las y los campesinos juchitecos quedaron más desposeídos al privatizarse la tierra. A partir de entonces, entre 1966 y 1975 el Comisariado de Bienes Comunales y Ejidales de Juchitán fue cooptado por terratenientes que, estableciendo alianzas con diversos funcionarios,⁴⁴ aprovecharon para apropiarse de más tierras y acaparar los créditos y programas estatales dirigidos al campo (Coronado, 2005; Lucio, 2016).

La monopolización y el acaparamiento de tierras por parte de las élites locales, el proceso de modernización que se basaba en la explotación y el despojo, así como la imposición partidista del PRI para estar al frente del municipio, fueron el caldo de cultivo para impulsar una gran movilización social que nació principalmente del hartazgo de las y los campesinos juchitecos cada vez más desposeídos. La Coalición Obrera Campesina Estudiantil del Istmo (COCEI) nació en 1973 con dos objetivos centrales: recuperar las tierras comunales que les habían sido arrebatadas y el poder de elegir a las autoridades agrarias y municipales (López, 1983; Campbell y Tappan, 1989). La COCEI estaba integrada por personas campesinas, pescadoras, comerciantes y estudiantes politizados —que formaron parte del movimiento nacional de 1968— que constituyeron “un nuevo bloque social del que quedaron excluidos los caciques y terratenientes. Éstos apelaron cada vez más al apoyo externo —básicamente estatal y del PRI— para defender sus intereses” (Miano, 2002, p. 97).

La COCEI fue el primer movimiento de izquierda que enfrentó al PRI. En alianza con el Partido Comunista Mexicano, en 1980 denunció el fraude durante las elecciones municipales, logró anular el resultado y convocó a un nuevo proceso en el que ganó el candidato coceísta

⁴⁴ Estas alianzas permitieron que “cuando los acaparadores consumaban los despojos, crearan inmediatamente empresas que se dedicaron a desmontar superficies para abrirlas a la actividad agrícola, con maquinaria y gastos de operación financiados con recursos públicos, en la que los socios eran los funcionarios de las diversas instituciones” (Coronado, 2005, p. 50).

Leopoldo de Gyves (Nava, 2018). Este hecho fue histórico a nivel nacional: Juchitán se convirtió en el primer y único municipio gobernado por la izquierda. Sin embargo, ni el gobierno estatal ni las élites locales estaban de acuerdo con la decisión porque les generaba amplias desventajas, así que optaron por retirar los subsidios y las contribuciones para el municipio. Para obtener ingresos Leopoldo de Gyves solicitó aportaciones a los empresarios locales y esto incrementó su descontento. Pese a las condiciones económicas del municipio, Juchitán gozó un periodo de gran activismo político que ponía en el centro la cuestión agraria, enfatizando la necesidad de recuperar la posesión comunal de las tierras. Para compartir información en la comunidad se organizaban reuniones en espacios públicos y concentraciones masivas, pero también obras de teatro callejero para politizar a jóvenes e infancias.

Durante este periodo, Víctor Pineda Henestrosa –conocido como “Víctor Yodo”– fue uno de los principales dirigentes de la COCEI. En 1977 fue nombrado jefe de la Promotoría Agraria de Juchitán de Zaragoza para asesorar al Comisariado. Él priorizó la defensa de las tierras comunales e intentó regular las zonas acaparadas por los caciques. Sin embargo, un año después, la mañana del 11 de julio de 1978 durante el gobierno priísta de José López Portillo, varios militares lo desaparecieron. Según Cándida Santiago Jiménez, esposa de Yodo, esto sucedió frente a múltiples testigos:

una camioneta Combi naranja se atravesó al Volkswagen del profesor Víctor Pineda Henestrosa y de ella descendieron seis personas armadas, cuatro portando traje militar y dos vestidas de civil, que de inmediato sacaron al profesor de su automóvil y lo subieron a la Combi partiendo con rumbo desconocido. Entre quienes se llevaron al profesor los testigos identificaron al sargento segundo Gabriel Espinoza Peral, porque era originario de Juchitán. Nadie investigó (López Bárcenas, 2021).

El secuestro y la desaparición de Víctor Yodo, en el centro de Juchitán y a plena luz del día, fue un mensaje claro para la comunidad: lo mismo les podía pasar si se organizaban y luchaban para defenderse. A más de 43 años, familiares y amistades de Víctor Yodo no han dejado de exigir su presentación y repiten que “fue el Estado, el Ejército mexicano se lo llevó” (López Bárcenas, 2021).

Víctor Yodo fue el último Comisariado que existió.⁴⁵ Desde entonces “la situación de rezago agrario y la ausencia de autoridades agrarias prevalece en Juchitán, lo que ha facilitado la ilegalidad del proceso privatizador promovido por autoridades y cacicazgos priístas locales, últimamente en alianza con firmas transnacionales a las que sirven regularmente de prestanombres” (Gubiña XXI, A.C., 2005, p. 7). En estas circunstancias, las y los juchitecos enfrentaron nuevas formas de acaparamiento y desposesión que se enfatizaron con brutalidad en 1992, cuando el presidente Carlos Salinas de Gortari reformó el artículo 27 de la Constitución permitiendo la venta del territorio ejidal y comunal (Nava, 2018). Así, las tierras de propiedad social quedaron vulnerables al libre mercado bajo el argumento de incorporarlas al desarrollo urbano legal.

Al respecto cabe recuperar lo que sostiene Federici, “la destrucción de los regímenes de tierras comunales sigue siendo el pilar fundamental de la actual fase de desarrollo capitalista y la causa del rebrote de violencia que afecta a tantas regiones de todo el planeta” (2020, p. 30). Como puede observarse, la cooptación de la autoridad agraria sólo fue posible por su destrucción por la fuerza, en el contexto del Plan Alfa-Omega impulsado durante los gobiernos de José

⁴⁵ Después de la desaparición de Víctor Yodo y el asesinato de varios dirigentes de la COCEI, entre junio y julio de 1983 el gobierno estatal priísta desplegó a la fuerza armada en Juchitán para destituir el poder municipal cocceísta. Así, en 1984 el PRI gobernó de nuevo. Además, “a finales de 1983 e inicios de 1984, después de varios meses de represión, el régimen del PRI comenzó con una estrategia en Juchitán: invirtió millones de pesos en la infraestructura de la ciudad y continuó con la presencia militar” (Nava, 2018, p. 89).

López Portillo (1976-1982) y Miguel de la Madrid (1982-1988). Así se establecieron las bases para la construcción de megaproyectos. A partir de 1994, año en que se construyó la primera central eolieléctrica del Istmo, los empresarios utilizaron la cooptación de la autoridad agraria a su favor para facilitar la privatización, sobornaron a funcionarios municipales y a los líderes de los partidos o grupos políticos para que convencieran y ofrecieran dinero a las y los pobladores, con el objetivo de que aceptaran la instalación de los eólicos.

Para que esas personas de las empresas llegaran con los contratos, no fue sólo “ah bueno, voy a llegar al Istmo y voy a hacer esto... este es mi proyecto y ya”. No, tuvo que pasar un proceso a manos de los políticos locales, que son como un círculo entre familia. Por ejemplo, el que manda en Juchitán es Héctor Sánchez, él tiene el poder y es el tío del ahorita presidente, también es familiar de Gloria Sánchez, otras de las peores presidentas que hemos tenido. Sí, llegaron con mentiras, con engaños, a la mayoría de las personas le quitaron las tierras y ahorita ya no te pertenece nada. Y todo fue así, con engaños (Naxiñá, Entrevista, 2022).

Ya en 2014, para concretar los contratos de arrendamiento del parque Bú Hioxo, las empresas prometieron que pagarían una renta a quienes accedieran a “prestar” sus tierras. Supuestamente, dicha renta oscilaría entre “los 16 mil pesos (798 USD) a los 2 millones de pesos en casos contados (99 mil USD) de manera anual” (Manzo, 2019). Además, los contratos tendrían una vigencia de 20 a 30 años, con posibilidad de renovarse por un periodo similar (Juárez-Hernández y León, 2014). Al garantizar los derechos de uso de la tierra durante largos periodos, por medio de los contratos de arrendamiento se aseguraban grandes beneficios para el capital privado al mismo tiempo que reducían al mínimo los riesgos de inversión.

Los contratos no ofrecían información detallada ni transparente sobre las obligaciones que adquirirían las empresas o los derechos que mantendrían los propietarios de las tierras, pero algunas personas aceptaron la oferta porque significaba una oportunidad para satisfacer las necesidades familiares a largo plazo. Esto, junto con los sobornos, reforzó con agudeza las asimetrías económicas entre quienes recibían un pago por la renta y quienes no rentaban o ni siquiera tenían tierras (Nahmad, 2011). Los beneficios de la “energía limpia” no fueron, ni son, para todas las personas.

Cuando querían entrar empezaron a comprar a la gente y a dividir al pueblo. Compraron a la mitad dándoles camionetas o lanchas y a la otra mitad pues no. Al final de cuentas el Estado se lava la mano. Y lo que hace el pueblo es matarse entre ellos, entonces el Estado dice “ya el pueblo se está matando, no es pedo mío”. Incluso cuando la gente pidió algo por su terreno dijeron “ah no, estás pidiendo mucho dinero, le pagamos más barato a uno ya muerto”. Y ¿a quién le beneficia esto al final de cuentas? No a la mayoría. Por ejemplo, acá pagamos altos precios de luz, cuando aquí se genera la energía. Pero claro, toda la energía se va a subastar en otros países y aquí lo único que crean es violencia. Ahora la vida de la gente no vale ni una cajetilla de cerillo (Naxiñá, Entrevista, 2022).

Actualmente “los miembros de las comunidades que están a favor de las inversiones son llamados “pro- eólicos” y las apoyan a medida que los desarrolladores les ofrecen beneficios: acceso gratuito a exámenes médicos, pagos en efectivo y material para construir sus hogares. (...) De modo contrario, los anti-eólicos no reciben ni pagos por renta de las tierras ni beneficios antes mencionados” (Ramírez, 2021). La implementación del megaproyecto eólico ha generado diferencias comunitarias y familiares, como en el caso de Esther:

Nos peleamos con mis vecinas porque recibieron dinero de los eólicos. No sé si \$20,000 o \$25,000 recibieron. Y hubo peleas, ya no importó si es mamá, papá o hermano, ya no importó, ya se peleó, contra quien fuera... muchas familias se separaron, ya no hablaban igual. Como mi tía, que ya no habló con mi abuelita. Mi tía recibió \$40,000 y mandó a llamar a mi abuelita porque le iban a dar \$5,000 o \$10,000, pero tenía que retirarse de ahí, tenía que irse de la lucha y así le iban a dar. Mi abuelita le dijo que no, que ni \$5,000 ni \$10,000 alcanzaría para comprarla porque ¿cuánto... cuánto le da el mar? porque los días que andaban trabajando traían el tambo de pescadito para freírlo, traían camarón, traían...dice mi abuelita que no, que no iba a alcanzar su dinero para comprar el mar, que ella preferiría morir ahí. Por eso mi tía ya no le habló, hasta ahorita no les habla, porque mi abuelita no quiso agarrar el dinero (Esther, Entrevista, 2022).

Las tensiones siguen presentes. La construcción del megaproyecto eólico ha impactado la trama vincular en Juchitán generando rupturas en las relaciones y modificando con voracidad la forma de vivir. A casi 30 años de la llegada del primer parque el desarrollo prometido por el Estado se manifiesta por medio de amenazas, asesinatos y cercamiento de la vida comunitaria mientras genera beneficios para las empresas transnacionales que lucran con el aire a costa de la vida.

Cuando empezaron a poner los parques eólicos, fuimos a oponernos a eso. Porque sabíamos que traían sangre, pero ¿sangre de quién? No iba a ser sangre de aquel lado, sino de éste, de nosotros. Y había mucho desconocimiento. Entonces llegan a los pueblos, por ejemplo, en la Venta hubo un foro sobre el tema de energías limpias, que ni eran limpias. Y fue en los días de la firma para los contratos, los comuneros estaban decididos a no firmar los contratos y en la noche van y los amenazan, a punta de golpes

les dicen “¡vas y firmas!”. Por eso mucha gente se fue de la Venta, mucha gente se fue (Félix, Entrevista, 2022).

Ahora si quieres concientizar o hacer algo y dices “pues nos quieren chingar de esta manera”, ¿qué hace acá el Estado? Mandarte un mensaje, o te tranquilizas o te dan por donde más te duele. ¿Y qué implica eso? que te van a desaparecer un familiar tuyo. A amigos y conocidos se los han aplicado ya, “o te callas o sigues tú”. Esa es la manera en la que ellos trabajan, están involucrados tanto en la política como en los grupos sicarios que hacen el trabajo manchado aquí (Naxiñá, Entrevista, 2022).

Las amenazas a la vida son constantes y conforman un sistema disciplinador para la comunidad, que observa con atención las advertencias de lo que le puede ocurrir si lucha contra los megaproyectos. Un habitante del Istmo lo explica con claridad: si se logra cancelar el proyecto “nos van a querer hacer pinole y eso sí es terrible, los impactos que va a generar esto hacia nosotros es grave, gravísimo. Tendremos que usar chaleco antibalas tanto en el pecho y la espalda, y en la cabeza ponerme dos ojos atrás para ver quién viene detrás de mí” (Touboul, 2021). El complejo se expande de manera voraz y acaba con la vida que está a su paso, su implementación significa violencia y muerte.

Anteriormente cualquiera que tuviera una tarralla iba y hacía su pesca, por lo menos para la comida traía. Pero ahorita la playa, donde están las lagunas, están sobre brechas de los ventiladores, entonces no puedes pasar. Por ejemplo, los campesinos, aunque sea su terreno ahí está el gran ventilador, tienen prohibido el paso. Ya no pueden pasar ahí, no pueden entrar. ¿Por qué? Porque los parques están custodiados por guardias privadas. Se van adueñando de más espacios y van inventándose más cosas. Y ahorita la mayoría de los campesinos ya no pueden cultivar el maíz que consumimos, ya viene de otros lugares,

y aumentó su precio por lo mismo que no hay y la gente ya no está cultivando (Reina, Entrevista, 2022).

Las aguas, los vientos, la tierra y todo lo que es parte de la vida tiene códigos que con el tiempo sus habitantes comprenden porque les significan, porque se han tomado el tiempo para contemplar lo que sucede con esos otros cuerpos, produciendo diálogos y formas de relación que les permiten convivir con respeto, incluso pidiendo permiso a esas grandes fuerzas. Sin embargo, los megaproyectos arrasan con esa forma de vivir. La infraestructura y la operación de los aerogeneradores contamina los ríos, erosiona el suelo y provoca un ruido constante que es insoportable, dañando la salud de quienes habitan ahí. También ha modificado las prácticas de agricultura, pesca y ganadería, generando un impacto en la soberanía alimentaria en la región (Ramírez et al., 2015). Por todo esto, las personas continúan organizándose para defender sus medios de existencia y nutrir la trama vincular que es raíz y sostén. Lo que está en juego, entonces, es la específica forma de reproducir la vida que les dota de autonomía y que han gestionado a lo largo del tiempo.

2.2 El Corredor Interoceánico como un espacio de muerte

El Corredor Interoceánico del Istmo de Tehuantepec (CIIT) fue decretado el 14 de junio de 2019 durante el gobierno del ex presidente Andrés Manuel López Obrador, como eje central del Programa para el Desarrollo del Istmo de Tehuantepec (PDIT), con el objetivo de aprovechar la posición geoestratégica de la región y consolidar una ruta logística que permita “competir en los mercados mundiales de movilización de mercancías, a través del uso combinado de diversos medios de transporte” (Autoridad Federal para el Desarrollo de las Zonas Económicas Especiales [AFDZEE] 2018; Cuenta Pública, 2020).

Si bien actualmente el Estado mexicano impulsa el CIIT, se trata de un proyecto reciclado que tiene como antecedente las Zonas Económicas Especiales (ZEE),⁴⁶ promovidas durante la presidencia de Enrique Peña Nieto (2012-2018); el Proyecto de Integración y Desarrollo de Mesoamérica,⁴⁷ impulsado durante el gobierno de Felipe Calderón (2006-2012); y el Plan Puebla Panamá (PPP) propuesto por Vicente Fox (2000-2006). A su vez, el PPP fue antecedido por el Programa Integral de Desarrollo Económico para el Istmo de Tehuantepec, planteado por Ernesto Zedillo en 1996, y por el Plan Alfa-Omega⁴⁸ desarrollado durante los gobiernos de Miguel de la Madrid (1982-1988) y José López Portillo (1976-1982). Ambos buscaban incorporar a la región al comercio mundial a través de la creación de polos industriales y la construcción de un sistema de transporte transístmico (Torres, 2017; GeoComunes, 2020).

Según Ana Esther Ceceña, el CIIT es sumamente valioso para el mercado global porque, por un lado, representa el “complemento idóneo” para distribuir el tránsito comercial internacional que suele sobrecargar al Canal de Suez y al de Panamá y, por otro lado, acorta significativamente el recorrido entre ambos océanos (2021).⁴⁹ Rafael Marín Mollinedo, responsable del Programa para el Desarrollo del Istmo de Tehuantepec (PDIT), aseguró que el proyecto busca “que las empresas que se establezcan en los parques industriales tengan la garantía de transporte para llevar su mercancía a cualquier parte del mundo” (Del Toro, 2021).

⁴⁶ Cabe destacar que en 2006 existían 3,500 zonas en 130 países (Torres, 2017, p. 142). De manera particular, en América Latina “hay más de 111 zonas en Colombia, 65 en República Dominicana, 50 en Nicaragua, 39 en Honduras, 32 en Costa Rica, 26 en Ecuador, 20 en Panamá y se instrumentan 9 en México” (Ávila, 2019, p. 119).

⁴⁷ Conocido como Proyecto Mesoamérica, abarcó diez países: Belice, Colombia, Costa Rica, El Salvador, Guatemala, Honduras, Nicaragua, Panamá, República Dominicana y México.

⁴⁸ El objetivo del Plan Alfa-Omega era “desarrollar transporte de carga intermodal asociado a la expansión de un polo industrial de procesamiento de hidrocarburos (producción de fertilizantes y refinadoras)” (GeoComunes, 2020).

⁴⁹ De hecho, “por la ruta de Suez, un viaje entre uno de los emplazamientos más destacados del comercio de la cuenca del Pacífico, Singapur, y Nueva York, tiene una longitud de 10 mil 133 millas náuticas. Mientras que por Panamá (...) el recorrido es de 12 mil 506 millas náuticas. Esta distancia podría recortarse de manera significativa a través del Corredor Interoceánico del istmo de Tehuantepec (CIIT). No casualmente es la empresa Surbana Jurong, de Singapur, quien ha diseñado el plan maestro del corredor” (Ceceña, 2021).

Como puede observarse en la Ilustración 2, el CIIT está conformado por 79 municipios, 46 de Oaxaca y 33 de Veracruz, entre los que se encuentra Juchitán de Zaragoza. Según el gobierno federal, tiene cinco objetivos centrales:

1. Fortalecer la infraestructura social y productiva en la región (...);
2. Impulsar un nuevo modelo de crecimiento económico para el desarrollo en beneficio de toda la población del Istmo (...);
3. Asegurar la articulación acciones emergentes para la población en situación de pobreza extrema en el Istmo (...);
4. Incrementar la biodiversidad y mejorar la calidad del agua, el suelo y el aire con un enfoque sustentable en la región (...); y
5. Proteger, reforzar y difundir la diversidad lingüística y cultural, la memoria y los patrimonios culturales de los pueblos indígenas, afroamericanos y equiparables del Istmo de Tehuantepec, a través de acciones que garanticen su participación y derechos culturales (Diario Oficial de la Federación [DOF], 04/08/2020).

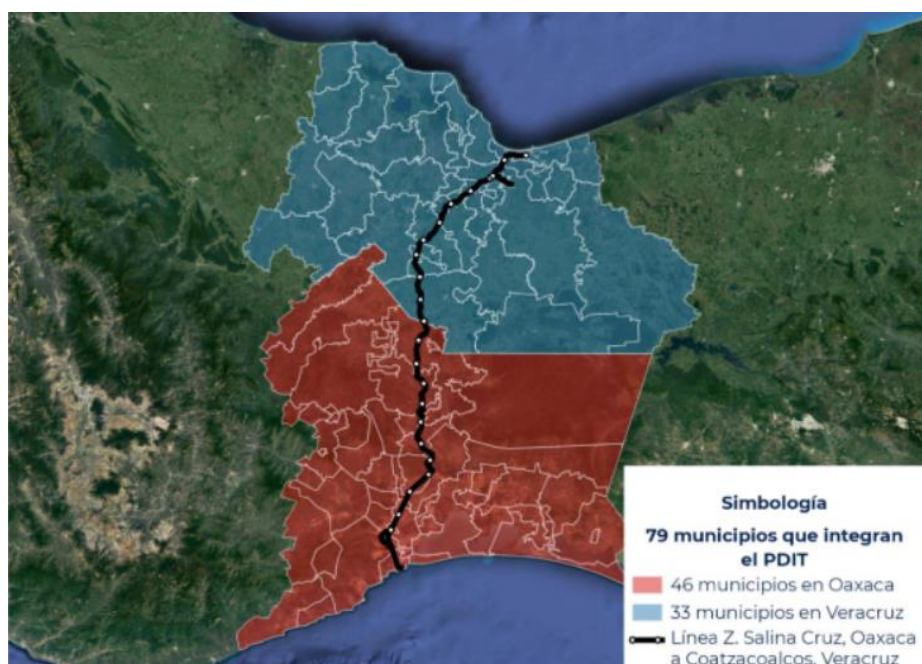


Ilustración 3. Municipios que integran el PDIT. (DOF, 03/07/2023).

Para cumplir dichos objetivos, inicialmente el CIIT buscaba 1) modernizar el Ferrocarril del Istmo de Tehuantepec (FIT); 2) ampliar, modernizar y construir puertos y terminales de contenedores en Coatzacoalcos y Salina Cruz; 3) modernizar la carretera MEX-185 y construir una autopista de altas especificaciones a lo largo del CIIT; 4) modernizar el oleoducto de 220 km para transportar Gas Natural y abastecer a las industrias de la región; 5) rehabilitar las refinerías de Minatitlán y de Salina Cruz; 6) desarrollar centrales eólicas en la región de Ixtepec, Oaxaca, y construir 5 subestaciones eléctricas en la red del Sistema Interconectado Nacional de la región Istmo al Centro del país; 7) instalar fibra óptica con el fin de dotar de telecomunicaciones a las industrias que se instalen y a las comunidades del Istmo; y 8) fortalecer la red local de los Aeropuertos de Minatitlán e Ixtepec (DOF, 04/08/2020).

Al conocer los objetivos y las implicaciones de tal Corredor, a partir de 2020 las comunidades enlazaron su inconformidad e impulsaron con más fuerza las luchas en defensa del territorio. Sin embargo, aún ante la clara resistencia y oposición el expresidente López Obrador defendió el megaproyecto argumentando que a través de él era posible lograr el crecimiento económico y asegurar el bienestar social. Incluso, el 22 de noviembre de 2021 emitió un “acuerdo” en el que:

declara de interés público y seguridad nacional la realización de proyectos y obras a cargo del Gobierno de México asociados a infraestructura de los sectores comunicaciones, telecomunicaciones, aduanero, fronterizo, hidráulico, hídrico, medio ambiente, turístico, salud, vías férreas, ferrocarriles en todas sus modalidades energético, puertos, aeropuertos y aquellos que, por su objeto, características, naturaleza, complejidad y magnitud, se consideren prioritarios y/o estratégicos para el desarrollo nacional (DOF, 22/11/2021).

El decreto también sostenía que, para iniciar los proyectos, las dependencias de la Administración Pública otorgarían autorizaciones provisionales en menos de cinco días hábiles, con una vigencia de 12 meses (DOF, 22/11/2021). Con esta declaración, el presidente buscaba blindar la imposición del CIIT y de otros proyectos como el Tren Maya, arremetiendo directamente contra las comunidades que se niegan a aceptarlo.

Sin embargo, el Instituto Nacional de Transparencia, Acceso a la Información y Protección de Datos Personales (INAI) impugnó tal acuerdo y el 18 de mayo de 2023 la Suprema Corte de Justicia de la Nación (SCJN) lo declaró inconstitucional argumentando que el Acuerdo era ambiguo, restringía el derecho de acceso a la información y afectaba las facultades del INAI para garantizar la transparencia (SCJN, 2023). Como respuesta, ese mismo día el expresidente López Obrador emitió el

DECRETO por el que la construcción, funcionamiento, mantenimiento, operación, infraestructura, los espacios, bienes de interés público, ejecución y administración de la infraestructura de transportes, de servicios y polos de desarrollo para el bienestar y equipo tanto del Tren Maya como del Corredor Interoceánico del Istmo de Tehuantepec, así como los aeropuertos [de Palenque, Chiapas; de Chetumal y de Tulum, Quintana Roo] son de seguridad nacional y de interés público (DOF, 18/05/2023).

Esta maniobra constitucional funcionó al expresidente para blindar el CIIT, el Tren Maya y los aeropuertos del sur del país. A partir de entonces, el Estado afianzó una serie de políticas públicas que dan cada vez más poder a las Fuerzas Armadas como mediadoras y guardianas de los intereses estatales. De hecho, el 14 de abril de 2023 el CIIT quedó sectorizado a la Secretaría de Marina (SEMAR) (DOF, 14/03/2023).

Esto resulta problemático porque la SEMAR es una institución para la guerra, es decir, está liderada, estructurada e integrada como una institución militar. Existen investigaciones que documentan la participación de las Fuerzas Armadas en diversas violaciones a los derechos humanos, como detenciones arbitrarias, tortura, desapariciones forzadas y ejecuciones extrajudiciales. Actualmente la SEMAR, junto a la Secretaría de la Defensa Nacional (SEDENA), es la autoridad con el índice de letalidad más alto. De hecho, entre 2007 y 2018 “del total de los enfrentamientos en los que estuvo involucrada la SEMAR, el más común fue aquel en el que sólo hubo civiles opositores fallecidos, sin heridos, ni detenidos y sin marinos heridos, ni fallecidos. Este tipo de eventos ascienden al 29.82%” (Intersecta, 2020, p. 59). Esto quiere decir que su actuación se basa en asesinar a las personas.

Transferir funciones civiles a las Fuerzas Armadas significa permitirles operar siguiendo lógicas militares, para las que fueron entrenadas (Intersecta, México Unido Contra la Delincuencia y Programa de Política de Drogas, 2024). Al realizar sus labores “el abuso de la fuerza parece ser la norma, más que la excepción (...), las Fuerzas Armadas no solo desatan violencia, sino que operan a través de ella. Operan con la lógica de la guerra” (Intersecta, 2020). En ese sentido, el alza de la violencia en Juchitán de Zaragoza –y en todo el Istmo de Tehuantepec– se relaciona con el papel de las Fuerzas Armadas al estar presentes en la gestión del CIIT.

Ya bajo la dirección de la SEMAR, el 03 de julio del 2023, como parte del Plan Nacional de Desarrollo 2019-2024 se elaboró el Programa Institucional del Corredor Interoceánico del Istmo de Tehuantepec (PICIIT) 2023-2024 estableciendo tres objetivos prioritarios:

1. Planear y coordinar las acciones que contribuyan al desarrollo de la región del Istmo de Tehuantepec, con una visión integral, sustentable, sostenible e incluyente, que

fomente el crecimiento económico, productivo y cultural, así como el establecimiento de Polos de Desarrollo para el Bienestar.

2. Establecer la planeación estratégica integral de la infraestructura del sistema de transporte, energía, telecomunicaciones y conectividad para el desarrollo, operación y mantenimiento de la Plataforma Logística del Corredor Interoceánico del Istmo de Tehuantepec.

3. Coordinar la promoción de inversiones y vinculación comercial para impulsar el desarrollo económico y el bienestar de la población en la región (DOF, 03/07/2023).

Inicialmente se promovieron 10 “Polos de Desarrollo para el Bienestar” (PODEBI) –6 en Oaxaca y 4 en Veracruz⁵⁰– con la intención de cruzar los 304 km de vía ferroviaria entre los océanos Pacífico y Atlántico para generar un entorno atractivo para empresas e inversionistas a la región (DOF, 03/07/2023). El proyecto propuso aprovechar y rehabilitar la infraestructura logística multimodal –transporte, energía y telecomunicaciones–; además, brindar incentivos y ventajas fiscales para las empresas, tales como el descuento del 100% del Impuesto Sobre la Renta (ISR) durante los primeros tres años y disminución del 50% durante los tres años siguientes –que podrán llegar hasta el 90% si se superan las metas de empleo–; una tasa del 0% del Impuesto al Valor Agregado (IVA) durante cuatro años a las operaciones realizadas al interior y entre los Polos; incentivos especiales a la electromovilidad, equipos médicos e industria electrónica y diversas ventajas administrativas para agilizar trámites y obtener préstamos o créditos (Secretaría de Economía, 2023).

Se esperaba que los Polos de Desarrollo se ubicaran en los municipios de Matías Romero Avendaño, Salina Cruz, Santa María Mixtequilla, Ixtaltepec, Ciudad Ixtepec y San Blas Atempa,

⁵⁰ Inicialmente ubicados en Matías Romero Avendaño, Salina Cruz, Santa María Mixtequilla, Ixtaltepec, Ciudad Ixtepec y San Blas Atempa; y en Coatzacoalcos I, Coatzacoalcos II, Texistepec y San Juan Evangelista, respectivamente.

pero afectarían a toda la región istmeña debido a que la implementación de cada uno de los proyectos impactaría significativamente la vida. Además, esto reforzaría la implementación del megaproyecto eólico y aseguraría su permanencia en Juchitán. Argumentando que la región “cuenta con todo lo necesario para escribir su propia historia de éxito: capital humano, recursos naturales y una posición geográfica estratégica y privilegiada” (DOF, 04/08/2020), el Estado mexicano utiliza la máscara del “desarrollo” para imponer el CIIT y ofrendar el territorio al capital transnacional a través de la SEMAR.

Cabe resaltar que, pese a las proyecciones estatales, actualmente la mayoría de los PODEBIs no han sido establecidos. Y, aunque aparentemente se busca “impulsar el desarrollo integral, sostenible, sustentable e incluyente de la región del Istmo de Tehuantepec, con pleno respeto a la historia, la cultura y las tradiciones del Istmo oaxaqueño y veracruzano” (Cuenta Pública, 2020), para las y los habitantes de Juchitán que defienden el territorio “Obrador ofrece lo mismo, no hay ninguna diferencia. Peña Nieto ofreció la Zona como Económica Especial y es lo mismo que está ofreciendo él, ser una zona libre...pero no explica qué es libre. Es libre, pero libre para las empresas...es libre porque ellos van a decidir qué tipo de trabajo habrá, cuánto van a pagar, cómo van a pagar impuestos. Eso no cambia nada de las propuestas de los anteriores presidentes. No hay ningún cambio” (*na* Betina, Entrevista, 2022). Al contrario, con la implementación del CIIT el impacto para la vida ha sido mortal. De hecho, al referirse al megaproyecto, Niltie Calderón expresa:

Si las montañas se minan, los desechos y metales pesados llegarán a los ríos y lagunas. Si los desechos industriales de las fábricas prometidas se vierten a los ríos o la tierra afectarían mantos acuíferos y terminarían matando la zona lagunar en donde desembocan, la producción de peces disminuiría junto con nuestro consumo de este alimento... pueblos enteros dedicados a la pesca y a la agricultura quedarían

devastados... nuestros mantos acuíferos y pozos de agua se hallarían contaminados: ¡todo vuelve a nosotros!, si el despojo se consolida nadie se salva (Calderón, 2021).

El bienestar de las comunidades pasa desapercibido cuando el interés central es fortalecer zonas de libre comercio dotadas de infraestructura que garanticen los insumos necesarios para satisfacer las necesidades del sector privado que participa en el despojo. El CIIT consolida la “reorganización de espacios para el control poblacional y territorial” (Marchese, 2019, p. 6). El “respeto a la historia” que refieren las instituciones estatales no sirve de nada cuando se convierte el territorio istmeño en un tributo para el capital transnacional.

Al igual que con el megaproyecto eólico, la opacidad en la implementación del CIIT ha sido constante, los procesos parecen nebulosos, poco claros y confusos para las personas. De hecho,

la desinformación sobre el CIIT es mucha. A algunas personas las hacen creer que podrán hacer uso del ferrocarril para transportar sus mercancías, que va a ser como antes que podían subirse a vender sus productos o que podrán transportar uno o dos paquetes de lo que necesiten, pero no es así y el gobierno no lo dice. El gobierno está engañando para que den los permisos, no dicen realmente las consecuencias que traen los proyectos, sólo dan información de lo que puede venir con el Corredor, pero no los impactos (Mane, D.C.).

El CIIT constituye un proyecto que, más que beneficiar a la población local, se encarga de reestructurar las prácticas colectivas y de resquebrajar la trama vincular que se ha tejido a lo largo de los años, debilitando continuamente a la comunidad. La violencia en el Istmo incrementa vorazmente, principalmente a través del ataque armado que resquebraja el tejido

social mientras respalda la expropiación, la explotación y el despojo. Las zonas que atraviesa el CIIT se transforman y se prohíbe a la población hablar del tema.

Por ejemplo, Salina Cruz –uno de los diez “Polos de Desarrollo para el Bienestar”– conforma el complejo industrial más importante del Istmo oaxaqueño y alberga obras estatales como el puerto comercial, la refinería de petróleo, el astillero de la marina y el aeropuerto del ejército mexicano. Además, como parte del CIIT diversos proyectos federales, como la planta coquizadora, la rehabilitación y construcción de las vías del Ferrocarril del Istmo de Tehuantepec (FIT) y el Rompeolas Oeste, están en construcción ahí. El 10 de febrero de 2022 asesinaron al periodista Heber López Vásquez en ese municipio. “Un día antes, Heber había publicado un reportaje en el que señalaba al político local Arminda Espinosa Cartas por corrupción y malos manejos en el rompeolas que se construía en Salinas del Marqués” (Mejía, 2023). El asesinato del periodista deja ver que tales obras federales son un tema muy complicado de abordar para los medios de comunicación. “Heber lo publicó en la mañana y en la noche lo mataron. O sea, no puedes ir y criticarlos, o ellos no permiten que los critiquen porque te pueden ir a matar, ese es su mensaje” (Roselia, Entrevista, 2022). La advertencia fue clara, hablar sobre el CIIT y la forma en que se está poniendo en marcha es riesgoso.

La implementación del CIIT ha provocado impactos y cambios concretos en la vida istmeña. En una ocasión conversé con Ana, una mujer que vive justo en donde se encuentra la terminal del tren transístmico en Salina Cruz. Ella se dedica a vender dulces afuera de su casa y me contó cómo falleció su marido en el 2020. Él fue un férreo defensor del territorio y se opuso abiertamente al CIIT. Cuando el personal entonces a cargo del CIIT –de la empresa Ferrocarril del Istmo de Tehuantepec S.A. de C.V., resguardada por la Marina de México (Morales, 2023)– le informó que tendría que derribar dos cuartos y la barda de su casa porque “estorbaban” el

paso del tren, él se empeñó todavía más en defender su hogar. Varios inspectores asistieron para ofrecerle dinero a la familia a cambio de que abandonara el sitio o para que demolieran los cuartos y construyeran muros de contención, aparentemente para minimizar la afectación. Después de una de esas visitas él falleció de un paro cardíaco.

Hasta ahora los inspectores siguen visitando a las personas para convencerlas de que acepten el dinero y se vayan. Durante este periodo, una serie de irregularidades han acompañado el proceso: al principio las autoridades argumentaron que por reglamento debían existir 20 metros de separación entre las vías del tren y las casas, después dijeron que sólo se necesitaban 15 metros y ahora que son 10. Cuando entrevisté a la doctora Lesvia –una reconocida activista de Salina Cruz– me explicó que las personas no quieren abandonar su tierra, pero ante las intimidaciones algunas han aceptado dinero, un monto que oscila entre \$20,000 a \$80,000 para comenzar a construir muros de contención. Además, a quienes dudan entre irse o quedarse les han ofrecido una cuota mensual por concepto de renta para que se muden a otro lugar.

Transformar e imponer nuevas formas de habitar la tierra y los diversos lugares en los que las personas han hecho su vida implica cimentar la desmemoria para promover el olvido de las razones y las luchas ahí desplegadas. Pero Ana no se va, dice que junto a su esposo lucharon demasiado para construir su casa y no piensa dejarla así como así. “¿A dónde me voy a ir? Si acá está mi casa, acá crecieron mis hijos, no tengo por qué irme. A aquellos se les hace fácil venir y decir que aquí van a hacer el proyecto, pero la gente que vive aquí va a tener que irse. Nosotros no tenemos dinero para fácil poner otra casa, pero nadie se preocupa por eso. El proyecto va a correr a la gente de su tierra, del lugar donde vivieron sus padres. Nuestras raíces están aquí y

vamos a tener que dejarlas” (Ana, D.C.). Pese a este cariño por la tierra, las vías del ferrocarril⁵¹ están en construcción y el tránsito del gran capital parece avanzar poco a poco.

Según el gobierno de México, a finales de 2023 comenzó a gestionar diálogos con las familias cuyo hogar se encuentra en la zona que atraviesa la Línea Z del Ferrocarril del Istmo de Tehuantepec, eje central del Corredor Interoceánico (CIIT, 2024). El objetivo era llegar a un aparente acuerdo de reubicación, aunque en realidad no había otra opción: o eran reubicadas, o perdían su casa. Cabe destacar que, al revisar documentación en torno al CIIT, existen sólo dos decretos de expropiación a su favor con fecha dos de febrero de 2023: uno donde se expropiaban 412-54-45 hectáreas de terrenos de temporal de uso común del municipio de Ciudad Ixtepec, brindando una indemnización de \$111,391,000.00 (ciento once millones trescientos noventa y un mil pesos 00/100 M.N.) (DOF, 02/02/2023a). Y otro, que estableció la expropiación de 502-42-60 hectáreas del municipio de Santa María Mixtequilla, con un monto de indemnización de \$130,631,000.00 (ciento treinta millones seiscientos treinta y un mil pesos 00/100 M.N.) (DOF, 02/02/2023b).

Sin embargo, la indemnización brindada no es suficiente cuando se despoja de la tierra y de la historia a las comunidades, que son desplazadas para levantar gigantescos parques industriales. De hecho, en diversos municipios del Istmo, particularmente en Juchitán de Zaragoza y San Blas Atempa, actualmente se despliega una gran resistencia de las y los habitantes que conforman la Asamblea Comunitaria de Puente Madera y de la Asamblea de Pueblos Indígenas por la Defensa de la Tierra y el Territorio (APIIDTT) (López, 2023). Para las personas que participan del movimiento, el CIIT significa un proyecto de reconfiguración territorial que

⁵¹ El Ferrocarril del Istmo de Tehuantepec (FIT) integra tres líneas: la “Z”, que va de Coatzacoalcos a Salina Cruz; la “FA”, de Coatzacoalcos a Palenque; y la “K”, que va de Ciudad Ixtepec a Ciudad Hidalgo e interconecta con el Puerto Chiapas y Guatemala (Secretaría de Marina, 2023).

busca desplazar a las comunidades y despojarlas de sus medios de existencia, para ellas no es aceptable que a cambio de unos cuantos pesos se les arrebate la tierra, el mar y el alimento, mucho menos cuando históricamente han sido las encargadas de su cuidado y regeneración.

3. La militarización como parte del ensamblaje armado

La noche del siete de septiembre de 2017, a las 11:49 de la noche un terremoto de 8.2 grados Richter sacudió a Juchitán. En consecuencia, la mayoría de las familias perdieron su casa y sus medios de existencia; los espacios comunitarios como el mercado, el palacio municipal, el hospital o la iglesia quedaron destruidos y todo esto generó un gran impacto emocional y material en la comunidad (Juárez, 2022). En estas condiciones se afianzó la militarización en el territorio juchiteco pues, como ha sucedido en ocasiones previas –como en el sismo de 1985–, la milicia tuvo un papel protagónico durante los días posteriores con el despliegue del Plan DN-III-E.⁵²

Con el pretexto de brindar ayuda humanitaria ante el desastre, el Estado desplegó miles de militares en Juchitán y logró en un día lo que no había conseguido en mucho tiempo: el ejército no sólo ingresó al territorio, se quedó ahí permanentemente. El 1 de octubre de 2017, en el Periódico el Imparcial fue publicada una nota que señalaba: “el Istmo de Tehuantepec está militarizado, 5 mil 635 elementos de la Secretaría de la Defensa Nacional recorren las calles de 41 municipios todos los días, pero esta vez no hay voces de oposición y crítica, sino de agradecimiento y solidaridad” (Pérez, 2017). Al respecto, Silvia Federici sostiene que actualmente la intervención militar se manifiesta “ocultándose bajo la guisa de benévolas iniciativas como

⁵² El Plan de Auxilio a la Población Civil en Casos de Desastre, mejor conocido como Plan DN-III-E, fue establecido en 1965 por la Secretaría de la Defensa Nacional (SEDENA) con el objetivo es movilizar al Ejército y a la Fuerza Aérea Mexicanos en casos de desastres (SEDENA, 2023).

“ayuda alimentaria” y “ayuda humanitaria” o, como sucede en América Latina, como cooperación en la lucha contra las drogas” (2013, p. 129).

El terremoto hizo que se ocultaran otras intenciones y movimientos estratégicos del Estado. Fue el momento para decir “esto es nuestro, por aquí vamos a ir, eso nos pertenece, vamos a meter más militares”. Y en ese tiempo la gente estaba ocupada en otras cosas. Fue el momento estratégico para quitarnos (Naxiñá, Entrevista, 2022).

La llegada de los militares, junto a algunos policías estatales y federales, tenía el objetivo de apoyar en el levantamiento de escombros y el rescate de personas. Esto justificaba la presencia de “la máquina de guerra” (Mbembe, 2011) mientras retrataba a las y los habitantes como personas indefensas que necesitaban protección. De hecho, la “militarización de la ayuda”, es una respuesta gubernamental común ante los desastres y las catástrofes. Por ejemplo, durante la guerra en Somalia, Estados Unidos inició una intervención militar con el pretexto de brindar ayuda humanitaria, generando duras consecuencias para la población como el incremento de la violencia y el despojo de sus tierras (Martín Beristain, 2000, p. 85). Un compañero juchiteco expresaba con indignación: “sabes que es el enemigo, que te quiere quitar tu territorio, pero de pronto él te da de comer: ni modo que le digas que no, le dices gracias” (Manu, Entrevista).

Como en otras geografías, la actuación de la máquina de guerra se afianzó cuando el gobierno federal y estatal anunció que el Ejército sería el único autorizado para organizar y distribuir los víveres que arribaban (Paredes, 2017). Así, la gestión de la ayuda humanitaria que llegaba de parte de la sociedad civil quedó, mayormente, bajo su control. En las calles podían observarse militares conduciendo patrullas y grandes camionetas de redilas verdes. Mientras las camionetas avanzaban, los militares que iban en la batea apuntaban al frente con sus armas. Para algunas personas esto tenía un fin claro:

Es estratégico, es para dar miedo. A Peña⁵³ le sirvió mucho lo del terremoto, por una parte, para quedar bien, pero también porque desde hace años no habían podido entrar al Istmo, pero a raíz del terremoto ya entraron los soldados. Y se van a quedar, ya no se van a salir. Así le servirá como medio para controlar, aprovechan el terremoto porque no podemos decirles que no, hay necesidad y la gente no tiene ganas de luchar, fue un bajón muy feo. No tenemos casas, perdimos todo, no podemos defendernos. Llegaron cuando no hay ánimos, es estratégico, nos agarraron debilitados (Manu, Entrevista, 2023).

Aunque el Ejército transitaba haciendo rondines y observando con atención, no llevaron víveres ni medicamento suficientes. Parecía que su objetivo primordial era vigilar y establecer el control sobre el territorio vivo. Su presencia generaba diversas reacciones, pero constantemente las personas se cuestionaban “si se supone que vienen a ayudar ¿por qué traen armas? ¿por qué traen metralletas y bazucas sobre las camionetas? ¿por qué no traen cascos y ayudan a quitar escombros en lugar de rondar apuntando a la gente?” (Manu, Entrevista, 2023).

Las grietas del terremoto fueron muy bien aprovechadas por el Estado para desplegar a las fuerzas armadas e impulsar los megaproyectos. Durante un tiempo fue común observar convoyes militares que cruzaban la ciudad a cualquier hora del día. Y en 2019, tras la reforma constitucional que asignó a la Guardia Nacional (GN) las funciones que le correspondían a la Policía Federal y como parte del “Plan Nacional de Paz y Seguridad”, la GN desplegó 450 elementos en Juchitán. En total ingresaron 7 mil 200 elementos al estado de Oaxaca, distribuidos en los 16 municipios –incluidos Juchitán, Salina Cruz, Tehuantepec y Zanatepec en el Istmo de Tehuantepec– en los que se proyectaba la construcción de cuarteles (Comunicados, 2020).

⁵³ Enrique Peña Nieto, presidente de México de 2012 a 2018.

En mayo de ese año, el mismo mes en que comenzó sus actividades el parque “Energía Eólica del Sur”, el gobernador Alejandro Murat inauguró en Juchitán el primer Centro Regional de Control y Comando (C2), constituido por un equipo de monitoreo con cámaras fijas que prometían la observación permanente de la vía pública. Murat argumentó que esta acción permitiría reestablecer el orden, la seguridad y la paz en el Istmo (Comunicación Social y Vocería del Gobierno del Estado de Oaxaca, 2019). Luego, continuando con la aplicación del Plan DN-III-E, el 24 de julio de 2020, durante la conferencia de prensa encabezada por López Obrador, se informó que los tres municipios con mayor incidencia delictiva en el estado eran Oaxaca de Juárez, San Juan Bautista Tuxtepec y la Heroica Ciudad de Juchitán de Zaragoza, por ello se decidió desplegar “6,870 efectivos de la Secretaría de la Defensa Nacional, coadyuvando con 760 elementos de la Secretaría de Marina, 4,115 de la Guardia Nacional, así como 4,298 integrantes de la Policía Estatal y 6,470 de la Policía Municipal” (SEDENA, 2020). Además, el 8 de septiembre de 2020 se anunció la construcción del Cuartel Avanzado en Juchitán (El Universal, 8 de septiembre de 2020) y, aparentemente, la obra finalizó a principios de septiembre de 2022 (El Imparcial, 2 de septiembre de 2022). Sin embargo, al estar en Juchitán y conversar con las personas esta información es puesta en duda, pues desconocen su ubicación e incluso niegan la construcción.

Conviene destacar que, aunque la Guardia Nacional fue constituida inicialmente como “una institución de seguridad pública, de carácter civil, disciplinada y profesional” (DOF, 27/05/2019), en la práctica se trata de un cuerpo de seguridad militar: su control operativo y administrativo está a cargo de la SEDENA, y está conformado mayoritariamente por soldados

y marinos, específicamente, ocho de cada diez integrantes de la Guardia Nacional son militares.⁵⁴ Eso hace que sea “tanto una institución militarizada como un mecanismo a través del cual las fuerzas armadas militarizan otros ámbitos” (Intersecta, México Unido Contra la Delincuencia y Programa de Política de Drogas, 2024).

Así, durante el sexenio de López Obrador la militarización se consolidó –no sólo en Juchitán– a través del establecimiento de acuerdos y convenios que transferían funciones civiles a las Fuerzas Armadas, particularmente al asignarle a la GN tareas de vigilancia con el objetivo de salvaguardar la seguridad pública, o al dejar a cargo a la SEMAR de la gestión de megaproyectos como el CIIT. No obstante, en lugar de “garantizar la paz” su presencia incrementa la violencia. Al respecto, Dawn Paley muestra dos ejemplos de México: primero, en marzo de 2008, como parte de una brigada contra el narco enviada por el gobierno, miles de soldados y policías federales arribaron a Ciudad Juárez. Como consecuencia, los homicidios, la violencia y los secuestros se multiplicaron considerablemente (2018, p. 137). Posteriormente, en 2012, luego de que ingresaran tropas federales a Guerrero el incremento de la violencia se reflejó en que “Acapulco reemplazó a Juárez como la ciudad más peligrosa de México (...). En octubre de 2013, una investigación condujo al arresto de 18 miembros de una banda de secuestradores, y 13 de ellos eran policías federales” (2018, p. 142).

De hecho, en el 2021 “por cuarto año consecutivo más de 30 mil hombres, mujeres y niños fueron asesinados en el país, pese a la movilización récord de militares en las calles y al despliegue de más de 100 mil elementos de la Guardia Nacional” (Ángel, 21 de diciembre de 2021). Cabe destacar que entre julio de 2019 y marzo de 2022, “el despliegue operativo de la GN

⁵⁴ “De las 104,207 personas que conformaban la Guardia Nacional al término de 2022, 71,228 (el 68%) provenían de la SEDENA y 14,510 (el 14%) de la SEMAR” (INEGI, 2023. En Intersecta, México Unido Contra la Delincuencia y Programa de Política de Drogas, 2024).

se concentró en seis entidades: Ciudad de México, Estado de México, Jalisco, Guanajuato, Michoacán y Oaxaca; únicamente el Estado de México y Guanajuato forman parte de los estados que en los últimos años han registrado niveles altos de violencia homicida” (Jasso y Baltazar, 2023). Sin embargo, luego de tal despliegue, en los estados de Oaxaca, Guerrero, Jalisco, Puebla, Sinaloa, Tamaulipas y Veracruz, la violencia homicida ha ido al alza (Jasso y Baltazar, 2023). El gobierno federal, estatal y municipal suelen atribuir esto al consumo de drogas o al conflicto entre cárteles al disputarse la plaza, continúa utilizando este argumento para justificar la militarización de los territorios. Mientras tanto, la presencia de la milicia asegura la implementación de los megaproyectos y garantiza el comercio transnacional.

Los militares por la forma en que han sido entrenados o capacitados son muy violentos, sabes que son siempre ventajosos por tener esa fuerza. Además de que casi casi que tú les debes algo porque ellos están ahí (...). Y, por ejemplo, Obrador lo que no quiere ahorita es que sus proyectos caigan, el tren transístmico, Dos Bocas... ¿entonces cómo lo hace? El militar a ti te da miedo, por los antecedentes que se han vivido de la militarización del país, o sea, en todas las cosas de tortura, de violencia sistemática o violencia de hechos médicos, un militar siempre ha estado de frente. Entonces si van a militarizar más ¡pues imagínate! (Diana, Entrevista, 2022).

Mientras el Estado se esfuerza por reforzar la ilusión de que es a través de las Fuerzas Armadas que se garantiza la seguridad, la militarización arrasa con las formas de organización desarrolladas para gestionar colectivamente los conflictos. Ahora es común escuchar que “Juchitán es un campo de guerra”. El quehacer militar no garantiza la seguridad, al contrario. Por ejemplo, Jesús –uno de los hombres entrevistados– expresa: “con la Guardia Nacional, yo en vez de sentirme más seguro no siento nada de seguridad, incluso yo creo que la presencia de

ellos hace que los que delinquen se armen todavía más para que en cualquier momento si hay algún enfrentamiento estén listos” (Entrevista, 2022). Está documentado que la presencia militar influye en el incremento de la distribución y el uso de armas, de hecho, a nivel nacional actualmente casi el 70% de los asesinatos se realizan con arma de fuego (INEGI, 2023).

Como puede observarse, en la cotidianidad el trabajo de las autoridades se limita a fortalecer los cuerpos policíacos. “La política como un trabajo de muerte” (Mbembe, 2011, p. 21) busca atacar las condiciones locales de vida al mismo tiempo que favorece los intereses neoliberales, pues garantiza el ingreso de las corporaciones transnacionales a territorios de difícil acceso y funciona como “una garantía para los inversionistas que buscan asegurarse de que sus instalaciones estarán protegidas de la resistencia comunitaria” (Paley, 2018, p. 157). A través de la violencia se genera miedo y se individualiza una situación que, en realidad, es estructural; el objetivo es resquebrajar la trama vincular que ha nutrido a la comunidad durante años, frenar la organización y desgastar la energía vital al generar preocupación y luto constante. “Esto le puede pasar a cualquiera” resuena como una advertencia latente.

De hecho, “aún con la entrada de la Guardia continúa la violencia, no se ha detenido. En realidad, nadie ha parado la violencia y estoy seguro de que no lo van a parar” (Naxiñá, Entrevista, 2022); “porque se supone que esa era la justificación: va a entrar la Guardia para detener todo, decían. Pero continúa” (Diana, Entrevista, 2022). Por eso, las personas perciben que el ingreso militar a su territorio “es estratégico, es para dar miedo”. Lo sienten como un golpe contra las formas organizadas de lucha que ya existían frente al Estado y las empresas transnacionales.

Actualmente, la Guardia Nacional se mantiene en Juchitán sin intervenir a profundidad en los asuntos de “seguridad”. Según refieren algunas personas entrevistadas, debido a un

acuerdo municipal que aseguró su permanencia lejos del centro, los convoyes ya no suelen verse dentro de la ciudad sino en las carreteras, sólo recorren la periferia. Su estancia garantiza que la población perciba su presencia y el posible alcance de sus acciones, sobre todo cuando se les observa rondando con sus armas desenfundadas o apuntando, o al hacer operativos en las carreteras que comunican a las comunidades. Por ejemplo, en las rutas Juchitán-Xadani, Juchitán-Tehuantepec-Salina Cruz, o Juchitán-El Espinal-Ixtepec, con el pretexto de hacer “revisiones de rutina” la GN detiene a las personas que transitan por la zona para cuestionarlas a profundidad y, en la mayoría de las ocasiones, logra intimidarlas. Por otro lado, para la población juchiteca es notorio el diálogo continuo entre las fuerzas armadas del Estado y otros actores armados, cuyo ensamblaje agudiza y garantiza la violencia permanente.

Acá en Juchitán que están los grupos armados, quién sabe qué hace la Guardia Nacional, o sea, están al lado de ellos, no sé si están cuidándolos o son compas. Pero ya no estamos seguros, por ejemplo, aquí en la carretera se pasea la Guardia Nacional nada más para quitarte el dinero, la policía estatal se pone en la entrada para quitarte dinero también, es lo único que hace, nadie te protege. Entre ellos conviven, saben quiénes son y ganan juntos. Todos acá ya sabemos eso. ¿Quién manda en Juchitán? El narco, está Héctor Sánchez que tiene todo el poder, incluso gracias a él los Murat están en el poder. Son esas cosas que mucha gente sabe (Naxiñá, Entrevista, 2022).

Ahora nos toca ver los grupos delictivos, ya como miembros de organizaciones de narcotraficantes, y ellos ahora son gobierno en las cabeceras municipales, en las agencias, están en las rancherías también. Y están controlando todo gracias a la presencia de los militares, la Marina. Hay una alianza clara entre ellos aquí (Beedxe, Entrevista, 2022).

Mientras la alianza armada se mantiene y se refuerza, el Estado insiste en implementar el CIIT en un tiempo en que la comunidad no se ha podido recuperar plenamente de la destrucción material después del terremoto y de la precarización que se agudizó luego de la pandemia. Así se asegura la disposición de mano de obra, personas que están dispuestas a laborar largas jornadas a bajo costo. La militarización se justifica y busca afianzar el control socioterritorial de comunidades que, a través de la trama vincular, durante siglos han sido capaces de gestionar la reproducción de la vida y de defender su territorio de creativas formas.

4. Los asesinatos cotidianos para romper lo común y anular las luchas

Recuerdo mucho cuando era niña, me ponía mi papá el catre en el patio y me acostaba a contar las estrellas, sonaba “pum pum” y sabíamos que era un cuete, entonces yo me escondía para que el cuete no me cayera, eso era mi niñez. Nos dormíamos afuera de la casa en temporada de calor, en la hamaca, y no cerrabas tu casa con triple candado; tus vecinos pasaban por el callejón o frente a tu casa para cortar camino y normal, no pensabas mal. Hasta que se empieza a desbordar todo con eso de guerra contra el narco, entonces ya la gente no venía de visita, incluso reclutaron a jóvenes de Juchitán, se empezaron a balear. Todo eso pasó y obviamente sí cambió mucho la vida aquí a partir de esa época, ya no podías salir, era muy peligroso, ya te asaltaban en las calles, empezaron a entrar a las casas. Empezaron a robar el oro de las mujeres, y el oro representaba todo ese trabajo arduo que tenían dentro del comercio, es el reflejo de su trabajo, invertían en el oro, pero de repente ya no podías tener. Entonces afectó muchísimo. Ahorita ya no es como antes, no puedes mandar a tu hija sola o no puede andar un niño corriendo en la calle porque es riesgoso (Bea, Entrevista, 2022).

Actualmente Juchitán es el municipio con más asesinatos en el estado de Oaxaca (Consortio Oaxaca, 2024; EDUCA, 17 de octubre de 2024; Carrera, 2 de octubre de 2024). Desde el 2006 comenzaron a visibilizarse de manera concreta las consecuencias de la llamada “Guerra contra las drogas” impulsada por el expresidente Felipe Calderón, pero a partir del año 2016 la ola de homicidios incrementó. “Ese fue el momento clave, fue cuando apareció un cuerpo decapitado. Ese fue el nivel de violencia más extremo en ese momento, salió en todos los periódicos de la región. Cortar la cabeza, no había pasado eso... además no fue solamente matar a la persona, sino dejar un mensaje, un aviso” (Alba, Entrevista, 2022). Entonces “fue como si una bomba estallara”.

De hecho, se registraron 20 homicidios en 2015 y 58 en 2016, es decir, a comparación del año anterior el número de homicidios casi se triplica. Luego, en 2017 hubo una leve disminución, pero de 2018 a 2024 el incremento ha sido de 75% (Semáforo Delictivo, 2024; México Unido Contra la Delincuencia, 2024). Conviene notar que los números de homicidios registrados en informes de organizaciones civiles o de instituciones estatales distan mucho de la realidad que se vive al habitar en Juchitán: cada día hay al menos uno o dos asesinatos, generalmente perpetuados con armas de fuego. Ahora “la violencia es como el otro paraíso de Juchitán, independientemente de las fiestas, de los muxes y esas cosas. Pero nadie quiere hablar de ella, todos queremos ponerle un trapo encima a todo ¿no? y “ah pues no pasó nada, y ya como no es mi familia no me importa”, pero a otros sí les importa, a todos nos importa en el fondo” (Naxiñá, Entrevista, 2022).

Para algunas personas, el incremento de los asesinatos y de la violencia armada tiene que ver con la implementación de megaproyectos en la región. De hecho, el alza de homicidios del 2016 coincide con la promulgación de la Ley Federal de Zonas Económicas Especiales (LFZEE)

y la declaración de una de ellas en el Istmo de Tehuantepec, realizada por el expresidente Enrique Peña Nieto. Más que beneficios para las y los habitantes, la búsqueda del Estado y de las empresas transnacionales por implementar y controlar el corredor istmeño para tener ventajas sobre la inversión y orientar el flujo de mercancías y personas, motivó el incremento de la violencia en el territorio.

Sucedió cuando se empezaron a instalar los parques eólicos y ahora con el Corredor, sabemos que cuando llegan esos proyectos siempre traen consigo grupos delictivos y... es proyecto millonario el transístmico. Ahorita, por ejemplo, se pelean mucho el rompeolas de Salina Cruz. Es visible que los grupos delictivos se infiltran, se hacen organizaciones de manera legal y pelean esas obras, ahorita están peleando constantemente esas obras. Ahí es donde empiezan a matarse también, ahí se ve ese pleito. Y lo mismo sucedió con los eólicos, ellos empezaron a... las empresas eólicas niegan que hayan tenido relación con grupos delictivos, pero las personas que estuvieron en contra de esos proyectos denunciaron que las empresas contrataban matones para protegerse, para blindarlos ante la protesta. Lo mismo sucede con el proyecto Interoceánico, no dicen quiénes porque también se ponen en riesgo, pero, bueno, los que estamos por acá sabemos más o menos quiénes están metidos en eso. Hay grupos delictivos detrás de estos proyectos de extracción. (Diana, Entrevista, 2022).

En Juchitán los asesinatos forman parte de la cotidianidad, de hecho, durante el 2024 aparecieron continuamente titulares periodísticos señalando la existencia de imparables olas de ejecuciones, triples homicidios e incremento de los asesinatos (Redacción Río, 9 de noviembre de 2024; Osorio, 2 de febrero de 2024; Ramos, 8 de noviembre de 2024). Para las personas de comunidades aledañas –como Ixtepec, el Espinal, Ixtaltepec o Tehuantepec– “Juchitán es muy peligroso, no vas si no es estrictamente necesario. Si lo puedes evitar mejor. Eso es: Juchitán,

¡cuidado! con mucha precaución” (Alba, Entrevista, 2022). “Ahorita a cualquier hora del día, en la mañana, en la tarde o en la noche están matando. Ahora unos 500 o 1,000 pesos es que vale tu vida en Juchitán ¿para qué te vas a meter ahí?” (Manu, D.C.). Algunos medios de comunicación refuerzan el argumento de que los asesinatos en Juchitán se relacionan con problemas derivados de “las drogas” y el conflicto entre cárteles. Sin embargo, para la población esta explicación no basta para comprender a profundidad lo que están viviendo.

Hace unos siete años [2015-2016] empezó a escucharse “mataron a ese chavo, mataron a este vecino, mataron a tal...”. Empezaron las balaceras y todo ese rollo. Con mis amigos luego estábamos platicando por chat y me decían “oye, espérame, es que acaban de matar al vecino”. Cuanto todo empezó todavía no era normal. Todavía se alarmaban, todavía decían “¡cómo! ¡mataron al vecino!”. Ahorita ya no, ya sabes que algo va a pasar acá. La gente ya no se sorprende. Y ahora, creo que en este último año [2022] he escuchado muchísimo más que mataron a este chavo, que mataron el otro, que venía alguien con el carro y que lo balacearon, que les han quitado el carro, que los han ido a dejar quién sabe por dónde... de hecho, un muchacho que conocí cuando éramos niños vino acá a Juchitán con su mamá y lo mataron y le quitaron el carro. Y todo mundo dijo “ay, es que quién sabe en qué estaba metido”. Pero yo digo que no, ese chico era muy tranquilo, muy tranquilo. Yo no creo que estuviera en algo, simplemente habrá pasado justo en el mal momento. Y le tocó (Xóchitl, Entrevista, 2022).

La presencia de grupos militares y paramilitares armados ha influido en el incremento de la violencia y la confusión sobre lo que sucede. Cabe notar que, siguiendo a Dawn Paley, haré referencia a los cárteles como grupos paramilitares debido a que tienen una estrecha relación con el apartado represivo del Estado y, de hecho, “estos grupos no están en conflicto con el conjunto

de las fuerzas de seguridad, sino que actúan juntos” (2016, p. 187). Pese a esto, el Estado se esfuerza por construir una concepción de los cárteles como grupos insurgentes con el objetivo de generar confusión en la población, sin embargo, esta explicación no basta.

Las y los juchitecos se enfrentan a la dificultad de producir una comprensión colectiva de por qué las personas que conocen y con las que han convivido durante toda su vida están siendo asesinadas. “Hay mucha gente que sabemos qué hace, trabaja limpio, y aun así la matan. ¿Por qué?” (*na* Ángela, Entrevista, 2022). “Y dice el presidente que son daños colaterales. Yo estaba ahí, ajá, y me tocó en el lugar equivocado, en el momento equivocado. Entonces fuiste parte del daño colateral, pero ¿daño colateral de qué? ¿de quiénes?” se pregunta Reina (Entrevista, 2022).

A lo largo de los años los grupos paramilitares –cárteles– armados ampliaron su alcance y cambiaron sus mecanismos de acción. Si antes la vida de las infancias y otras personas se mantenían al margen del ataque, ahora no, la violencia ya no tiene claves ni formas claras, por eso la conciencia de que puede dañar a cualquiera también se ha ampliado. “Ahorita ya matan de tres, de cuatro matan a la gente, ya no respetan, antes si se moría alguien la gente se extrañaba y el que mataba se iba, no se quedaba, pero ahorita matan, hacen y nadie hace nada, ya está muy feo” expresa *na* Ángela (Entrevista, 2022). Según Naxiñá “ya nadie se salva, te matan a tu mamá, a tu hermana, a tu tía. Ya es matar a todos, pertenezcas o no al grupo. Estés cerca o estés lejos, en algún momento te puede tocar un tiro, una bala perdida y ¿quién te va a ayudar? Nadie. Bueno... tu vida no vale nada, vale más una bala” (Entrevista, 2022). El poder de las organizaciones paramilitares armadas incrementa al extender su dominio territorial.

Por allá hay una bodega de Coca Cola que administran los Terán,⁵⁵ primero empezaron a meterse con las empresas de construcción y ahora ya tienen ese negocio, quien sabe que otras cosas tienen. Esos güeyes tienen un chingo de terrenos, tienen un chingo de propiedades. Por ejemplo, X señor tiene varias bodegas, justo en las carreteras principales, las renta y saca un buen varo. Y bueno, ahora con este proyecto del Interoceánico tiene más terrenos hacia allá, como yendo para la Ventosa, ya está visualizando construir más bodegas para todo lo que se viene. Y lo saben porque los que están en el municipio les dicen qué se está gestando, qué se está haciendo y qué va a venir. Todos están conectados, coludidos, se respaldan y se ayudan cuando lo necesitan (Jesús, Entrevista, 2022).

Debido a la precarización de la vida, cuando las organizaciones armadas amplían su dominio también afianzan la participación de una parte de la población –principalmente masculina– en las actividades que realizan, porque al ingresar a ellas aseguran la obtención de un ingreso para sostener a la unidad de reproducción. Esto produce confusión y desconfianza en las relaciones al ya no saber “quién es quién”. Las personas se preguntan cómo frenar todo esto, pero no obtienen respuestas claras. Al hablar al respecto, Reina expresa: “no sé, todavía estoy en esa duda ¿qué tenemos que hacer? Me pongo a pensar. Cuando veo las noticias digo ¿por qué? Matan a toda la familia y salen pagando los niños. Hace unos meses, en las tres ejecuciones hubo tres menores, chiquitas de dos años, de cinco y de ocho. ¿Qué tenían que ver? Yo me pregunto ¿qué hay que hacer para que esto pare?” (Entrevista, 2022).

⁵⁵ La familia Terán es muy conocida en Juchitán. Juan Terán, conocido como “el Chapo del Istmo”, lideraba el Cártel local; sus hermanos José Inés Terán Regalado, con incidencia en la Confederación Autónoma de Trabajadores y Empleados de México (CATEM), y Juan Carlos Terán de la Cruz, líder de la Confederación Libertad, participaron para disputar obras del CIIT (La Silla Rota, 2017). Además, Pamela Terán Pineda, hija de Juan Terán y candidata a concejal de la alcaldía de Juchitán por el PRI como parte de la planilla de Hageo Montero, fue asesinada en junio de 2018.

Al hablar del impacto de la violencia en la vida cotidiana, las y los juchitecos suelen hacer una comparativa entre Juchitán y Ciudad Juárez: “en el 2006 yo tenía como 13 años, veía las noticias y a veces le preguntaba a mi tío qué pensaba de Ciudad Juárez y él me decía “no, eso es súper lejos, lejísimos Ciudad Juárez”, yo no tenía idea de dónde estaba. Y claro, nunca nadie creía que en Juchitán iba a pasar lo mismo” (Naxiñá, Entrevista, 2022). Un par de juchitecas expresan que “ahora vemos que todo lo que pasaba en el norte está aquí. Mi abuelo decía –todo lo que pasa en Chihuahua, en el norte, nunca va a llegar aquí–. Pero ahorita vemos que ya está, no tardó tanto” (D.C.). Cabe destacar que Ciudad Juárez, Chihuahua, “es un lugar emblemático del sufrimiento de las mujeres. Allí, más que en cualquier otro lugar, se vuelve real el lema «cuerpo de mujer: peligro de muerte». (...) Es también, un lugar emblemático de la globalización económica y del neoliberalismo” (Segato, 2016, p. 33). Ciudad Juárez y Juchitán son parte del ataque expansivo y mortífero del Estado militarizado que ofrenda la vida al capitalismo global que “no es un sistema económico; no es un sistema social, es [antes que todo] una manera de organizar la naturaleza”⁵⁶ (Moore, 2020, p. 17).

Por otro lado, ante la oleada de asesinatos en Juchitán la otra gran preocupación es qué hacer con sus muertos. En muchas ocasiones, las familias se encargan de levantar a quienes fallecieron en la calle o las casas sin esperar al médico forense o al Ministerio Público. Una de las mujeres compartía su experiencia y explicaba por qué sucede esto:

⁵⁶ En el marco de la perspectiva de la ecología-mundo, Jason W. Moore hace una útil distinción entre Naturaleza con N mayúscula y n minúscula. La Naturaleza –con N mayúscula– es concebida como algo externo, controlable, reducible, cuantificable y racionalizada “para que esté al servicio del crecimiento económico, el desarrollo social o algún otro bien mayor. (...) Mientras los múltiples proyectos del capital, el imperio y la ciencia están ocupados haciendo Naturaleza con N mayúscula (...), la trama de la vida es la naturaleza en su integridad: naturaleza con una empática n minúscula. Se trata de la naturaleza en tanto nosotras, tanto dentro de nosotros, como a nuestro alrededor” (Moore, 2020, p. 17).

Si el Ministerio Público levanta a tu familiar le hace el proceso de la autopsia y todo, pero cuando vayas a reclamar el cuerpo no te lo entregan así nada más, te lo entregan dando de 20 a 25 mil pesos, si no, no te entregan a tu familiar. Ahora, si simpatizas con algún partido político y va el líder, él negocia y pagas solamente 10 mil pesos. Pero muchas veces las familias no tienen ni para cubrir el entierro, menos para estar pagando. Ese fue el caso de mi papá. Mi papá fue asesinado en su rancho el 30 de diciembre, en la noche para amanecer el 31. Levantaron a mi papá esa noche, pero no lo quisieron entregar en la mañana porque no llevaba mi familia dinero, lo entregaron hasta que pudimos juntar lo que poquito que teníamos. Por eso la gente cuando se entera que su familiar cayó, lo que hacen es llevárselo. Y aunque lo levante la justicia, los crímenes no se esclarecen, se vuelven un número más y una carpeta más. ¿Quién lo hizo, quién lo mató, por qué lo mataron? Te puedes estar topando el asesino frente a frente y no pasa nada. ¿Cómo va a pagar la gente, cómo va a mover algo si no tienen las condiciones, si no tienen la forma? Aquí ya es Juchitán sin ley (Reina, Entrevista, 2022).

A través de los asesinatos constantes, las desapariciones y los enfrenamientos armados se siembra el terror en la comunidad y se percibe la fragilidad de los cuerpos, cualquiera que posea un arma puede acabar con la vida de quien tiene al lado. En consecuencia, se despoja radicalmente de las capacidades políticas organizativas mientras se desgasta poco a poco la energía vital, así se busca debilitar la trama vincular. “Lo último que nos consternó fue este año, cuando hubo ejecuciones dentro de las familias y vimos que morían también niños o señoras que no tenían nada que ver. Empezaron a matar mujeres de la familia para que le doliera al delincuente” (Roselia, Entrevista, 2022).

La exposición continua a las múltiples manifestaciones de la violencia obliga a las personas a adaptarse, creando una coraza que ayuda a no sentir tanto todo el tiempo, una coraza rugosa que permite proteger la emocionalidad ante la crueldad y el horror. Sin embargo, el miedo persiste. Después de que un hombre le apuntara en la frente con un arma, una joven de 21 años narraba: “me quedé con el miedo, mucho tiempo lo sentí en la panza y hasta ahora no paso por ese lugar. No me hizo nada... pero ¿y el miedo?” (Elsy, D.C.). El miedo paraliza porque morir es inquietante y se pretende evitar a toda costa. Sin embargo, cuando se elige defender la vida y se acepta la muerte como parte de esta elección, se habilitan creativas formas de autodefensa que permiten establecer un límite ante la agresión.

Al respecto, una amiga juchiteca insistía en que “no podemos sentir tanto todo el tiempo, no podemos dejar que el miedo nos paralice. Sí, vemos la violencia, vemos que nos están matando, pero no podemos quedarnos llorando porque entonces ya no hacemos nada”. Los asesinatos tienen el efecto de intimidar y producir miedo –con toda la razón– dejando pasmadas a las personas, sin embargo, más allá también surge el enojo, la rabia y el deseo de vivir que moviliza.

5. Los efectos invisibilizados de la guerra

El despliegue de diversos actores armados en el territorio juchiteco ha enfatizado la violencia a lo largo de los años. Particularmente a partir del 2006, cuando el expresidente Felipe Calderón (2006-2012) declaró la “guerra contra las drogas”, las labores de las fuerzas castrenses se centraron en realizar operaciones antidrogas con el objetivo aparente de recuperar los territorios que estaban en manos del crimen organizado. Sin embargo, tan sólo cuatro años después se reconoció que esta estrategia había fallado, pues en lugar de minimizar la violencia la agudizó duplicando el número de homicidios del gobierno anterior (González, 2024).

Existe una larga tradición del uso de la fuerza militar para mitigar el narcotráfico, misma que se ha documentado en países como Colombia, Brasil, Venezuela, Guatemala, Honduras y el Salvador (González, 2024; Nateras y Valencia, 2020). A través de estas investigaciones ha sido posible dar cuenta de que la “guerra contra las drogas” resulta más bien ser una estrategia de control militar sobre la población. Según Dawn Paley, existen tres características presentes en las diferentes guerras “antidrogas”: 1) las personas de bajos recursos, la población obrera y los migrantes son quienes se ven más afectados por la militarización y paramilitarización; 2) la violencia genera “la restricción de la movilidad” de las personas; y 3) la libertad de expresión es atacada constantemente (2018, p. 35). Así, mientras el discurso oficial sostiene que los muertos son criminales, personas que “hacían algo malo” o que estaban en el lugar y momento incorrecto, en realidad “quienes suelen ser víctimas del conjunto de actores armados, bajo la forma de contrainsurgencia ampliada en la *Guerra Neoliberal*, son los pueblos: gente que participa en las tramas comunitarias y en lo comunitario popular” (Paley, 2020, p. 57).

Por su ubicación geográfica Juchitán ha sido un lugar de tránsito de drogas desde hace años, pero en el contexto actual su distribución y consumo ha ido en aumento, principalmente del cristal.⁵⁷ “Antes se hablaba de marihuana y de cocaína para la gente fresa (...). Pero el cristal, el criko, es mucho más barato, su efecto es más fuerte y te incita más a seguir fumando. Es baratísimo, cuesta 50 pesos, pero en algunos lugares te dan 3 por 100” (Naxiñá, Entrevista, 2022). “Hace como cinco años [en 2017] se empezó a hablar del cristal (...). Ahora toda la gente ubica qué es, dónde se vende, quién la consume, inclusive los cambios que van generando en sus cuerpos... El cristal ya está acabando con Juchitán” (Jesús, Entrevista, 2022).

⁵⁷ El “cristal” es una metanfetamina, una droga sintética, que estimula el sistema nervioso central y suele ser sumamente adictiva. Coloquialmente se le conoce como “criko”.

El impacto que esta droga genera en el cuerpo es evidente: las personas se vuelven muy delgadas, se notan las costillas, los pómulos se marcan, los ojos se hundén y aparecen grandes y oscuras ojeras. Estos cambios son efectos de la búsqueda de control territorial que se basa en dañar los cuerpos: el exterminio llega poco a poco drenando la energía. La guerra adquiere sentido en su dimensión más básica al comprender las múltiples formas en que aniquila los cuerpos, prestar atención a las secuelas que genera permite comprender el sobre esfuerzo que las mujeres realizan al intentar cuidar y contener las consecuencias de un sistema que ataca y lesiona la vida y a quienes la procuran.

Esas drogas sintéticas se han apropiado mucho de los jóvenes (...). La droga está con nosotros, convive con nosotros. Y quienes se preocupan porque se recuperen ¡son las mamás! Siempre, siempre, siempre (...). La mamá va a ir al centro de rehabilitación, es la que busca, la que da la cara, la que pide el apoyo. A veces no tiene el dinero, pero es la que sale a pedir el apoyo con la familia, alguna amiga, con alguien que tiene el recurso y le dice “ayudarme a intervenir, para que esté bien, para que mi hijo salga de eso” (Diana, Entrevista, 2022).

Quienes más se interesan por que te rehabilites son las mamás. Y no es gratis un anexo, también tiene un costo. A veces la familia no tiene el recurso para buscar ayuda para su hijo y casi casi te dejan en manos de dios a ver qué pasa, entonces por conseguir criko te terminan matando o terminas involucrándote en cosas duras (...). También es muy triste porque el proceso de curación es muy doloroso porque no puedes dejar eso de la noche a la mañana, o lo dejas de a poquito, o te anexan, o te terminan matando (Naxiñá, Entrevista, 2022).

Como puede observarse, generalmente son las mujeres quienes se preocupan por buscar el bienestar de quienes consumen cristal; esto no es casual, tiene que ver con la formación en torno al trabajo de cuidados que desde niñas han recibido. En muchas ocasiones, ellas se ven obligadas a despojarse de sus riquezas materiales para pagar los centros de rehabilitación —que comúnmente son llamados anexos— en las que sus hijos son internados para tratarse, cuyo costo oscila entre los 3,000 y 7,000 pesos mensuales. Gran parte de su energía vital es drenada porque la preocupación y la búsqueda de soluciones son tareas que las absorben continuamente; además, a veces también se quedan a cargo de sus nietas y nietos, asumiendo su cuidado y encargándose de los gastos cotidianos. Actualmente estas consecuencias de la guerra pasan desapercibidas como tales. Los cuidados se realizan “aún en condiciones de absoluta invisibilidad y ausencia de reconocimiento” (Gil, 2023, p. 7) e incluso son mercantilizados en medio de condiciones de trabajo sumamente precarias. “Las abuelas se quedan cuidando a la familia mientras ellos están anexados, se quedan otra vez cuidando con la esperanza de que sus hijos estén bien en algún momento. Por eso las drogas chingan por completo a la familia” expresa Jesús (Entrevista, 2022).

Esta dinámica es sumamente desgastante física, mental y emocionalmente para las mujeres porque implica un exceso de trabajo, tanto para generar ingresos como para cuidar y generar alternativas ante lo que sucede. Las mueve la esperanza de que las personas mejoren, sin embargo, esto no siempre es así. En ocasiones, cuando las personas salen de rehabilitación dejan de consumir la droga por un tiempo, pero la mayoría recae luego de algunos días o, en el mejor de los casos, meses.

En ese sentido, se ha producido una invisibilización tanto de los efectos de la guerra como del cúmulo de trabajos de sostén, cuidado y acompañamiento emocional que las mujeres despliegan para procurar el bienestar quienes se ven afectados. Mientras ellas se mantienen

ocupadas conteniendo y resarcando las consecuencias de la guerra, la potencia vital que emana de la trama vincular es reorientada a buscar el bienestar más básico de las personas. En estas condiciones, la intención es drenar la energía vital y las riquezas concretas de la población que sorte a la precarización de la vida y la militarización de su territorio. Al respecto cabe preguntarnos, si nuestra fuerza, energía vital y tiempo son finitos ¿cómo los desplazamos de la contención de las secuelas de la guerra a la reproducción de nuestra potencia de lucha?

Conclusiones

En este capítulo me centré en analizar cómo el Estado militarizado implementa una política económica que legaliza el despojo y crea las condiciones necesarias para que el saqueo y la explotación se ejecuten sin dificultades, desplegando un ataque directo a la sostenibilidad de la vida. La ofensiva contra la trama vincular busca exprimir los bienes comunes y la energía vital de las personas hasta que ya no pueden dar más. Como en otras geografías, las y los juchitecos son separados de sus medios de existencia mientras se les obliga a vender su fuerza de trabajo a las mismas corporaciones que promueven el despojo, porque, como sostiene Federici, “el empobrecimiento, las rebeliones y la escalada “criminal” son elementos estructurales de la acumulación capitalista” (2004, p. 131). La precarización de la existencia consume la vida mientras múltiples violencias, polimorfos y voraces, son impuestas para resquebrajar, debilitar y minar las luchas.

En ese sentido, las violencias constituyen “una pedagogía de la crueldad” (Segato, 2016) cuyo objetivo primordial es comunicar que la apropiación, el dominio y la acumulación se basan en el desprecio y la muerte. “Así, reproducción y violencia, extremos aparentemente opuestos en el continuo de la vida, aparecen cruelmente entrelazados. La violencia se configura como un

modo de neutralizar el sentido y la sensibilidad en un mundo hostil” (Vega, 2021, p. 84). Por eso, desde esta visión del mundo, los vínculos se presentan como desechables e improductivos.

Mientras tanto, el megaproyecto eólico y el Corredor Interoceánico del Istmo de Tehuantepec son impuestos por el Estado militarizado –respaldado por sus Fuerzas Armadas– que gestiona, garantiza y administra una economía de muerte a costa de la vida. La explotación, el despojo y la destrucción son constantes. Al respecto, Carrasco sostiene que, “entre la sostenibilidad de la vida humana y el beneficio económico, nuestras sociedades patriarcales capitalistas han optado por este último. Esto significa que las personas no son el objetivo social prioritario, no son un fin en sí mismas, sino que están al servicio de la producción” (Carrasco, 2001, p. 28). Pese a esta “lógica biocida” (Herrero, 2010), es posible observar que en Juchitán no ha sido posible mercantilizar plenamente todas las esferas de la vida, de hecho, muchas formas de resistencia y de expansión de la fuerza vital son producidas por las mujeres que, a través de su trabajo cotidiano, garantizan la trama vincular que deviene dinámicas de sostén colectivo y crea excedentes materiales que afianzan la autonomía colectiva.

Por esta razón el Estado militarizado y capitalista ha desplegado un ataque brutal orientado a despojar y arremeter contra las mujeres. Cuando los agresores comenzaron a asesinar a las juchitecas dieron un golpe muy duro a la colectividad. Por ejemplo, el 21 de noviembre de 2022 asesinaron a una mujer con 10 balazos de grueso calibre mientras atendía su puesto afuera del mercado de mariscos (NVI Cuenca, 11 de noviembre de 2022). Este hecho fue un parteaguas para la vida comunitaria, pues si bien no existían “justificaciones lógicas” para que sucediera, sí dejó claras las intenciones: acabar directamente con el núcleo de la fuerza vital.⁵⁸ Algunas

⁵⁸ Al respecto cabe recordar que, según Federici, desde los siglos XVI y XVII “el exterminio de las “brujas” y la extensión del control estatal a cualquier aspecto de la reproducción se convirtieron en las piedras angulares de la acumulación primitiva” (2004, p. 41).

personas lo resumen así: “la alternativa a una vida libre y autónoma está en las manos, en el corazón y en el pensamiento de las mujeres. Por eso las matan y buscan la forma de desaparecerlas, porque saben que ellas son el motivo de la autonomía, de la liberación del mundo y de mejorarlo. Eso es lo que tienen miedo los poderosos” (Beedx, Entrevista, 2022). Juchitán es el corazón para ingresar al Istmo porque es el punto nodal entre diversas comunidades, pero también porque ahí se gesta una potente trama vincular que permite resistir, transgredir y burlar la lógica mortífera y depredadora que asfixia la vida.

CAPÍTULO III. MÁS ADENTRO DE LA TRAMA VINCULAR.

HERENCIAS, LINAJES Y OTROS FLUJOS DE RIQUEZA-FUERZA FEMENINA⁵⁹

*

Introducción

El sistema de economía local ha estado en manos de las mujeres. Y desde que llegaron las empresas transnacionales a la región del Istmo las mujeres han sido un punto blanco, un punto estratégico, un objetivo a atacar. Porque si hay fortaleza económica en una comunidad es muy probable que se rechace cualquier proyecto o cualquier imposición. Esa riqueza comunitaria puede sostener un movimiento para rechazar, para defender. Aquí son las mujeres quienes tienen esa capacidad, está en sus manos. Pero a partir del 94, cuando las empresas transnacionales empezaron a repartirse el territorio trajeron el punto de ataque. Primero fue directo a las tierras, la privatización, el ya no cultivar. Y luego, poco a poco, impusieron sistemas de préstamo en Juchitán, en donde no pedían documentos de casa, no, pedían oro. Y era el ahorro de las mujeres. Entonces empezaban a saquear el oro de las mujeres, hasta dejarlas sin nada, hasta desarmar a las mujeres a través de la economía (Beedxe, Entrevista, 2022).

Como vimos en el capítulo 1, la trama vincular que las mujeres producen a partir de su trabajo concreto constituye un tejido colectivo de creación, regeneración, cultivo y cuidado de

⁵⁹ En este texto se comprende que las juchitecas tienen una experiencia histórica de construcción social ancestral en torno a lo femenino, por ello se retoma su mirada para hacer referencia a tales procesos. Estoy consciente, sin embargo, de que actualmente existen múltiples debates abiertos en torno a este concepto.

vínculos que 1) garantiza la reproducción de la vida, nutriendo el gozo y el contento, 2) produce común y 3) bombea el corazón de las luchas contra múltiples despojos y violencias, porque crea las condiciones de posibilidad para que éstas se desplieguen y se sostengan en el tiempo. La trama vincular deviene una fuerza vital que permite disputar y gestionar, al menos parcialmente, el modo de vivir que se desea, al mismo tiempo que profundiza la confianza y expande las capacidades políticas. Sin embargo, aunque ésta integra el núcleo y la potencia de lucha suele quedar oscurecida por la estructuración capitalista y patriarcal que, de forma perversa, la niega y la desautoriza pese a que se nutre de ella. Además, la trama es atacada continuamente por múltiples actores estatales y empresas transnacionales, que buscan resquebrajar la fuerza que de ella emana con el objetivo de imponer diversos megaproyectos y configurar nuevas geografías para beneficio del capitalismo global.

En ese sentido, como un esfuerzo por simbolizar la fuerza y las alianzas que las mujeres hacen brotar para garantizar la existencia y sostener las luchas, el objetivo de este capítulo es analizar la energía, los trabajos y las riquezas que se entrelazan y circulan por vía femenina a través de múltiples y creativos flujos de potencia, así como la manera en que éstas se tensan con los formatos desorganizadores que en su modo militar el Estado y el capital imponen. Tomando como punto de partida las labores de sostenimiento vital general que las juchitecas despliegan, busco dar cuenta de cómo, históricamente, han logrado constituirse como mujeres no plenamente desposeídas al transmitir y expandir sus fortalezas creativas y sus riquezas, al gestionar, conservar y ensanchar capacidades y garantías de autonomía material centradas en la reproducción de la vida, cuyo alcance político es lo que ha afianzado la resistencia territorial.

Cabe destacar que, al analizar el surgimiento del capitalismo y la caza de brujas en Europa, Federici señala que durante el siglo XIX se afianzó la creación del ama de casa de tiempo

completo a través de la división sexual del trabajo que “no sólo sujetó a las mujeres al trabajo reproductivo, sino que aumentó su dependencia respecto de los hombres, permitiendo al Estado y a los empleadores usar el salario masculino como instrumento para gobernar el trabajo de las mujeres” (2004, p. 118). Si bien el análisis de Federici resulta sumamente fértil, también permite observar las diferencias con mujeres de muchas comunidades de América Latina. Por ejemplo, las juchitecas –como muchas otras– difícilmente han sido “amas de casa de tiempo completo”. Como puede observarse en esta investigación, ellas no quedaron recluidas en el espacio privado para hacerse cargo del trabajo doméstico o de cuidados, más bien, siempre han habitado las calles de formas creativas para sostener la vida.

Mientras en Europa “la caza de brujas destruyó todo un mundo de prácticas femeninas, relaciones colectivas y sistemas de conocimientos que habían sido la base del poder de las mujeres en la Europa precapitalista, así como la condición necesaria para su resistencia en la lucha contra el feudalismo” (Federici, 2004, p. 161), en diversas comunidades latinoamericanas las mujeres no quedaron plenamente desposeídas. Pese a los múltiples ataques a los que se enfrentaron, mantuvieron, expandieron, desarrollaron y legaron estrategias y prácticas para resistir, nutrir y proteger su autonomía hasta el día de hoy.

Las mujeres no se ven imposibilitadas porque *saben que saben, saben que pueden y saben que tienen*. El saber que algo se tiene y para qué se quiere o para qué sirve, brinda amplitud para decidir cómo cuenta en la vida concreta más allá de las exigencias capitalistas de acumulación. En ese sentido, existen regímenes dinámicos de acceso y disponibilidad a la riqueza que están en manos de las mujeres y son orientados por el valor de uso, desbordando el régimen propietario. Como veremos más adelante, ellas generan creativos circuitos de trabajo y energía que les

permiten tener bajo su control, al menos parcialmente, el comercio, la herencia y la economía circular que garantizan el reequilibrio continuo de las relaciones intercomunitarias.

Así, la trama vincular atiza la fuerza colectiva que brota de la práctica de la relación *entre mujeres* que “coloca en el centro la experiencia que atraviesa el cuerpo de cada quien” (Méndez y Gutiérrez, 2020, p. 116) y “es la práctica cotidiana y política de creación de vínculos inmediatos en lucha contra la mediación patriarcal (...). Se vuelve posibilidad de defendernos contra la expropiación de nuestras creaciones; nos permite reafirmarnos desde nuestras certezas sensibles sin volver a dudar de ellas una y otra vez, sin relativizarlos ni negarlos” (Gutiérrez, Sosa y Reyes, 2018, pp. 71-72).

Al dar cuerpo a la trama ellas habilitan una capacidad de daño al sistema patriarcal, estatal y capitalista debido a la potencia vital y generativa que producen, por ello las estructuras de dominación buscan despojarlas con mayor urgencia y los ataques en contra de sus capacidades materiales son permanentes y cada vez más hostiles, principalmente a través de la precariedad que asfixia la existencia, del robo y el despojo de sus riquezas, o del drenaje de energía al tener que hacerse cargo de contener las consecuencias de la violencias.

No obstante, pese a las amenazas, los cercamientos y las múltiples ofensivas, la trama vincular que las mujeres producen no queda paralizada, impulsa un pensar, un sentir y un hacer conjunto para proteger y revitalizar la existencia cada día. Ellas no son víctimas pasivas, sino sujetos políticos en lucha que defienden y procuran la vincularidad que deviene creativas estrategias de sostén colectivo y boicoteo a la dominación. Sólo al comprender las prácticas y las relaciones cotidianas que las mujeres crean, mantienen y refuerzan es posible dar cuenta del alcance y la complejidad extraordinaria de la potencia vital que despliegan para hacerse cargo de lo que les sucede, así, ellas son fuerza y potencial para sí mismas y para las demás.

1. El saber-hacer. Un legado entre mujeres

Mi mamá nunca ha dejado de vender. Mi abuelita también así se sostuvo mucho tiempo, viajaba al Istmo, traía cosas y las vendía en Oaxaca cuando ya vivía ahí. Así se sostienen las tecas en otros lugares también. Porque además cada vez es más difícil mantener un trabajo fijo, por ejemplo, a mi mamá cada vez le costaba más encontrar un trabajo estable, no porque no pudiera trabajar sino porque no les pagaban bien o prescindían muy fácilmente de las trabajadoras (Christian, Entrevista, 2022).

En Juchitán las mujeres “saben hacer”, poseen una multiplicidad de conocimientos y prácticas que dan continuidad a la vida. A través de años de experiencia han producido, nutrido y legado un conjunto de finos saberes que habilitan un hacer práctico que ensancha su autonomía y es fuente de potencia. Cada parte de su cuerpo emana y porta la riqueza concreta que permite crear determinado bien. Por ejemplo, ellas se encargan de obtener fruta, rebanarla y prepararla en dulces o curaditos de mango, almendra, nanche o tamarindo; de moler el maíz, calentar el horno y hacer tortillas o totopos; cocinan pescadito, *guetabingui* o garnachas; hacen leche arroz o marquesote; o reúnen hierbas, flores y agua para curar a las personas. Su fuerza corpórea es flexible y creativa, incluso para bordar un huipil ellas necesitan imaginar, diseñar y planear cómo lo crearán. Hacen una lista mental de todo lo que requieren, luego van al centro a comprar la tela y los hilos –cuidando su calidad para que no pierdan su brillo o su color–, preparan sus agujas y colocan su bastidor. Su mente, sus manos, su espalda, sus ojos y su cuerpo todo portan y afinan a través de años de experiencia su saber-hacer. Por eso, ellas son especialistas en producir gran parte de lo que consumen o venden.

Mi bisabuela aprendió la elaboración de dulces típicos de Juchitán. Luego les enseñó a sus hijas y a las esposas de sus hijos a elaborar el dulce. Y esa línea de mujeres que

aprendieron son algunas de las que venden en el mercado ahorita. Entonces ella le pasó la herencia culinaria a mi abuela, así elaboraba dulces y leche arroz que vendía dentro del mercado. Después mi mamá heredó eso, iba con mi abuela a vender en el mercado y preparaba junto con ella los dulces, luego ella me lo dejó a mí (Bea, Entrevista, 2022).

A lo largo de los años, las mujeres han transmitido de generación en generación este conjunto de saberes-haceres que dan forma a oficios que giran en torno al sostén de la vida, la generación de bienestar, la satisfacción de necesidades básicas y la obtención de un ingreso monetario. Esta transmisión intergeneracional ha sido construida para recuperar, conservar y modificar capacidades creativas, generativas y de insubordinación que las juchitecas apre(he)nden para ser parte de un “nosotras” que brota de un “sentido práctico de inclusión”, es decir, está constituido por “códigos de pertenencia establecidos por generaciones previas, en los cuales cada nueva “camada” humana es socializada, pues cada ser humano además de ser parido y criado bajo alguna forma de relación social, es dotado de una serie de saberes prácticos, sentidos de vida y habilidades específicas producidos y conservados dentro de la trama social en que ha nacido” (Gutiérrez, Navarro y Linsalata, 2017, p. 389-390).

De esta forma, al legar el saber-hacer las mujeres no sólo reproducen los aprendizajes obtenidos, también comprenden profundamente el sentido vital que éste tiene y dan forma a una autodefensa creativa, pues dotan de fuerzas e instrumentos para hacer frente a los cercamientos hostiles. En ese sentido, burlan –al menos parcialmente– las separaciones que derivan de y están articuladas en la amalgama capitalista, patriarcal y colonial: “de las mujeres entre sí y con sus creaciones, de las variopintas y altamente diversas colectividades humanas con sus medios de existencia y de las capacidades políticas de un amplio arcoíris de comunidades y pueblos para autodeterminar su vida colectiva” (Gutiérrez, 2018a, p. 41).

Por eso la potencia vital que deviene de la trama vincular es tan fuerte. Las mujeres se han empeñado en poseer sus medios de existencia y se han dedicado a protegerlos y a heredarlos por vía femenina junto con un conjunto de saberes prácticos para reproducir la vida, enlazando y garantizando el sostenimiento colectivo y el impulso de lucha. Como vimos en el capítulo 1, en el desborde de las juchitecas en ámbitos como el mercado, el comercio o la fiesta, y en la conservación de la alianza entre mujeres, brota y se atiza el fuego vital que ilumina una específica forma de resistencia y renovación de la vida ante el asedio continuo. Las destrezas obtenidas a través de la especialización del saber-hacer entre mujeres no es casualidad, es resultado de años de entrenamiento y trabajo.

La mujer acá juega un papel muy importante, porque desde niñas nos enseñan que tenemos que ayudar en la economía familiar, no tanto al hombre, pero la mujer sí. La gente Juchiteca obliga más a las hijas mujeres a trabajar para ayudar más en los gastos de la casa. Desde chiquitas. Por ejemplo, en el mercado la mamá compra una caja de jitomate, le llena un canasto y le dice “ve a venderlo por todo el mercado y si no lo acabas ve a venderlo por el pueblo”. Y la niña trae el dinero. Eso nos enseñan desde niñas, desde que tienes cinco o seis años, cuando ya pueden valerse por sí solas. Ellas dicen para que... bueno, la creencia nuestra es “vende para que tengas para comprarte unos aretes de oro y esos aretes de oro te van a servir después, cuando lo necesites, para que puedas comer” (na Lugarda, Entrevista, 2023).

Las mujeres adquieren desde la infancia una serie de conocimientos y habilidades para saber-hacer, pero también para vender y ahorrar. Éstos constituyen una riqueza corporeizada que es transmitida de generación en generación. Las mujeres mayores enseñan a las más jóvenes la vitalidad de cocinar pescado o empanaditas, de preparar queso fresco o marquesote, de

hornear totopos o hacer tortillas. Cada una da y recibe consejos o sugerencias para facilitar sus labores y optimizar al máximo sus recursos. Las niñas aprenden los oficios poco a poco. Primero observan, ayudan en la preparación o acompañan a la madre a vender; luego se les asignan tareas específicas y les dan consejos para mejorar; con el tiempo afinan la práctica y son capaces de optimizar los recursos para hacerlos rendir al máximo.

Cuando yo era pequeña mi mamá se dedicaba a hacer tortillas. Mi papá era campesino y traía maíz para que ella hiciera tortillas y nosotras íbamos a vender. Yo iba en la secundaria, entraba a la 1 pero tenía que acabarme un canasto de tortillas antes de las 12 para regresar a bañarme e irme a la escuela. Como en todos los productos, hay días en que no se vende nada. Por eso en ese entonces teníamos que hacer trueques, el chiste era no llegar con el producto a la casa porque ¿para qué lo queríamos? Lo cambiamos por otra cosa, por pan, por chocolate, por café, por carne. Por ejemplo, con lo que yo vendía iba y le decía a la de la carne “tengo nada más tanto dinero, te doy lo demás en tortillas”. Y regresaba a la casa sin tortillas, a veces sin dinero, pero con otros productos que se podían comer (*na* Asunción, Entrevista, 2022).

El saber-hacer toma un sentido profundo de sostenibilidad colectiva y facilita otros cálculos vitales más allá de los que impone el capitalismo a través de lógica de acumulación. Al transmitir el saber-hacer a las niñas, ellas adquieren un conjunto de habilidades en torno a la practicidad, la negociación y los intercambios, son socializadas para confiar en sus capacidades y en su potencia vital, pero también aprenden a habitar el espacio de una forma particular. Al estar en Juchitán es común ver niñas caminando juntas que con una mano se sostienen y con la otra abrazan una tina o un morral que contiene el producto que ofrecen. “Aquí es muy curioso, vienen niñas que venden elotitos y gritan, desde chiquitas tienen que aprender a hacerlo porque

saben que si no lo hacen no les van a hacer caso” (Christian, Entrevista, 2022). Al vender, las niñas aprenden a hacer cálculos y negociar, pero, sobre todo “se hacen escuchar”.

A simple vista puede parecer que salir a vender se trata sólo de ofrecer un producto y obtener una ganancia, sin embargo, va más allá de eso. Poco a poco, al vender las niñas aprenden a soltar su palabra, a bromear y reír sin vergüenza. Para ofrecer sus productos tocan la puerta, saludan y conversan con las personas que las reciben. También escuchan, perciben las reacciones de las otras personas y negocian o reclaman cuando los intercambios no les parecen justos. Al mismo tiempo aprenden a gestionar tensiones, como la competencia por quién vende más, que sigue la lógica de ganar clientas a partir de conversar y establecer un vínculo que garantice el consumo y la compra posterior.

Las niñas que desde los cinco o seis años comienzan a vender pescado, camarón, frijol, queso, tortilla y demás productos –principalmente materia prima que la madre transforma en algo más elaborado– poco a poco desarrollan un conocimiento vital que les permite hacer frente a dificultades en cualquier momento y geografía. Por ejemplo, quienes migran “ya saben de negocio, ya tienen la habilidad de vender. Cuando ellas tienen 15 o 17 años, ya deben saber hacer un negocio, ya deben saber administrar el dinero. Trabajan para que cuando se vaya de la casa de la mamá sea más fácil” (Reina, Entrevista, 2022). Además, al enseñarles a vender también se les transmiten conocimientos en torno a la gestión, la planificación y la administración para que desarrollen creativas e imaginativas formas de trabajo. Durante años las mujeres afinan poco a poco los saberes prácticos que luego les permiten sostenerse a sí mismas, a la familia y a la comunidad, por eso en esa transmisión se pone en juego la posibilidad de dar forma a la vida colectiva.

Por todo lo anterior para las juchitecas es importante legar oficios. *Na Fabi*, por ejemplo, explica “yo ya estoy educando a mis hijas para trabajar, les digo “aprendan a trabajar, aprendan a hacer negocio. Van a estudiar una carrera, pero es bonito tener un oficio, porque si no encuentran trabajo de lo que estudiaron, saben cómo vender, cómo preparar tal o tal cosa” (*na Fabi*, Entrevista, 2022). El conjunto de saberes, destrezas y prácticas adquiridas pueden ser habilitados casi en cualquier momento y geografía, este saber-hacer corporeizado es una fuerza flexible y dinámica que no depende de un lugar, sino que transita con las mujeres en movimiento porque son ellas quienes portan y emanan esa riqueza. Angélica, una mujer de 34 años que tuvo que migrar junto a su expareja a un estado del norte del país, narra su experiencia.

En Ensenada también salí a vender. Empecé a hacer tamales verdes, rojos, de rajas... ¡y vieras cómo se vendían bien! Pasaba por mi hija a la escuela, agarraba mi carrito de tamales con una mano y con la otra a mi hija, y ya nos íbamos al centro. Un día se acerca un señor y me dice “¿qué vendes muchacha?” y le dije que vendía tamales. “Ah ¿y andas siempre caminando?”, “sí, yo siempre ando caminando, entro a los negocios, entro a las tiendas” le dije. “¿Y qué tal están tus tamales?” dice, “pues yo digo que buenos porque siempre me compran”. Entonces los probó, me pidió uno de cada uno y le serví. Mi hija cargaba las servilletas, platos desechables, tenedor y cucharas... ella cargaba eso y yo cargando esto... así íbamos. Y me decía el señor “sí están bien sabrosos tus tamales... ¿por qué no te quedas aquí?”. Y me quedé ahí a vender.

Para preparar me levantaba a las cuatro de la mañana a picar todo. Hacía todas las salsas mientras abrían donde compraba la masa, porque ahí yo no tenía dónde hacer la masa, tenía que comprarla. Cuando ya estaba todo me ponía a hacerlos, hasta donde alcanzara porque luego iba a dejar a mi hija a la escuela. Regresaba y le seguía, ya de ahí esperaba

que se cocieran mis tamales. Llegaba la hora en que mi hija salía, la iba a traer y ya, vámonos a vender. Y de regreso ya traíamos todo otra vez, porque pasábamos al mercado a comprar mi carne, pollo, tomate...todo lo que se necesitaba para mis tamales. Llegábamos y nos poníamos a hacer su tarea, y a dormir porque se iba a despertar ella temprano para ir a la escuela. Y así me la traía. Hasta que un día vinieron unos señores que eran de la Regiduría o algo así, porque les dieron un reporte de que estaba vendiendo y no pagaba cuota, no pagaba un lugar. Yo les dije que si gustaban pagaba el tanto que era, pero para eso me querían quitar los tamales, me querían quitar todo. Después les dijo el señor “ella no sabe, ella no es de aquí, no sabe cómo son las cosas”. Y según quedamos en que iba a ir a pagar y ya. Después me dijeron que no, que no podía estar en el centro, que buscara otro lugar porque ahí ya había mucha gente. Me estaban pidiendo \$1,500 mensuales, pero no tenía chiste que yo pagara \$1,500 si me iban a mandar a las colonias más lejanas donde nadie me conocía, porque ya tenía clientes, ya tenía quienes iban a comprar conmigo. Y no tenía chiste que yo fuera a pagar. (...) Estuve ahí otro tiempo, mi niña ahí andaba jugando mientras yo vendía. Llegaba como a la una y a las tres de la tarde más o menos ya acabé, ya terminaba yo. Llevaba de todo tipo de tamales, y empecé a hacer negocio, la gente empezó a conocerme. Y ya no fueron nada más tamales verdes, de rajas o de mole, ya empecé a meter tamales de elote, tamales de piña (Angélica, Entrevista, 2024).

Las mujeres habilitan el saber-hacer creativamente adecuándose a las circunstancias o condiciones en que se encuentren, desplegando soluciones e iniciativas ingeniosas. La experiencia de Angélica es una estampa de cómo el saber-hacer moviliza flujos del trabajo que las juchitecas crean en su búsqueda por sostener la economía familiar, pero también nos muestra las dificultades y tensiones que enfrentan cotidianamente, sobre todo ante los cercamientos que

el Estado –a través de sus instituciones– busca imponer a las mujeres por medio de la regulación “oficial” de su trabajo y al exigir el pago de una cuota por ocupar un lugar en un espacio público. Para Holloway, “sea cual sea el contenido de sus políticas, [el Estado] participa activamente en el proceso de separar a la gente del control de su propia vida. El capitalismo es simplemente eso: la separación de la gente de su propio hacer” (2001, p.74). En ese sentido, cuando las mujeres producen el saber-hacer nutren la posibilidad de dar forma a la vida y evita que el capitalismo se introduzca plenamente.⁶⁰

Además, en la narración de Angélica se puede observar cómo las mujeres viven las dobles o triples jornadas al hacerse cargo de múltiples labores al mismo tiempo. “Sabemos moler, hacer tortillas, metemos la mano en el *comixcal*, cuidamos a los hijos...cargamos más responsabilidad pues. Eso de ser “amas de casa” no es aquí, creo que en ningún lugar es así. Las mujeres no nos dedicamos a una sola cosa” explica Naomi (Entrevista, 2024). Paradójicamente, las múltiples jornadas habilitadas a partir del saber-hacer permiten a las juchitecas producir el sustento y ensanchar su autonomía al garantizar un ingreso monetario, incluso si tienen que distribuir la ganancia entre los gastos familiares y tener su ahorro propio.

La que hace comida se preocupa porque de esa misma comida coma su familia. No es que “voy a vender y de ahí voy a pensar a ver qué comemos nosotros”. No, es “de ahí mismo vamos a comer”. Mi mamá aprendió a hacer cuentas, a calcular para que siempre le sobrara carne, tortilla o pan para nosotros, y tenía ganancia, y pagaba si es que había pedido prestado algo para hacerlo. Pagaba, tenía ganancia y había comida. Así era. “Si

⁶⁰ Al respecto, Federici señala que “las mujeres que constituyen la mayoría de los vendedores ambulantes tienen que realizar una serie considerable de negociaciones y transacciones políticas para crear las condiciones que les permiten pasar la mayor parte del día en la calle, garantizar la seguridad de la mercancía –especialmente de los ataques de la policía– y trabajar juntas en paz, coordinando el uso compartido del espacio y el tiempo, así como las actividades de limpieza, y acordando los precios. Una vez culminado, este esfuerzo genera un contrapoder que las autoridades no pueden ignorar” (2020, p. 217).

hice caldo de esto, órale, va a haber caldo para nosotros; si hice atole para acá, órale, aquí hay atole”. Yo ya sabía, cuando ella cocinaba algo para vender iba a haber eso de comer. De lo que preparaba nos daba. Aquí es así, vas a preparar algo rico, porque de ahí mismo va a comer tu familia, por eso te preocupas de que esté bien, porque de lo que vas a vender tiene que salir para tu familia, para que coman, y para que ganes dinero (Christian, Entrevista, 2022).

La preparación y venta de comida, por ejemplo, no sigue la lógica de producir para obtener ganancias exorbitantes, sino para generar un ingreso digno sin descuidar el sabor, la calidad o la cantidad que se brindará. De hecho, estos elementos forman parte de un trabajo de cuidados que las mujeres realizan porque a través de la comida reavivan el ánimo colectivo (Juárez, 2020). Al realizar esta labor también permiten que las personas conecten con el gozo y el disfrute cotidiano, aún ante las dificultades. Así, a partir del trabajo concreto buscan la forma de obtener ingresos para cubrir los gastos de la unidad de reproducción y satisfacer las necesidades básicas porque, generalmente, son ellas quienes identifican qué hace falta, prevén los pagos que hay que realizar y planifican o priorizan un ahorro. Pero no sólo presupuestan los principales gastos, también toman en cuenta las celebraciones, los momentos significativos o los detalles que producen alegría en las personas con quienes viven.

¡Es impresionante! Pensar los sueldos que tenía mi mamá y cómo le hacía para que alcanzara, cómo siempre había para un extra o un pequeño ahorro cuando viajábamos, o que había para la ropa, o que ella ya estaba guardando para un cumpleaños mío o de mi hermano, y no te lo esperabas, pero ella siempre decía “tengo ahí un ahorrito para regalarte algo” (Christian, Entrevista, 2022).

Es magia lo que ella hace. A veces no hay dinero y de repente las mamás sacan, ya tienen comida, de repente sales y te dicen “ten, mira, para tu pasaje”. ¿De dónde han sacado? ¿Dónde? Por eso es importante ese sistema económico porque es la protección que las mujeres dan a sus familias (Beedxe, Entrevista, 2022).

Las mujeres no pierden de vista los cumpleaños, las fiestas y otras dinámicas importantes. A pesar de no tener un ingreso abundante y aún en medio de la precariedad, buscan producir el disfrute, el contento y el gozo tan necesario para la trama vincular. Por otro lado, a través del saber-hacer las juchitecas gestan un poder en la voz y una potencia al decir y al habilitar palabras, ellas suelen hablar fuerte y se ríen a carcajadas, mientras venden comparten experiencias y conversan cómo están, tejen un conocimiento sobre sí mismas y sobre la comunidad mientras producen el gozo y el contento de compartir entre diversas. Así, incrementan la confianza de sí porque al hablar y procurar espacios entre mujeres “se mantienen enlazadas, rompen con la mediación patriarcal, que es la más íntima de las formas de relacionamiento entre varones y mujeres para garantizar el orden que sostiene capitalismo y colonialidad” (Gutiérrez y Navarro, 2019, p. 318).

Al mantenerse vinculadas y reconocer que ellas pueden producir, nutrir, legar y hacer fluir sus riquezas se saben poderosas y fuertes. Sin embargo, aunque las mujeres tengan confianza en sí, en sus múltiples habilidades y destrezas para hacer frente a la precariedad o a la emergencia, también se enfrentan a la hostilidad patriarcal que mina, expropia o desgasta sus riquezas. Más adelante trataré este punto a profundidad, pero es importante ver que, por ejemplo, cuando ellas tienen que hacerse cargo de las y los hijos porque el padre no es responsable ni afectiva ni económicamente, ellas ponen manos a la obra y resuelven a través de diversos trabajos, aunque esto genere un costo alto para sí mismas. Pese a su vitalidad, el saber-hacer sostenido en el tiempo

a través de los oficios cotidianos genera cansancio y desgaste físico, de hecho, es común ver que las mujeres que se dedican a preparar comida o a hacer totopos tengan heridas o quemaduras en las manos o en los brazos, las bordadoras usan lentes y la espalda o la cadera les duele continuamente. Por eso, luego de largas jornadas se dedican a descansar, se mesen en la hamaca o se sientan en la baqueta a conversar con otras mientras toman aire fresco.

2. La herencia material y las vetas del despojo

Aquí la mamá se siente con la necesidad de dejarle algo a sus hijas, le dejan alhajas de oro, les dejan centenarios, les dejan terrenos, si la mamá vendía en el mercado le deja el puesto, pero algo tiene que dejarle. Ahora, sí es una familia de escasos recursos, por lo menos la casa donde está se la va a dejar a la hija, algo tiene que dejar. Es algo que se va tejiendo con el tiempo, porque cuando una es chica le dice a la mamá “tú vende todo y...oye mamá ¿por qué no vendes tu terreno, tu casa? vende y ve a pasear”. Pero cuando tú vas creciendo te das cuenta, tienes tu hija y dices “voy a dejarle algo a mi hija para que tenga algo”. Cuando ya eres grande entiendes que por lo menos que tenga algo de donde partir, donde vivir e independiente, que haga lo que quiera hacer. Y como hija, todo lo que tú heredas es muy sagrado para ti. Esa casa que te heredaron es algo sagrado que le guardas un cariño y se va heredando de generación en generación (Bea, Entrevista, 2022).

Las juchitecas no sólo heredan por línea femenina el saber-hacer para desarrollar oficios que les permitan sostenerse económicamente, también poseen, portan y legan un conjunto de bienes materiales que les brindan seguridad y son fuente de fuerza vital. Esta es una manera de nutrir la capacidad de dar forma, de intervenir en asuntos comunes y de subvertir “el radical e insistente proceso de separación de las mujeres entre sí y de ellas con sus creaciones y, en particular, con su prole” (Navarro y Gutiérrez, 2018, p. 51).

Generalmente, el interés de legar algo a las hijas nace por iniciativa de las madres. Ellas desean “aligerar” el camino vital de las hijas al brindarles seguridad material para que les sea más sencillo responder a dificultades, sortear emergencias, sostener a la familia o tomar decisiones sobre su vida. La herencia cobija a las hijas como parte de un linaje, facilitando el reconocimiento y la transmisión de un conjunto de experiencias y riquezas femeninas que posibilitan cálculos vitales muy otros. Además, las mujeres la reciben con la sensibilidad abierta y la valoran porque materializa el esfuerzo, el tiempo y la energía puesta en el trabajo que durante años realizaron sus madres, padres, abuelas o abuelos.

A continuación, analizo las principales herencias transmitidas entre mujeres –la casa, el oro, los huipiles y el baúl– que nutren múltiples capacidades materiales de configuración, regulación, decisión, fortalecimiento y resistencia que, pese a que son sistemáticamente acosadas por el capital y el Estado militarizado, ensanchan la autonomía y enraízan la potencia de lucha comunitaria o popular. Porque, como sostiene Beedxe al comienzo del capítulo, “si hay fortaleza económica en una comunidad es muy probable que se rechace cualquier proyecto o cualquier imposición. Esa riqueza comunitaria puede sostener un movimiento para rechazar, para defender”.

2.1 La casa

Una de la herencia central que pasa por línea femenina es la casa principal de la familia, en ocasiones junto con el terreno donde se ubica. Generalmente, la estructura agraria en México está diseñada para que los hombres controlen la propiedad, el uso y la sucesión de las tierras, manteniendo al margen a las mujeres pese a que ellas producen la trama vincular que garantiza la vida y sostiene las luchas. No obstante, en Juchitán se establece una estrategia de afianzamiento material que asegura que mientras a los hijos varones se les heredan los terrenos del campo,

generalmente a las mujeres se les asigna una porción del o los terrenos que la familia tiene dentro de la zona habitada por la población, aunque éste sea pequeño, se hace un esfuerzo porque todas reciban una parte.⁶¹

La casa de la madre suele heredarse a la hija menor, que se queda al cuidado de los padres, aunque en ocasiones se brinda a la hija que sea “madre soltera” o haya decidido no procrear. En ese sentido, a pesar de que esta práctica brinda seguridad a la hija, también implica una carga de trabajo al cuidar a la madre o el padre, limpiar y asear la casa, preparar la comida o atender a quien enferma. Esto constituye una serie de compromisos y obligaciones que se reciben junto con la herencia, muchas veces sin diálogo al respecto porque se asume parte de la costumbre.

2.2 El oro

Heredar alhajas de oro ha sido otra práctica que las mujeres se han empeñado en mantener pese a los ataques y despojos a los que se han enfrentado, cada vez más hostiles y continuos. A partir del saber-hacer para vender, las mujeres aprendieron desde la infancia a invertir y ahorrar para adquirir oro, principalmente en forma de aretes, collares y dijes, con el fin de tener cierta holgura al tomar decisiones vitales o hacer frente a emergencias.

A las niñas las entrenan vendiendo cosas pequeñas, por ejemplo, cordoncillo. Antes vendían albahaca, hacían dulces y los vendían. Y cuando llegaban con las mamás ya tenían un cochinito o algo y las niñas ahorran, y de lo que ganaban de no sé cuántos meses se compraba sus aretes de oro, pulseras de oro, collares de oro. La tradición de salir a vender para comprarse es de ellas (...). Vi esa época en que las mujeres se colgaban su centenario, mandaban hacer sus pendientes, sus pulseras. Las mujeres mandaban hacer

⁶¹ En Oaxaca, otros pueblos zapotecos como San Jerónimo Tlacoahuaya comparten esta estrategia de herencia material entre mujeres.

sus cosas, y como yo fui joyero... sí le dábamos el dorado, el color del oro, ellas nos decían que lo puliéramos para dar el dorado, se pulía y quedaba por encima el color rojo y eso desde lejos se veía que era oro. En esa época no hacíamos fantasía, para las mujeres ofrecerle fantasía era una ofensa. Ni siquiera las mujeres más humildes económicamente utilizaban fantasía. Todas trabajaban, ahorran y todas tenían. Me tocó ver a abuelas que tenían tres monedas de oro en cada arete y su pectoral. Todavía en aquella época cuando era joyero, hace unos veinticinco años, las abuelas salían con sus collares. Me tocó ver fiestas en donde las hijas de los anfitriones traían su semanario, en aquel tiempo la moda de las chavitas era traer siete pulseras. Cuando había fiesta varias tenían semanarios y anillos casi en todos los dedos (Beedxe, Entrevista, 2022).

Poseer oro dotó a las juchitecas de autonomía colectiva, portaban en su cuerpo la riqueza que materializaba y significaban el hacer cotidiano. Para ellas es importante “lucir” lo que se trabaja, es decir, visibilizar el conjunto de riquezas que se han producido a lo largo años de esfuerzo sostenido por varias generaciones. Esto desborda la lógica de la acumulación porque busca, más bien, simbolizar el trabajo realizado, mostrar la herencia femenina que las respalda continuamente y tener un soporte que ayude a solucionar problemas o superar dificultades.

Mi mamá también maneja la economía del oro. Ella ha empeñado muchas veces porque es la manera de salir de baches, sabes que es difícil en emergencias. “Si te sale un problema ¡pum! váyase mi cadena, no importa, pero yo salgo del problema, pero es mío pues, yo sé que es mío, yo sé que no lo robé, yo sé que lo gané y si tengo una dificultad el oro me va a sacar de eso”. En momentos difíciles, cuando no logran ganar bastante o cuando los gastos son muchos, se van los aretes, las pulseras, las cadenas, pero luego regresan (...). Y es su fuerza, su ganancia, sabe que es su forma de decir “esto es mío, es

lo que yo tengo”. Ahí está su trabajo, porque le costó llegar a tenerlo y eso es lo que nos ayudó a salir de baches, porque ella lo empeñaba para que comiéramos o compráramos algo, pero en cuanto tenía el dinero lo recuperaba (Christian, Entrevista, 2022).

Sin embargo, aunque poseer y heredar oro ha sido una práctica transmitida generacionalmente por las mujeres, cada vez es más asediada, particularmente a partir del año 2000, según refieren las personas entrevistadas.

Es curioso, nosotras nos dimos cuenta de que en el tiempo en que empezaron las protestas que organizábamos contra los parques eólicos también llegaron sicarios que no eran de aquí, eran extranjeros. Ellos impedían la toma de fotografías en la zona de los parques eólicos y a veces agredían a los periodistas, y venían armados, comenzaron a matar a gente. Entonces, estos hombres se juntaron y cooptaron a otros de la región, salían a las fiestas y veían a las mujeres con sus oros. Hubo ocasiones en donde asaltaban las fiestas. Asaltaban las fiestas y nos quitaban los oros, sobre todo a las anfitrionas de las fiestas (Bacaanda, Entrevista, 2023).

Las mujeres a partir del año 2000 empezaron a interesarse en la fantasía, porque eran tantos los asaltos que ya tenían miedo. Ellas empezaron a solicitar fantasía. Nosotros hacíamos fantasía de pectorales (...). Entonces los delincuentes sabían que las mujeres ya no tenían oro, les quitaron todo (Beedxe, Entrevista, 2022).

Los asaltos a las mujeres fueron cada vez más comunes, principalmente en las fiestas porque era el momento en que varias juchitecas se encontraban juntas portando sus alhajas. “La última vez que una amiga hizo una fiesta sacó lo poquito que tenía ¡y llegaron a asaltar! Iban exactamente sobre la joyería. ¡Imagínate! A eso nada más llegan los delincuentes, a robarte tus

joyas. Ni siquiera se llevan el celular, no, van sobre tus joyas” (Roselía, Entrevista, 2022). Poco a poco el oro ha dejado de usarse y quienes lo conservan incluso decidieron colocarlo en ollas de barro y enterrarlo en el terreno de la casa para resguardarlo y acceder a él cuando lo necesiten.

2.3 Los huipiles

Cuando el saqueo del oro disminuyó –porque las juchitecas ya no portaban lo poco que les quedaba– comenzó otro tipo de despojo: el de los huipiles. Los huipiles y los trajes también constituyen parte de la herencia material que se transmite por vía femenina, principalmente de madres o abuelas a hijas, pero también entre mujeres con vínculos de amistad y comadrazgo. Los huipiles y trajes poseen un valor afectivo porque llegan a tener más de 100 años de antigüedad, el huipil que fue de la bisabuela se quedó con la abuela, luego con la madre y después llegó a manos de la hija, por eso condensa un conjunto de historias femeninas y facilita el diálogo en torno al recuerdo de quienes lo portaron antes, motivando la conversación sobre los oficios, los gustos, la vida y el carácter de las mujeres que lo vistieron.

Así, los huipiles no son sólo una prenda de vestir, conforman caminos para recuperar la historia por vía femenina, particularmente materna. A través de ellos se rememoran significados y sentidos vitales, se recuerda a las portadoras, sus experiencias, sus fuerzas y los cercamientos u hostilidades a las que se enfrentaron. Hay ocasiones en que se narra cómo dicho huipil fue empeñado porque la familia de la madre, la tía o la abuela atravesaba alguna dificultad y había que conseguir dinero urgentemente, en estos casos, se hace énfasis en que las juchitecas habilitan un sistema de préstamo⁶² o empeño entre ellas mismas, que también puede girar en torno al oro.

⁶² Estas prácticas organizativas gestionadas por mujeres existen en diversas latitudes. Por ejemplo, en África las mujeres desarrollaron sistemas bancarios –llamados “tontines”– que prestan dinero a quienes no pueden acceder a los bancos. Estas prácticas desbordan la lógica del microcrédito que el Banco Mundial ha impulsado, pues mientras los “tontines” se basan en la confianza, los microcréditos promueven la vergüenza y “han llegado al extremo (por

Ante la emergencia o la necesidad, la portadora del huipil asiste con otra y le dice “necesito tanto dinero, te dejo el huipil (o los aretes o las pulseras) en empeño”. Esto quiere decir que, si ella acepta, la portadora recibirá el dinero que solicita a cambio de lo que ofrece, pero en cuanto reúna la cantidad necesaria regresará a pagar y tendrá de vuelta su huipil. En ese sentido, las juchitecas empeñan entre sí con la certeza de que ese bien volverá a sus manos. Esta estrategia forma parte del sostenimiento entre diversas al colectivizar la necesidad para encontrar soluciones. Cabe destacar que este mecanismo de sostén se basa en un acuerdo hablado entre las mujeres, no suele ser necesario redactar ningún documento porque coloca en el centro el valor de su palabra. Ellas llegan a acuerdos que, en la mayoría de las ocasiones, se esfuerzan por respetar porque de lo contrario se dirá que “no cumplió” y por lo tanto le será difícil acceder a ese sostén colectivo nuevamente.

No obstante, la vitalidad de esta forma de sostenimiento se ha ido resquebrajando poco a poco, sobre todo porque ante la precariedad –que, como vimos en el capítulo 2, expropia la energía vital– es cada vez más difícil que las mujeres tengan un ahorro para prestarle a otra cuando lo necesita. Pero también debido a que, como expliqué anteriormente, el despojo de las riquezas materiales, incluidos los huipiles, ha sido continuo.

Ya que acabaron de saquear todo el oro de las mujeres, llegaron las casas de empeño y empezaron a pedir huipiles y trajes, primero los más finos y después cualquiera. Con eso iniciaron de nueva cuenta los asaltos, le quitaban los huipiles a las mujeres que iban a las fiestas. Había situaciones en donde las mujeres llegaban casi desnudas a solicitar auxilio en la entrada de las velas porque fueron asaltadas en el trayecto. Y ahora cuando vas a

ejemplo en Níger) de pegar en zonas públicas fotos con los rostros de las mujeres que no pueden devolver los créditos, lo que ha ocasionado que algunas mujeres se han visto empujadas al suicidio” (Federici, 2020, p. 169).

las casas de préstamo, lo que vas a ver ahí son huipiles, un chingo de huipiles, enaguas, de todo tienen ahí. Entonces el blanco han sido las mujeres aquí en Juchitán, para saquearlas. Todo eso fue a partir de la llegada de los parques eólicos y sus guaruras internacionales que vieron que las mujeres tenían sus tesoros. Pasó como en la época prehispánica, cuando llegaron los españoles y veían que los habitantes tenían el oro como ornamento. Y lo mismo pasó. Pasó y está pasando en Juchitán (Beedxe, Entrevista, 2022).

Poco a poco, el sistema de préstamo entre mujeres ha sido herido y desplazado por las tiendas de empeño que se instalaron en Juchitán, como Presta Prenda, Prendamex, Empeño Fácil y Mutiapoyo Casa de Empeño. Actualmente, si se transitan las calles de la ciudad pueden observarse los estantes de cristal que contienen joyas y huipiles o trajes de todo tipo, de múltiples colores y diferentes tallas, incluso para niñas desde dos o tres años. Se trata de tiendas de empeños institucionalizados en los que el bien se entrega para ser valuado –asignándole un precio mucho menor del real– y se proporcionan y se firman documentos para acreditar el préstamo. Entonces las mujeres no reciben lo que necesitan, sino las cantidades mínimas que estas tiendas les ofrecen aun cuando el huipil, el traje o la joyería es mucho más valiosa.

Al respecto, María Galindo sostiene que en Bolivia las mujeres son el público meta para los microcréditos⁶³ porque son las más disciplinadas al pagar y administran el dinero efectivamente, “el microcrédito ha sido rentable porque ha hecho de la pobreza una fuente de generación de 40% anual de interés sin tener que pagar sueldos, beneficios sociales ni montar infraestructura social, ni productiva de ningún tipo” (Galindo, 2004). Por su parte, en el contexto

⁶³ Cabe destacar que, aunque las mujeres son quienes adquieren los préstamos, ellas no suelen dedicarlos exclusivamente para sí mismas. Los utilizan para satisfacer necesidades de la unidad de reproducción o solucionar alguna emergencia. Incluso, en muchos casos son “los maridos u otros hombres de la familia quienes los aprovechan” (Federici, 2020, p. 114).

argentino, Luci Cavallero y Verónica Gago han explorado desde una perspectiva feminista cómo las economías domésticas, populares y asalariadas quedan cercadas por el endeudamiento masivo de la vida cotidiana, y sostienen que

la deuda es lo que dinamiza la capacidad de las economías ilegales de reclutar mano de obra a cualquier precio. (...) Es lo que suple infraestructuras básicas de la vida. (...) Es el recurso que aparece ante las emergencias frente al despojo de otras redes de apoyo. (...) Es un mecanismo de desposesión generalizado (...). Es lo que anuda la dependencia a relaciones familiares violentas (Cavallero y Gago, 2019, p. 15).

Y, sin embargo, la deuda también permite generar soluciones para salir de dificultades. Las juchitecas, como muchas otras mujeres, no se endeudan para pagar grandes lujos sino para cubrir los gastos básicos cuando su ingreso cotidiano no basta. En ese sentido, la precarización de la vida y la deuda se ensamblan para constituir un instrumento de dominio que garantiza la explotación y el empeño del tiempo de vida futuro de las personas. Además, cuando las mujeres asisten a las tiendas de empeño no sólo reciben cantidades ínfimas, también se enfrentan a múltiples trabas que las instituciones les imponen para dificultar o bloquear la recuperación de lo que empeñaron. Por un lado, estas instituciones tienen una serie de procesos burocráticos que exigen el llenado de interminables formatos y requieren una gran cantidad de tiempo, por otro lado, la tasa de interés de los préstamos suele ser muy alta y cuando se acumula parece impagable. De hecho, muchas mujeres se esfuerzan por cubrir mensualmente sólo el interés, pero es muy difícil que lleguen a liquidar la deuda en su totalidad. Así, luego de varios meses de trámites y gastos, se cansan porque no basta con pagar, tienen que encargarse de los diversos procesos de gestión y movilización cada vez que asisten a realizar un trámite.

Además, estas dificultades y cercamientos son aprovechados por algunas personas ajenas a la comunidad que encuentran beneficios en la lógica de los préstamos expropiatorios y en la precariedad a la que se enfrentan las y los juchitecos.

Como los huipiles tienen mucho valor empezaron a llegar personas a comprarlos junto con otras antigüedades porque en otros lugares se venden más caro (...). Aquí nos regatean el precio del huipil y no nos queda de otra, lo damos...pero se los llevan a otros lugares y, como eso no se ve mucho por allá, como nadie lo hace ni lo vende, lo agarran más caro, al doble o triple de precio (Heidi, Entrevista, 2022).

Durante una de mis estancias en Juchitán conocí a un grupo de mujeres extranjeras que se dedican a comprar huipiles en las tiendas de empeño, luego viajan de vuelta a E.U.A., los venden y quintuplican su precio. Como puede observarse, pese a los esfuerzos que las juchitecas realizan por cuidar y mantener su herencia o riqueza material, son despojadas de múltiples formas. Ellas acuden a las tiendas para empeñar sus huipiles, alhajas o cualquier otro bien, siempre con la esperanza de recuperarlos. “Si empeñamos es por necesidad, no por gusto. Y no queremos que se quede ahí, pero a veces no’ más no se puede. Por más que hacemos, el dinero ya no se junta. Ya no es como antes, ahora con los intereses nos acaban, no logramos” (Naomi, Entrevista, 2024).

Actualmente, “nuevas formas de apropiación privada concentrada de la riqueza y de las decisiones y capacidades para decidir sobre tales riquezas se han expandido como un cáncer a lo largo y ancho del cuerpo social”, como sostiene Raquel Gutiérrez (2017, p.118). Aun así, las juchitecas continúan cuidando, gestionando y legando la trama vincular que nutre la potencia vital que no está sujeta al capital y que, a partir de las múltiples capacidades de regeneración y

veto, produce creativos caminos para garantizar la existencia, crear riqueza material y sostener las luchas.

2.4 El baúl

Finalmente, otra de las prácticas que impulsan la fuerza de las mujeres es una dinámica particular de herencia material en línea femenina que es mediada por el matrimonio. Se trata del baúl o *quiña*, un conjunto de bienes que la madre regala a la hija cuando se casa. Anteriormente se obsequiaba el baúl, pero ahora también se da un ropero o una trinchera que generalmente contiene elementos significativos para la vida cotidiana, éstos simbolizan la herencia materna y buscan acompañar a la mujer “para que no llegue vacía” a su nuevo hogar.

El baúl o el ropero es la herencia femenina que es el símbolo de amor entre madre e hija. Cuando yo me casé mi mamá me regaló mi baúl, es algo que tienes que cuidar mucho, tienes que mantenerlo, le guardas cariño porque es un regalo muy íntimo, sabes que viene de generación en generación. En el baúl vas a ir metiendo tus huipiles, tus alhajas. Es como una especie de tesoro, lo que tú quieras puedes guardar ahí, es tuyo nada más y ahí no entra nada del marido, es sólo de una (Bea, Entrevista, 2022).

Las riquezas que se guardan en el baúl simbolizan la fuerza y el respaldo que la madre brinda a la hija al formar otra unidad de reproducción, se trata de un regalo sensible que constituye la posibilidad de que las mujeres posean algo sólo para sí mismas, mostrando que ellas pueden tener y hacer separadas de su pareja. Así, el baúl no sólo guarda un conjunto de bienes importantes para ellas, también procura sus recuerdos y ensancha sus potencialidades vitales.

Cuando mi mamá se casó, mi abuelita le regaló su baúl. Ahí llevaba su ropa, sus huipiles, enaguas, olanes, sus joyas, su *jicalpextle*. Es lo que la mamá da, a mí también me tocó.

Conforme pasan los años las formas van cambiando, por eso cuando yo me casé me dieron ropero, y de los regalos que entraron la mitad me dio mi mamá, ropa, joyas, trastes... Todo eso es para que tengas tus cosas porque cuando llegas con tu marido te integras con su familia, lo que tu suegra come es lo que vas a comer, lo que ella te dé es lo que vas a tener. Y cuando la suegra te saca aparte ya tienes un sartén, una vajilla y te vas haciendo de tus trastes. Lo que ocupes tienes, quizás telas para una cortina del lugar donde vas a vivir, tú lo vas a acondicionar a tu gusto, de ahí vas a sacar para acondicionar el espacio donde vas a estar. Y también estás pasando por una situación difícil, esas mismas cosas que te dio tu mamá las vendes para que te ayudes, desde una enfermedad o que tu esposo no tenga trabajo, o cuando das a luz a tu hijo o si tu hijo necesita algo. Entonces, si tu esposo llega a tener un buen trabajo o tú llegas a hacerte de algo bueno, vas recuperando parte de lo que perdiste. Pero si no, pues ya sólo te quedas con lo que te resta (Reina, Entrevista, 2022).

El baúl es otro de los legados que aporta seguridad material a las juchitecas en la cotidianidad y ante situaciones extraordinarias. Heredar por línea femenina es importante porque las mujeres son un pilar fundamental para sostener a la familia, satisfacer necesidades básicas y solucionar problemas o emergencias. Ellas trabajan continuamente para hacer la vida y, por lo tanto, saben que necesitan materialidad para lograrlo. Por eso “aquí dicen que la mujer es *guiña*, es el baúl, porque el baúl era el espacio donde metían la ropa, las joyas, las cosas de valor. Y la mujer es *guiña*, la mujer misma es eso, el valor” (na Betina, Entrevista, 2022).

Además, el baúl, junto con la casa, el oro y los huipiles o trajes, forma parte de las riquezas materiales que facilitan y ensanchan la posibilidad de deserción y lucha de las mujeres. Es decir, abre caminos de reconocimiento, validación y acción para establecer límites ante el abuso, la

expropiación o el descontento porque favorece la renuncia, ellas pueden irse con mayor facilidad cuando saben que saben, pueden y tienen, siendo capaces de desplegar una potencia vital que se nutre en colectivo para garantizar su bienestar.

3. La economía circular de sostén colectivo en medio del asedio

Si mi mamá hacía algo y les avisaba a otras señoras, le compraban. Igual ella les compraba cuando hacían. Entonces hacen leche arroz o preparan tamalitos, y si te lo ofrecen es porque hay necesidad, no porque quiera hacer el negociazo, no te lo van a dar caro, te lo vende justo. Tú le compras porque también has tenido necesidad y te han ayudado, dices “yo sé que el día de mañana tú me puedes comprar”. Porque no te van a pedir, no llegan y te dicen “ay manita, préstame 100 pesos, no tengo para darle de comer a mis hijos”, aunque sí vinieras sí te lo dan, pero sería como una vergüenza porque sabes que sí puedes hacer, que en lugar de venir a vender vienes a pedir prestado. Pero bueno, también puedes llegar y decir “préstame 200 pesos porque quiero comprar lo que voy a usar para vender esto, y ya de mis ganancias saco para mí y saco para pagarte”. Eso sí, porque estás proponiendo algo, no vienes así nada más. Entonces es “cómprame tú ahora y yo sé que cuando tú necesites yo te voy a comprar”. Es una forma que se reproduce también en las fiestas, “yo te doy unos cartones ahorita y sé que cuando los necesite tú me los vas a dar, o una botana”. Así son madrinas de varias cosas y después les regresan el favor, por supuesto que lo regresan. Y es impresionante, ellas no se limitan cuando van y piden una botana, van y con toda la seguridad, con toda la fuerza del mundo te la piden, no te la piden con vergüenza, te la piden bien porque saben que te la van a poder devolver el día que la necesites (Bacaanda, Entrevista, 2023).

Como desarrollé en el capítulo 1 y a lo largo de éste, a través del saber-hacer las mujeres articulan una economía circular orientada por el valor de uso, que les permite sostenerse unas a otras al desarrollar mecanismos regulatorios para reequilibrar la riqueza creada. Tales mecanismos de autorregulación suelen generar formas de producción de acuerdo, de obligación a lo colectivo y derechos de usufructo de la riqueza cultivada (Gutiérrez, 2018; Gutiérrez, Navarro y Linsalata, 2017). Así, ellas hacen un esfuerzo continuo por habilitar una antigua práctica de redistribución de recursos, cuyo objetivo es garantizar el bienestar de las múltiples unidades de reproducción. En ese sentido, lo que está en el centro no es la acumulación sino la reproducción de la vida que prioriza la satisfacción de necesidades, el autoconsumo y el mantenimiento de intercambios locales que crean las condiciones mínimas para que la comunidad se sostenga por sí misma, al mismo tiempo que ensancha el gozo y la posibilidad de decidir sobre el propio tiempo o las creaciones.

A partir de la trama vincular que las mujeres producen, la economía circular de sostén colectivo subvierte el modo de relación mercantil impuesto por el capital porque hace brotar la empatía ante lo que sucede o ante lo que requieren otras personas y seres vivos. Por eso estas tramas procuradas y nutridas por el trabajo concreto ponen en el centro el cuidado, el sostén y la garantía de la existencia. Es a través del vínculo que se reconoce a otra sintiente que necesita pero que también puede y es capaz de dar. Por eso, para las juchitecas la reciprocidad es importante. El dar o recibir transita de ida y vuelta, de hecho, hay esfuerzos sostenidos por gestionar intercambios fluidos y realizar negociaciones para reequilibrar lo que consideran que es justo.

“Todas dependemos de todas acá” sostiene *na* Asunción (Entrevista, 2022). Los circuitos de comercio local que se habilitan de forma creativa –según las necesidades de cada unidad de

reproducción– garantizan una serie de intercambios no necesariamente monetizados que se basan en el despliegue de energía, cálculos y relaciones para posibilitar la existencia y generar el bien común. La economía circular activa múltiples manifestaciones del saber-hacer que han sido nutridas a lo largo de los años, así, las mujeres transitan de hacer totopos a vender comida, bordar huipiles o preparar dulces.

El saber-hacer habilita un “sentido de inclusión” o pertenencia de las mujeres dentro de la economía circular a partir de los conocimientos y las destrezas concretas que son capaces de desplegar, es decir, les permite desarrollar y acceder al “conjunto de prácticas cotidianas dinámicas, flexibles, reiteradas y estables en el tiempo y susceptibles de modificación o alteración que una colectividad genera y echa a andar en los reiterados ciclos que marca la reproducción social de su vida material y simbólica” (Gutiérrez, Navarro y Linsalata, 2017, p. 391).

Por otro lado, a través de esta economía circular las mujeres producen alianzas, acuerdos y respaldos para sostenerse colectivamente, reforzar la potencia vital y proteger sus creaciones, pues en muchas ocasiones evitan empeños o ventas de sus bienes. Para ejemplificar cómo se sostiene esta economía podemos observar tres prácticas particulares que analizo a continuación: el intercambio de alimentos, las tandas y la limosna.

Yo vendía en el mercado, llegaba la señora que vendía empanadas y decía “hija, no he vendido, si me das dos órdenes de empanadas te doy un kilo de tomate, un kilo de cebolla”. Así es el trueque, así se hacen las cosas y todas comen. Así llegamos con un dulce de calabaza, con pescadito... y lo comemos. O si no, se lo damos a la gente, cuando llegan los centroamericanos y si está en nuestras manos podemos darles un poco, compramos un pollo y comemos todos, solamente así podemos ayudarnos (Angélica, Entrevista, 2024).

En primer lugar, el intercambio de alimentos como reciprocidad concreta garantiza que las mujeres vuelvan con alimento a sus unidades de reproducción pese a que las ventas no hayan sido generosas, quizá no obtienen dinero pero hay comida variada. Esta estrategia ha permitido que las juchitecas sustenten a sus familias mientras nutren los vínculos entre diversas al gestionar la relación cada día. A través de la venta o el intercambio las redes femeninas se fortalecen, porque entre ellas consumen lo que hacen y, además, son su propio medio de difusión al contar a las vecinas, amigas o familiares qué está ofreciendo la otra. “Algunas hijas apoyan a su mamá y les dicen a sus amigas “mi mamá está haciendo esto ¿quieres?”. Y así venden. Porque cuesta mucho preparar tamales, leche arroz, o pescadito...es una chinga hacerlo. No es que sea fácil, pero ellas tienen el conocimiento y saben hacerlo” (Christian, Entrevista, 2022).

Aunque la economía circular es vital para la autonomía juchiteca, se ha visto amenazada de múltiples formas, particularmente a través de la imposición del intercambio monetario como única forma de acceso a determinados bienes. Con la llegada de establecimientos como Bodega Aurrerá o Soriana se ha desplazado el consumo en las tiendas locales o entre comerciantes, tal y como sucedió con la llegada de las casas de empeño que comenzaron a fracturar el sistema de préstamos entre mujeres.

Se empezó a desarmar la economía del mercado a través de la llegada de centros comerciales. Está la idea de desalojar al comercio en el centro histórico también, se está tratando de quitar a las mujeres alrededor del centro, esto es un ataque al sistema de economía de las mujeres en Juchitán. Y eso para mí es una violencia generada por el capital mundial, porque antes, cuando hubo crisis económica en México, aquí en Juchitán no pegó mucho porque también existía un sistema de intercambio que nos hace fuertes (Bacaanda, Entrevista, 2023).

Los establecimientos pertenecientes a cadenas comerciales arriban a las comunidades con productos más baratos, pese a que se desconoce su origen o calidad. Por ejemplo, en el mercado y comercios locales la fruta y la verdura suele ser cara porque siempre es fresca, debido al clima caluroso dura pocos días y se deben tener una serie de cuidados para que se conserven en buenas condiciones. Lo mismo pasa con la carne. Sin embargo, en tiendas como Bodega Aurrerá o Soriana la diferencia de precio puede ser de diez pesos y, dadas las circunstancias económicas, algunas personas deciden comprar ahí para ahorrar. El intercambio circular es atravesado por el capitalismo, que busca romperlo sin lograrlo a plenitud porque es nutrido y renovado cotidianamente por las mujeres al poner en común su trabajo para generar reequilibrios vitales.

En segundo lugar, la tanda como práctica fundamental que abona a la economía circular es primordial en la vida juchiteca. Organizar tandas es una estrategia que durante años las mujeres han habilitado para hacer circular la riqueza concreta y facilitar el acceso a determinado bien. De hecho, anteriormente era común que este sistema de intercambio girara principalmente en torno al oro.

Antes mi abuela iba a vender y no traía mucho dinero a casa, pero sí traía comida, traía todo lo que ocupaba porque intercambiaba con otras. Ninguna regresaba a su casa con las manos vacías. También existía un sistema de tandas, ahora todavía pero ya menos, por eso las mujeres se hacían de oro, entraban en tanda de monedas, de centenarios. Por eso todas tenían, no era casualidad, entre todas hacían que la otra tuviera (Beedx, Entrevista, 2022).

Las tandas se producen a partir del trabajo conjunto de diversas mujeres. Para llevarlas a cabo, una o dos de ellas se hacen responsables de su organización y conforman un grupo

numeroso con el fin de crear un ahorro o inversión compartida para que todas tengan acceso a éste. Luego se elige un bien –por ejemplo, huipiles, joyería o dinero– y se hace una lista de números o turnos que guiará el orden en que cada una lo recibirá. Así, cada una aportará periódicamente la cantidad de dinero acordada para que entre todas cubran la totalidad del costo del producto. La tanda termina cuando todas han recibido lo pactado. Angélica, por ejemplo, organiza tandas de huipiles, “mis tías me dicen “hazlo en tandas, así solamente podemos pagar, poquito a poquito”, es más fácil tener así” (Entrevista, 2024). Las tandas facilitan el acceso a bienes materiales y se basan en la confianza que existe entre mujeres, no es necesaria una regulación externa que garantice el cumplimiento del acuerdo.

Finalmente, en tercer lugar, las mujeres avivan la economía circular a través de “la limosna”. Cuando llegan a una fiesta las invitadas buscan a la anfitriona para darle la limosna, que constituye un apoyo económico que ellas se brindan entre sí y puede ir desde los cincuenta hasta los quinientos pesos según las posibilidades de cada una. El dinero se envuelve en una servilleta o se mete en un sobre pequeño y se entrega a la anfitriona, que puede utilizarla para cubrir algún gasto, comprar lo que necesita o generar un ahorro. Esta práctica ensancha y nutre la riqueza concreta entre mujeres y al mismo tiempo moviliza y reequilibra sus relaciones porque se trata de un recurso que fluye de una a otra a lo largo del tiempo. *Na Angelina* –una mujer de 86 años con la que conviví largo tiempo durante mis estancias en Juchitán– constantemente afirmaba que “ir a fiestas es como ahorrar, vas a fiestas y llevas limosna, y cuando haces fiesta te regresan, es cooperar para que después te devuelvan todo junto. Es ‘tú me das y yo te doy’”. Por eso es una forma de nutrir la reciprocidad y proteger el flujo de riqueza femenina.

La limosna se da desde que tengo memoria. Se les da a las mujeres, ellas reciben el dinero, no se les da a los hombres. Si tú llegas a una fiesta y está la anfitriona, ella recibe la

limosna y también puede recibir el cartón. ¡Ah! Pero en una fiesta donde sólo esté el marido, o sea el anfitrión, si la mujer se tardó tres o cinco minutos y no está, la limosna no se lo voy a dar al hombre ¡no! no le voy a decir “a ver, ten la limosna y el cartón” y ya me voy. No. Tengo que esperar a la mujer para que yo se la pueda dar, al hombre no se lo puedo dar. Nunca, o sea, te esperas a que llegue ella. O si voy a ir a una fiesta donde solo va a estar un hombre, llevo mi cartón y no doy limosna. Al hombre no se les puede dar. Se la tengo que dar a la mujer porque es el significado social, que no podemos desprendernos de cosas que nada más son asignadas para nosotras (Bea, Entrevista, 2022).

La limosna materializa una riqueza que fluye entre mujeres y nutre la economía circular al dar y recibir mutuamente. Se trata de un dinero que transita de mujer en mujer, que ensancha su autonomía y las hace ver como co-portadoras de fuerza. La limosna es “un dinero de las mujeres que nunca sale de la comunidad. Da vueltas entre ellas, pero siempre se queda ahí” (Mari, D.C.). Así es como logran sostenerse en colectividad. Como señala Bea, la limosna implica reconocer que hay riquezas asignadas y distribuidas entre mujeres, que no les corresponden a los hombres tocar y mucho menos recibir. Por eso han desarrollado mecanismos de protección que aseguren la llegada de esa riqueza-fuerza a las manos que le corresponden.

Como ha podido observarse a lo largo de este apartado, durante años las juchitecas han habilitado múltiples estrategias de intercambio y sostén circular que se basan en el trabajo concreto que cada una realiza y éste, a su vez, en el saber-hacer que les fue legado. Tener un oficio les permite expandir su autonomía y sortear la dependencia masculina, principalmente hacia la pareja, el padre o los hijos. Aunque no puedan burlar plenamente la mediación patriarcal (Gutiérrez, Sosa y Reyes, 2018) hacen intentos continuos por subvertirla. Muchas veces ellas

deciden sobre sí y se vinculan con otras, enfrentan juntas la expropiación, el despojo y la sobrecarga de trabajo. Sin embargo, como veremos más adelante, existe una tensión constante entre circular las riquezas que fluyen entre ellas y el uso que se les da, pues muchas veces son las responsables de hacerse cargo de los gastos de la unidad de reproducción o de satisfacer las necesidades de la familia. Aun así, ellas guardan al menos una parte para sí mismas, para sus gustos y sus deseos.

Además, el trabajo y los bienes que fluyen en la economía circular nutren en su conjunto diversas luchas porque crean un escudo colectivo que ayuda a proteger y resistir la explotación, el despojo y la expropiación que permanentemente se desata sobre la riqueza común. En ese sentido, la economía circular atiza la potencia vital de lucha y amplía las capacidades de acción al generar una estrategia flexible y adaptable para enfrentar las imposiciones capitalistas.

Nosotras podemos sin los megaproyectos, porque nos vienen a decir que con ellos vamos a tener el progreso, el desarrollo, que vamos a tener dinero...pero eso nunca lo hemos tenido por ellos, lo hemos tenido por nosotras, porque prácticamente si sabemos bordar, voy, bordo algo y lo vendo. O voy y me meto en una tanda, es una forma de ahorrar o de tener dinero para comprar algo, y poco a poco voy pagando cuando me toque, así pago la tanda pero también tengo dinero para mi familia. Por eso no pueden quitarnos lo que tenemos, no pueden despojarnos de lo nuestro. No podemos permitir que entren, porque si ahorita nos están robando ¿qué va a ser cuando ya estén ahí? Por eso hay que conservar lo que tenemos, con eso va a haber comida, va a haber un techo (Esther, Entrevista, 2022).

La trama vincular que las mujeres crean, cultivan y cosechan se nutre de una serie de legados femeninos a partir de los cuales habilitan estrategias de fortalecimiento común. Saberse

creadoras, portadoras y poseedoras de la riqueza concreta que pueden transmitir y robustecer, es una potencia vital que les ha permitido hacer frente a diversas dificultades de manera colectiva, nutriendo el entramado comunitario y bombeando las luchas. Negarse a la implementación de los megaproyectos ha sido importante para algunas de ellas, pues reconocen que la vida se daña cuando éstos se instalan.

Hubo un tiempo que no salía nada...tres años ni pescado, ni camarón, ni nada de nada. Cuando entraron los eólicos, en esa época... “¡Ay, mamá! Creo que se enojó el mar”, le dije, porque ya no se vio nada, de plano, ni para la comida. Ya la crisis estaba bien dura (...). Cuando la barra se abre los pescados que salen del mar vivo entran, pero en ese tiempo la barra se cerró de una vez. Ya ni camarón, ni pescado, ni nada. Se enojó el mar y ya se iba secando. Y tres años, tres años estuvimos así. Por eso cuando peleamos contra los eólicos...peleamos. Ese día salieron los camarones bien grandes, dice la gente “mira, el mar ya hasta está alegre porque estamos peleando por él, vamos a defenderlo (Esther, Entrevista, 2022).

La trama vincular sostiene las luchas y se teje con los múltiples saberes, significados y prácticas sensibles que las mujeres poseen y construyen a partir de la cercanía con el territorio. Cuando el Estado militarizado busca imponer los megaproyectos –como vimos en el capítulo 2– resquebraja la vida colectiva. De hecho, está documentado que la presencia de dinámicas extractivas genera un “profundo reordenamiento de las economías comunitarias de autosuficiencia hacia una economía asalariada. El salario obtenido de la empresa se convierte en un poderoso instrumento de dependencia y sujeción” (García, Vázquez, Cruz y Bayón, 2020, p. 34). En ese sentido, a través de su saber-hacer las mujeres nutren la potencia vital que garantiza, por un lado, tener las condiciones para reproducir la vida y, por otro lado, frenar, minar o burlar

las imposiciones capitalistas que drenan las energías vitales con la intención de desgarrar el territorio hasta hacerlo sangrar.

Conclusiones

Las juchitecas se hacen escuchar y se ríen a carcajadas, ellas no se avergüenzan de su fortuna ni de sus alegrías porque a lo largo del tiempo han producido una confianza en sí y en las demás que les permite enlazarse a partir del saber-hacer. Las mujeres transmiten su sabiduría práctica a través de la palabra, aunque no suelen escribir sus aprendizajes o descubrimientos, hablan entre ellas y comparten lo que saben hacer, así abonan la riqueza simbólica que es fortaleza común y crean formas de sociabilidad no plenamente capitalista.

Cuando las mujeres *saben que saben, saben que pueden y saben que tienen* pueden defenderse a sí mismas, a sus riquezas y a sus creaciones, porque reconocen con gran claridad aquello que son capaces de producir y sostener. Objetivar las riquezas que heredan, crean y ensanchan es un ejercicio primordial para poder protegerlas y frenar el despojo. Nombrar y sentir algo como propio, como nuestro, permite mirar la potencia vital que se gesta entre diversas y que en su forma expansiva facilita el despliegue de la lucha colectiva. Así, a partir de su trabajo vital crean alternativas para cuidar y defender el territorio porque saben que el mar, las montañas y los animales hacen emanar la vida común.

En ese sentido, las mujeres que reconocen en sí el saber-hacer como potencia vital se saben poderosas y seguras porque, cuando tejen entre diversas estas fuerzas, amplían la posibilidad de decidir sobre la vida colectiva al conservar, producir y ensanchar el sostenimiento material, simbólico y espiritual de la existencia común. Esta claridad vital nutre creativos caminos organizativos que ponen en el centro la reproducción de la vida, el gozo y el cuidado colectivo.

Es posible que, ante ojos externos, el reconocimiento de lo que se sabe, se hace, se puede y se tiene sea percibido como arrogancia –de hecho, así han sido caracterizadas las juchitecas por autores y autoras como Covarrubias (1946) y Bennholdt-Thomsen (1997)– sobre todo porque a las mujeres se les ha enseñado a mantenerse ocultas y a minimizar su fuerza, incluso hasta ridiculizar sus capacidades aun cuando reconozcan su inmensidad vital. Esta dinámica promueve la duda sobre sí mismas y las otras, sobre sus fuerzas y capacidades, hace que titubeen al tomar alguna decisión o que necesiten la aprobación de alguien más. La duda se instala y las hace desconfiar de su intuición, inteligencia e incluso del propio cuerpo y su potencia.

Sin embargo, cuando las mujeres reconocen el potencial creativo y generativo vital que nutren cotidianamente abren varias vetas prácticas. Por un lado, saber que la riqueza-fuerza que poseen forma parte de un legado corporeizado incrementa la confianza en sí y en las otras, pero también atiza la vitalidad que brota del saber-hacer –que ha sido transmitido y afinado a lo largo de los años– cuando se pone en común para generar bienestar, a veces a través de estrategias inimaginadas.

Por eso, pese a los múltiples cercamientos y ofensivas capitalistas, las mujeres se empeñan en crear nuevas riquezas, en defender el cuerpo que emana la fuerza y que se vuelve tierra fértil para sembrar y cultivar otras formas de vivir, pero también, para proteger su alegría y conectar con el gozo aún ante la hostilidad. Ellas se reúnen para conversar sobre la cotidianidad y en torno a lo que está sucediendo a su alrededor, para compartir sus dolores y encontrar estrategias de cuidado mutuo. Como veremos a continuación, esta dinámica de compartencia y diálogo facilita a su vez el reconocimiento, la validación y la expansión de sus creaciones con más facilidad, pero también crea condiciones para organizar y gritar la rabia, para establecer

límites ante la expropiación y el despojo, y para posibilitar el rastreo y la construcción de caminos para la autodefensa colectiva.

CAPÍTULO 4. EL FUEGO QUE ENLAZA.

LA POTENCIA EXPANSIVA DE LUCHA DE LA TRAMA VINCULAR

*

Introducción

En Juchitán existe una antigua y profunda tradición de la práctica de la relación entre mujeres. Comerciantes, bordadoras, comadres y vecinas comparten saberes, experiencias y diversos conocimientos para conformar el saber-hacer que da cuerpo a oficios y aprendizajes que les permiten asegurar un sustento y producir riqueza y fuerza material y simbólica, al mismo tiempo que procuran el bienestar colectivo. A través de esta práctica ellas tejen la trama vincular que produce una específica politicidad que ensancha la disposición y el conocimiento de sí mientras nutre la autonomía comunitaria, deviniendo potencia vital.

Así, las mujeres han desplegado creativos esfuerzos cotidianos para garantizar la reproducción colectiva de la vida, pero también para sostener batallas y luchas abiertas por medio del despliegue organizativo o del enfrentamiento explícito. Continuamente, ellas se han empeñado en generar estrategias para frenar y contrarrestar las ofensivas capitalistas y los asedios que el Estado militarizado ha impulsado a través de sus instituciones y sus cuerpos armados. Por ejemplo, es sumamente interesante observar el estandarte de la Asamblea Popular del pueblo Juchiteco que se encuentra en Radio Totopo⁶⁴ –ubicada en el Barrio de los Pescadores de la Séptima sección de Juchitán–, cuya imagen se basa en una fotografía de 1911 en la que está

⁶⁴ Radio Totopo es un proyecto radiofónico popular que surgió en 2005 y desde sus inicios ha buscado fortalecer la defensa del territorio ante los megaproyectos y la transmisión de la lengua zapoteca.

retratado un grupo de rebeldes durante el levantamiento de José F. Gómez. Como puede observarse en la Ilustración 3, en la imagen destacan al frente dos mujeres portando armas y una más que se encuentra detrás. Vistiendo sus enaguas y sosteniendo sus rifles, esas mujeres son testimonios de la centralidad que las juchitecas han tenido en la defensa del territorio. En las luchas desplegadas, no sólo en Juchitán sino en diversas geografías en el mundo, las mujeres siempre han estado presentes. “Desde la Rebelión de Tehuantepec en 1660, la defensa del territorio con la intervención francesa en 1866, el levantamiento armado de Che Gregorio Meléndre y todos los levantamientos armados de José F. Gómez, la COCEI o la Asamblea Popular, las mujeres siempre han luchado” (Beedx, Entrevista, 2022).



Ilustración 4. Estandarte de la Asamblea Popular del Pueblo Juchiteco. Fotografía propia.

Las mujeres han sido actrices centrales de la insubordinación. Como estrategas, planeadoras y guerrilleras, ellas han hecho uso de los múltiples recursos para producir bienestar comunitario y nutrir la resistencia. A través de su trabajo cotidiano y de los vínculos que han gestado, poco a poco han impulsado la manifestación de la rabia y la indignación colectiva ante la violencia en su forma de despojos y expropiaciones. El sentir común ha sido semilla y raíz, su voz y su acción ha encarnado un bastión fundamental de la potencia vital que emana al enlazarse unas con otras. Ellas nutren la trama vincular que al mismo tiempo las fortalece y expande la capacidad de lucha que pone en el centro el deseo de vivir y estar para nosotras, pero que también reaviva la posibilidad de habitar el mundo a partir de la alegría y el gozo.

Sin embargo, pese a su vitalidad, su papel en diversos momentos insurgentes ha quedado oscurecido por la narrativa de lo colectivo generalizado desde una visión patriarcal. Cómo las mujeres acuerpan y materializan las luchas ha sido invisibilizado o minimizado. En ese sentido, como un esfuerzo por objetivar la potencia de la trama vincular que ellas producen, en este capítulo me propongo analizar algunas de sus manifestaciones, es decir, busco dar cuenta de las formas en que ellas ponen el cuerpo para preservar la vida, fortalecer la capacidad organizativa y atizar el gozo habilitando la trama vincular en su modo expansivo para desbordar las estructuras de dominación y despojo.

1. Las luchas en defensa del territorio

Cuando dijeron que las empresas iban a entrar sentí coraje, no pueden hacerlo, tenemos que luchar para sacarlos. No podemos perder el mar, ese mar que nos creció. Cuando mi mamá no tenía dinero mi papá agarraba su tarrallita y ya se iba, al ratito venía y traía pescaditos y camarón y ya hay de comer. Igual mi marido, cuando no hay de comer va y trae pescado, a veces me dice “vende un poco para que compres tortilla”. Y vendo y hay

comida, hay desayuno, hay todo. Y ahora ¿cómo no vamos a luchar por el mar? Tenemos que enfrentarlos. Vamos con mis hijas, mi mamá, mi esposo. A luchar, a pelear. Ahí nosotros nos sentimos a gusto, nos sentimos fuertes. Cuando llegan los otros ahí estamos. Luchamos, a ganar o a morir, pero luchando. Hasta ahorita, como te digo, desde el primer día que pusimos ahí nuestro pie sabemos que es para vivir o para morir, pero ahí estamos (*na* Lucila, Entrevista, 2018).

Pese a que el capitalismo impone cambios metabólicos en la trama de la vida, siempre parece existir un correlato del despliegue de luchas y antagonismos ante el dominio y el despojo (Navarro y Linsalata, 2021). A medida que los tres niveles de Gobierno en alianza con empresas transnacionales y respaldado por las Fuerzas Armadas impone el megaproyecto eólico y el Corredor Interoceánico en el Istmo de Tehuantepec, también brotan y se impulsan múltiples luchas en defensa de la vida y el territorio en las que las mujeres tienen un lugar central. Sin embargo, a pesar de que ellas han sido una fuerza latente que alimenta el fuego vital en Juchitán, su papel en la insurrección ha quedado oscurecido debido a la miopía patriarcal que ciega y deforma la percepción en torno de las luchas.

A partir de la práctica de la relación entre mujeres, las juchitecas aceitan la estructura organizativa que garantiza el sustento y produce riqueza concreta, pero también, en momentos de lucha abierta y explícita, facilita el despliegue de una fuerza vital colectiva que es abonada cotidianamente para nutrir la autonomía comunitaria. Particularmente, cuando el Estado militarizado impulsa proyectos extractivos para expropiar las riquezas del territorio y a las personas de sus capacidades vitales y medios de existencia, la lucha por defender el *cuerpo-trama-*

*territorio*⁶⁵ toma un lugar central. En tiempos de crisis, la potencia de la trama vincular brota y enlaza aún con más vitalidad y esperanza.

Siguiendo esa lógica, a continuación, mi intención es analizar cómo las mujeres han sido uno de los pilares que posibilitan y sostienen de múltiples maneras las luchas abiertas en defensa del territorio. Para ello me basaré en dos experiencias concretas de insubordinación juchiteca: la lucha de Gui'xhi'Ro' y la de la Séptima Sección.

En la lucha contra los megaproyectos las mujeres son más organizativas, tienen un poquito más de conciencia. Por ejemplo, con lo que pasó contra los eólicos fueron mujeres las que encabezaban, no les importaba y peleaban con grupos policiacos. Son mujeres súper atrevidas que agarraban y peleaban. Antes, en Juchitán en los años 80, se veían a señoras viejitas que traían palos y piedras porque les parecía una injusticia algo que hizo la policía municipal y querían prenderle fuego a la presidencia. Y ahora, por ejemplo, en Gui'xhi'Ro' las mujeres salían con palos, piedras y se enfrentaron en la entrada, porque las empresas y la policía querían meterse para lograr el paso a Santa María del Mar para instalar el proyecto eólico. Y ellas fueron las que se organizaron para atacar, para frenar, para luchar. Sí, fue muy visible la presencia de ellas ahí, ellas se ponían al tú por tú contra las fuerzas armadas (Roselia, Entrevista, 2022).

En febrero de 2013 la comunidad de Gui'xhi'Ro' —una agencia de Juchitán cuyo nombre en castellano es Álvaro Obregón— se enfrentó a la policía estatal cuando, a costa de la decisión comunitaria, pretendía respaldar y forzar la instalación del parque eólico San Dionisio impulsado por Mareña Renovables, que posteriormente cambió su nombre a Eólica del Sur. Este

⁶⁵ Esta noción se inspira en los feminismos comunitarios, pero abona la perspectiva de la trama vincular como enlace fértil.

enfrentamiento tuvo como antecedente el bloqueo carretero en Gui'xhi'Ro' que las y los habitantes de Juchitán, San Mateo del Mar, San Dionisio del Mar, San Francisco del Mar y Santa María Xadani comenzaron el 2 de noviembre de 2012 con el objetivo de cerrar el acceso y proteger la barra Santa Teresa,⁶⁶ que es “la gallina de los huevos de oro, lo más codiciado es el flujo de viento que baja en esa zona” (Félix, Entrevista, 2022). Un día antes, al ir a trabajar los pescadores de la comunidad se toparon con un letrero que decía “no pasar” y una cadena que cerraba el camino a la barra, junto con algunos hombres que custodiaban el lugar. Esto molestó a las personas y comenzaron a organizarse para defender su territorio.

La barra Santa Teresa es la franja de tierra ubicada entre las dos grandes lagunas del Istmo que proveen de alimento a las comunidades, donde Mareña Renovables buscaba incrustar 102 aerogeneradores. La instalación de “los ventiladores” aseguraba un daño a la zona lagunar porque acabaría con la vida de los peces y demás seres que habitan el mar, pero también significaba un ataque directo a las formas de reproducir y asegurar la vida colectiva. Cabe destacar que Gui'xhi'Ro' conforma un lugar estratégico porque es la única vía de acceso terrestre a la barra, en ese sentido, la defensa desplegada constituyó un límite frontal al despojo neoliberal y la expropiación de la vida en la región.

A lo largo de los meses la tensión entre las comunidades, el gobierno estatal y federal, y la transnacional fue en aumento, hasta que el 2 de febrero de 2013 “debido a un ultimátum dado por Jonathan Davis, Presidente del Consejo de Administración de Mareña Renovables al gobierno del estado de Oaxaca, la Policía Estatal, Ministerial y Bancaria fueron enviados a reprimir y violentar a las comunidades indígenas y pescadoras del Istmo para abrir paso a la

⁶⁶ Aunque la barra Santa Teresa pertenece al municipio de San Dionisio del Mar, el ingreso terrestre es por Gui'xhi'Ro'.

invasión de nuestro territorio” (APIIDTI, 2014). Ante el despliegue policiaco, las personas que se encontraban en el bloqueo –pescadores, campesinos, mujeres comerciantes que se dedican a hacer tortilla o al trabajo doméstico, y personas de distintas organizaciones y colectivos– se armaron con piedras, palos, herramientas o machetes para responder el ataque. El objetivo final era defender las lagunas, los animales, el mar, la tierra y el viento.

Na Lucila, cuyas palabras abren este apartado, nació en Juchitán hace 50 años y ahora vive en Gui’xhi’Ro’, es madre de seis hijas e hijos y ha participado en diferentes procesos por la defensa territorial desde hace más de 26 años. Cuando fue el enfrentamiento, ella y muchas otras mujeres se encargaron de partir y acarrear piedras en sus enaguas para que los hombres pudieran arrojarlas a las fuerzas estatales. “–¿Pueden o no pueden?– nos decían ellas, –¡órale, aquí hay piedras! ¡Ya las trajimos, aquí tienen!– nos gritaban” (Félix, Entrevista, 2022).

Cuando vinieron los estatales y los judiciales ahí estaban mi hijo y mis hermanos, peleando contra ellos. Ahí tenían su resortera y le pegaron la frente a un policía. “¡Ahora, dale, dale, jala!” le dice mi hermano, y el otro le dio, le pasó cerca de su cara. Es que vinieron y cerraron el paso “que nadie entre a pescar porque ya van a trabajar, van a entrar los ventiladores” dijeron. Llegaron los españoles aquí, con sus carros de lujo, llegaron todos los extranjeros y se iban a meter. “¡Ah! ¿Cómo que nadie va a entrar? Si este es el mar, es de todos, es de nosotros ¿y ahora vienen otros a ponernos cadenas?” Porque pusieron cadenas. Y ahí viene toda la gente, vienen todos ahí. Ellos pusieron las cadenas y nuestra gente hizo un retén en el camino para que se regresaran, ahí bajaron los estatales y empezó el pleito para defender aquí. Ahí empezó todo. Quemamos un carro porque varios entraron y ya estaban trabajando adentro, no querían salir, pero cuando venían de regreso les quitamos el carro y lo quemamos en la barricada. Así ya se

fueron. Y a los estatales les quitamos sus bates, y sus escudos, también una patrulla. Lo malo que hizo el presidente de Juchitán y el comisariado de aquí de Álvaro Obregón es que no pensaron que iban a infectar el mar con los ventiladores. Y nos enojamos porque ellos decidieron cuánto vale el mar... y sólo unos días y ya se acabó su dinero... ¡y el mar ahí está! No pensaron pues. Ahora dicen que vamos a ganar dinero porque va a haber trabajo, pero no piensan. Eso es un mes, dos meses, pero cuando terminen de trabajar, ya que coloquen eso [las turbinas] ¡ya no hay trabajo! Y el pescado, el alimento se pierde. Por eso vamos a luchar otro poco, hasta donde se pueda (*na* Lucila y Esther, Entrevista, 2022).

Las palabras de *na* Lucila reflejan la concepción y el sentir que muchas personas comparten: el territorio es el corazón que sostiene la vida, lo respetan y lo cuidan porque reconocen que de él depende la existencia colectiva pasada, presente y futura. Juchitán es una comunidad de personas campesinas, pescadoras, artesanas y comerciantes con un profundo vínculo con la tierra, el mar y el viento, que se saben parte de un todo que garantiza “la existencia de un cuerpo que extiende las venas hasta las montañas o la selva con la intención de llevar agua a las lagunas y, en su recorrido, propiciar la vida” (Calderón, 2021). Este arraigo a una tierra y a un mar que cobija y abraza es nutrido particularmente por las mujeres, que recuerdan, enseñan y enraízan el sentido de pertenencia y la vincularidad que impulsa la insurrección.

En la lucha desplegada en Gui’xhi’Ro’ las mujeres fueron un bastión central de fortaleza, no sólo en el enfrentamiento explícito sino al planificar, impulsar y motivar las acciones defensivas y estratégicas.⁶⁷ Además, como veremos más adelante, ellas sostuvieron la batalla

⁶⁷ En Oaxaca, como en diversas latitudes, la presencia de las mujeres en las luchas y las rebeliones ha sido continua. Incluso desde el siglo XVIII está documentado que “en uno de cada cuatro casos, eran ellas quienes lideraban el ataque contra las autoridades y eran visiblemente más agresivas, ofensivas y rebeldes” (Taylor, 1979, p. 116. En Federici, 2004, p. 311).

desde la cocina. Después del enfrentamiento y para ensanchar su autonomía, el 9 de febrero del mismo año la comunidad de Gui'xhi'Ro' reconstituyó su Asamblea General, recuperó el Consejo de Ancianos y formó la policía comunitaria. Además, puso en el centro la necesidad de elegir a sus autoridades siguiendo el formato de usos y costumbres, y el 1 de enero de 2014 el Cabildo Comunitario tomó posesión. A raíz de tal despliegue de fuerza que brotó de la trama vincular, el megaproyecto impulsado por Mareña Renovables fue cancelado.

La segunda experiencia de insubordinación y defensa del territorio se gestó también en febrero de 2013, cuando habitantes de la Séptima Sección de Juchitán conformaron la Asamblea Popular del Pueblo Juchiteco (APPJ) y se enfrentaron a la empresa española Gas Natural Fenosa, ahora Naturgy, que buscaba construir el parque eólico Bii Hioxo. Las personas sostenían: “tenemos dentro del polígono de 2,000 hectáreas seis sitios sagrados. Muy cercano a este polígono esta la laguna superior y la instalación de Gas Natural Fenosa ha destruido parcelas de tierra húmeda y pues se están privatizando” (Entrevista. En Hernández y Joaquín, 2018, p. 53).

Desde el 20 de febrero de 2013 comenzamos a organizarnos. Llegaron pescadores, campesinos, familias comerciantes y obreras, hasta un señor de más de 90 años. Familias que no tenían tierra pero les movió este sentimiento del territorio. Y se hizo una asamblea en Juchitán. Después de la COCEI de los años noventa no se hacía otra asamblea aquí. Una mujer mayordoma de la Santa Cruz de los pescadores dijo “no tenemos que sacar permiso para hacer un movimiento por la defensa del mar, por la defensa del lugar sagrado de la Santa Cruz de los Pescadores” (...). Entonces eso fue histórico, porque los que estaban en el poder municipal decían que se había perdido la memoria histórica de la tenencia de la tierra comunal en Juchitán. Pero se demostró de que no era así (Beedx, Entrevista, 2022).

Cuando la vida colectiva se ve amenazada, la potencia de lucha generada por las mujeres a través de la trama vincular se expande y produce un núcleo de insubordinación capaz de limitar los ataques, producir acuerdos y defender la vida. Esto es posible porque existen ensayos cotidianos de organización y enlace que derivan del esfuerzo y el trabajo que ellas realizan para tejer fuerza vincular común que se enraíza en el sentido de pertenencia y en el arraigo territorial.

Yo escuchaba los helicópteros que pasaban cerquita de la casa. Ya me estaba imaginando lo que mis compañeros estaban pasando y decidí ir. La tercera vez que fui me tocó esa bulla de que ya venían los armados, yo no quería dejar solos a mis compañeros. Si yo no podía pelear, que por lo menos supieran que ahí estábamos para una olla de café o para preparar algo, en lo que yo pudiera aportar. Muchas estuvimos en esa pelea, en esa lucha que nos marcó (Reina, Entrevista, 2022).

El sentir, hacer y decir colectivos habilitan la defensa ante el despojo y la expropiación, orientando las acciones para procurar la vida. Como sostiene una de las mujeres entrevistadas, “la idea era no dejar que [las empresas eólicas] entraran, que supieran que la gente aprecia el mar, su tierra... y está luchando por ese lugar, por ese espacio que es vida para los campesinos, es vida para los pescadores, para todos” (Reina, Entrevista, 2022).

Ante los reclamos de las y los juchitecos, las corporaciones transnacionales y el Estado con sus fuerzas militares respondieron una vez más con la violencia represiva a la comunidad. Algunas personas fueron amenazadas y otras asesinadas. Por ejemplo, en los últimos enfrentamientos que se dieron en la barricada anti eólicos, uno de los objetivos centrales de la policía estatal era detener a Beedxe –fundador y parte del equipo de Radio Totopo, el medio por el que se informaba todo lo que estaba sucediendo en Juchitán–. Entonces, quienes le

advirtieron, lo protegieron para que se escapara y lo cobijaron dándole resguardo, fueron las mujeres.

Aparte de que son estrategias de lucha fungen también como guardianas de los que vamos adelante. En nuestro movimiento de la Asamblea Popular del Pueblo Juchiteco, en los momentos de represión las mujeres fueron las que me rodearon para brindarme seguridad. Y cuando estuvo más fuerte la represión, ellas me custodiaron para salirme del conflicto y protegerme, así las mujeres evitaron que cayera en manos de la policía estatal, muchas veces ellas me salvaron. Y en las marchas que realizábamos, nadie las guiaba, simplemente ellas se organizaban para dar rondines alrededor de donde estábamos y detectaban personas armadas, detectaban y también intimidaban a esas personas para que se fueran. Se repartían, si eran tres personas armadas, se repartían de a 2 mujeres cada persona armada para poder vigilarlos (Beedxe, Entrevista, 2022).

Por otro lado, ese mismo año Héctor Regalado Jiménez, pescador miembro de la Asamblea Popular del Pueblo Juchiteco (APPJ), “recibió seis disparos de sicarios acompañados por la policía local. Increíblemente, nadie ha sido encarcelado ni acusado por este delito, lo cual evidencia la ilegalidad que reina en el Istmo de Tehuantepec y la impunidad de los involucrados” (Ramírez, 2021). Seis años después, continuando con la represión y el disciplinamiento, en abril de 2019 por órdenes de Grupo México diez personas fueron detenidas en Juchitán porque reclamaron y exigieron el pago que estaba estipulado en el contrato de arrendamiento de tierras. La detención fue arbitraria “se dio con violencia y con aval del gobierno oaxaqueño” (Manzo, 2019).

Como puede observarse, la violenta implementación de los megaproyectos por parte del Estado busca desgarrar la trama vincular para garantizar el desarrollo y permanencia de éstos;

parece que lo único que puede hacer ante tal fuerza defensiva comunitaria es asesinar y reprimir a las personas que se encuentran enlazadas. Sin embargo, ya que la trama es abonada cotidianamente a través de prácticas y labores concretas, su potencia se extiende y se transforma pese a los múltiples ataques. En ese sentido, el papel de las juchitecas en el sostenimiento y desborde de la trama flexible, dinámica y cambiante que moviliza hacia la lucha ha sido central.

Algunas de las que más estuvieron fueron las señoras más grandes. Como la compañera Georgina, Juana, Eva, Juanita, me acuerdo muy bien de los nombres de todas ellas, algunas nada más iban a su casa a preparar la comida y ¡órale! se regresaban y salían de ahí hasta noche. Sus esposos o sus hijos se quedaban a hacer guardia y ellas iban a cuidar la casa o a los niños. Se quedaban los compañeros a velar, a cuidar en la noche y en la mañana las compañeras llegaban otra vez a ver qué pasó, qué hay que hacer, si hay reunión, si hay acuerdo o no hay acuerdo. Sin ellas el pueblo no hubiera llegado a donde llegó, los compañeros no hubieran logrado todo lo que lograron en ese entonces, no. Porque a esas mujeres... a algunas hasta les costó la vida, por estar ahí defendiendo. Entonces, son momentos, son eventos donde desafortunadamente la mujer aún no ha sido reconocida, no hay un dato, no hay un libro en la biblioteca en el que vayas a encontrar la vida o la historia de lo que realmente pasó, no hay nada de eso, solamente lo sabemos. Y siempre lo sabemos porque lo contamos, también nuestros(as) abuelos(as) o papás(mamás) lo contaban, decían qué habían hecho las abuelas, quiénes fueron (Reina, Entrevista, 2022).

Comenzar a reconocer y hacer explícito el papel de las mujeres en las luchas abiertas es fundamental para ensanchar la memoria colectiva de insurrección. Al producir la trama vincular ellas impulsan prácticas de autodefensa y resistencia concretas, pero también amplían el sentido

de por qué se lucha. Para ellas no se trata de obtener recursos monetarios o ganar bienes, sino de disputar la forma en que se reproduce la vida y, por lo tanto, habitar el territorio desde la dignidad y la calma. La existencia de tan potente fuerza colectiva es desventajosa para el Estado militarizado y las empresas transnacionales que buscan garantizar la acumulación, por ello, defender la tierra, el mar, el viento y la vida toda se ha vuelto un peligro de muerte.

De hecho, en su informe “Voces silenciadas: la violencia contra las personas defensoras de la tierra y el medioambiente”, la organización Global Witness señala que tan sólo en 2023 fueron documentados 193 asesinatos de personas defensoras, el 85% de estas muertes ocurrieron en América Latina, principalmente en Brasil, Colombia, Honduras y México (2024). Específicamente en México, de diciembre de 2018 a octubre de 2024 se registraron 252 asesinatos de personas defensoras, siendo la región Sur-Sureste la más peligrosa y Oaxaca el estado más letal, seguido por Guerrero y Chiapas (EDUCA, 8 de noviembre de 2024).

Los asesinatos de las personas que defienden el territorio representan una de las formas más extremas de violencia, siempre precedidas por estrategias para atemorizar, silenciar y reprimir a través de agresiones físicas o sexuales, detenciones arbitrarias o secuestros. Esto permite comprobar que “la retórica sobre el desarrollo sostenible y el cambio climático es un discurso vacío si quienes defienden sus tierras y el medio ambiente, continúan arriesgando sus vidas al hacerlo” (Global Witness, 2017, p. 7). Sin embargo, pese a las dificultades y la hostilidad, las comunidades insisten.

¿Cómo no vamos a luchar por el mar? Tenemos que luchar por él, tenemos que enfrentar. Cuando tú vas al mar, sabroso, rico, el aire fresco, limpio...y cuando lleguen los ventiladores no va a estar así, no va a ser igual...ya no. El pescado cuando escucha ruido corre, se esconde y ese ventilador si entra va a hacer ruido allá, ya no vamos a tener

alimento. Por eso la lucha por el mar sigue, para que no lleguen a quitárnoslo. Ahí estamos defendiendo, puntuales. Porque nosotros no queremos eso, ahí está nuestra vida, de ahí vivimos, del mar. Y después a lo mejor nosotros ya no estamos, pero ahí van a estar nuestros hijos y van a hablar “mira mis abuelos, mi papá, mi mamá, lucharon por este mar para nosotros”. Por eso siempre vamos a luchar, no importa si podemos ganar o si perdemos, pero ahí vamos a estar (*na* Lucila, Entrevista, 2018).

Las luchas en defensa de la vida se expanden en el tiempo, las experiencias pasadas nutren las acciones que se realizan en el presente y generan un impacto en el futuro. Actualmente, por ejemplo, aún con dificultades los esfuerzos para frenar el CIIT continúan. “La gente sigue uniéndose, sigue luchando contra el Corredor Interoceánico. Acá está fuerte, más en Puente Madera” (Diana, Entrevista, 2022). Organizarse en un contexto hostil, precario y mortal es sumamente complejo. La trama vincular comunitaria tejida en Juchitán a través de relaciones de reciprocidad, apoyo mutuo y participación, ha sido la clave para posibilitar y sostener las luchas. Por ejemplo, a partir de enero de 2019 diversas comunidades y organizaciones impulsaron la campaña global “El Istmo es Nuestro”:⁶⁸

decidimos relanzar la campaña para encontrarnos, informar, organizar y articular la lucha contra este megaproyecto que históricamente ha ambicionado transformar la región en un corredor industrial, comercial, energético y militar que sirva de muro de contención para lxs hermanxs migrantes, convirtiéndose en la frontera y aduana más

⁶⁸ Según las y los organizadores, la campaña recoge y se nutre de la experiencia vivida entre 1995 y 1998 cuando se implementó el Programa Integral de Desarrollo Económico del Istmo, durante el gobierno de Ernesto Zedillo. Las comunidades istmeñas, de Oaxaca y Veracruz, se organizaron para informar de los riesgos, el saqueo y la pérdida de soberanía que generaría la puesta en marcha del Programa (López, 2020).

importante del mundo, controlada por los grandes capitales (Congreso Nacional Indígena, 2021).

A través de esta campaña las comunidades y organizaciones han denunciado en medios digitales el despojo, la expropiación y la imposición del CIIT. También se han organizado encuentros, foros y talleres para circular información, construir análisis críticos y bosquejar propuestas de acción para detener el saqueo, la explotación y la privatización de los bienes comunes. Para expresar su desacuerdo, las personas también han realizado manifestaciones, bloqueos carreteros, incluso han incendiado vehículos para hacer visible su rechazo al megaproyecto y su negación a vender o rentar sus tierras (Chaca, 12 de febrero de 2022). Las y los habitantes sostienen que el Transístmico es una imposición estatal para la cual las comunidades son un obstáculo para garantizar la “acumulación por desposesión” (Harvey, 2004).

Así, mientras las mujeres se esfuerzan por tejer y ensanchar la trama vincular, bombean el corazón de las luchas contra todas las violencias. Con este entendimiento ya no buscan la protección ni la mediación del Estado porque saben que éste es quien garantiza el despojo y la explotación de los territorios. Más bien, se ocupan de crear vínculos sensibles y alianzas que enlazan la fuerza común al poner en el centro la garantía de la vida. En ese sentido, la potencia creativa y generativa de las mujeres ha acuerpado las luchas abiertas de múltiples formas, reclamando, estableciendo límites, inconformándose y aventando piedras mientras continúan nutriendo las relaciones entre diversas.

2. La vitalidad de organizar y dar impulso a la insubordinación

Además de poner el cuerpo en la lucha abierta para defender el territorio, las mujeres también se dedican a imaginar, organizar y gestionar estrategias de autodefensa e impulso de la insubordinación para responder a las amenazas que expropian la riqueza y cercan la vida. Pese a su centralidad para satisfacer las necesidades inmediatas de la lucha y para amplificar la fuerza de la trama, este trabajo emocional, mental y material no suele ser reconocido ni ha quedado documentado. Aun así, “aunque no aparezcan en los libros, aquí están al frente, son las primeras que se paran cuando hay enfrentamientos y no te van a decir que no o que les da miedo, acá van a estar” (Manu, D.C.). En ese sentido, en adelante esbozo algunos de los esfuerzos que las mujeres realizan para, por un lado, organizar y gestionar las luchas y, por otro lado, enlazar y motivar a las colectividades a defenderse.

2.1 Organizar y gestionar las luchas

Las mujeres dan cuerpo a las luchas al realizar múltiples esfuerzos para planificar y organizar estrategias que faciliten la gestión material de éstas. La manera en que ellas han sido socializadas desde la niñez las dota de una serie de habilidades para reconocer las necesidades concretas que existen a su alrededor. Particularmente, en el despliegue organizativo ellas identifican con facilidad qué hace falta y organizan, gestionan y resuelven aquellos problemas cotidianos que surgen; su saber-hacer las dota de fuerza para hilvanar y constituir un núcleo de potencia vital comunitaria que ensancha la autonomía colectiva y permite hacer otros cálculos generales al resistir y mantenerse de pie.

Cuando hay que tomar decisiones, por ejemplo, las mujeres levantan la mano y comparten su palabra, ponen en común su mirada para iluminar aspectos de la realidad que no

son visibles para los varones. Cuestiones como cuidar a las niñeces; planificar y preparar la comida; tener un café caliente por la mañana o por las noches durante las guardias; o decidir cuándo es necesario avanzar con calma o moverse de prisa, pasan inadvertidas si las mujeres no las ponen sobre la mesa. Como vimos en el capítulo anterior, su voz es escuchada porque a través de su saber-hacer han producido autoridad a lo largo de los años.

Las compañeras pelean y hablan y dialogan. Han tomado un papel donde son tomadas en cuenta al llegar a acuerdos porque ellas saben de Juchitán y saben cómo hay que hablar. En 2013 [en los enfrentamientos para frenar la imposición del parque eólico Bii Hioxo], por ejemplo, mis compañeras se metieron y buscaron la manera de dialogar con las personas contrarias. Otras que se dedicaban a la elaboración de comida, ofrecían sus alimentos que traían desde casa, servían ahí en la lucha. Otras hacían guardias, daban opiniones en las reuniones o para algún acuerdo. Opinábamos y se nos tomaba en cuenta porque nosotras sabemos de la vida aquí, conocemos qué conviene y cómo llegar a otros pueblos, a otra gente. Algunas veces los compañeros ya se querían pelear, separarse, pero nosotras decíamos que no, hacíamos hablar para solucionar las diferencias porque eso era lo que querían, que nos rompiéramos, pero no, teníamos que seguir unidos. Y entonces otras no se imaginaban que fueran tan aventadas y se metieran donde se estaban peleando, agarraron piedras, palos y pelearon. Ellas fueron y defendieron, pelearon con los que nos venían a lastimar, porque venían a desalojar. Ahí estuvimos. Y sí temíamos, pero no lo demostramos. Ahí estábamos, firmes y entronas (Reina, Entrevista, 2022).

Reina insiste en que las mujeres *saben de la vida* en Juchitán y enfatiza cómo gestionaban el conflicto para procurar o resguardar la relación entre diversas personas y comunidades. Nutrir y sostener la trama vincular es uno de los esfuerzos y aportes centrales de las mujeres a las luchas,

sin ese trabajo el enlace colectivo se deshila y se desgarran porque, además, suele ser atacado por el Estado y por el capital transnacional que, en forma de fuerzas militarizadas y paramilitares o de empresas extractivas y expropiadoras, despliega el ensamblaje violento y busca ceñir la vida a condiciones de precariedad hostil.

Ante estas ofensivas, la práctica de la relación entre mujeres “que en su permanencia construye orden simbólico (...) y subvierte la mediación patriarcal” (Gutiérrez, Sosa y Reyes, 2018, p. 58) ha sido la base fundamental para tejer la trama vincular con una firmeza sensible, pero también para defenderla y afirmarla cada día. Particularmente, como vimos en el capítulo 1, a través del trabajo en el mercado, en el comercio o en las fiestas, ellas han generado finos y sutiles saberes, prácticas y habilidades que les permiten organizarse y gestionar la vida entre diversas para producir decisión, solucionar problemas inmediatos, satisfacer necesidades y negociar cuando es necesario.

Aquí las mujeres son las que nos sacan de apuros. Por ejemplo, [En Radio Totopo] una vez teníamos una reunión porque debíamos la renta y ya venía lo de la luz y todo... en eso una compañera que se llama Coral y otra compañera dijeron “ahorita regreso” y se fueron. Coral elabora vestidos con toques istmeños. Y de repente andaban con un grupo de niños cargando un vestido, ofreciéndole boletos a los vecinos porque lo iban a rifar. Armaron una rifa relámpago, vendieron y sacaron para la renta, hicieron una rifa relámpago mientras nosotros apenas estábamos viendo qué onda. Otras mujeres vendían comida o donaban los huipiles que hacían, para vender o rifar y sacar para los gastos (Beedxe, Entrevista, 2022).

Ante las emergencias las mujeres no se quedan pasmadas esperando, buscan alternativas para generar soluciones. Si hay que generar ingresos monetarios salen a buscar pescado, pollo,

maíz o queso para hornear o freír pescado, hacer empanadas, hornear tortilla o mezclar el queso con chile. Luego venden el producto que transformaron, van de casa en casa o asisten al mercado, mandan un mensaje a través de las bocinas, en grupos de Whats App o Facebook. Venden todo lo que pueden y obtienen el dinero que necesitan. Incluso si la suma es grande, organizan una rifa rápida de algún producto, elaboran la lista de números y los ofrecen con personas cercanas. De un momento a otro encuentran caminos posibles para salir de la emergencia.

Imaginar alternativas, planificar y gestionar la vida en lo cotidiano es la raíz que luego permite generar estrategias de sostén organizativo más amplio, así como desplegar y sostener disputas con quienes buscan despojar el bienestar y las riquezas comunitarias. Sin embargo, pese a tal potencia insurgente, en múltiples ocasiones la fuerza de las mujeres es negada, invisibilizada o suplantada por la estructuración patriarcal dentro los movimientos colectivos, populares o comunitarios, que generalizan en sí el particular hacer femenino.

Las mujeres tienen ese sistema organizativo en sus cabezas, ese sexto sentido de que pueden orientar varias cosas a la vez. Y a veces los varones no reconocemos ni asumimos esa potencialidad, aunque la ocupamos, hacemos uso de ella para planear...pero muchas veces los hombres dicen ¿cómo me va a venir a mandar una mujer? Y las excluimos (Félix, Entrevista, 2022).

Las palabras de Félix reflejan cómo el hacer concreto, activo y sentipensante de las mujeres llega a irrigar el corazón insurgente. En múltiples luchas libradas en diversas geografías, ellas han sido el sostén del despliegue de la potencia, pero su papel ha quedado borrado u oculto porque no existe un lugar simbólico que muestre su vitalidad. En tanto se mantiene la “inclusión diferenciada” (Tzul, 2016) y se niega su hacer, la ausencia de forma simbólica las descoloca y las

reubica en un lugar aparentemente más susceptible y poco visto. Por eso, la dimensión vincular que ellas traman cada día no es percibida como fundamental o necesaria para la insurrección, a pesar de que es lo que la sostiene. Ellas ponen el cuerpo, imaginan, analizan, hablan y hacen, pero su esfuerzo no queda simbolizado, es como el aire que todas las personas respiran sin que puedan observarlo.

El hombre político siempre habla del yo, pero nunca hablan de quién está al lado de ellos. La mujer está ahí, le dice lo que tiene que hacer políticamente, la mujer dice lo que tienen que hacer y él va y lo hace, él nada más pone la cara. Entonces todos se centran en los políticos... en ellos nada más, como que no se ve el papel de la mujer alrededor de ellos, porque es alrededor, no es atrás, es alrededor de él (Bea, Entrevista, 2022).

De hecho, en muchas comunidades de Oaxaca en las que las mujeres no asisten a las asambleas puede percibirse cómo los varones se apropian –al menos parcialmente– de los saberes, las propuestas y las ideas femeninas. Primero, en estos espacios ellos conversan y debaten sobre un tema en específico. Luego, a la hora de la comida o durante los recesos que hacen, regresan a casa y mientras se alimentan conversan con su pareja, su madre o sus hijas sobre lo que se está tratando en la asamblea. Ellas prestan atención y organizan las ideas que escucharon, hacen una réplica a partir de su análisis particular, dan argumentos y sugieren caminos de acción que se pueden seguir en la búsqueda de la mejor alternativa ante determinado problema. Así, hacen un espejeo dialógico, cuestionan, critican, niegan o asienten.

Entonces, una vez terminados los alimentos y el receso, el varón que representa a la unidad de reproducción vuelve a la asamblea con las ideas construidas al conversar con las mujeres de su familia y las vierte en el colectivo. Los demás varones que participan en el proceso escuchan los argumentos y los nutren con la misma lógica de compartencia previa. Poco a poco

se construyen decisiones y se generan planes de acción. Así, los acuerdos producidos contienen la mirada femenina sin la cual no sería posible analizar los problemas con claridad y amplitud, sin embargo, parece que quienes decidieron sólo fueron ellos. Los saberes y las riquezas epistémicas femeninas quedan sin simbolizarse formalmente, se transfieren de una a otro y el varón que verbaliza las ideas parece ser el creador y portador. Sin embargo, todas –o la mayoría– saben que esto no es así. Reconocer el bagaje epistémico que las mujeres han legado de una a otra generación y que nutren continuamente es urgente porque permite objetivar su riqueza y, por lo tanto, defenderla. Esta dinámica implica un ejercicio de autoafirmación de sí y de las otras, es una forma de tejer y generar comprensiones en torno al conjunto de hilos que producen la potencia vital que bombea las luchas.

2.2 Impulsar el hacer colectivo

No sólo el trabajo de planificación, organización y gestión de las luchas ha sido negado, también la labor de dar sentido e impulsar suele ser minimizada. Existe un esfuerzo específico que se realiza para mantener el ánimo y no perder de vista los objetivos del hacer colectivo, es decir, para imaginar y recentrar el “qué queremos que pase”, como propone Raquel Gutiérrez. Este afán de impulso y motivación se sostiene en gran medida en los conocimientos, la sensibilidad, la energía y los planteamientos femeninos que continuamente recuerdan por qué y para qué se está luchando.

En Juchitán, las luchas son fortalecidas y reavivadas particularmente a través de la voz y el ánimo de las mujeres. Como desarrollé en el capítulo 1 y 3, en la cotidianidad ellas suelen hablar alto y carcajearse, se hacen escuchar en medio del ruido y el caos que las rodea. Se trata de una práctica que desarrollan desde la niñez para hacerse visibles a través de la palabra hablada. Desde pequeñas se expresan con claridad al ofrecer un producto, incluso gritan para comunicar

qué llevan. En las fiestas hablan unas con otras, se ríen y habitan el espacio de tal forma que su voz es escuchada. Poco a poco ellas se dan cuenta que sus palabras importan, lo saben y lo reafirman continuamente.

El disputar la palabra y hacerse escuchar de las mujeres resulta central para nutrir y sostener las luchas abiertas. En varias ocasiones, mientras conversaba con compañeras y compañeros en torno a las luchas de la COCEI de los años 70s, o sobre los enfrentamientos contra las empresas eólicas o contra la policía estatal y federal, observamos vídeos sobre lo que sucedía en esos momentos. Algo que resaltaba y llamaba la atención era el cúmulo de energía que las juchitecas emanaban al hablar. Los hombres tomaban palos, piedras o lo que tuvieran cerca para defenderse, también las mujeres lo hacían, pero ellas eran quienes más hablaban. Se expresaban, reclamaban y se negaban al ataque o a las imposiciones. Por ejemplo, en el enfrentamiento de 2013 en Gui'xhi'Ro' del que hablé en el apartado anterior, “las mujeres eran las que más gritaban, las que más decían, las que más hablaban en zapoteco y estaban enojadas, reclamando que la policía o la marina estuviera tratando de entrar (...). Muchas veces son las mujeres las que van al frente, dan el impulso y la fuerza para que salgas” (Christian, Entrevista, 2022).

En diversas geografías las mujeres atizan la energía vital que aviva la fuerza común y da sentido para no detenerse, para intentar una vez más, para desarrollar creativas estrategias de autodefensa y trazar novedosos caminos que faciliten el sostén organizativo. Por ejemplo, en 2013 la comunidad de Magdalena Teitipac –ubicada en Tlacolula, en los Valles Centrales de Oaxaca– desplegó una intensa lucha para expulsar de su territorio a la minera Plata Real, concesionaria de Sunshine Silver Mining de los Estados Unidos. En julio de ese año la asamblea general decidió expulsar a la minera y el papel de las mujeres en esta lucha fue central. “Le

cerramos el camino a la empresa minera, hicimos un hoyo muy grande para que ya no pudieran pasar los carros de los trabajadores de la mina, ahí estuvimos durante dos días” (Lorena. En Saydel, 2 de marzo de 2018). Las mujeres gestaron la organización, se articularon y actuaron para establecer un límite al despojo.

También en el enfrentamiento en la Séptima sección de Juchitán, contra la imposición del parque eólico Bii Hioxo, las mujeres fueron las impulsoras centrales.

En el movimiento anti eólico de la Séptima las señoras estaban en la barricada, siempre gritando, siempre en la discusión, siempre impulsando. Eran las que decían “¡pues vayan!”, eran las que mandaban porque comprendían lo que pasaba, prácticamente estaban dando el permiso de que fuéramos a hacer. Decían “es que si no se hace nada no nos van a respetar, tenemos que mostrar que somos muchos” (...). En ese tiempo estábamos en alerta constante porque pensábamos “puede ser que venga un comando, que agudicen su forma de reprimir, o que vengan y rafagueen, o que vengan y echen unas bombas de gas”. La gente lo pensaba y lo discutía, por eso cualquier camioneta o cosa extraña era de alarma. Un día de repente alguien mandó la noticia de que venía un comando armado de policías a desalojar. Y todos en chinga pensando qué íbamos a hacer, las señoras dijeron “pues vamos a tapar, vamos a poner esto aquí y aquí”. Me pareció impresionante ver a dos señoras ya viejitas rompiendo piedras para que se hicieran más chicas y tuviéramos qué aventar. Ellas decían que para que tuviéramos más con qué defendernos. Esa imagen la tengo grabadísima, nunca la voy a olvidar porque me da una razón de por qué estar. Sé que si el día de mañana hubiera algo fuerte ahí estaré, recordando esa imagen de esas piedras rompiéndose contra el pavimento, porque ellas no dijeron “vámonos, corran”. No. Ellas dijeron “¡vamos pues! Pero si vamos a ir

hay que llevar algo, hay que llevarnos estas piedras que es lo que tenemos”. Y ahí estaban rompiendo, moviendo... y eran las mismas señoras que estaban en la cocina, que a cualquier hora que llegaras te ofrecían un vasito de agua, había agua de limón o agua pura, había un taquito. Eran las señoras que estaban organizando todo. Si los movimientos estaban presentes y consolidados era porque ellas estaban preocupadas por eso, gestionando esa labor de motivar. Creo que moralmente necesitas impulso y no decaes por ellas, sus palabras te obligan a que te pongas las pilas. Muchas veces cuando ya no sabíamos cómo seguir ellas decían “pues hacemos esto y esto y no hay problema”, ellas daban soluciones y también se encargaban de organizar (Christian, Entrevista).

En la narración anterior pueden observarse tres principales elementos que hasta ahora son notables en el despliegue de las luchas: 1) las mujeres irrigan el ánimo e impulsan constantemente el hacer colectivo; 2) al gestionar diversas acciones defensivas, facilitan las condiciones necesarias para sostener la insurrección; y 3) a través de su trabajo en las cocinas sostienen lo más básico de las luchas —este punto lo trataré en un apartado posterior—. Impulsar y nutrir el ánimo, la rabia, la indignación y la esperanza en las luchas es una labor profunda que se teje a partir de la trama vincular.

Por otro lado, para las juchitecas otra forma de impulsar y no perder el sentido de la lucha ha sido estar presentes y habilitar su palabra en los debates o las negociaciones con empleados o directivos de las empresas extractivas, o con funcionarios públicos que buscan mediar los conflictos. Su papel ha sido central en la historia de Juchitán porque, debido a la fuerza en su voz y su hacer, en diferentes momentos ellas han sido capaces de poner sobre la mesa cómo quieren vivir y qué es lo que no quieren, estableciendo límites concretos a las ofensivas continuas.

La voz de las tecas impone. Aunque esté hablando con un hombre, la voz de ella intimida mucho. Todo el tiempo hablando fuerte o gritando, y sus carcajadas... por supuesto, al estar frente a alguien impone, incluso viendo cómo se van a organizar o qué hay que hacer. En los conflictos podían ser cincuenta o cien personas con las que había que discutir, pero si tenías un grupo de diez señoras era como si tuvieras a mil. Porque ellas hablan, se posicionan y no se callan, están ahí y alzan la voz. Pueden discutir fuertemente. Es impresionante ver esa fuerza que tienen al hablar y al estar frente a alguna problemática. Su palabra es muy pesada, muy pesada con relación a lo que dicen, pero también muy pesada en cómo mueven. Más cuando hablan en zapoteco, porque el zapoteco es su lengua, es como van a discutir, con ese tono particular que tienen al expresarse en su raíz (Christian, Entrevista, 2022).

Con tal fuerza de la palabra, las juchitecas se han posicionado en contra de diversos megaproyectos y violencias que afectan su territorio. Así conforman un núcleo vital que establece una barrera clara entre lo que quieren para la vida colectiva y aquello que es inaceptable. Según Federici, las mujeres son quienes más impulsan la lucha por la defensa de la tierra y el territorio porque, al ser las principales sostenedoras de los trabajos reproductivos, dependen en mayor medida del acceso a los recursos comunes (2013; 2020). Además, son “las más afectadas por la desposesión y la degradación medioambiental y sufren directamente en su vida cotidiana los efectos de las políticas públicas” (Federici, 2020, p. 203).

Las mujeres estaban en las discusiones y decían “no, no podemos aceptar, no podemos negociar. Aquí vamos a estar y no podemos permitir que entren, porque si lo permitimos nos van a quitar todo ¿y mañana qué vamos a hacer? ¿mañana qué vamos a comer?” Hay que pensar que sí, así como están las cosas, podemos vivir bien, yo puedo enseñarles a

mis hijos a sobrevivir más adelante. Pero si viene algo que va a generar un estado de incertidumbre como es un proyecto transnacional pues ¿qué garantía le puedo dejar a mis hijos? Si lo poquito que tengo es mi casa, si lo poquito que tengo es mi terreno o lo que vendo... ¿qué les dejo a mis hijos? Por eso creo que hay que ser claras y ser contundentes en el no. Porque, así sinceramente, quienes más han negociado y más han flaqueado han sido los hombres, son los que han dicho “sí, vamos a negociar y vamos a hacer esto” pero nosotras hemos dicho ¡no! ¡es que cómo! ¡cómo vamos a permitir que se metan, que hagan esto y lo otro, cómo vamos a permitir que se queden aquí! (Bacaanda, Entrevista, 2023).

Las mujeres semillan la lucha. Ellas abonan, afirman y expanden la potencia vital insurgente. Combaten, enfrentan y defienden. “La tierra aquí es nuestra vida. Por eso actuamos en defensa propia, no nada más porque sí. Peleamos en contra de los que vinieron a desalojar” expresa Reina (Entrevista, 2022). Como hemos revisado, pese a la centralidad de sus acciones al impugnar el despojo y la expropiación, ellas y la trama vincular que producen continuamente han ocupado una posición subordinada al actuar de los varones, que ocultan, minimizan o niegan tal potencia. Existe una clara jerarquización en el hacer de la lucha, es decir, hay labores o esfuerzos que suelen ser reconocidos o valorados socialmente porque son más visibles: el atacar, golpear, apuntar o enfrentar.

En ese sentido, cabe destacar que de manera similar a lo que sucede con “la triada vital” (Juárez, 2022) el hacer femenino al sostener las luchas pasa desapercibido porque aparentemente no se materializa ni es simbolizado. La triada vital está conformada por el trabajo doméstico, el trabajo de cuidados y el trabajo de contención emocional; todas las personas necesitan de ella para existir porque ésta garantiza el bienestar físico y subjetivo, es decir, genera las condiciones

necesarias para revitalizar a las personas, reavivar sus ánimos y reproducir su fuerza de trabajo (Juárez, 2022). Por tal alcance, la jornada laboral de ésta triada no tiene límites formales, ni temporales ni espaciales. Particularmente, autoras como Cristina Carrasco (2001), Marcela Lagarde (2005) y Teresa Torns (2008) han realizado estudios en torno al trabajo doméstico y señalan que es una actividad que se realiza dentro y fuera del hogar los 365 días del año, durante todo el ciclo de vida, aunque la carga laboral varía en función de la etapa del ciclo de vida y la clase social en que se encuentre quien lo ejecuta. Por eso se trata de una de las labores más productivas de la sociedad (Dalla, 1972; Federici, 2013) y, aun así, hasta hace algunos años solía ser negada como trabajo.

Entonces, utilizando el mismo mecanismo de ceguera patriarcal, en el despliegue de las luchas las labores de organizar, gestionar, motivar, procurar, dar impulso y avivar las fuerzas, pasan desapercibidas. Por ello mostrar, nombrar y organizar argumentos en torno a la potencia expansiva de la trama vincular es una apuesta política por ampliar el horizonte de sentido y dar cuerpo al alcance y la fuerza de cada una de nuestras disputas cotidianas.

3. El trabajo en las cocinas como primera línea de defensa y sostén

Como mujeres estrategas, ellas no piensan solamente en la seguridad, piensan en todo, en cómo mantener ese movimiento. Y ahí entra la alimentación. Cuando estábamos en la barricada se organizaron un grupo de mujeres y fueron al mercadito a solicitar víveres, fueron al mercado porque ellas veían esa necesidad. Nosotros, por ejemplo, no, no lo veíamos, pero ya en el momento en que teníamos hambre volteamos y ellas ya habían preparado, previamente ya habían planeado y ya tenían la comida. Bueno, entonces en la cocina siempre estaban las mujeres, aunque también algunos hombres intervenían para ayudar, traían pescado, ofrecían queso (...). Creo que, dentro de ese sistema de planeación

de una defensa, de un movimiento, entra la alimentación y ahí también las mujeres nos salvan. A veces ellas exigen el proveer todo lo necesario, por ejemplo, exigen que haya municiones de leña, que estén las cosas que se van a utilizar. Y lo hacen sin despegar su oído de lo que se está platicando. No sé qué tipo de habilidades tengan las mujeres, creo que por eso la religión las tachó como gente del diablo, porque siempre así, siempre la vienen tachando de que son las culpables de dar la manzana a Adán y son las culpables de hacer perder al hombre en algunas cosas. Pero, definitivamente, la mujer es una pieza importante en esta lucha, en el movimiento del Istmo (Beedxe, Entrevista, 2022).

A través de su trabajo en la cocina las mujeres se encargan de sostener el “ciclo del trabajo alimenticio” (Juárez, 2020) que permite satisfacer las necesidades corporales y anímicas para que las personas estén de pie. Ellas afianzan las luchas en su sentido más básico porque antes de poder gritar, arrojar una piedra o discutir, cualquiera precisa comer. “¿Cómo se da una movilización? sin comida no se puede, sin un cafecito en la noche ¿cómo vas a ir a hacer guardia? sin eso no se puede. Y siempre las compañeras han sido las que están en ese espacio, siempre dispuestas, hasta ahora también” (na Betina, Entrevista, 2022).

En las cocinas las juchitecas se encargan de moler, cocer totopos, hornear pescado o pollo, pero también motivan el diálogo para movilizar la emocionalidad y generar calma. De hecho, la importancia que las cocinas tienen a nivel comunitario pudo observarse con gran nitidez en 2017 cuando –ante el derrumbe de las casas y los espacios comunes como consecuencia del terremoto de septiembre y sus múltiples réplicas– las mujeres se organizaron para establecer cocinas comunitarias y satisfacer el hambre de las personas. Debido a la escasez de agua e insumos, la única forma para salir adelante era preparar comida en grandes cantidades utilizando los recursos con los que contaban colectivamente. “Entonces nos dimos cuenta de

que si las mujeres se reactivan se reactiva todo, imagínate, la reproducción de la vida y la mano de obra está en la cocina, está a cargo de la mujer, más en una cocina de estas en las que todo lo que viene se transforma y se les da un valor agregado” (na Betina, Entrevista, 2022). Establecer cocinas comunitarias significó garantizar la alimentación de las personas que, una vez que recargaban su energía física y emocional, podían encargarse de las labores de escombros, limpieza y reconstrucción.

Cuando vino el terremoto se vio claramente que quienes estaban en la cocina eran las mujeres. ¿Quiénes daban de comer a todos? Las mujeres. Ellas se organizaban en grupos y lo hacían todo, ahí se vio muy marcado el *guendalizaa*, la ayuda mutua. Y no sólo en el terremoto, en todas las batallas anteriores, con Che Meléndre, en las revoluciones... ningún hombre ha cocinado para un batallón, no. Y además no sólo estaban las mujeres cocinando, también desde ahí ordenaban, salían a gritar y en sus enaguas cargaban piedras para que los hombres aventaran (Naxiñá, Entrevista, 2022).

Como puede observarse, en los momentos de mayor vulnerabilidad o en los álgidos momentos de lucha, el hacer organizado y sostenido de las mujeres en las cocinas toma un lugar central. Éstas se vuelven un espacio de sostén insurgente vital. Alrededor de los fogones ellas despliegan el cúmulo de saberes y prácticas que han desarrollado y afinado durante años para reforzar la trama vincular, producen el cuerpo colectivo que defiende el bienestar comunitario.

En algunos países del sur de América, en diversos momentos de crisis han surgido “ollas comunes” o “cocinas populares” por iniciativa colectiva, con la intención de satisfacer el hambre poniendo en común los recursos monetarios y materiales, así como los esfuerzos y el trabajo de quienes las constituyen (Hardy: 1986; Hiner, 2011). En Chile, por ejemplo, luego del golpe de Estado militar 1973, las mujeres de los barrios colectivizaron sus esfuerzos e impulsaron

comedores populares para cocinar juntas con el objetivo de alimentar a sus familias y a todas aquellas personas que no tenían recursos suficientes. Esto permitió generar cercanía, reforzar los vínculos comunitarios y rechazar el aislamiento al que se veían forzadas a causa del régimen de Pinochet, pero también facilitó la circulación de información para abandonar la pasividad a la que se les buscaba recluir. “La experiencia de los comedores populares fue tan poderosa para romper la cortina de miedo que había descendido sobre el país tras el golpe de Estado, que el gobierno los prohibió y envió a la policía a destruir las ollas comunes y acusó a las mujeres de comunistas” (Fisher, 1993. En Caffentzis y Federici, 2015, p. 59).

También en Argentina se han materializado esfuerzos similares. Luego de la crisis económica del 2001 que hizo colapsar muchas empresas y comercios, las mujeres comenzaron a sacar sus ollas, sartenes y demás utensilios a la calle para organizar intercambios y cooperativas en medio de los piquetes⁶⁹ y las asambleas. Así, a través de las cocinas ellas habilitaron una economía de subsistencia que “redefinió qué es el valor y dónde se produce, identificándolo cada vez más con la capacidad para gestionar colectivamente la reproducción de nuestra vida, cuyos ritmos y necesidades reconfiguran el espacio y el tiempo urbano” (Federici, 2020, p. 214).

Es relevante notar que, además, en medio de la insurrección las mujeres se aseguran de dar prioridad al disfrute. En los múltiples momentos de rebelión –como en 2013 en Gui´xhi´Ro´ o en la Séptima Sección– ellas “se aseguraban de que todo estuviera rico, porque no por estar en la lucha se iba a comer cualquier cosa. Se preocupaban porque la gente comiera algo bien para que tuviera energía. Se encargaban de dar ese impulso por medio de la comida, porque si no hubiera sido por ellas mucha gente no hubiera salido a combatir” (Christian, Entrevista, 2022).

⁶⁹ Los piquetes constituyeron una estrategia organizativa y de protesta social durante la crisis del 2001, se basaban en bloquear las calles para visibilizar la lucha y evidenciar las exigencias comunes hacia las autoridades estatales.

En las cocinas la trama vincular hace latir y reavivar el ánimo, atiza el fogón y revuelve los ingredientes necesarios para mantener la unión y enlazar a las personas con un mismo objetivo.

Las mujeres han estado en el campo de batalla. Muchas veces mencionamos sólo a los varones como líderes, pero las mujeres han estado ahí, incluso sostienen lo básico: la alimentación. Si tú no has comido te mueres de hambre, levantas la bandera blanca y te rindes, pero ellas siempre han impulsado desde ahí. En la lucha ellas aseguran la comida, cuando te sientas a comer es cuando ellas dan ánimos, te regañan, te dicen lo que hay que hacer, te retan, te impulsan (Félix, Entrevista, 2022).

Las cocinas constituyen espacios cálidos de desahogo, disfrute y compartencia. Pero también ahí se cocinan las decisiones y se generan muchas de las estrategias que luego se despliegan en el campo de batalla. Sin embargo, pese a su importancia durante los múltiples momentos de rebelión, el papel de las mujeres en el despliegue y sostén de las luchas a partir de su trabajo en las cocinas también ha pasado desapercibido. Las labores de planeación, gestión y abastecimiento para hacer funcionar estos espacios se han mantenido invisibilizadas debido a la estructuración patriarcal que valora y reconoce sólo el enfrentamiento abierto, las muestras de fuerza viril o la creación de estrategias que atacan otros cuerpos. Pero optimizar los recursos para preparar alimentos con sabrosura para el paladar no es un trabajo menor.

“Cuando estaba el bloqueo yo les preparaba su comida, les hacía su café, su pan...les llevaba yo. A veces preparaba frijol, arroz, a ver...para el desayuno, la comida. Cuando venía gente de otro lado, yo ahí estaba con mis hijas para hacer la comida, dando común” explica *na* Lucila (Entrevista, 2022). Para ella, como para muchas otras, realizar el trabajo en las cocinas significa dar común, implica poner a disposición colectiva la propia fuerza, energía y tiempo para generar bienestar y sostener el ciclo del trabajo alimenticio (Juárez, 2020) fundamental en las

luchas. Para asegurarlo, ellas utilizan los recursos materiales y simbólicos con los que cuentan para organizar, gestionar y preparar todo lo necesario. Buscan las materias primas, prestan las ollas o las cacerolas, incluso se encargan de generar estrategias para regular el trabajo y minimizar la carga.

Por otro lado, cabe destacar que mientras las mujeres preparan la comida para nutrir y reavivar los cuerpos en lucha, no dejan de participar en la defensa amplia. Asisten a los mítines o a las marchas, pelean, gritan y exigen lo que valoran. De hecho, en 2013, cuando se dieron fuertes conflictos contra las empresas eólicas tanto en Álvaro Obregón como en Juchitán, mientras los hombres recorrían las calles para asegurar el bienestar de la población, las mujeres que estaban en las cocinas fungían como guardianas y defensoras de primera línea.

Cuando recuerdo el movimiento de Álvaro Obregón, la barricada de Playa Vicente o el movimiento de la APPJ, puedo decir que nunca te encontrabas un espacio que no tuviera cocina, y quienes estaban en la cocina eran mujeres. Entonces, llegando a Álvaro lo primero con que te encontrabas era con la guardia de mujeres que estaban en la barricada y siempre una de las primeras cosas que te ofrecían era un saludo, pero también la pregunta de “¿ya comiste?”. Aunque no era la hora de comer si tú llegabas te decían “bueno, puedes esperarte a la hora de comida o ahorita si quieres tenemos esto”. Y ya picabas algo, te daban una tortilla con arroz o unos pescaditos, algo que pudieras comer mientras estabas ahí. También estaban al tanto, como eran las primeras que veían todo avisaban cualquier cosa que pasara y nos ponían alerta (Christian, Entrevista, 2022).

Mantenerse en lucha abierta y explícita contra las empresas extractivas y despojadoras, o contra las fuerzas policiales o militares del Estado, implica dejar de realizar muchas de las labores que sostienen la vida cotidiana, sin embargo, las necesidades básicas no pueden esperar. No basta

con velar el sueño. Los múltiples movimientos, espacios y tiempos de resistencia no pueden pensarse sin una cocina que revitalice a quienes luchan. Las fuerzas vitales de las mujeres se tejen colaborativamente para expandir la potencia de la trama vincular que atiza el corazón insurgente.

4. Nombrar a los agresores y organizar la rabia

La trama vincular que las mujeres han tejido a lo largo del tiempo constituye un creativo escudo defensivo ante las múltiples violencias que se desatan sobre sus cuerpos, afectos y territorios. Ellas han gestado un movimiento plástico, dinámico y multiforme que, a partir de dicha trama, posibilita, estimula e impulsa la organización entre diversas para visibilizar, nombrar y hacer frente a los ataques que asechan la vida cotidianamente: las casas, las calles, las escuelas, los espacios laborales, el mundo digital y todos los demás espacios y ámbitos en que se teje la existencia están siendo sacudidos y reinventados. Al poner en común su fuerza para nutrir la trama también semillan la potencia creativa de validación, reconocimiento y autorización de sí. Ellas hilvanan sus sentires y se espejean unas a otras, politizan su experiencia gestionando su indignación o rabia mientras reclaman, exigen y se insubordinan ante la dominación patriarcal.

Así, las violencias que parecen asfixiantes cuando se conciben hechos individuales o aislados, una vez que se colectivizan como algo compartido, desbordan la comprensión que permite enlazar sentidos y significados para crear análisis que abonan a prácticas de cuidado colectivo y autodefensa ante lo que se repite una y otra vez en la vida de muchas. Esta potencia expansiva de la trama vincular resulta fuerza pragmática para establecer límites ante lo inaceptable y para imaginar entonces cómo se quiere vivir.

En ese sentido, cuando se ensayan formas de gestionar y hacer pública la indignación, el miedo o la rabia entre diversas, la organización colectiva desafía algunas lógicas tradicionales. Al

planear y materializar alguna actividad, las mujeres se toman el tiempo necesario para conversar, bosquejar e intencionar un conjunto de deseos en torno a qué quieren para sí mismas y para las otras. De esta manera rompen el pacto de silencio impuesto y tejen redes, resquebrajando la forma acostumbrada del reclamo o el desacuerdo que se soluciona, generalmente, apoyándose sólo en la familia nuclear o extensa.

Una de las prácticas centrales a la que las mujeres le han dado fuerza es nombrar a los agresores, generalmente varones, que de múltiples modos las han dañado. Decir quién, cuándo y cómo éstos las violentaron implica asignar cuerpo y rostro, se trata de una acción defensiva de denuncia pública que devuelve la responsabilidad a quien agrede. A través de este ejercicio se intenta borrar el estigma y despojar la culpa de quien ha sobrevivido a tales violencias, reconstituyendo la confianza en sí y en las demás al respaldarse unas a otras.

Nombrar a los agresores es una estrategia que ha tomado fuerza particular en las escuelas. Por ejemplo, a partir del 2020 las jóvenes se organizaron para realizar “tendederos de acosadores” en algunos de los bachilleratos o universidades de la región. A través de carteles con fotografías que muestran los rostros de los agresores, generalmente acompañadas por textos que narran sus testimonios, las estudiantes han señalado abiertamente a compañeros y profesores que han ejercido acoso u hostigamiento sexual, intimidación, discriminación o violaciones. Visibilizar y denunciar colectivamente las múltiples violencias, exponiendo las caras y los nombres de los agresores, es una de las ingeniosas formas de hacer justicia que habilitan un mecanismo de respaldo y comprensión colectiva mientras ensancha la confianza para decir juntas.

Creo que de lo más poderoso, al menos de este momento, es el escuchar y el creer. Eso se me hace de lo más valioso. El decir “sí te creo lo que está pasando”, ya sea porque lo

viviste o porque alguien más lo vivió, o porque lo entiendes. Creo que eso es bastante esperanzador y antes no lo teníamos. El creer, el acompañar... a veces ni siquiera tienes que decir nada, sólo tienes que tomar la mano de la otra persona, estar ahí haciendo la compañía (Alba, Entrevista, 2022).

Hacer pública la agresión y a quien la ha perpetrado ha generado consecuencias directas para los responsables, generalmente varones, que van desde removerlos de su lugar de trabajo hasta la incomodidad que brota en cada uno de los espacios que habitan. Posicionar nuestra experiencia y voz para denunciar las violencias machistas es una práctica feminista de autodefensa en medio de la hostilidad que la necropolítica (Mbembe, 2011) impulsa cotidianamente. Poner la rabia en común permite conformar un cuerpo colectivo que insiste diciendo “nunca más tendrán la comodidad de nuestro silencio”, tal y como lo han señalado cientos de miles de mujeres en todo el mundo. Por ejemplo, ante el acoso que está presente cada día cuando las mujeres transitan la calle y suelen escuchar frases, chiflidos o gritos, ellas han habilitado un camino a partir de su voz y su acción, desplazándose del lugar del silencio y la quietud absoluta. Responder y defenderse ante las violencias ha sido posible gracias al esfuerzo articulado de una multiplicidad de mujeres que han puesto en común su desacuerdo y se han negado a quedarse calladas.

Por otro lado, esta urdimbre de indignación y furia también ha bombeado la organización que ha permitido acuerpar el grito común a través de múltiples expresiones. Hasta hace un par de décadas, en Juchitán como en otras geografías era inimaginable organizar una marcha de mujeres contra la violencia machista, sin embargo, la práctica de la relación y el despliegue concreto del saber-hacer entre diversas las ha dotado de una ventaja significativa para gestionar todo lo necesario para manifestarse colectivamente.

Así, a partir del 2019 más mujeres comenzaron a asistir a las marchas en torno al 8M o contra los feminicidios en la región. Desde entonces la “señora de las iguanas”⁷⁰ ha cobijado un sin número de cartulinas y mantas que comunican indignación a partir de frases como “Juchitán feminicida” o “vivas y libres nos queremos”. De hecho, en el 2020 cuando algunas jóvenes colocaron un pañuelo verde alrededor del cuello de la señora de las iguanas, ésta se volvió una imagen icónica que simbolizó la autonomía de las mujeres para decidir sobre su cuerpo y la lucha por ensanchar la disposición de sí. A nivel nacional, en la última década cada una de estas acciones ha tomado fuerza y se han puesto sobre la mesa una serie de asuntos que competen a todas. Así se han abierto senderos para la reflexión, el debate y la denuncia, creando comprensiones más amplias respecto a por qué la vida Juchiteca se está transformando mientras la violencia continúa.

Si antes se culpaba a las mujeres ahora ya se empieza a hablar y a ir más allá en la reflexión: no te matan porque seas una mala mujer o porque andas en malos pasos. Ya se empieza a cuestionar el por qué suceden esas cosas y a cuestionar la culpabilidad de la víctima, porque antes decían “seguro fue porque estaba en algo, seguro es porque algo hizo mal”. Pero ahora ya se empieza a mirar qué es lo que hay alrededor de eso (Alba, Entrevista, 2022).

Cuando se desindividualizan y se pluralizan las violencias se les quita el velo que las hace parecer un asunto privado que sólo compete a quien la vive, al contrario, permite comprender el continuum de agresiones a las que las mujeres y las comunidades sobreviven cada día y observar cómo la organización se gesta aún en medio del asedio y los recurrentes ataques: la

⁷⁰ La “señora de las iguanas” es un monumento que se encuentra en Juchitán de Zaragoza y representa uno de los lugares más significativos de la ciudad. Para su construcción se basaron en una fotografía que Graciela Iturbide tomó a Zobeida Díaz, una juchiteca vendedora de iguanas.

potencia expansiva de lucha de la trama vincular nutre formas creativas y enlazadas de autodefensa.

Por ejemplo, ante los feminicidios que actualmente suceden en Juchitán la población aún se consterna, pese a la exposición sostenida a la violencia que produce normalización la sensibilidad sigue latente y motiva acción colectiva. “Salen a marchar más cuando matan a una mujer, a veces sin cuestionar por qué la mataron, simplemente salen a marchar por la indignación. (...). En los últimos años, sobre todo mujeres jóvenes sensibles a los movimientos feministas están saliendo a marchar y a defender” explica Roselia (Entrevista, 2022). Incluso durante la pandemia por COVID-19 las mujeres desplegaron ingeniosos esfuerzos e iniciativas para gestionar manifestaciones que visibilizaran las agresiones.

Las marchas y la organización son impulsadas por jóvenes. La mayoría las encabezan chicas cuya herencia es la palabra, el conocimiento, la dignidad. Esa es la enseñanza, la libertad de decir “pues no vamos a dejar que este maestro abuse de nosotras o nos acose, hay que salir a la calle para que todo el mundo se entere”. O sea, sí está el miedo, pero es un miedo más de exigencia, porque el miedo siempre va a estar, siempre. Pero ya tienen otros entendimientos, por eso la mayoría que encabeza en estos días son de prepa, de carrera, de universidad. Yo lo he visto, no son las señoras de 50, 60 años haciendo eso, no, son las jovencitas (Diana, Entrevista, 2022).

En 2021 la marcha se hizo aunque estábamos en pandemia, había chicas, niñas...porque además son súper jóvenes, de secundaria, de prepa, bien jóvenes. Y ahí estaban el año pasado, vestidas de negro y de morado. Eran un grupo súper chiquito. Y este año fuimos más, morras súper reaccionarias de que “pintemos, llevemos esto, llevemos lo otro” ...

y una se queda impresionada de que haya todo este empuje, tanta energía y todo este empuje (Alba, Entrevista, 2022).

Como en muchas regiones de América Latina, las marchas y diferentes manifestaciones contra la violencia han sido impulsadas, mayormente, por mujeres jóvenes que perciben la hostilidad en su vida pero también tienen el deseo de hacer con otras para proteger su alegría y vivir con libertad y gozo. Sobre esto cabe preguntarnos ¿qué significa ver a mujeres jóvenes tan poderosas? ¿qué implica observarlas tomando la palabra y apropiándose de las calles? ¿qué fuerza simbólica están construyendo desde ese lugar de autoafirmación y lucha?

Las acciones que ellas realizan al tomar las calles son sumamente subversivas. Si la violencia expresiva expande un mensaje de dominación y control (Segato, 2016), el despliegue organizativo de las mujeres también conforma una respuesta de autodefensa y cuidado colectivo. Las consignas que se gritan, las mantas que se pintan y los carteles que se portan durante las marchas expresan un conjunto heterogéneo de deseos, límites y horizontes vitales. “Las calles y las noches son nuestras” o “si tocan a una respondemos todas”, por ejemplo, son palabras que enraízan un cuerpo común desde la rabia y el hartazgo, mientras arrebatan el espacio que les corresponde e ilumina con la energía vital colectiva las ganas de habitar el mundo de otra manera.

Al respecto hay que notar que, para dar forma a las marchas y a diversas acciones colectivas, actualmente las redes sociales son una de las principales herramientas que facilitan y dan impulso a la organización entre diversas.

El 8M lanzaron el cartel en redes sociales. Y de repente empezaron a escribir y se armó el grupo de Facebook. Todo fue por redes sociales, por WhatsApp y Facebook, se hizo un grupo de WhatsApp y ahí todas “no, que yo llevo esto y que la manta y que yo llevo

la pintura y...”. Se utilizaron esas herramientas que antes ni existían. Y luego se hizo la invitación por la radio y así se fue difundiendo (Alba, Entrevista, 2022).

Aquí las marchas se avisan por Facebook, ahí invitan, por que anteriormente no. Mis hijas participan, yo las educo así, en apoyarse entre mujeres. A la última marcha que hubo, fuimos, les compre su blusa morada (...). Una amiga me dijo “no sé por qué andan haciendo escándalo si no solucionan nada”. Le digo, “pues imagínate que mataran a tu hija, que violaran a tus hijas, por lo menos vas a hacer ruido, porque si no, no te toman en cuenta y bueno, si no te gusta, no critiques”. Y esa vez hicimos pancartas con mis hijas. Yo las motivo. Me gusta apoyar con mis hijas (na Fabi, Entrevista, 2022).

Asistir a una manifestación puede ser una experiencia novedosa, sobre todo para las mujeres mayores que intentan comprender la perspectiva y el hacer de las jóvenes que gritan, rompen y pintan. En ocasiones, las nietas o las hijas conversan con las madres o las abuelas y comparten su mirada, se hacen escuchar, realizan preguntas sobre su propia vida y así producen intercambios fértiles a partir de las comprensiones particulares. Todo esto forma parte de la inmensa creatividad e ingenio que las mujeres han producido a lo largo de los años para enlazarse unas a otras, nutriéndose de las experiencias y análisis que compañeras de distintas geografías han legado, sobre todo actualmente que a través de las redes sociales se comparten con mayor facilidad. El aprendizaje compartido genera sinuosos caminos para hacer juntas poniendo en el centro el vínculo, de hecho, al conversar con amigas juchitecas insistían en que la tarea vital en estos momentos es proteger la calma y el gozo, producir espacios de contento para nutrir la alegría de vivir, aquella que pese a todo no nos ha sido despojada y es atizada al compartir palabras, alimentos y bailes en medio de la lucha.

Conclusiones

En este capítulo analicé el papel de las mujeres en diversas luchas por el territorio y contra todas las violencias machistas. Mostré las estrategias colectivas y las experiencias en torno a: nutrir y sostener las luchas abiertas contra los megaproyectos que expropián y despojan; planificar, organizar, gestionar e impulsar la insubordinación cotidianamente; las cocinas como primera línea de defensa física y organizativa; y la potencia de nombrar y visibilizar las violencias a las que se enfrentan cada día, tejiendo la rabia colectiva para crear fértiles caminos de enlace y autodefensa. Para ellas, autodefensa es señalar a los deudores alimentarios y a los agresores. Es hacer público el daño causado en lo íntimo, en el ámbito de lo familiar o la pareja. Es organizarse para que los rostros de los responsables sean visibles. La autodefensa es, entonces, pensar en nosotras y hacer lo posible por seguir vivas.

Analizar las violencias en yuxtaposición permite ver que éstas, en su conjunto, conforman un ataque contra la vida toda que no es casual ni inesperado, más bien, se trata de la hostilidad y el dominio sistémico que busca mantener las desigualdades, agudizar el control y la expropiación de las riquezas y la energía vital, para garantizar y afianzar la lógica de acumulación. En ese sentido, “son las luchas feministas las que están reconstruyendo en este momento histórico los vínculos dañados por estos múltiples ataques reformulando con ello las bases para un nuevo pacto por la vida” (Gil, 2023, p. 15).

Como se pudo notar, la larga historia de insurgencia juchiteca siempre ha estado respaldada por el quehacer femenino. Dar cuenta de los saberes y las prácticas que las mujeres han desplegado para buscar el bienestar colectivo al disputar las condiciones en que se reproduce la vida implica reconocer cómo ha sido transmitida la experiencia de generación en generación, es decir, hilvanar la historia oral que enriquece el legado del que ellas se saben parte, como

sostiene Noel Sosa, “no somos huérfanas ni estamos desheredadas” (2021). La fuerza de las madres, las abuelas, las tías o las amigas cobija el andar cotidiano e ilumina las batallas colectivas actuales. Los límites, las renunciaciones y las alegrías que impulsaron abonaron ahora la posibilidad de poner en el centro la propia vida.

El conjunto de riquezas que las mujeres han nutrido a lo largo del tiempo ensancha la autoafirmación de la potencia de la trama vincular. Cuando saben que saben, saben que pueden y saben que tienen, las posibilidades vitales e insurgentes son otras. “Tenemos la capacidad de defendernos, solamente que nos han dicho que somos bien hechecitas, delicadas, pues endurecete en esa parte sin perder la ternura de tu corazón, la sensibilidad, en eso está el compromiso y la tarea de cada día” expresa Bacaanda (Entrevista, 2023). En ese sentido, este capítulo fue, antes que todo, un esfuerzo por simbolizar la materialidad y la fuerza expansiva que la trama vincular abona a las luchas. A través de su vitalidad dinámica, motiva un poder enlazado que orienta la rebelión más allá de horizontes imaginados, impulsando y desbordando creativamente la lógica patriarcal y capitalista.

Defender la existencia colectiva ha sido una tarea cotidiana para las mujeres, que reproducen la vida a partir de múltiples trabajos y al mismo tiempo abonaron a la insurrección mientras se esfuerzan por resquebrajar la estructuración patriarcal comunitaria que invisibiliza e incluso niega su papel en el despliegue de estrategias insurgentes. Ellas tejen la resistencia a partir del reconocimiento de su propia fuerza y del desborde de energía creativa que incentiva la lucha a partir del cuidado, la procuración del otro(a) y la escucha entre diversas que les permite autorizarse a sí mismas para producir decisión sobre la vida común.

CONCLUSIONES FINALES

A lo largo de esta tesis desarrollé un conjunto de argumentos que acuerpan y dotan de sentido la noción de trama vincular, como un esfuerzo por simbolizar y objetivar la fuerza, la energía creativa, los saberes y las prácticas que las mujeres han desplegado continuamente para sostener la vida colectiva y nutrir las luchas, no sólo en Juchitán sino en múltiples geografías y entramados comunitarios. Tal esfuerzo por significar el específico y creativo aporte que ellas tienen dentro de los entramados comunitarios permite dejar de lado la mirada que las coloca simplemente como un subconjunto dentro de éste. En variadas ocasiones, lo colectivo como generalidad absorbe los trabajos, los motivos y las interacciones que ellas realizan para nutrir la vida y las luchas, hasta el punto en que éstos pasan desapercibidos, parecen confusos e incorpóreos. De hecho, pese a su vitalidad, en muchas ocasiones la trama vincular queda oscurecida e incluso llega a ser negada por la existencia de estructuras comunitarias que dificultan su reconocimiento porque tienden a valorizar el papel de los varones en la vida cotidiana y, sobre todo, en las luchas abiertas que se despliegan para defender la existencia colectiva, como si el hacer de las mujeres no tuviera singularidad propia.

Por eso, nutrir una perspectiva contrahegemónica que parta de nombrar, enraizar y simbolizar las múltiples contribuciones de las mujeres al producir la trama vincular, permite dar cuenta de la potencia expansiva de lucha que emana de ésta y bombea el corazón de la vida y la insurgencia. Mi intención ha sido contribuir a producir un horizonte analítico que abra vetas de reconocimiento y politización para verbalizar y significar otras formas de gestionar la reproducción de la vida y la interdependencia, generando un desplazamiento que nos mueva del horror de la violencia a rastrear e imaginar potencias transformadoras hacia vidas más vivibles.

Para lograrlo, partí de un entendido que ha resultado central: en Juchitán no existe matriarcado, pero sí mujeres sumamente fuertes. Ellas se organizan, se enlazan y luchan para defender la vida y producir lo común, pero también para procurar el gozo y el contenido vital. A través de la trama vincular se nutren y se sostienen las capacidades insurgentes. En medio de los ataques que buscan dañar y minar las fortalezas comunitarias, cuidar, revitalizar, reparar y profundizar los vínculos es una labor necesaria para nutrir la lucha y disputar los términos de la existencia colectiva.

La trama vincular que las mujeres producen constituye un refugio y un núcleo cálido que irradia la insurrección; se trata de un tejido colorido y dinámico cuya fertilidad y potencia garantiza la existencia común mientras genera formas muy otras de crear, habitar y practicar amplias conexiones vinculares sensibles, creativas y situadas que dotan de fuerza, confianza y contenido a la comunidad. Somos a partir del vínculo, seres interdependientes que se tejen en la urdimbre vital para procurar calma y gozo en medio del ensamblaje de violencias que, como hemos visto, las estructuras de dominación vuelcan para priorizar el proceso de acumulación mientras imponen formas de relación ajenas, impersonales e individualistas.

En ese sentido, otra de las ideas centrales que irriga el concepto de trama vincular fue que las mujeres difícilmente estamos plenamente desposeídas, como tantas veces los sistemas dominantes nos han querido hecho creer. Al contrario, nuestra energía vital es fuente de fuerza común, abona la lucha y produce el gozo que atiza la existencia. Ante la violencia que permea la vida cotidiana, las mujeres no somos víctimas receptoras y pasivas, sino sujetas políticas capaces de decidir sobre la vida común. De esta forma, la trama vincular da cuenta de la específica politicidad que germina de la materialidad de los vínculos situados y concretos, que son capaces de desordenar y sortear las estructuras de dominación al producir un cuerpo común de lucha

que emana de la fuerza, la energía, el trabajo, la sabiduría y los afectos de las mujeres. Ésta se enlaza en una temporalidad extendida que se nutre de la transmisión intergeneracional de los saberes y las riquezas concretas, se produce en lo cotidiano y se expande hacia múltiples caminos posibles.

Entonces, nos preguntarnos ¿qué nos enseñan las experiencias de las mujeres juchitecas? ¿a qué certezas abonan sus palabras y miradas? ¿cómo su fuerza es un espejo de todas? Con la intención de sentipensar y construir el análisis a partir de las experiencias, los testimonios y las reflexiones enlazadas de las mujeres cuya palabra abona a esta investigación, la tesis estuvo organizada en cuatro capítulos que se tejen en torno a la tensión constante entre la potencia vital de la trama vincular y la manera en que ésta se tensa con los formatos desorganizadores que en su modo militar el Estado y el capital imponen. Así fue posible dar cuenta del alcance político que su saber-hacer enlazado genera, pero también, de cómo a través de éste se ha afianzado la fortaleza territorial, no es casual que Juchitán se haya constituido como un cuerpo sumamente resistente a lo largo de los años.

El capítulo 1 desarrolla algunas claves para comprender la trama vincular y muestra cómo las mujeres, con sus múltiples e incesantes trabajos, la producen, la ensanchan y la mantienen. Ellas, a través de labores concretas y de su disposición física, mental y emocional, gestionan —al menos parcialmente— y sostienen tres pilares de la vida comunitaria: el mercado, el comercio y la fiesta. Esta triada constituye la fuerza colectiva que da soporte a Juchitán. En cada uno de estos espacios y tiempos se tejen encuentros, se activan intercambios y se fortalece el disfrute vital. A partir del compartir y de habilitar prácticas de relación se nutre la trama vincular. Las acciones concretas que ellas realizan cada día al poner en común su energía, conocimientos, tiempo y esfuerzos para materializar y nutrir la trama en medio del asedio continuo, generan el

bien común y enraízan la existencia colectiva, pero también producen el gozo que atiza el contenido vital necesario para sostenerse día con día.

Por su parte, el capítulo 2 pone en el centro las ofensivas que se han desplegado continuamente contra la trama vincular en el territorio istmeño. El despojo, la explotación y la dominación es perpetrada y garantizada por el Estado militarizado y los actores paramilitares que, para garantizar beneficios a las empresas y diversos actores del capital global, impulsan megaproyectos extractivos mortales como el corredor eólico o el CIIT, así como políticas públicas que arrebatan y expropian el tiempo y la energía de las mujeres a cambio de acceder a un paupérrimo “beneficio”. Además, refleja cómo la precarización de la vida y los asesinatos cotidianos, afianzados por el ensamblaje armado, buscan minar la fuerza vital y las capacidades organizativas con el objetivo de debilitar la trama que ha hecho de Juchitán un territorio profundamente fuerte.

El capítulo deja ver que existe una clara contradicción: “el capitalismo ataca la vida que lo hace posible” (Gil, 2023). Y lo hace desplegando y ensamblando tres ataques principales. Primero, contra las condiciones básicas de reproducción; segundo, contra las formas de vida que preservan modelos de organización que desbordan, compiten y resisten ante la lógica de acumulación; y tercero, contra las mujeres, que históricamente se han encargado de los trabajos de cuidados y de reproducir la especie (Gil, 2023, p. 12-13). El texto ilumina, así, una serie de comprensiones en torno a los efectos aparentemente invisibles de la guerra, que son más notorios cuando el análisis se produce a través de la mirada femenina al hacerse cargo de las consecuencias que la violencia y la hostilidad deja a su paso. Además, deja una certeza: en medio de tales amenazas, uno de los pilares que ha posibilitado y sostenido la vida es la trama vincular

que entrelazando los afectos ha permitido generar caminos de cuidado y procuración del bien común.

El capítulo 3, por otro lado, bosqueja el interior de la trama vincular para dar cuenta de las raíces y los nutrientes que le dan soporte y la hacen florecer. Muestra cómo los flujos de riqueza concreta que se transmiten por vía femenina han dotado de fuerza a la comunidad, pese a que se encuentran en continua tensión ante el despojo. A lo largo de los años, a partir de la práctica de la relación entre mujeres, ellas han afinado, agudizado y legado conocimientos y habilidades para crear, nutrir y abundar un conjunto de riquezas y fortalezas materiales y simbólicas que facilitan condiciones y posibilidades creativas para garantizar la vida colectiva.

Para reequilibrar y hacer fluir las riquezas, las juchitecas sostienen una “economía de sostén circular” a través de la cual se dan intercambios creativos específicos que, en un ir y venir continuo, pone en común un sinfín de trabajos y recursos para generar el bien común. En ese sentido, esta práctica desborda la lógica capitalista al promover estrategias de sostén mutuo. Además, para nutrir la trama vincular y producir tales riquezas, la plasticidad del saber-hacer que emana y se mantiene muy pegado al cuerpo ha resultado fundamental. Se trata de una práctica que aprenden desde la niñez, al ser incluidas como parte de los procesos o mecanismos de trabajo concreto que satisfacen necesidades y generan bienestar. Siguiendo esa lógica, el texto da cuenta de que las mujeres no se ven impedidas porque *saben que saben, saben que pueden y saben que tienen*.

Por eso ellas no están plenamente desposeídas ni debilitadas. La trama vincular que producen constituye un núcleo de regeneración y revitalización continua para la comunidad, bombea la esperanza y el contento mientras disputa las condiciones en que se reproduce la vida o se gestiona la interdependencia. Al recentrar e indagar en el interior de la trama, fue posible observar una práctica de reconocimiento mutuo sumamente potente: cuando las mujeres

nombran, significan y valoran sus propios saberes, prácticas y riquezas, fortalecen la confianza vital en sí mismas y en las demás, se saben acompañadas y reafirman su papel en la comunidad. La potencia generativa que surge de la fuerza en red permite transmitir fortaleza de unas a otras, habilitando la posibilidad de defender las propias creaciones.

Finalmente, el capítulo 4 se centra en el análisis de la potencia expansiva de lucha de la trama vincular que hace latir el corazón insurgente. Señala cómo, pese a que sus esfuerzos no han sido documentados ampliamente, las mujeres siempre han sido un sostén fundamental de la insurrección y la resistencia desplegada en Juchitán. Ellas han estado presentes en las luchas abiertas en defensa del territorio, se han encargado de planificar, organizar e impulsar la insubordinación, pero también han solventado el trabajo en las cocinas, mismas que constituyen la primera línea de defensa ante las múltiples arremetidas a las que se han enfrentado. Sus labores al afianzar las luchas han sido centrales para nutrir y ensanchar la resistencia comunitaria. Además, ante las violencias machistas que actualmente se desatan contra ellas, han organizado su rabia evidenciando que no necesitan ser cuidadas por el Estado paternalista y militarizado que, más bien, las ataca; al contrario, han mostrado su capacidad para enlazar su indignación y generar estrategias de autodefensa que colocan la responsabilidad en los agresores al tiempo que se manifiestan colectivamente para denunciar las múltiples violencias.

Así, la potencia expansiva de lucha de la trama vincular es capaz de resistir, subvertir y burlar las estructuras de dominación, expropiación y explotación, como las plantas que brotan en medio de una grieta en el cemento, permite hacer la vida en medio de la muerte. Está constituida por un conjunto de capacidades y potencias materiales de regeneración, fortalecimiento, enlace, cuidado y resistencia que garantizan el bienestar, la co-producción de

riqueza concreta y el enraizamiento aún ante el asedio de la amalgama patriarcal, capitalista y colonial.

Como pudo observarse a lo largo del capitulado, la trama vincular puede ser una clave analítica que objetive el alcance de las luchas desplegadas, no sólo en términos prácticos sino también imaginativos. La tesis que aquí presento permite hacer un espejo de la fuerza de todas, es decir, señalar que las mujeres –no sólo las juchitecas, sino de todas las geografías– son capaces de revitalizar, proteger y cooperar para nutrir los vínculos, como un trabajo central para resguardar y afirmar la vida común, pero también para disputar los términos en que se gestiona la interdependencia desde la reciprocidad y el disfrute. En ese sentido, una inmensa capacidad política emerge al producir y abonar cotidianamente los vínculos. Por eso las mujeres no somos un subconjunto en medio de la lucha, sino una potencia para lograr autonomía material y simbólica.

Cabe destacar que, pese a su potencia –y muy probablemente justo por eso– cada vez más múltiples ataques se despliegan por distintos flancos sobre la trama vincular para dañar o romper el tejido vital que las mujeres producen. Particularmente, existen dos grandes ofensivas que se han desatado contra la población juchiteca: la expansión del consumo de drogas y la ruptura paulatina de la economía circular que las mujeres han nutrido a lo largo de los años. Todo esto en medio de una intensa presión por la expansión capitalista en el Istmo de Tehuantepec, que se manifiesta a través de la militarización que asedia y fragmenta la vida, mientras refuerza lógicas criminales que permiten “despojos múltiples” (Navarro, 2015).

Lo que estamos atestiguando hoy es, una vez más, una gran ofensiva sobre el poder social de las mujeres y de las comunidades que gestionan formas de reproducir la vida que burlan o desbordan –al menos parcialmente– las lógicas capitalistas que buscan precarizar y desposeer los

cuerpos, los vínculos y el territorio. Actualmente la violencia desatada sobre el Istmo de Tehuantepec es agenciada y garantizada por el Estado militarizado a través de la imposición y ensamblaje del Corredor Interoceánico que, en alianza con empresas nacionales y transnacionales, ha impactado, rapiñado y devastado terriblemente los mares, la tierra, las montañas, los ríos y la vida de múltiples seres habitantes del mundo. Así se sacrifica la vida en beneficio del capital.

Por otro lado, el incremento de los asesinatos, los “levantones”, las desapariciones, los asaltos, las peleas y ataques con armas de fuego que derivan en muertes, lesiones, miedo e incertidumbre, se encaja con el hostil despliegue de Fuerzas Armadas, particularmente de la Guardia Nacional y la SEMAR, y hace que cada día sea una lucha por sobrevivir en Juchitán. Esta dinámica desgasta a las personas y se agudiza cuando tienen que preocuparse constantemente por cómo conseguir ingresos para cubrir los gastos básicos. El cansancio físico, mental y emocional es latente. Y, aun así, las juchitecas enfrentan estas múltiples violencias con gran tenacidad, sabiduría y energía.

Se intenta imponer el miedo, la incertidumbre y la precarización de la vida para achicar y apagar la energía y el gozo que bombea la vida y la lucha. Tal gozo, como contento de la vida, es acuerpado a través de la risa y las carcajadas cotidianas, por medio del movimiento fluido, libre y ligero de los cuerpos, así como en las palabras que pronuncian y en la imaginación que se habilita cada día. Al mismo tiempo, dicho contento arraiga la posibilidad de autoafirmación como parte de la comunidad, esto les permite defender la posibilidad de desear, de preguntarse cómo quieren vivir y desplegar caminos para materializarlo.

Aun cuando esta forma de habitar el mundo es asediada constantemente por el ensamblaje violento y precario, la trama vincular permite poner en el centro las relaciones y atizar

la energía vital, dinamizando la fuerza y la sensibilidad para defender y garantizar el sostenimiento material, simbólico y afectivo de la existencia. Impulsa, así, modos de vida y lucha cooperativos y recíprocos que subvierten las lógicas patriarcales, estatales y capitalistas, resquebrajando la dominación, frenando el despojo y limitando la expropiación para decidir sobre la propia vida y ampliar la autonomía.

Como vimos, las mujeres entrelazan su tiempo, su energía, su cuerpo, sus saberes y múltiples recursos para imaginar, crear, conservar, fortalecer y proteger los vínculos que enardecen la existencia. Al tramarse, posibilitan las condiciones para disputar en qué términos se reproduce la vida juchiteca y, a su vez, producir lo común “contra y más allá de las separaciones y negaciones que impone la lógica de despojo y explotación patriarcal del capital, reforzado por el Estado liberal y sus formas políticas” (Gutiérrez, 2018b, p. 68).

Es así como desde la trama vincular brota una potencia vital fuertemente amenazada. Cada día, las mujeres habilitan abundantes ensayos, ingeniosos y adaptables, para hacer brotar y nutrir la capacidad de cohesión y de enlace con otras(os), ensanchando la potencia de lucha ante la violencia sistemática que busca mermar la fuerza comunitaria. Al generar vínculos colaborativos y de apoyo mutuo para impugnar la hostilidad y los despojos impuestos, a través de la trama vincular se privilegia el cuidado y la autodefensa colectiva, reverdeciendo la fuerza defensiva, creativa y generativa de los lazos necesarios para vivir.

Se configura entonces una práctica política que parte de la conciencia sensible de saberse parte de un todo, capaz de disputar y transformar –algunas de– las condiciones vitales. Esta práctica desborda la concepción de lo político, entendido como

la capacidad de los seres humanos de imprimir una figura singular, más o menos estable, a su socialidad; de moldear su organización social, dando forma, contenido y sentido, al conjunto de las relaciones de interdependencia (de trabajo y disfrute) que interconectan y definen a los seres humanos en tanto sujetos sociales, posibilitando la reproducción de su existencia (Echeverría. En Gutiérrez, Navarro y Linsalata, 2017, p. 381).

Especialmente, forma parte de una “política en femenino” que, en palabras de Gutiérrez, Navarro y Linsalata, permite hablar de lo común “para relanzar la comprensión de la politicidad de procesos cotidianos y extraordinarios de defensa y cuidado de la vida, de las dificultades y fortalezas anidadas en ello. En *femenino*, pues, entendido como un lenguaje subversivo y desafiante” (2017, p. 411). La trama vincular está ligada a una politicidad que pone en el centro la vida, su cuidado y su contenido. Cuando las mujeres la producen no sólo crean, sostienen y ensanchan los vínculos comunitarios, también posibilitan la expresión y el cultivo de la emocionalidad, la espiritualidad y el cuidado físico como puente y soporte de seguridad, autodefensa y sentido para preservar la existencia colectiva y nutrir la fuerza para disputar los términos en que se gestiona la interdependencia. Así, desde la práctica del “entre mujeres” (Menéndez, 2018) se abre paso a una politicidad en femenino que pone en el centro el deseo de intervenir en la vida, facilitando la creación y regeneración de lo común que impulsa múltiples luchas con contenidos antipatriarcales que frenan, detienen o subvierten diversos proyectos despojadores, extractivistas y sumamente violentos.

En suma, al sembrar la semilla que enraizó e hizo brotar el análisis que aquí se presenta se gestaban una serie de intenciones políticas. En primer lugar, este texto busca contribuir al reconocimiento de nuestra fuerza colectiva a partir de simbolizar y objetivar el quehacer específico que las mujeres tenemos dentro de las tramas comunitarias, así como la potencia vital

y de lucha que emana al enlazarnos unas con otras. En segundo lugar, al identificar y nombrar las riquezas concretas que producimos y legamos cada día para garantizar la existencia común, podemos defender y proteger nuestras creaciones y, al mismo tiempo, minar la incertidumbre y la confusión que nos es impuesta continuamente por la mirada patriarcal al poner en duda nuestra fuerza.

Al enlazarnos unas con otras –reconociéndonos creadoras y portadoras de riqueza-fuerza– producimos autoridad femenina, fortalecemos la confianza y la seguridad en nuestro hacer colectivo y nutrimos la memoria del lugar que ocupamos dentro de la trama que sostiene la vida, generando creativos caminos organizativos que ponen en el centro la insurrección digna y gozosa. Así es posible realizar un desplazamiento estratégico para abandonar el lugar de víctimas ante la violencia, no somos sólo eso, continuamente desplegamos estrategias de autodefensa y cuidado colectivo, gestionando las relaciones que mantienen a flote a la comunidad.

Como hemos podido observar, tejer el análisis desde el punto de vista de las mujeres brinda una concepción muy otra de la guerra y de la violencia, pone en el centro la necesidad de regenerar y nutrir la trama vincular para dar soporte y seguridad a la vida. Nuestras palabras importan. Lo que sabemos ilumina aquello que las estructuras dominantes mantienen oculto porque no es conveniente revivir las memorias y claridades de las mujeres como colectividad. Las comprensiones que tenemos del mundo son una profunda fuente de conocimiento que permite generar reflejos comunes y producir autoafirmación.

En ese sentido, esta investigación también es una apuesta porque nuestras luchas no sean olvidadas, por nutrir la memoria para recuperar y abonar la narrativa de nuestras conquistas, ya que “en un tiempo donde parecerían dominar las derrotas resulta indispensable porque permite

salpicar la experiencia colectiva de imaginarios que han sido negados” (Gil, 2023, p. 2). Repasar la historia desde la clave vincular permite reconocer los grandes esfuerzos que las mujeres siempre han impulsado en la búsqueda de una vida vivible y gozosa. Por eso, en el centro del análisis aguarda el deseo de esperar: de no dar por sentadas las comprensiones del mundo que se han cimentado desde la perspectiva patriarcal y capitalista; de ver como posibles o alcanzables formas sensibles, recíprocas y cuidadosas de relacionarnos y hacer-con la vida y el mundo; de apostar por nuestra capacidad de enlace para hacer y caminar juntas tortugueando, paso a pasito tocando la tierra y sembrando el contenido que necesitamos para que nuestra existencia sea, también, furiosa, digna, gozosa y risueña.

REFERENCIAS

Alfonso, Tatiana y Peláez, Jorge. (31 de octubre de 2018). Caso Eólicas del Sur en Juchitán: la errónea lectura de la Suprema Corte del derecho a la consulta previa. *Nexos*. <https://eljuegodelacorte.nexos.com.mx/caso-eolicas-del-sur-en-juchitan-la-erronea-lectura-de-la-suprema-corte-del-derecho-a-la-consulta-previa/>

Almeyra, Guillermo y Alfonso, Rebeca. (2004). *El Plan Puebla Panamá en el Istmo de Tehuantepec*. México: Universidad de la Ciudad de México.

Auyero, Javier. (2001). *La política de los pobres. Las prácticas clientelistas del peronismo*. Argentina: Cuadernos Argentinos.

Ávila, Agustín. (2019). Las nuevas geografías del capital en América Latina: las Zonas Económicas Especiales. *Acta Sociológica*, 79, 109-134. <http://www.revistas.unam.mx/index.php/ras/article/view/72535>

Bennhold-Thomsen, Veronika. (1997). *Juchitán, la ciudad de las mujeres*. México: Instituto Oaxaqueño de las Culturas-Consejo Estatal para el Desarrollo de la Cultura y las Artes.

Bezenzette, Rocío. (2 de noviembre de 2020). La muxicidad: la revolución del tercer género en México. *Feminacida*. <https://feminacida.com.ar/la-muxicidad-la-revolucion-del-tercer-genero-en-mexico/>

Caffentzis, George, y Federici, Silvia. (2015). Comunes contra y más allá del capitalismo. *El Apantle. Revista de estudios comunitarios*. (1), 51-72.

Calderón, Niltie. (18 de agosto de 2021). Layú bee: El Istmo de Tehuantepec (territorio-cuerpo de vida). *Gusanos de la memoria*. <https://www.gusanosdelamemoria.org/post/lay%C3%BA-bee-el-istmo-de-tehuantepec-territorio-cuerpo-de-vida>

Campbell, Howard y Tappan, Martha. (1989). La COCEI: cultura y etnicidad politizadas en el istmo de Tehuantepec. *Revista Mexicana de Sociología*, 51 (2). 247-263. <https://www.jstor.org/stable/3540686>

Carrasco, Cristina. (2001). La sostenibilidad de la vida humana: ¿un asunto de mujeres? *Mientras Tanto* (82). Pp. 43-70. <https://www.jstor.org/stable/27820584>

Cavallero, Luci y Gago, Verónica. (2019). *Una lectura feminista de la deuda: ¡Vivas, libres y desendudadas nos queremos!* Fundación Rosa Luxemburgo y Tinta Limón. <https://tintalimon.com.ar/libro/una-lectura-feminista-de-la-deuda/>

Chiñas, Beverly. (1973). *Las zapotecas del Istmo: roles de las mujeres en el contexto cultural*. Waveland Press, Prospect Heights, III.

Cordero, Mariana. (2014). Un acercamiento a la historia de la educación de la mujer mexicana. *Revista Universitaria Digital de Ciencias Sociales (RUDICS)*. <https://virtual.cuautitlan.unam.mx/rudics/?p=52>

Coronado, Marcela. (2005). Lucha por la tierra en el Istmo de Tehuantepec. *Rebeldía*. Pp. 48-59.

Covarrubias, Miguel. (1946). *El sur de México*. Instituto Nacional Indigenista.

Cruz, Delmy. (2016). Una mirada muy otra a los territorios-cuerpos femeninos. *Solar. Revista de Filosofía Iberoamericana*, 12 (1), 35-46. ISSN: 1816-2924. <https://cieg.unam.mx/info-especialistas.php?r=MTlxWGhmakQ2NDRDaWVnV3A4MA==>

Cruz, Delmy. (2020). Mujeres, cuerpo y territorios: entre la defensa y la desposesión. En Cruz, Delmy y Bayón, Manuel. (Coords.). (2020). *Cuerpos, Territorios y Feminismos. Compilación latinoamericana de teorías, metodologías y prácticas políticas*. Ediciones Abya Yala. <https://territorioyfeminismos.org/publicaciones/libro-cuerpos-territorios-y-feminismos/>

Cruz, Víctor de la. (1983). Rebeliones indígenas en el Istmo de Tehuantepec. *Cuadernos Políticos*, pp. 55-71.

Dalla Costa, Mariarosa. (1972). *Las mujeres y la subversión de la comunidad*. México: Siglo XX.

De Angelis, Massimo. (2012). Marx y la acumulación primitiva. El carácter continuo de los “cercamientos” capitalistas. *Revista Theomai* (26).
<https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=12426097003>

Di Risio, Diego; Gavaldá, Marc; Pérez, Diego y Scandizzo, Hernán. (2012). *Zonas de sacrificio: impactos de la industria hidrocarburífera en Salta y Norpatagonia*. América Libre.
<https://opsur.org.ar/2012/05/03/libro-zonas-de-sacrificio-impactos-de-la-industria-hidrocarburifera-en-salta-y-norpatagonia/>

Echeverría, Bolívar. (1998). *Valor de uso y Utopía*. Siglo XXI editores.

Federici, Silvia. (2004). *Calibán y la bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación originaria*. Traficantes de sueños.

Federici, Silvia. (2013). *Revolución punto cero. Trabajo doméstico, reproducción y luchas feministas*. Traficantes de Sueños. <https://traficantes.net/libros/revoluci%C3%B3n-en-punto-cero>

Federici, Silvia. (2018). *El patriarcado del salario. Críticas feministas al marxismo*. Traficantes de Sueños. <https://traficantes.net/libros/el-patriarcado-del-salario>

Federici, Silvia. (2020). *Reencantar el mundo. El feminismo y la política de los comunes*. Traficantes de sueños. <https://traficantes.net/libros/reencantar-el-mundo>

Gago, Verónica. (2019). *La potencia feminista o el deseo de cambiarlo todo*. Madrid: Tinta Limón y Traficantes de Sueños.

Galindo, María. (2004). *Las exiliadas del neoliberalismo*. Mujeres creando. <http://www.alasbarricadas.org/noticias/print/5745>

García, Miriam; Vázquez, Eva; Cruz, Delmy y Bayón, Manuel. (2020) Extractivismos y (re)patriarcalización de los territorios. En Cruz, Delmy y Bayón, Manuel (Comps.). (2020).

Cuerpos, Territorios y Feminismos. Compilación latinoamericana de teorías, metodologías y prácticas políticas. Ediciones Abya-Yala. <https://territorioyfeminismos.org/publicaciones/libro-cuerpos-territorios-y-feminismos/>

Gargallo, Francesca. (2014). *Feminismos desde Abya Yala. Ideas y proposiciones de las mujeres de 607 pueblos en nuestra América.* Editorial Corte y Confección.

Gil, Silvia. (2023). Cuidados, interdependencia, vulnerabilidad y luchas por la vida: un nuevo paisaje político-filosófico. *Encrucijadas. Revista Crítica de Ciencias Sociales*, 23(2), r2301.

Guber, Rosana. (2001). *La etnografía: método, campo y reflexividad.* Bogotá: Grupo Editorial Norma.

Gubiña XXI, A.C. (2005). *Muertos nos quieren. La lucha contra el Plan Puebla Panamá en Unión Hidalgo, Oaxaca.* Francia: Bambel.

Gutiérrez, Raquel. (2013). Conocer las luchas y desde las luchas. Reflexiones sobre el despliegue polimorfo del antagonismo: Entramados comunitarios y horizontes políticos. *Acta Sociológica*, (62), pp. 11-30. <http://www.revistas.unam.mx/index.php/ras>

Gutiérrez, Raquel. (2015). A propósito del trabajo de Silvia Federici. Colocar la reproducción material y simbólica de la vida social y la capacidad humana de producir lo común como punto de partida para la reflexión crítica y la práctica política. *El Apantle. Revista de Estudios Comunitarios.* No. 1, pp. 169-178

Gutiérrez, Raquel. (2017). *Horizontes comunitario-populares. Producción de lo común más allá de las políticas estado-céntricas.* Traficantes de sueños. <https://traficantes.net/libros/horizontes-comunitario-populares>

Gutiérrez, Raquel. (2018a). La lucha de las mujeres contra todas las violencias en México: reunir fragmentos para hallar sentido. En Verónica Gago, Raquel Gutiérrez, Susana Draper, Mariana Menéndez, Marina Montanelli y Suely Rolnik. (2018). *8M Constelación feminista. ¿Cuál es tu lucha? ¿Cuál es tu huelga?* Tinta Limón. <https://tintalimon.com.ar/libro/8m-constelaci%C3%B3n-feminista/>

Gutiérrez, Raquel. (2018b). Producir lo común: entramados comunitarios y formas de lo político. En Raquel Gutiérrez (Coord.). *Comunidad, tramas comunitarias y producción de lo común. Debates contemporáneos desde América Latina*. (pp. 51-72). Colectivo Editorial pez en el Árbol y Editorial Casa de las Preguntas.

Gutiérrez, Raquel y Navarro, Mina. (2019). Producir lo común para sostener y transformar la vida: algunas reflexiones desde la clave de la interdependencia. *Confluencias*. 21 (2). Pp. 298-324. ISSN: 2318-4558. <https://periodicos.uff.br/confluencias/article/view/34710>

Gutiérrez, Raquel, y Paley, Dawn. (2016). La *transformación sustancial* de la guerra y la violencia contra las mujeres en México. *Deportate, esuli, profughe. Rivista telemática distudi sulla memoria femminile*.1-12. Disponible en https://www.academia.edu/23344907/La_transformaci%C3%B3n_sustancial_de_la_guerra_y_la_violencia_contra_las_mujeres_en_M%C3%A9xico

Gutiérrez, Raquel y Salazar, Huáscar. (2019). Reproducción comunitaria de la vida. Pensando la transformación social en el presente. En El Apantle. *Producir lo común. Entramados comunitarios y luchas por la vida*. (Pp. 21-44). Traficantes de sueños. <https://traficantes.net/libros/producir-lo-com%C3%BAn>

Gutiérrez, Raquel; Navarro, Mina; Linsalata, Lucía. (2017). Repensar lo político, pensar lo común. Claves para la discusión. En Daniel Inclán, Lucía Linsalata y Mágina Millán (Coords.). *Modernidades Alternativas*. (pp. 381-422). México: Facultad de Ciencias Políticas y Sociales-UNAM.

Gutiérrez Raquel; Sosa, Noel y Reyes, Itandehui. (2018). El entre mujeres como negación de las formas de interdependencia impuestas por el patriarcado capitalista y colonial. Reflexiones en torno a la violencia y la mediación patriarcal. *Heteropías*. <https://revistas.unc.edu.ar/index.php/heterotopias/article/view/20007>

Haraway, Donna. (1995). Conocimientos situados: la cuestión científica en el feminismo y el privilegio de la perspectiva parcial. En D. Haraway, *Ciencia, ciborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza* (pp. 313-146). Madrid: Cátedra.

Haraway, Donna. (2019). *Seguir con el problema. Generar parentescos en el Chtuluceno*. Edición Consonni.

Harding, Sandra. (1998). ¿Existe un método feminista? En E. Bartra, *Debates en torno a una metodología feminista* (pp. 9-34). México: Universidad Autónoma Metropolitana.

Hardy, Clarisa. (1986). *Hambre + Dignidad = Ollas Comunes*. Chile: Programa de Economía del Trabajo.

Harvey, David. (2004). El “nuevo” imperialismo: acumulación por desposesión. *Socialist register 2004*, 99-129. <http://biblioteca.clacso.org.ar/clacso/se/20130702120830/harvey.pdf>

Hernández, Noé. (2016). Energía eólica, identidades políticas y discurso: los casos de Unión Hidalgo y Juchitán de Zaragoza en Oaxaca, México. *FRONTERAS - Revista de Ciencias Sociales y Humanidades*, III (1), 9-33. <https://revistas.ufro.cl/ojs/index.php/fronteras/article/view/627>

Hernández, Noé y Joaquín, Azucena. (2018). Energía eólica, discurso y movimientos sociales indígenas: el caso de la APPJ en Oaxaca, México. *Revista del Centro de Investigación de la Universidad La Salle*. <https://revistasinvestigacion.lasalle.mx/index.php/recein/article/view/1250>

Hernando, Almudena. (2012). *La fantasía de la individualidad. Sobre la construcción sociobistórica del sujeto moderno*. Katz editores. <https://traficantes.net/libros/la-fantas%C3%ADa-de-la-individualidad>

Herrero, Yayo. (2010). Cuidar: una práctica política anticapitalista y antipatriarcal. En Taibo, Carlos (dir). *Decrecimientos: sobre lo que hay que cambiar en la vida cotidiana*. (pp. 17-31). Los libros de la Catarata. https://www.socioeco.org/bdf_fiche-publication-1409_es.html

Hiner, Hillary. (2011). De la olla común a la acción colectiva. Las mujeres "Yela" en Talca, 1980-1995. *Polis. Revista Latinoamericana* (28).

Holloway, John. (2001). Doce Tesis sobre el Anti-Poder. En Edgardo Fontana, Natalia Fontana, Verónica Gago, Mario Santucho, Sebastián Scolnik y Diego Sztulwark. (Comps.). *Contrapoder. Una introducción*. Ediciones de mano en mano. Pp. 73-82.

Holloway, John. (2013). ¡Comunicemos! En John Holloway. *¡Comunicemos! Grietas*.

Intersecta. (2020). *Las dos guerras. El impacto de los enfrentamientos de las Fuerzas Armadas en los asesinatos de mujeres en México (2007-2018)*. <https://www.intersecta.org/posts/las-dos-guerras>

Intersecta, México Unido Contra la Delincuencia y Programa de Política de Drogas. (2024). *Inventario Nacional de lo Militarizado. Una radiografía de los procesos de militarización en México*. <https://www.intersecta.org/posts/inventario-nacional-de-lo-militarizado-actualizacion>

Jasso, Carolina y Baltazar, Edgar. (25 de julio de 2023). ¿El despliegue de la Guardia Nacional reduce la violencia homicida? *Nexos*. https://seguridad.nexos.com.mx/el-despliegue-de-la-guardia-nacional-reduce-la-violencia-homicida/#_ftn1

Juárez Acevedo, I. (2022). Las mujeres sostienen la existencia. Un análisis de la reproducción de la vida en términos de trabajo. *Cuadernos del Sur*, 27(52), pp. 78-95. <https://cuadernosdelsur.com/revistas/52-enero-junio-2022/>

Juárez, Itandehui. (2022). Saber-hacer para vender. Mujeres, producción y comercio en Juchitán de Zaragoza. *Cuicuilco Revista de Ciencias Antropológicas*, 29(83), pp. 161-181. <https://revistas.inah.gob.mx/index.php/cuicuilco/article/view/18170>

Juárez, Itandehui. (2020). Cocinas comunitarias en Juchitán de Zaragoza: el trabajo de las mujeres en la base de la vida. *Cuadernos del Sur*, 25(49), 87-106. <https://cuadernosdelsur.com/revistas/49-%E2%80%A2-julio-diciembre-2020/>

Juárez-Hernández, Sergio, y León, Gabriel. (2014). Energía eólica en el istmo de Tehuantepec: desarrollo, actores y oposición social. *Revista Problemas del Desarrollo*, 178(45), 139-162. https://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0301-70362014000300007

Lagarde, Marcela. (2005). *Los cautiverios de las mujeres: madresposas, monjas, putas, presas y locas*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.

Linsalata, Lucía. (2015). *Cuando manda la asamblea. Lo comunitario-popular en Bolivia: una mirada desde los sistemas comunitarios de agua de Cochabamba*. Sociedad Comunitaria de estudios Estratégicos (SOCEE) - Autodeterminación - Fundación Abril.

Linsalata, Lucía. (2020). ¡Nuestra lucha es por la vida! Apuntes críticos sobre la reorganización capitalista de la condición de interdependencia. *Trabalho necessário*. 36(18). Pp. 44-68

Linsalata, Lucía; Navarro, Mina; Cornejo, Amaranta y Gutiérrez, Raquel. (2023). Repensar lo común desde la clave de la interdependencia. *La pública. La política de lo común*. (02). Pp. 38-45.

López, Adriana. (1983). Juchitán, las historias de la discordia. *Cuadernos políticos*. (38). 72-80.
<http://www.cuadernospoliticos.unam.mx/cuadernos/num38.html>

Lucio, Carlos. (2016). *Conflictos socioambientales, derechos humanos y movimiento indígena en el Istmo de Tehuantepec*. México: Universidad Autónoma de Zacatecas “Francisco García Salinas”-Unidad Académica en Estudios del Desarrollo.

Manzo, Diana. (2019). Energía limpia y contratos sucios. Así operan las eólicas en Oaxaca. Connectas. *Plataforma periodística para las Américas*.
<https://www.connectas.org/especiales/energia-limpia-contratos-sucios/>

Marchese, Giulia. (2019). Del cuerpo en el territorio al cuerpo-territorio: Elementos para una genealogía feminista latinoamericana de la crítica a la violencia. *EntreDiversidades. Revista de ciencias sociales y humanidades*, (13). 9-41.
<http://entrediversidades.unach.mx/index.php/entrediversidades/article/view/131>

Martín Beristain, Carlos. (2000). *Apoyo psicosocial en catástrofes colectivas: de la prevención a la reconstrucción*. Venezuela: Universidad Central de Venezuela y Asociación venezolana de Psicología Social (AVEPSO).

Martínez, Idunaxhí. (2016). Tiempo y espacio escolares en las primarias de Juchitán, Oaxaca: 1880-1910. *Revista Mexicana de Investigación Educativa*. 21(70), 951-974.
https://www.scielo.org.mx/scielo.php?pid=S1405-66662016000300951&script=sci_abstract

- Marx, Karl. (1988). *El capital, Libro primero*. Siglo XXI Editores.
- Mbembe, Achille. (2011). *Necropolítica*. España: Editorial Melusina.
- Méndez, Elia. (2017). *De relámpagos y recuerdos...Minería y tradición de lucha serrana por lo común*. México: Cátedra Interinstitucional Universidad de Guadalajara-CIESAS-Jorge Alonso.
- Méndez, Elia y Gutiérrez, Raquel. (2020). Organización de la experiencia en la política de la diferencia femenina/feminista. Potencia y retos. *Bajo el Volcán*. Pp. 113-142. <http://bajoelvolcanx.buap.mx/index.php/bajovolc/article/view/658>
- Menéndez, Mariana. (2018). Entre mujeres: “nuestro deseo de cambiarlo todo”. Apuntes sobre el re-emerger feminista en el Río de la Plata. En *Momento de paro. Tiempo de rebelión. Miradas feministas para reinventar la lucha*. (Pp. 76-88). Minervas ediciones. <https://rosalux-ba.org/2020/03/10/momento-de-paro-tiempo-de-rebelion/>
- Miano, Marinella. (2002). *Hombre, mujer y muxxe' en el Istmo de Tehuantepec*. México: Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH)/ Plaza y Valdés.
- Mies, M. (2019). *Patriarcado y acumulación a escala mundial*. Traficantes de sueños.
- Moore, Jason. (2020). *El capitalismo en la trama de la vida. Ecología y acumulación de capital*. Traficantes de sueños. <https://traficantes.net/libros/el-capitalismo-en-la-trama-de-la-vida>
- Nahmad, Salomón. (2011). *El impacto social del uso del recurso eólico*. México: Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social.
- Nateras, Martha y Valencia, Paula. (2020). Riesgos de la militarización de la seguridad como respuesta a la violencia derivada del narcotráfico. El caso de Colombia y México. *Espiral Estudios sobre Estado y Sociedad* (79). https://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1665-05652020000200079

Nava, Elena. (2018). *Totopo al aire. Radio comunitaria y comunalidad en el Istmo de Tehuantepec*. México: Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social. ISBN: 978-607-486-466-3

Navarro, Mina. (2015). *Luchas por lo común. Antagonismo social contra el despojo capitalista de los bienes naturales en México*. Bajo Tierra Ediciones/Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades, BUAP.

Navarro, Mina. (2021). Hacer común contra la fragmentación: la repolitización de las relaciones de interdependencia en territorios urbanos. En Mariana Menéndez y Mariana García (Comps.), *La vida en el centro. Feminismo, reproducción y tramas comunitarias*. Bajo Tierra A.C.

Navarro, Mina y Gutiérrez, Raquel. (2018). Claves para pensar la interdependencia desde la ecología y los feminismos. *Bajo el Volcán*, 18 (28), pp. 45-57. <http://www.apps.buap.mx/ojs3/index.php/bevol/article/view/1113>

Navarro, Mina y Linsalata, Lucía. (2021). Capitaloceno, luchas por lo común y disputas por otros términos de interdependencia en el tejido de la vida. Reflexiones desde América Latina. *Relaciones Internacionales*, (46). Pp. 81-98.

Negri, Toni. (2001). Contrapoder. En Fontana, E.; Fontana, N.; Gago, V.; Santucho, M.; Scolnik, S. y Sztulwark, D. (Comps.). *Contrapoder. Una introducción*. Ediciones de mano en mano. Pp. 83-94.

Palacios, Rita. (2019). Lukas Avendaño: Reflexiones desde la muxeidad. *Siwar Mayu*. <https://siwarmayu.com/es/lukas-avendano-reflexiones-desde-la-muxeidad/>

Paley, Dawn. (2016). La guerra en México: contrainsurgencia ampliada versus lo popular. *El Apantle. Revista de Estudios Comunitarios* (2), pp. 179-198. https://www.academia.edu/30263485/La_guerra_en_Mexico_contrainsurgencia_ampliada_versus_lo_popular

Paley, Dawn. (2018). *Capitalismo antidrogas. Una guerra contra el pueblo*. México: Sociedad Comunitaria de Estudios Estratégicos/ Libertad bajo palabra. <https://libertadbajopalabraz.wordpress.com/portfolio/capitalismo-antidrogas/>

Paley, Dawn. (2020). *Guerra Neoliberal. Desaparición y búsqueda en el norte de México*. Libertad bajo palabra. <https://libertadbajopalabra.mx/books/guerra-neoliberal/>

Pedraza, Alejandro. (2019). El “Contrapoder” en América Latina. Reflexiones marginales sobre un poder ético. *Sincronía*. Pp. 73-88.

Pérez, Teresa. (2016). Territorios en disputa: visiones del desarrollo y la buena vida desde Nicaragua. *Relaciones internacionales*, (33), 11-30. <https://revistas.uam.es/relacionesinternacionales/article/view/6725>

Pérez Orozco, Amaia. (2021). Nombrando las crisis de la vida. En Mariana Menéndez y Mariana García (Comps.). *La vida en el centro. Feminismo, reproducción y tramas comunitarias*. (Pp. 163-198). Bajo Tierra A.C. y Minervas ediciones.

Pérez Orozco, Amaia. (2014). *Subversión feminista de la economía. Aportes para un debate sobre el conflicto capital-vida*. Madrid: Traficantes de Sueños. <https://traficantes.net/libros/subversi%C3%B3n-feminista-de-la-econom%C3%ADa>

Ramírez, Jacobo. (2021). Transición energética, cambio climático y pueblos indígenas: la continuidad del colonialismo interno en las inversiones eólicas en el Istmo de Tehuantepec. *Debates indígenas*. <https://www.debatesindigenas.org/notas/87-colonialismo-istmo-tehuantepec.html>

Ramírez, César, Cruz, Lilia, y Marcial, Vicente. (2015). Soberanía alimentaria y luchas por el territorio en el Istmo oaxaqueño, México. *Eutopía. Revista De Desarrollo Económico Territorial*, (8), 29–44. <https://doi.org/10.17141/eutopia.8.2015.1824>

Restrepo, Eduardo. (s/f). *La entrevista como técnica de investigación social: Notas para los jóvenes investigadores*. Colombia: Universidad ICESI/ Facultad de Derecho y Ciencias Sociales.

Rivera Cusicanqui, Silvia. (2018). *Un mundo ch'ixi es posible. Ensayos desde un presente en crisis*. Tinta Limón.

Riquer, Florinda y Castro, Roberto (Coords.). (2003). La investigación sobre la violencia contra las mujeres en América Latina: entre el empirismo ciego y la teoría sin datos. *CAdSaúde Pública*, 19, pp. 135-146.

Rockwell, Elsie. (2019). *La experiencia etnográfica*. Barcelona: Paidós.

Segato, Rita Laura. (2014). *Las nuevas formas de la guerra y el cuerpo de las mujeres*. México: Pez en el árbol.

Segato, Rita Laura. (2016). *La guerra contra las mujeres*. Madrid: Traficantes de Sueños. <https://traficantes.net/libros/la-guerra-contra-las-mujeres>

Sosa, Noel. (2021). *De la orfandad al linaje. Luchas feministas en el Uruguay postdictadura*. Cátedra Jorge Alonso.

Svampa, Maristella y Viale, Enrique. (2014). *Maldesarrollo. La Argentina del extractivismo y el despojo*. Katz Editores. <https://rosalux.org.br/es/maldesarrollo-la-argentina-del-extractivismo-y-el-despojo/>

Tejiendo Organización Revolucionaria. (2020). El corredor interoceánico del Istmo de Tehuantepec: la otra cara de la conquista. *Metabólica. Revista de Crítica Ambiental*, 1, 7-16.

Torns, Teresa. (2008). El trabajo y el cuidado: cuestiones teórico-metodológicas desde la perspectiva de género. *EMPIRIA. Revista de Metodología de las Ciencias Sociales*, (15), 53-73. Obtenido de <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=297124045003>

Torres, Jaime. (2017). El corredor del Istmo de Tehuantepec: de los proyectos fallidos a las nuevas posibilidades para su desarrollo. *Espacios Públicos*, 20 (48), 127-149. <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=67652755007>

Tutino, John. (1993). Ethnic Resistance: Juchitán in Mexican History. En Howard, Campbell et al. (eds). *Zapotecs Struggles: Histories, politics, and representations from Juchitán, Oaxaca*. Washington: Smithsonian Institution.

Tutino, John. (1980). Rebelión indígena en Tehuantepec. *Cuadernos políticos* (24), 89-101. <http://www.cuadernospoliticos.unam.mx/cuadernos/num24.html>

Tzul, Gladys. (2016). *Sistemas de Gobierno Comunal Indígena. Mujeres y tramas de parentesco en Chuimeq'ena'*. Guatemala: Maya Wuj.

Vega, Cristina. (2021). Rutas de la reproducción y el cuidado por América Latina. Apropiación, valorización colectiva y política. En Mariana Menéndez y Mariana García (Comps.). *La vida en el centro. Feminismo, reproducción y tramas comunitarias*. (Pp. 81-144). Bajo Tierra A.C. y Minervas ediciones.

Velázquez, Emilia, Léonard, Éric, Hoffmann, Odile, y Prévot-Schapira, M. (2018). *El Istmo Mexicano: una región inasequible. Estados, poderes locales y dinámicas espaciales (Siglos XVI-XXI)*. México: IRD Éditions.

Fuentes hemerográficas

Ángel, Arturo. (21 de diciembre de 2021). Por cuarto año asesinan a más de 30 mil personas en México; robos, violaciones y extorsiones al alza. *Animal político*. <https://www.animalpolitico.com/2021/12/asesinatos-30-mil-personas-mexico/>

Carrera, Andrés. (2 de octubre de 2024). Juchitán sigue siendo el municipio más violento. *El Imparcial*. <https://imparcialoaxaca.mx/oaxaca/juchitan-sigue-siendo-el-municipio-mas-violento/>

Ceceña, Ana Esther. (2021). El Corredor Interoceánico en la articulación del mercado mundial. *La Jornada Ecológica*. <https://ecologica.jornada.com.mx/2021/03/14/el-corredor-interoceanico-en-la-articulacion-del-mercado-mundial-6950.html>

Chaca, Roselia. (12 de febrero de 2022). Opositores al parque industrial queman una patrulla y tres vehículos en el Istmo, Oaxaca. *El Universal*. <https://oaxaca.eluniversal.com.mx/municipios/opositores-al-parque-industrial-queman-una-patrulla-y-tres-vehiculos-en-el-istmo-oaxaca>

Comunicados (8 de septiembre de 2020). Una realidad, construcción de cuartel de Guardia nacional en Juchitán. *Página 3*. <https://pagina3.mx/2020/09/una-realidad-construccion-de-cuartel-de-guardia-nacional-en-juchitan/>

Del Toro, Evangelina. (29 de noviembre de 2021). Logran acuerdo con Grupo México para Corredor Interoceánico. *Grupo T21*. <http://t21.com.mx/ferroviario/2021/11/29/logran-acuerdo-grupo-mexico-corredor-interoceanico>

El Imparcial. (2 de septiembre de 2022). Concluyen construcción del cuartel de la Guardia Nacional en Juchitán. *El Imparcial*. <https://imparcialoaxaca.mx/istmo/concluyen-construccion-del-cuartel-de-la-guardia-nacional-en-juchitan/>

El Universal. (8 de septiembre de 2020). Inician obras para construir Cuartel Avanzado de la Guardia Nacional en Juchitán. *El Universal Oaxaca*. <https://oaxaca.eluniversal.com.mx/seguridad/08-09-2020/inician-obras-para-construir-cuartel-avanzado-de-la-guardia-nacional-en>

González, Marcos. (12 de enero de 2024). Qué ocurrió en los países de América Latina donde se militarizó la lucha contra el narcotráfico como aprobó Ecuador. *BBC News*. <https://www.bbc.com/mundo/articulos/cz4552j55vjo>

La Silla Rota. (2017). “El Chapo de Oaxaca”, el líder del cártel de Juchitán. *La Silla Rota*. <https://lasillarota.com/estados/2017/4/21/el-chapo-de-oaxaca-el-lider-del-cartel-de-juchitan-337836.html>

López, Alberto. (03 de febrero de 2023). Expropiación gobierno federal 914 hectáreas del Istmo de Oaxaca, en favor del Corredor Interoceánico. *El Universal Oaxaca*.

<https://oaxaca.eluniversal.com.mx/estatal/expropiacion-gobierno-federal-914-hectareas-del-istmo-de-oaxaca-en-favor-del-corredor>

López Bárcenas, Francisco. (3 de febrero de 2021). ¡Y eso no es todo...falta Víctor Yodo! *La Jornada*. <https://www.jornada.com.mx/notas/2021/02/03/politica/y-eso-no-es-todo-falta-victor-yodo/>

Manzo, Diana. (22 de febrero de 2015). Mareña cambia razón social para retomar proyecto eólico en Oaxaca. *La Jornada*. <https://www.jornada.com.mx/2015/02/22/estados/026n1est>

Mejía, Carolina. (31 de enero de 2023). ¿Quién mató al periodista mexicano Heber López Vásquez? *El País*. <https://elpais.com/mexico/2023-01-31/quien-mato-al-periodista-mexicano-heber-lopez-vasquez.html>

Milenio Digital. (02 de septiembre de 2024). Día del Ejército Mexicano HOY 19 de febrero: ¿Cuánto gana un militar en México? Esto dice la Sedena. *Milenio*. <https://www.milenio.com/politica/sueldo-de-militar-del-ejercito-en-mexico-de-acuerdo-a-sedena>

Morales, Flavia. (03 de junio de 2023). Un Corredor Interocéánico en la ruta de migrantes. *Revista Proceso*. <https://www.proceso.com.mx/reportajes/2023/6/3/un-corredor-interoceanico-militarizado-en-la-ruta-de-migrantes-308142.html>

NVI Cuenca. (11 de noviembre de 2022). Ejecutan a mujer en mercado de Juchitán. *Noticias Voz e Imagen de la Cuenca*. <https://cuenca.nvinoticias.com/cuenca/alerta/ejecutan-mujer-en-mercado-de-juchitan/9812>

Olvera, Dulce. (25 de octubre de 2021). Iberdrola y Grupo Dragón, española y mexicana, cayeron como plaga en las comunidades. *SinEmbargo*. <https://www.sinembargo.mx/25-10-2021/4042818>

Osorio, Isis. (2 de febrero de 2024). Triple homicidio en Juchitán. *Meganoticias*. <https://www.meganoticias.mx/salina-cruz/noticia/triple-homicidio-en-juchitan/494797>

Paredes, Heriberto. (13 de septiembre de 2017). Pasado el terremoto, comienza el desastre social en México. *Actualidad RT*. Obtenido de <https://actualidad.rt.com/actualidad/249914-desastre-social-terremoto-mexico>

Pérez, Alonso. (1 de octubre de 2017). Tiende el ejército la mano al Istmo, Oaxaca. *El Imparcial*. Obtenido de <http://imparcialoaxaca.mx/istmo/64246/tiende-el-ejercito-la-mano-al-istmo-oaxaca/>

Ramos, Luis. (8 de noviembre de 2024). Crece el número de asesinatos en Juchitán. *Meganoticias*. <https://www.meganoticias.mx/salina-cruz/noticia/crece-el-numero-de-asesinatos-en-juchitan/566940>

Redacción Río. (9 de noviembre de 2024). Otro homicidio más en Juchitán; imparable ola de ejecuciones. *Río Oaxaca*. <https://www.rioaxaca.com/2024/11/09/otro-homicidio-mas-en-juchitan-imparable-ola-de-ejecuciones/>

Saydel, Diego. (02 de marzo de 2018). México: Magdalena Teitipac, un territorio donde las mujeres sostienen su lucha haciendo tortillas. *Avispa Midia*. <https://avispa.org/mexico-magdalena-teitipac-un-territorio-donde-las-mujeres-sostienen-su-lucha-haciendo-tortillas/>

Informes y reportes

Asamblea de Pueblos Indígenas del Istmo en Defensa de la Tierra y el Territorio (APIIDTT). (2014). *Celebración del primer año de resistencia de la colonia Álvaro Obregón*. <https://tierrayterritorio.wordpress.com/2014/02/01/celebracion-del-primer-ano-de-resistencia-de-la-colonia-alvaro-obregon/>

Asociación Mexicana de Energía Eólica (AMDEE). (2022). *El viento en números*. <https://amdee.org/el-viento-en-numeros.html>

Atlas de Justicia Ambiental (EJAtlas). (2022). *Corredor Eólico en el Istmo de Tehuantepec, Oaxaca, México*. <https://ejatlas.org/conflict/corredor-eolico-en-el-istmo-de-tehuantepec-oaxaca>

Autoridad Federal para el Desarrollo de las Zonas Económicas Especiales (AFDZEE). (23 de diciembre de 2018). *Presentación del Programa para el Desarrollo del Istmo de Tehuantepec*. <https://www.gob.mx/zee/articulos/presentacion-del-programa-para-el-desarrollo-del-istmo-de-tehuantepec?idiom=es>

Comunicación Social y Vocería del Gobierno del Estado de Oaxaca (22 de mayo de 2019). *Refuerza Alejandro Murat la seguridad en Juchitán, inaugura el Centro Regional de Control y Comando (C2)*. <https://www.oaxaca.gob.mx/comunicacion/refuerza-alejandro-murat-la-seguridad-en-juchitan-inaugura-el-centro-regional-de-control-y-comando-c2/>

Congreso Nacional Indígena. (16 de noviembre de 2021). *Declaratoria “el Istmo es nuestro”*. https://www.congresonacionalindigena.org/2021/11/16/declaratoria-el-istmo-es-nuestro/?fbclid=IwAR1Z5_DyBmVLI96kBRNQvUlGiZrRSB1Rcj0fMvZHmnKH0deY49a7tQYilYI

Consortio Oaxaca. (2024). *Van más de 160 feminicidios en la administración de Salomón Jara; en 54 de ellos las mujeres han sido asesinadas por grupos de hombres (dos o más de ellos)*. <https://consorciooaxaca.org/2024/06/van-mas-de-160-feminicidios-en-la-administracion-de-salomon-jara-en-54-de-ellos-las-mujeres-han-sido-asesinadas-por-grupos-de-hombres-dos-o-mas-de-ellos/>

Corredor Interoceánico Del Istmo de Tehuantepec (CIIT, 2024). *El Corredor Interoceánico, la SEDATU y la CONAVI avanzan en la entrega de viviendas en Salina Cruz, Oaxaca*. <https://www.gob.mx/ciit/acciones-y-programas/el-corredor-interoceanico-la-sedatu-y-la-conavi-avanzan-en-la-entrega-de-viviendas-en-salina-cruz-oaxaca-381606>

Cuenta Pública. (2020). *Corredor Interoceánico del Istmo de Tehuantepec*. Gobierno de México. <https://www.cuentapublica.hacienda.gob.mx>

EDUCA. Servicios para una Educación Alternativa A.C. (17 de octubre de 2024). *Istmo de Tehuantepec: foco de violencia en Oaxaca, feminicidios, robos y agresiones no cesan*. <https://www.educaoaxaca.org/istmo-de-tehuantepec-foco-de-violencia-en-oaxaca-feminicidios-robos-y-agresiones-no-cesan/>

EDUCA. Servicios para una Educación Alternativa A.C. (8 de noviembre de 2024). *Espacio social: todos sus nombres, todas sus luchas*. <https://www.educaoaxaca.org/espacio-social-todos-sus-nombres-todas-sus-luchas/>

GeoComunes (2020). *¿Energía para qué y para quién?* México: Fundación Rosa Luxemburgo. <https://geocomunes.org/texto-de-investigacion/>

GeoComunes. (2024). *Geovisualizador. Alumbrar las contradicciones del Sistema Eléctrico Mexicano y de la transición energética*. <http://geocomunes.org/Visualizadores/SistemaElectricoMexico/#>

Global Witness. (2017). *Defender la tierra. Asesinatos globales de defensores/as de la tierra y el medio ambiente en 2016*. <https://www.globalwitness.org/en/campaigns/environmental-activists/defender-la-tierra/>

Global Witness. (2024). *Voces silenciadas: la violencia contra las personas defensoras de la tierra y el medioambiente*. <https://www.globalwitness.org/es/missing-voices-es/#disappeared-es>

Grupo de Estudios Sobre la Mujer “Rosario Castellanos” A. C. (GESMujer). (2024). *Observatorio de feminicidio. Monitoreo y mapeo de la violencia feminicida en Oaxaca, México*. <https://www.gesmujer.org/sitio/monitoreo-de-violencia-feminicida-en-oaxaca/?v=6ee8cb899cf7>

Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI). (2020). *Censo de población y vivienda 2020*. <https://www.inegi.org.mx/programas/ccpv/2020/#Microdatos>

Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI). (2023). *Defunciones por homicidio de enero a junio de 2022*. <https://www.inegi.org.mx/contenidos/saladeprensa/boletines/2023/DH/DH-Ene-jun2022.pdf>

Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI). (2024). *Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo (ENOE)*. <https://www.inegi.org.mx/programas/enoe/15ymas/>

México Unido Contra la Delincuencia (MUCD). (2024). *Carpetas - Homicidio doloso y feminicidio*. <https://incidenciadelictiva.mucd.org.mx/Carpetas/Municipal/1>

Organización Internacional del Trabajo (OIT). (2014). *Convenio núm. 169 de la OIT sobre Pueblos Indígenas y Tribales*. <https://www.ilo.org/global/lang-es/index.htm>

Secretaría de la Defensa Nacional (SEDENA). (2020). *Acciones de seguridad y avances de la aplicación del Plan DN-III-E en el estado de Oaxaca*. <https://www.gob.mx/sedena/prensa/acciones-de-seguridad-y-avances-de-la-aplicacion-del-plan-dn-iii-e-en-el-estado-de-oaxaca>

Secretaría de la Defensa Nacional (SEDENA). (2023). *¿Qué es el Plan DN-III-E?* <https://www.gob.mx/sedena/acciones-y-programas/que-es-el-plan-dn-iii-e>

Secretaría de Economía. (2023). *Panorama económico y ambiente para inversión*. https://www.gob.mx/cms/uploads/attachment/file/835077/Presentaci_n_Desarrollo_del_Sur_Sureste_CIIT_08052023.pdf

Secretaría de Gobernación. (30 de noviembre de 2015). *La energía eólica en México: Una perspectiva social sobre el valor de la tierra*. <https://www.gob.mx/segob/documentos/la-energia-eolica-en-mexico-una-perspectiva-social-sobre-el-valor-de-la-tierra>

Secretaría de Marina (SEMAR). (2023). *Marina informa avances del Corredor Interoceánico del Istmo de Tehuantepec*. <https://www.gob.mx/semar/prensa/marina-informa-avances-del-corredor-interoceanico-del-istmo-de-tehuantepec?idiom=es>

Secretariado Ejecutivo del Sistema Nacional de Seguridad Pública (SESNSP). (24 de diciembre de 2024). *Información sobre violencia contra las mujeres. Incidencia delictiva y llamadas de emergencia 9-1-1*. <https://www.gob.mx/sesnsp/articulos/informacion-sobre-violencia-contra-las-mujeres-incidencia-delictiva-y-llamadas-de-emergencia-9-1-1-febrero-2019?idiom=es>

Semáforo Delictivo. (2024). *Incidencia delictiva en Heroica Ciudad de Juchitán de Zaragoza*. Obtenido de <http://oaxaca.semaforo.com.mx/Semaforo>

Suprema Corte de Justicia de la Nación (SCJN). (2023). *Controversia Constitucional 217/2021*. <https://www.internet2.scjn.gob.mx/red2/comunicados/noticia.asp?id=7359>

URS Corporation México. (2008). *Manifestación de Impacto Ambiental Modalidad Particular Parque Eólico Bii Hioxo*. <http://sinat.semarnat.gob.mx/dgiraDocs/documentos/oax/estudios/2008/20OA2008E0005.pdf>

Documentos

Diario Oficial de la Federación (DOF). (4 de agosto de 2020). *PROGRAMA para el Desarrollo del Istmo de Tehuantepec 2020-2024*. https://www.dof.gob.mx/nota_detalle.php?codigo=5597712&fecha=04/08/2020

Diario Oficial de la Federación (DOF). (22 de noviembre de 2021). *ACUERDO por el que se instruye a las dependencias y entidades de la Administración Pública Federal a realizar las acciones que se indican, en relación con los proyectos y obras del Gobierno de México considerados de interés público y seguridad nacional, así como prioritarios y estratégicos para el desarrollo nacional*. https://dof.gob.mx/nota_detalle.php?codigo=5635985&fecha=22/11/2021

Diario Oficial de la Federación (DOF). (02 de febrero de 2023a). *DECRETO por el que se expropia por causa de utilidad pública una superficie de 412-54-45 hectáreas (cuatrocientas doce hectáreas, cincuenta y cuatro áreas, cuarenta y cinco centiáreas) de terrenos de temporal de uso común de la comunidad "Ciudad Ixtepec", municipio de Ciudad Ixtepec, estado de Oaxaca, promovida por el Corredor Interoceánico del Istmo de Tehuantepec*. https://www.dof.gob.mx/nota_detalle.php?codigo=5678708&fecha=02/02/2023#gsc.tab=0

Diario Oficial de la Federación (DOF). (02 de febrero de 2023b). *DECRETO por el que se expropia por causa de utilidad pública una superficie de 502-42-60 hectáreas, de la comunidad "Santa María Mixtequilla" municipio de Santa María Mixtequilla, estado de Oaxaca, a favor del Corredor Interoceánico del Istmo de Tehuantepec (CIIT)*. https://www.dof.gob.mx/nota_detalle.php?codigo=5678707&fecha=02/02/2023#gsc.tab=0

Diario Oficial de la Federación (DOF). (14 de marzo de 2023). *DECRETO por el que se reforma el diverso por el que se crea el organismo público descentralizado, con personalidad jurídica y patrimonio propio, no sectorizado, denominado Corredor Interoceánico del Istmo de Tehuantepec.*
https://www.dof.gob.mx/nota_detalle.php?codigo=5682765&fecha=14/03/2023#gsc.tab=0

Diario Oficial de la Federación (DOF). (18 de mayo de 2023). *DECRETO por el que la construcción, funcionamiento, mantenimiento, operación, infraestructura, los espacios, bienes de interés público, ejecución y administración de la infraestructura de transportes, de servicios y polos de desarrollo para el bienestar y equipo tanto del Tren Maya como del Corredor Interoceánico del Istmo de Tehuantepec, así como los aeropuertos que se indican, son de seguridad nacional y de interés público.*
https://www.dof.gob.mx/nota_detalle.php?codigo=5689265&fecha=18/05/2023#gsc.tab=0

Diario Oficial de la Federación (DOF). (27 de mayo de 2023). *DECRETO por el que se expide la Ley de la Guardia Nacional.*
https://www.dof.gob.mx/nota_detalle.php?codigo=5561285&fecha=27/05/2019#gsc.tab=0

Diario Oficial de la Federación (DOF). (03 de julio de 2023). *PROGRAMA Institucional del Corredor Interoceánico del Istmo de Tehuantepec 2023-2024.*
https://www.dof.gob.mx/nota_detalle.php?codigo=5694112&fecha=03/07/2023#gsc.tab=0

Videos

Boyé, A. (Dirección). (2013). *Matriarchies (Matriarcados). Resumen documental Juchitán, México.* [Película]. <https://www.youtube.com/watch?v=uQmtmxkgFoQ>

Butta, C. (Dirección). (2014). *Las poderosas mujeres de Juchitán* [Película]. <https://www.cineenvioleta.org/las-poderosas-mujeres-de-juchitan/>

Murat, Alejandro. (28 de mayo de 2019). *Inauguración del parque eólico más grande de Latinoamérica.*
<https://www.facebook.com/AlejandroMuratHinojosa/videos/2535150093381069/>

Touboul, Marion. (2021). *México: el Dorado eólico.* ARTE Reportaje.
<https://www.arte.tv/es/videos/105004-000-A/mexico-el-dorado-eolico/>